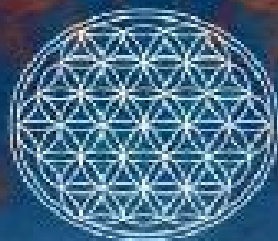


GIBRAAN HANNA

EL PRECIO DE  
LA LLAMA  
ETERNA



**Copyright © 2016 Gibraan Hanna**

**Ninguna parte de esta publicación puede ser utilizada o reproducida bajo ningún medio existente sin la autorización por escrito de la editorial.**

**Este libro es una obra de ficción. Nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor o usados a modo de ficción. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, fechas, acontecimientos o lugares reales es mera coincidencia.**

## Agradecimientos

Quisiera expresar mi profunda gratitud y aprecio a todos los incansables hombres que dedicaron sus vidas a la investigación sobre la Energía Libre. De Nikola Tesla, pasando por el héroe Eugene Mallove, hasta el iraní Mehan Keshe muchos fueron los que perdieron sus vidas y sus reputaciones por el genuino deseo de que esa realidad fuera difundida por el mundo. Este libro está dedicado a todas las semillas que estos hombres plantaron. Estoy seguro de que el legado de ustedes será llevado por todo el planeta en breve.

Mi sincero agradecimiento a los amigos Bruno Blank y Vinicius Cometti que leyeron cada página y comentaron cada capítulo, ofreciéndome consejos fundamentales para la historia.

Gracias a Janaína Elias, del blog Chá de Lima da Pérsia, que con su amor por la cultura de Irán y su completísimo blog me ayudó a comprender mejor todo el fascinante mundo que descubrí durante la investigación para este libro.

Este proyecto no podría haber sido iniciado sin los incansables e-mails intercambiados con mi profesor Felipe Colbert. Lo que aprendí con usted cambió mi percepción sobre la literatura. Principalmente que menos es más.

Agradezco especialmente a mi hermano de corazón Álvaro Maestrini, cuyo talento me inspiró línea por línea. La primera idea de este proyecto era que yo me limitaba a la tarea de consultor teórico y él a la de escritor. Sin embargo, las circunstancias de la vida me llevaron a esta fascinante aventura que es la literatura. Alvinho, reflejarme en tu talento es un honor para mí.

Quisiera también agradecer a mi familia, a mi padre Hanna Chequer Bou Habib, mi madre Kátia da Silva Chequer y mi hermana Najla Emiline Chequer. Gracias por el amor y el apoyo de siempre. La abnegación y bondad de corazón de ustedes impregna esta historia.

En fin, gracias Isadora. Por escuchar cada letra, cada coma, cada escena. Por aguantar todas las crisis de inseguridad y por jamás haber dudado. Sin tu admiración y paciencia incondicional nunca podría haber finalizado. Que seas feliz siempre.

"Si quieres descubrir los secretos del Universo, piensa en términos de energía, frecuencia y vibración."

Nikola Tesla

## Nota del autor

Todas las tecnologías descritas en este libro son reales. El autor hizo adaptaciones con el Flame, pero también es un sistema fáctico. El proyecto H.A.A.R.P. existe, por lo menos, desde 1993 y se sabe que varios otros países tienen la misma tecnología.

La comunidad Methernitha tiene su sede en Linden, Suiza, y sufrió algunas modificaciones en cuanto al modo de vivir del autor. Pero la Testatika es real.

La tecnología de Energía Libre y todas las variaciones de ella descritas en la historia también están vastamente documentadas.

## PRÓLOGO

*Para mí, un destino oscuro. Para la humanidad, la Llama Eterna.*

El ingeniero nuclear César Montenegro superó los escalones de la estación de metro hasta aparecer en la mayor avenida de Medio Oriente, la Valisr Street. Sus largos pasos lo llevaban al lugar donde hacía décadas él había descubierto la verdadera llama.

Aquella que por mil quinientos años jamás había sido apagada.

Después de seguir hacia el sur tres manzanas, dobló en la pequeña calle donde se encontraba la puerta de entrada. Ese camino, a las 03h09min de la mañana estaba absolutamente desierto.

Con un suspiro cansado observó las figuras esculpidas arriba de la madera de la puerta. Dos mujeres semidesnudas de apariencia angelical con un manto que apenas cubría sus partes íntimas rodeaban un escrito en persa.

Era del otro lado que la segunda fase de su misión finalizaría.

Y sólo faltaban algunos pasos.

Tiró para abajo el picaporte dorado y presionó con el hombro la pesada puerta de caoba.

Permaneció estática.

Por costumbre, la empujó una segunda vez. La puerta rechinó con la presión, pero continuó inmóvil.

César condenó su displicencia con un susurro. Su mente todavía estaba desalineada, confusa. Aquel día era una excepción y la entrada se encontraba cerrada a propósito.

*Hazlo todo según lo planeado, se dijo a sí mismo.*

Sacó del bolsillo de la chaqueta una llave antigua, cuyos dientes consistían en un intrincado de puntas finas, como los de un pez carnívoro y la introdujo en la cerradura. Ésta mordisqueó la médula y con un clic la enorme puerta silbó lentamente, abriéndose a medida que sus ojos reconocían la parte oeste de la estructura a pocos metros de allí.

Cerró la puerta detrás de sí, haciéndola protestar levemente sobre las bisagras y avanzó por el batiente pisando firme. Sus ojos parpadeaban de fascinación como si fuera la primera vez que entraba allí.

*Y tal vez fuese la última.*

Ante la estructura no resistió contemplar la espléndida construcción de estilo griego. La fachada triangular y las columnas redondas exhibían símbolos cuyas figuras humanas lo remitían al Antiguo Egipto. A los ojos de cualquiera, aquel lugar parecía un santuario ancestral.

Era exactamente eso.

Sus tradiciones ya tenían más de tres mil años. Su ubicación, sin embargo, resultaba absurdamente atípica. En el corazón de Teherán, capital del mayor país chiita del mundo, donde se respiraba el Islam. Encajado en una calle estrecha de la metrópolis más poblada de Medio Oriente el Templo Adrián se erguía, impávido, representando la primera religión monoteísta de la historia: el Zoroastrismo.

La madrugada, sin embargo, camuflaba el bullicio de la ciudad de trece millones de habitantes y el único sonido que sobresalía alrededor de César Montenegro era el de su caminar resonando en el patio de mármol blanco.

El ingeniero se agachó en el borde del espejo de agua frente al templo, preguntándose si iban a entender lo que él había preparado. Se mojó la punta de los dedos en el agua antes de

secárselos en los pantalones completamente blancos, mientras observaba los arabescos que se formaban como ondas circulares en la superficie. Se levantó y se acercó a la entrada principal del santuario verificando si su ropa seguía limpia. Se quitó los zapatos y golpeó la puerta, apenas una vez, con los nudillos de los dedos.

Un instante después ésta se abrió.

El rostro magro y encogido de un hombre surgió en la rendija, iluminado por detrás por una llama brillante y dorada. Usaba una toca idéntica a la suya. César bajó la mirada hasta el diminuto sujeto que conocía hacía diez años y notó que el semblante reluciente de siempre había sido remplazado por un rostro contraído, distante.

Entonces mostró una sonrisa dudosa y esperó.

El silencio fue roto por el anfitrión que articuló las palabras en un tono de familiaridad, en el más puro persa:

— Dorud, César. Hola... — Su voz aguda sonaba extrañamente oscilante.

El brasileño le devolvió el cumplido antes de indagar:

— ¿Está todo listo?

— En verdad, no. Pero entra, no podemos perder tiempo...

A César no le gustó la respuesta y preguntó mientras avanzaban hacia el santuario:

— ¿Qué sucedió? Creí que íbamos a recoger las cosas y partir para...

— Está todo bien — interrumpió el hombre. — Espera aquí — Le dio la espalda e hizo que sus pasos cortos y ligeros lo sacaran del atrio principal, hasta que desapareció por una puerta que daba a un corredor estrecho.

Aquello no estaba previsto. *¿Qué lo llevaría a salir del plan?*

César ahuyentó ese pensamiento de la mente con un meneo de cabeza, recordando la eficiencia y lealtad de su amigo por todos aquellos años. Sintiendo la suavidad de la alfombra persa a través de sus calcetines se curvó en una profunda reverencia y colocó la barbilla contra el pecho.

Una sola fuente iluminaba el salón: en el centro, la llama jamás extinta, ardía en un pedazo de leña, proyectando sombras danzantes en las columnas griegas.

Treinta segundos después su viejo amigo volvió.

César percibió que su rostro era una máscara de arrepentimiento.

Sintió que se aceleraban sus pulsaciones.

— César, perdóname — balbuceó el hombre.

Fue cuando un ruido ensordecedor de hélices pareció triturar el espacio sobre sus cabezas. En un acto reflejo los dos levantaron los ojos hacia el techo abovedado.

La conclusión de lo que estaba sucediendo vino con la brutalidad del ataque de un oso salvaje.

Bajando los ojos hacia la estatura minúscula del hombre, César sintió como si el suelo se derrumbara debajo de sus pies.

— Tú... — gimió por encima del sonido de las hélices, en un tono de evidente decepción.

— César, no te equivoques por lo que está sucediendo. Ellos te explicarán...

— ¿Me explicarán? ¡Me preparé para este momento por años! ¡Y tú me apuñalas por la espalda! ¿Por qué?

No hubo tiempo para una respuesta.

En ese momento, su visión periférica fue atraída por un movimiento detrás de las ventanas

que acompañaban la entrada principal. Cuatro cables negros cayeron de la parte superior del templo como cobras serpenteando en el aire. Descendiendo con agilidad de cada una de ellas, bultos con trajes militares se precipitaban en la entrada, invadiendo con truculencia el templo zoroastra.

Los segundos siguientes fueron un borrón. La adrenalina hizo un camino inverso en el sistema nervioso de César y paralizó cualquier pensamiento racional. No fue precisamente a causa de los militares que en un segundo apuntaban con el cañón de las ametralladoras hacia su pecho sino porque la decepción rasgaba su alma.

— ¿Por qué, Ramin? — era lo único que lograba repetir. — Cobarde...

En una fracción de segundo pensó en reaccionar e intentar escapar pero sería imposible con los hombres ya ubicados a su alrededor. Sin duda pagaría el error con su vida, un fin idéntico al de todos aquellos que un día intentaron lo que él había logrado:

*La energía libre. El fin de las mayores inquietudes de la humanidad.*

Él sólo esperaba que no fuese allí. No ahora.

Soltando el aire de los pulmones con fuerza, César Montenegro cruzó las manos detrás de la cabeza y se arrodilló pesadamente sobre la alfombra persa admirando por última vez delante de sí la llama que no se apagaba.

*Para mí, un destino oscuro, para la humanidad, la Llama Eterna.*

## CAPÍTULO 1

Helena Gouveia no podía contener una sonrisa tímida mientras caminaba sola por el estacionamiento a cielo abierto del Palacio Itamaraty. Ella sabía que las implicaciones de la entrevista que acababa de conceder contribuirían aún más al aumento de su credibilidad en la comunidad internacional.

El palacio, sede del Ministerio de Relaciones Exteriores de Brasil, había celebrado aquella noche de invierno una entrevista televisiva singular, considerando la particular posición política de la invitada. Eran preguntas espinosas, metódicamente calculadas y cuyas respuestas, si se daban con una coma más o una cadencia de voz menos, tendrían -sin exageración- el peso de una guerra.

*Misión cumplida. Al menos por esta semana,* reflexionó ella, mientras recordaba las preguntas de aquella noche.

— ¿Cómo va a convencer al mundo de que Brasil ejercerá el mismo potencial de decisión que EEUU y China, por ejemplo, aun teniendo la menor capacidad bélica entre todos los miembros del Consejo de Seguridad?

— ¿Cuál es la posición del Consejo de Seguridad de la ONU en relación a los posibles ataques de EEUU a Corea del Norte y a Siria?

— ¿Por qué el Consejo no pudo evitar la invasión de Estados Unidos a Irak en 2003, incluso sin tener pruebas concluyentes de la existencia de armas nucleares en el país?

Previsora, Helena esquivaba bien los contragolpes. Directa, clara y dotada de una didáctica de brillante estadista, la actual Presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU y Embajadora de Brasil sabía que su exposición no exigía más que el contorsionismo lógico que usaba con los catedráticos del Instituto Rio Branco donde había hecho su Doctorado en Diplomacia. *No sólo Brasil, sino el mundo entero, esperaba la primera entrevista en mi propio país,* pensaba en cada pausa.



Ella había mantenido la atención hasta el final, cuando las preguntas se volvieron más simples, como si el periodista y sus productores estuvieran exhaustos y levantaran las manos hacia arriba en un gesto de derrota. Todavía visualizaba las expresiones apáticas de los productores de la emisora ante sus respuestas.

— Embajadora, ya es claro, desde hace mucho tiempo, el deseo de que el Consejo de Seguridad de la ONU se haga más representativo y democrático. Ahora, Brasil, también es Miembro Permanente, ¿cómo ve usted los desafíos del país ante este evidente Nuevo Orden Mundial?

Helena sabía que ése era el tipo de pregunta hecha cuando el debate se inclinaba a su favor. *Después de la sesión gratuita de boxeo quieren tirar la toalla, ¿no?*

Ella cerró los ojos, situando mejor los pensamientos.

— Creo que la última década trajo cambios inevitables en la diplomacia y la defensa de las naciones, sobre todo después del 11 de septiembre. La reverberación de los acontecimientos de esa fecha continúa resonando en el mundo y se hará sentir por mucho tiempo. Fue una catástrofe global, un choque de civilizaciones cuyas ramificaciones son extremadamente complejas y difíciles de predecir — Helena dejó que la frase tuviese efecto con una pausa y continuó . — Además, el gran crecimiento económico de las naciones antes incorporadas en el llamado Tercer Mundo, transformó las relaciones entre los países, de modo que un cambio en el Consejo de Seguridad de la ONU, incluso sucediendo más tarde de lo que debía, era inevitable desde hace ya mucho tiempo. Brasil es joven en ese contexto pero experimentado cuando se trata de diplomacia. Siempre ha sido hábilmente pacífico en las relaciones internacionales. Y por primera vez en la historia tendremos equilibrio de fuerzas con las principales potencias del planeta. Creo que tenemos todo para que nos vaya bien.

Después de la respuesta, la señal de la productora que indicaba la finalización del programa hizo que sus hombros se relajasen.

El momento en que salió por la puerta de Itamaraty fue el instante más esperado de la noche. Sólo ahora, durante el camino hasta su coche, ella percibía cuán cansada estaba de las dosis monstruosas de entrevistas en los últimos meses.

Aquella noche de viernes Helena se aseguró de que ningún asesor o seguridad la acompañara hasta su casa. Quería disfrutar de un excepcional momento de normalidad por unas horas, conducir su propio coche, deleitarse con la compañía del bueno y viejo de Tom Jobim. Buscó la llave de su Corola negro en la bolsa y apagó la alarma. Entró en el vehículo y soltó el aire de los pulmones al sentarse en el asiento de cuero. Cuando percibió lo que había a su lado no pudo contener un resoplido de espanto.

Bajo la pálida luz del poste que penetraba el cristal tintado, una cajita metálica sobresalía en el cuero negro del asiento del coche, pequeña y rectangular. Su aspecto era como aquellos típicos jaboncitos de hotel.

— Pero qué...

Como por intuición Helena recorrió con los ojos el estacionamiento a su alrededor en busca de una indicación que pudiera explicar aquello. Pero el coche no tenía ninguna señal de haber sido forzado.

Sintió la tensión sobre los hombros.

*Pero qué locura, reflexionó. ¿Cómo alguien puede haber entrado en mi coche dentro de un lugar vigilado por Infantes de Marina?*

Tomó la cajita y encendió la luz interna. Notó que había un pequeño diseño bajo relieve en

la parte superior: una especie de cruz con un círculo en cada extremo, además de un engranaje que circundaba el centro.



— ¿Qué tipo de símbolo es ese?

Helena evaluó el objeto sosteniéndolo con el pulgar y el índice, girándolo para ambos lados. Deslizó el dedo sobre su lateral e intentó encontrar algún punto en que pudiera abrirlo. Entonces sintió una protuberancia en el medio. La presionó y la tapa se despegó con un clic.

*¿Un pen-drive?*

Anidado cuidadosamente en el algodón que llenaba el interior de la caja el minúsculo objeto tenía el tamaño de una falange. Lo retiró del embalaje y, sin pensarlo, lo enchufó en la entrada USB del coche. El aparato detectó el pen-drive y se activó automáticamente. Las tres palabras juntas que desfilaban en la pantalla LCD hicieron que los músculos del cuerpo de Helena se contrajeran sorpresivamente.

## C É S A R M O N T E N E G R O U R G E N T E

*¿Qué? Pero, ¿cómo es posible?*

Aturdida, nuevamente rastreó el espacio del estacionamiento con los ojos. Poco más de media docena de vehículos todavía se encontraban estacionados. Cien metros hacia delante, de espaldas a ella, un infante de marina montaba guardia en el Palacio, probablemente fuese la única fuente de información posible en ese momento. Además, claro, de las cámaras de vigilancia del complejo.

*¿César quiere hablar conmigo con urgencia?*

Helena no conseguía dar con una razón lógica que explicara por qué su antiguo mentor se pondría en contacto de forma tan inesperada, más aún después de tanto tiempo sin mandar siquiera señales de estar vivo.

Permitió que su mente divagara por unos instantes y encontró una posibilidad plausible, perdida en los laberintos de su memoria: podría ser una de esas sorpresas que ella solía recibir en la universidad cuando César anunciaba su llegada después de largos viajes en el exterior. Después de que sus padres y la esposa del ingeniero nuclear murieron cuando ella todavía tenía nueve años en un terrible accidente de coche, César pasó a ser su protector insustituible. Aquel que la ayudó a establecer sus principales valores. La vida de él, sin embargo, siempre había sido la de un científico apátrida que migraba de país en país cuando era necesario o cuando conseguía apoyo de algún gobierno y, en algunos casos, de algún inversor particular para sus inventos. Inventos cuyo contenido siempre fue un misterio para Helena. Hacía algunos años que ella no tenía noticias de César. Él nunca había querido incorporarse a las tecnologías modernas de comunicación, como smartphones, redes sociales, whatsapp y afines. Para el ingeniero nuclear hacían, de uno, un GPS ambulante de modo que Helena pasaba amargada meses y meses sin noticias de su mentor.

Pero un aspecto, en realidad, la dejaba muy preocupada: César no tenía el perfil de los que juegan con la palabra "urgente".

Apretó PLAY en el aparato de sonido y otra palabra surgió en la pantalla.

E R R O R

El formato del archivo debía ser incompatible con el sonido del coche. Quizás su contenido sólo podía verse en un ordenador portátil.

Sería extraño abordar al infante de marina y preguntarle si había encontrado a un hombre alto de cabellos blancos y despeinados que caen por su rostro entrar en su coche en silencio y después marcharse sin dejar ningún mensaje. Los informes del día siguiente, sin duda, incluirían una conversación algo extraña con la embajadora brasilera. Tampoco Helena tenía la paciencia de ir a la oficina de seguridad a esa hora de la noche y pedir que verificasen las imágenes de las cámaras de vigilancia.

Encendió el coche y salió del estacionamiento rápidamente, decidió abrir el contenido en casa. Allí, quién sabe, César podría estar esperando en el umbral de la puerta dispuesto a darle un sermón y convencerla de que los años de su ausencia habían sido sólo una broma de mal gusto que no volvería a repetirse.

Una súbita ola de entusiasmo se apoderó de su pecho con una densidad profunda, visceral. Extrañamente, su intuición parecía golpearle la cabeza gritando para que le prestase atención. Tal vez para alertarla de que aquella noche de viernes estaba muy lejos de terminar.

## CAPÍTULO 2

Pang Meng encajó la tapa desmontable en la lente de su Nikon D7000, apagando el circuito letal que había sido adaptado allí dentro. Era obvio que Naqsh-e Jahan siempre fuera una de las plazas más fotografiadas del mundo. Sin embargo, Meng, estaba seguro de que sus paredes impecablemente decoradas por la arquitectura persa nunca habían reflejado flashes como los que acababa de activar.

Esa cámara fotográfica podía matar a un ser humano.

Después de colgársela en el cuello miró por última vez la cúpula de la mezquita Sheikh Lotfolá delante de él. Los cuatro minaretes se introducían en el cielo del crepúsculo a medida que sus luces doradas se encendían, dando la bienvenida al inicio de otra noche de verano en Irán. Meng no estaba allí para admirar la majestuosa plaza, por supuesto, y tampoco se preocupaba por eso. Hacía más de cuarenta años había sido entrenado para reconocer el campo de acción de modo calculado, desprovisto de cualquier reacción emocional.

Dio la espalda a la fachada del templo y atravesó el inmenso patio hacia su base de operaciones.

Entonces, en medio de algunos turistas, Meng atendió a la única persona que podía hacerle una llamada. Se había presentado con el alias *Xerxes*. Una apropiación histórica, dado que se trataba del Emperador persa que destruyó a los espartanos con la furia de un titán en la Batalla de las Termópilas, milenios atrás.

La voz ronca de Meng salió como el tiro de un profesional. Precisa y objetiva:

— Habla Meng.

Las palabras de Xerxes tenían un tono andrógono y distorsionado.

— Ahora que ha finalizado el primer protocolo espere hasta la madrugada. Es cuando ellos van a la usina. Llamaré en el momento oportuno. ¿Entendido?

Meng miró alrededor de la plaza y quiso preguntar cómo Xerxes sabía lo que había hecho, pero mantuvo el profesionalismo.

— Sí.

— Recuerde que serán al menos cuatro hombres. Es bueno tener precaución — alertó la voz.

— Todavía estoy en forma.

*Y usted no me habría llamado si no supiera eso*, pensó.

— ¿Todas las directrices de la operación están claras?

— Absolutamente. Cuando termine la segunda etapa en la usina, llevo el objetivo a la base y espero el contacto que sigue.

— Exacto — aprobó Xerxes. — Al final de todo habrá un jet esperándolo en alguna ciudad que ya definiré. Todo depende del desarrollo de los hechos.

Meng no respondió. El silencio fue el detonante para que el otro hombre terminara la conversación.

— Y..., Meng — la voz de Xerxes fluyó curiosamente hacia un tono más amistoso —, sea discreto la próxima vez. Me temo que los años fuera de acción lo han vuelto anticuado. Los turistas japoneses no usan más camisas floridas, mucho menos en Irán.

Súbitamente, aturdido, Meng se paró ante el gigantesco espejo de agua de la plaza de Nash-e Jahan, conteniéndose para no preguntar lo obvio. Xerxes lo estaba monitoreando de alguna forma. *¿Sería por medio de un satélite?*

Sin embargo no se dejó inquietar. Pragmático, respondió sin extenderse en un tono conclusivo:

— Voy a recordar eso.

Oyó un chido del otro lado de la línea y luego el móvil quedó mudo.

Meng bajó la mirada hasta el teléfono en su mano. Aquel aparato estaba por encima de todos sus pares en el mundo. Superior incluso a los modelos más avanzados de encriptación desarrollados por empresas como Sectra con direccionador de llamadas a varios routers no rastreables. Sin embargo, Meng sabía que ese término no existía. *Todo puede ser rastreado hoy en día.*

Excepto el aparato que sostenía.

Y excepto él mismo.

Se enfrentó al reflejo de su rostro en el espejo de agua durante unos segundos y observó el oriental de sesenta años que lo encarnaba de nuevo. La única huella del tiempo en la cara de Meng eran los cabellos grises que surgían espaciados en el pelo corto. Los reflejos eran los mismos y el aspecto físico parecía aún mejor. Meng casi no tenía arrugas alrededor de los ojos contraídos.

Las décadas de práctica en el terreno le proporcionaron habilidades peculiarmente especiales. El método de percepción visual del ambiente de acción era precisamente una de las más básicas. Incluso en un espacio extraordinariamente grande, como aquella plaza, era posible escanear el entorno tal como un ave de rapiña rastrea su punto de ataque. Puntos de fuga, posibles improvisaciones y perfiles físicos y psicológicos de los individuos alrededor eran identificados en una fracción de segundo. Aun así, las habilidades de su interlocutor parecían superar con facilidad sus movimientos, hecho que lo dejaba extrañamente incómodo. Xerxes poseía tecnologías e instrumentos capaces de rastrearlo desde cualquier lugar. Incluso allí, en el

aglomerado urbano del centro de Isfahán.

Pero esa realidad no comprometería su concentración en el objetivo central: el prototipo de Energía Libre. Un simple objeto.

*La pieza más valiosa en el mundo hoy, era lo que decía Xerxes.*

La escala de importancia de la misión, sin embargo, estaba lejos de presionarlo.

Hacia más de treinta años Pang Meng ya estaba listo para iniciarla.

### CAPÍTULO 3

El velocímetro del Corola marcaba 150 km/h cuando Helena atravesaba el Eje Monumental de Brasilia. Su mente intentaba procesar el shock de haber encontrado el nombre de su antiguo mentor en el monitor del equipo de sonido del coche, de modo que la entrevista que acababa de conceder parecía un hecho lejano.

*¿Sería una sorpresa de César? Pensó otra vez.*

De vez en cuando, un objeto exótico se materializaba en el escritorio de su casa e incluso en su mesa de la universidad anunciando la llegada de su protector de los misteriosos viajes que él hacía. Un elefantito de la India, algunos curiosos cordones zulúes de Sudáfrica o un pequeño artefacto de Medio Oriente. Siempre estaban acompañados de una nota afectuosa cuando César se despedía con su filosofía de vida: *la clave de todo es el conocimiento.*

*¿Quién sabe si ese pen-drive no es uno más de esos recuerdos?*

La concentración de Helena fue arrebatada violentamente por una música desconocida que llenó repentinamente el coche. Era un ruido estridente y antiguo, como el de los primeros modelos de teléfonos portátiles. Venía de su lado izquierdo, junto al compartimiento de la puerta. Aturdida, parpadeó algunas veces para situarse y desaceleró el coche en una acción mecánica.

Encontró un celular que no era suyo.

Preguntándose cuántas veces César podría sorprenderla aquella noche, manoteó el aparato. Lo colocó junto a la oreja y su voz sonó aguda de entusiasmo.

— ¿César?

Después de un largo instante de silencio, alguien habló:

— ¿Señora Gouveia? — preguntó una voz masculina en un inglés cerrado.

La sonrisa de Helena se diluyó decepcionada. Se esforzó para transmitir un tono severo en la voz:

— ¿Quién habla? — ella quiso saber hablando en la misma lengua del extraño.

— Vamos a prescindir de las presentaciones, señora. Iré directamente al grano y le sugiero que preste total atención — las palabras salían atemorizantemente enfáticas. — Cuando llegue a su casa conecte el pen-drive a su computadora portátil. Siga las indicaciones correctamente y vea el contenido. — El hombre hizo una pequeña pausa como si le diera un tiempo para que ella procesara la información. — Después de eso destruya el dispositivo y el equipo. ¿Está usted comprendiendo?

— ¿Qué? ¿Pero quién es? Cómo entró en mi coch...

El hombre sobrepuso la voz, interrumpiéndola:

— Como dije, vamos a eliminar esa parte, por ahora. — Su acento tenía un algo de refinamiento cuyo origen Helena no pudo identificar con exactitud. *¿Sería de Europa del Este?* — No hay tiempo. Me temo que César esté corriendo serios riesgos.

Helena sintió una ola de vértigo atravesar su cuerpo y, con un movimiento rápido, frenó

bruscamente el Corola a un lado del Eje Monumental.

— Mire — dijo ella —, si esta llamada es un broma sólo puedo decirle que usted será identificado y lo llevarán a prisión.

La voz se mantuvo neutral:

— No es una broma. Estoy aquí para decirle los pasos que tendrá que dar para salvar a César.

Entonces un pensamiento aterrador le sobrevino.

— ¿Está con César? — vociferó ella. — Escuche, sólo haré una llamada e interceptaremos su móvil...

— No, no puede interceptarlo. Ahora tengo un último tema a tratar y le sugiero que preste la máxima atención: usted recibirá hoy la noticia de que la Comisión Investigadora de la ONU descubrió evidencias de la fabricación de bombas nucleares en Irán.

Helena no podía creer lo que oía.

— ¿Pero de qué está hablando? ¿Cómo tiene esa información?! ¿Para quién trabaja? *¿Y qué tiene que ver César con esto?*

— Todo será aclarado en el momento adecuado — respondió el hombre. — La única observación que necesito hacerle es que esta noticia es un false flag. Una falsa bandera. Una mentira. Sin embargo nosotros tememos que esta vez las consecuencias puedan ser catastróficas para el mundo.

*¿Cómo? ¿Nosotros?*

Helena sentía su rostro palpar. Se sentía un poco atontada. Ninguna palabra de aquella conversación tenía sentido.

— Necesito cortar. Es necesario que usted tire el móvil por la ventana en diez segundos como máximo. Pueden interceptarlo.

— ¡Eh, espere! Usted invade mi coche, dice que César está bajo riesgo, habla de absurdos sobre lo que está pasando en Irán y...

— No hay tiempo. César le explicará.

— ¿César? ¿Está en mi casa?

El hombre gritó:

— ¡Tire el móvil por la ventana! ¡Ahora!

De un modo extraño el tono de urgencia en la voz del hombre la convenció. Ella abrió la ventanilla del coche y arrojó el aparato lo más lejos posible, en el cantero que seguía a la calle del Eje Monumental. Helena acompañó con los ojos su trayectoria. El teléfono dibujó un arco en el aire y poco antes de caer en el suelo estalló en mil pedazos lanzando pequeñas chispas de fuego a todos lados como si fuera un minúsculo satélite accidentado cayendo por la atmósfera.

Ella gritó asustada poniendo las manos sobre la boca.

*¡Esa cosa iba a estallar mi cabeza!*

Intentando recuperarse, suspiró profundamente. Una gota de sudor rodó por su mejilla finamente maquillada y se la secó con el puño en estado de shock.

Sea cual fuera la identidad de aquel hombre, él sabía exactamente dónde se encontraba César. Echó una mirada de reojo hacia el pen-drive en el asiento del coche pensando en lo que podría haber allí dentro. *¿César corre riesgo de vida?* Sólo de pensar en esa posibilidad Helena sentía como si le arrancaran el corazón. Además de la sorpresa el hombre había afirmado cosas increíbles sobre la política internacional: Irán. Armas nucleares, conspiración para forjar una guerra... *¡Imposible!*

No podía entender la relación de César con Irán. ¿Habría estado allí? Helena, en realidad, sólo tenía conocimiento de su destino cuando su mentor regresaba. Nunca había comentado nada sobre ese país.

*Es por tu seguridad.* Ella recordaba la respuesta típica de César cuando le preguntaba sobre su destino.

Nuevamente sintió que podría encontrar la respuesta en el pen-drive.

Helena puso en marcha el Corola y se unió a los coches que aceleraban en el Eje Monumental con los neumáticos chillando en el asfalto. Sin la mínima noción de lo que la esperaba, ahora su intuición estaba clara: aquella noche de viernes estaba muy lejos de terminar.

## CAPÍTULO 4

Decir que Ronald Jay Campbell encajaba en el perfil de un hombre de su posición era un completo absurdo. Su postura respetuosa, alineada, resultante de una creación cuya fineza podría ser comparada a la elegancia europea, le confería desde hacía años el apodo de Sir Campbell en los pasillos del Pentágono. Endurecido por largo tiempo de convivencia con toda suerte de conflicto y crisis de seguridad nacional, Campbell se había convertido en un estratega brillante y había adquirido respeto, con raras excepciones, de todo el Departamento de Defensa. Sus rasgos marcados y el pelo muy corto, unido al porte alto y vigoroso, disimulaban con facilidad sus sorprendentes 77 años de pura energía. Años que fueron vividos, casi íntegramente, al servicio del país con un patriotismo obstinado y perfeccionista.

En aquella reunión de emergencia, sin embargo, el Secretario de Defensa, o si prefiriesen, Director del Pentágono, se sentía incómodo por la noticia que había recibido hacía poco más de dos horas atrás: la ONU acababa de encontrar evidencia de la producción de armas nucleares en Irán.

*¿Cómo mi gente no descubrió nada?*

Además le incomodaba el hecho de que el Presidente de Estados Unidos y el Vicepresidente estuvieran ausentes en la reunión que era conducida por el Secretario de Estado, un hombre gordo e intransigente sentado a su izquierda. A los ojos de Campbell, Aaron Jones, era un aficionado en política pero había sido lo suficientemente astuto para llegar a donde llegó.

Campbell observaba impasible las expresiones retorcidas en el rostro del Secretario de Estado mientras él daba una mirada a los papeles.

— Señores — inició Aaron hojeando rápidamente los informes del contraespionaje en sus manos —, antes de analizar el impacto de las evidencias encontradas por la comisión de las Naciones Unidas tengo que sacarme una duda — Campbell percibió que la expresión del hombre se volvió rígida. — Ningún organismo de investigación de Estados Unidos fue capaz de anticipar con precisión lo que un simple equipo de la ONU enviado a Irán logró en dos días de investigación. — Él tiró las hojas sobre la mesa y estableció contacto visual con el grupo por encima de las gafas de marco redondo. — Mi pregunta es muy simple: ¿Quién aquí puede explicarme la cifra de 1,5 trillones de dólares destinados este año al Departamento de Defensa y servicios de inteligencia?

Su mirada se fijó en el director de la CIA que reaccionó diciendo:

— Aaron, no es secreto para nadie que después de la Revolución del '79 tuvimos algunos contratiempos con Irán. Aun así, desde entonces, estamos cubriendo todas las bases militares, complejos nucleares e industrias bélicas del país. Sólo no esperábamos que, de un segundo a otro,

como en un pase de magia, fueran a brotar del suelo evidencias casi irrefutables de armas nucleares y...

El Secretario de Estado cortó la respuesta con una pregunta ácida:

— Director, ¿acaso usted olvidó el sentido de la existencia de su agencia? — Él observó a todos en la mesa, como si aguardara la respuesta de alguien, y luego prosiguió en un tono de reprimenda. — ¡Ustedes existen para captar toda la información y maniobras previamente calculadas de cualquier célula, país o individuo que puedan parecer, aunque sea lejanamente, una amenaza a los Estados Unidos de América! — El discurso parecía estar destinado a niños de jardín de infantes y no a los hombres de mayor rango en la jerarquía político-militar del país. — Ustedes disponen de una estructura tecnológica sin pares en el mundo. Acceso a los mejores satélites, agentes de campo, arsenal bélico... No puedo comprender... — Dejó de gesticular de repente y cruzó las manos sobre los informes que estaban en la mesa, mirando a cada uno de los hombres. Sus ojos azules conseguían exhalar la imponencia que la estatura no permitía. Aaron Jones parecía saber exactamente el impacto de esa habilidad en cualquier persona. — ¿Ustedes tienen idea de lo que esto representa para la historia del país? Hace más de cien años estamos en la vanguardia de las principales acciones militares y conflictos del mundo, anticipando, planeando y actuando con la eficacia que nos ha permitido establecer la democracia que tenemos hoy y ustedes vienen a decirme que *únicamente* no pudieron adivinar? ¡Dios del cielo! ¡Somos los Estados Unidos!

Mientras observaba el show de Aaron, con una tranquilidad compenetrada, Ron Jay Campbell hubiese querido interrumpirlo desde la primera pregunta. Como todos los presentes, Campbell raramente había tenido la necesidad de administrar un posible conflicto a ciegas. También se sentía vulnerable, como en el 11 de septiembre y como en 1963 en la Crisis de los Mísiles. Sin embargo, consideraba al Secretario de Estado un político descalificado. Incluso si gozase de ocho años al frente del cargo nunca comprendería a fondo la complejidad histórica de la inteligencia estratégico-militar del país. La reunión ya se había iniciado sin sentido pero la cortesía reservada de Campbell no había permitido que interviniera en ese huracán de insultos.

No hasta ahora.

Aclaró la garganta y empezó.

— Aaron, permítame puntualizar algunos aspectos que considero prioritarios en este momento. — Él dejó que sus palabras resonaran en la sala y miró a los ojos a los presentes. — Señores, sabemos que el protocolo de acción en una crisis como la de hoy debe resumirse en el análisis estratégico de las posibles consecuencias militares a corto plazo para el país. Aunque aún no tengamos en manos la investigación que la ONU ha producido, tenemos que actuar de acuerdo con lo que sabemos. — Campbell sintió que toda la atención de la audiencia se volvía hacia él en ese momento. — Con todo respeto, Aaron, no nos importa en este momento saber quién ganará las próximas elecciones presidenciales. Y por eso no debe haber espacio para discutir sobre el impacto de estos descubrimientos en el bolsillo de los contribuyentes. Es fundamental que aseguremos que ellos al menos tendrán pantalones que dispongan de un bolsillo mañana por la mañana. Y mientras tenemos conversaciones descabelladas aquí, tal vez el enemigo se esté preparando para una guerra contra Estados Unidos.

Las mejillas voluminosas de Aaron enrojecieron de rabia.

— Ron, es obvio que vamos a hablar de eso pero, con certeza, es voluntad del Presidente que...

Campbell aprovechó el asunto e intervino:



— Estoy convencido de que el Presidente quisiera priorizar la discusión sobre la defensa nacional en lugar de los gastos públicos — dijo, sintiendo que era el momento de rematar ese asunto. — Vean, señores, con evidencias menos palpables que éstas, nosotros actuamos en Irak y Siria, de modo que sé que este es el momento de discutir la razón por la que no estoy ahora a las 20h27min, o sea, después del expediente, recostado en la comodidad de mi sofá y descansando mi espina artrítica.

Todos se rieron. Campbell sabía que su habilidad para evocar el humor en momentos críticos había aparecido en el momento justo. Ser el más viejo siempre le daba derecho a recurrir a ese tipo de método.

— Ron — el Presidente de la Junta de los Jefes Militares se hizo oír desde el lado opuesto de Campbell —, es consenso entre los jefes militares que las evidencias sugieren un cambio drástico en la postura de Irán en relación a su programa nuclear. — Su tono era firme y bien puntuado. — Todo indica que las acciones de Teherán pasaron a ser ofensivas a partir de ahora. ¡Por supuesto que tenemos que actuar con pulso firme!

Campbell observaba al general impecablemente uniformado. Sus insignias apenas le cabían en el pecho y las exhibía en una mezcla colorida de estrellas y símbolos. La austeridad en la cara negra reflejaba una fuerza al estilo Morgan Freeman. La cabeza pelada era la única diferencia. Thomas Wilker representaba el puesto más alto de las fuerzas armadas estadounidenses y, sin duda, debería ser escuchado con interés. Él continuó:

— Tenemos información de que el informe de la ONU sugiere que la fábrica de misiles de Isfahán, a cuatrocientos kilómetros al sur de Teherán, es la principal fabricante de los supuestos instrumentos bélicos. Nuestros satélites no captaron ningún movimiento diferenciado en esa zona en los últimos meses. Es cierto que algunas instalaciones militares iraníes tienen en general unos 80 metros de profundidad. Las construyeron así por varias razones, una de ellas para prevenir un posible ataque aéreo. El Estado Mayor cree que la intervención militar debe ser discutida antes de cualquier alternativa. Tenemos suficientes recursos en el Golfo Pérsico, Turquía e Irak para iniciar con Israel una coalición eficaz en el plazo de unas horas.

Aaron asintió con un gesto de cabeza antes de oír al otro hombre en la mesa.

— Nuestra gente está de acuerdo — dijo el director de la NSA. — Si permitimos el mantenimiento o fabricación de misiles nucleares en Irán las consecuencias diplomáticas pueden ser aterradoras. El país forma parte del eje del mal y no veo por qué no ordenar una intervención militar a partir de ahora.

Campbell tenía la certeza de las proporciones que la crisis podría tomar. *¿Será que todavía no se han dado cuenta de lo que puede suceder?* Él veía el cuadro de una guerra que se desarrollaba como ya había visto otras antes. Pero a pesar de todo, a pesar de un posible conflicto militar, Campbell estaba más preocupado por otro hecho. Un hecho que él mismo insistió en negar.

El director del Pentágono no podía siquiera admitir que tenía mucho que perder si Irán se volvía un caos. Sería más que la derrota para su país. En una operación ultra secreta que había liderado meses antes había descubierto, por casualidad, algo en Irán que le interesó mucho. Y que cambiaría su vida y la de su familia milagrosamente.

*Nadie puede saberlo, pensó, con una respiración trabada, pero no puedo dejar que destruyan a Irán. No ahora.*

— Señores — dijo Campbell —, el cuadro actual no nos permite actuar de manera tan efectiva. Si iniciamos una ofensiva al país sin tener en la mano las evidencias definitivas, todo indica que los rusos y los chinos no estarán de acuerdo con nuestra acción. Por supuesto ese

cuadro implicaría un conflicto mayor y mucho más profundo en sus consecuencias finales. Y lo que puede suceder es una... Quiero decir... — Campbell sintió su garganta seca sólo de pensar que un día podría relacionar alguna crisis actual con el episodio del '62. Tomó un trago de agua mientras un silencio frío dominaba la sala. El grupo parecía ansioso por oír sus palabras. — Si actuamos con nuestro patriotismo implacable — dijo pausadamente —, puedo afirmarles que asistiremos a una repetición de 1962.

Los hombres en la mesa cruzaron miradas en silencio. Campbell esperaba esa reacción. Al final él era el único en la sala que había participado directamente de las acciones en aquellos fatídicos días.

En aquella ocasión los EEUU y Rusia, por muy poco, no iniciaron la Tercera Guerra Mundial. El avión U-2 de la fuerza aérea de EEUU había sacado una serie de fotos altamente perturbadoras en Cuba. Él detectó cerca de cuarenta misiles balísticos de medio alcance en un área inhóspita de la isla. El sistema de misiles SS-4 Sandal. El mecanismo podría lanzar una bomba nuclear de tres mil megatones a una distancia de hasta mil seiscientos kilómetros. Sería un hecho vanal si no fuese que la isla caribeña se ubica a sólo ciento veinte kilómetros de la costa de Florida. Todas las instalaciones militares y las ciudades del sudeste, incluyendo Washington D.C., estaban dentro del alcance de las armas. Si hubiesen sido lanzadas, habrían dado al país cinco míseros minutos de advertencia.

El episodio conocido como La Crisis de los Misiles marcó el auge de la Guerra Fría. Campbell se acordaba de una noche en la que tuvo que dar indicaciones por teléfono a Jane sobre cómo buscar un lugar seguro en caso de que él diera la señal de alerta. Los esfuerzos emprendidos por John Kennedy y su hermano Bob tuvieron como resultado un acuerdo con Khrushchov después de días de tensión. Nunca el mundo había llegado tan cerca de la Tercera Guerra Mundial.

*Esta crisis puede aproximarse a la de 1962.*

Él analizaba la reacción de los compañeros en la mesa. La perturbación que emanaba de sus rostros era casi palpable. La realidad era que nadie, salvo la ONU, tenía algo concreto en las manos. Además de suposiciones.

Y mucho miedo.

De hecho, las cosas estaban mucho más nebulosas para el Pentágono como nunca en la historia. Esa reunión duraría más de lo que él imaginaba. El Presidente tendría que actuar y rápido. Como había actuado Kennedy.

## CAPÍTULO 5

Helena apretó los labios con fuerza al accionar bruscamente los frenos en el garaje de su casa en Lago Sur en Brasilia. Saltó del coche sin ni siquiera cerrar la puerta y corrió hacia la entrada con la palma de la mano sudando mientras apretaba la pequeña caja que contenía el pen-drive.

Se quitó los tacones y apuró el paso por el suelo de porcelana del caserón desierto. Sintiendo que cada vez se le aceleraba más el pulso subió la escalera de granito saltando los escalones de dos en dos. Hizo una curva a la derecha y avanzó por el pasillo que daba a la oficina. Las luces automáticas se encendían sobre su cabeza a medida que cruzaba el espacio. Al llegar al escritorio corrió hasta la silla con el pecho agitado.

La pantalla de su MacBook estaba conectada con una nueva carpeta en el escritorio de nombre César / Carpeta segura.

*¿Cómo entraron en mi sistema?*

Aquel hombre había burlado los avanzados sistemas de seguridad de su equipo y había puesto un archivo allí. Por alguna razón inexplicable protegió la carpeta que él mismo había creado en el ordenador de Helena. Ella conocía lo suficiente sobre los sistemas de seguridad virtual. Sabía que aquel archivo estaba protegido para que otros hackers no invadieran la carpeta recién creada. *Pero, ¿quién más que ese loco tendría interés en invadir mi ordenador?*

Con la respiración acelerada abrió la cajita, tomó el pen-drive y lo conectó a la entrada USB. Otra carpeta apareció en el monitor con el nombre César / Deep Web y se transfirió automáticamente a la primera.

Sus músculos se contrajeron sorpresivamente. Conocía bien el término. *Deep Web. Internet Profunda.*

*Eso ya me significó una crisis tiempo atrás.*

Dentro de la carpeta había un icono representado por el diseño de una cebolla. Después de hacer clic en él un programa comenzó a instalarse automáticamente. En la pantalla, la expresión más aburrida para cualquier ser vivo, apareció poniendo a prueba sus nervios.

Aguarde algunos instantes... 1%... 2%... 3%...

Una serie de palabras y números pasó por debajo del anuncio. Cuando la progresión estaba en el 99% la pantalla del Macbook quedó totalmente negra. Helena se encontró con su reflejo distorsionado en el monitor apagado.

*¿Qué? ¿Él lo apagó?*

A continuación percibió en el monitor un trazo blanco que comenzó a parpadear en la parte superior izquierda, como si algún archivo estuviera siendo procesado. Golpeteando los dedos nerviosos en la mesa quedó observando su contorno fantasmagórico enmarcado por el monitor. Su ansiedad estaba al límite. De repente, el trazo blanco desapareció y lo que surgió fue un sitio de aspecto antiguo, como los de la década de 1990. Había una docena de enlaces en alemán y francés pero la gran mayoría resaltaba en inglés.

En la parte superior de la página sobresalía el mismo símbolo que ella había encontrado en la caja del pen-drive: una cruz dorada con círculos en cada una de las puntas y un engranaje alrededor del centro de ella. Cuando leyó lo que estaba justo debajo de la cruz casi no creyó.

*Miss Helena, click here: [xxcxvsjjj.onion](#).*

*Señorita Helena, cliquee aqui: [xxcxvsjjj.onion](#)*

Un vínculo personalizado para ella dentro de Deep Web.

Meses antes Helena había vivido una experiencia inusual en relación a Deep Web en el Consejo de Seguridad. Recordó que los hackers involucrados en la pequeña crisis acabaron descubriendo que ella llevaba la oficina de seguridad interna en el proceso de investigación y arresto de crímenes virtuales cometidos contra la ONU. En ese episodio Helena descubrió la Internet Profunda. Analizó si esa no sería una trampa de los mismos hackers. La capacidad de aquellos criminales de hacer todo simplemente con el ordenador trascendía la más aventurera imaginación. Ellos podrían aprovechar la nube de intercambio del sistema de Apple de ese portátil y acceder a su ordenador usado por la ONU, allí en Nueva York, simplemente con un clic.

Sin embargo no le parecía lógico que los hackers conocieran a César. Además era él: el hombre más difícil de rastrear que conocía. Y aun si lo hicieran, ¿cuál sería la finalidad de involucrar el nombre de su antiguo mentor? ¿Él sería la trampa?

Sin embargo, el hombre al teléfono no parecía ser un hacker. Era de un acento refinado y tenía una seguridad casi militar en la voz, una nota de sinceridad se reflejaba en su tono. Y definitivamente, si todas las sorpresas de aquella noche desencadenaran una pequeña crisis, no sería nada que Helena no pudiera resolver.

*La única crisis que no puedo manejar hoy es la ausencia de César.*

Helena hizo clic en el peculiar link, al tiempo que su maxilar se contraía de nerviosismo. Una página igualmente extraña se abrió y otro nombre conocido apareció.

*Tor-mail.*

*El famoso e-mail más seguro del mundo que usan en la Deep Web,* recordó.

Otra página se abrió y un pequeño cuadrado negro apareció en el centro con una flecha roja bien en el centro.

Se trataba de un video.

Conteniendo la respiración Helena hizo clic en la flecha y sintió un hilo de náusea atravesar la garganta.

Un rostro.

César.

## CAPÍTULO 6

El taxista que respondía al nombre de Abdel Kader paró el viejo Ford Crown Victoria en el semáforo al tiempo que secaba las gafas mojadas por la lluvia con la camisa. Había regresado al coche y conducía por la noche de la palpitante Times Square. Su último cliente, un anciano, le había exigido que bajara del coche para ayudarlo, una gentileza bastante atípica en su trabajo. Abdel pasó a adorar la monotonía y lograba encontrarla incluso en Nueva York donde, encontrarse con un rostro igual en días consecutivos, era una improbabilidad matemática.

*Nada mejor que un día igual al otro.*

Con un suspiro consumido por el cansancio aceleró en el semáforo con luz verde. Incluso con el espectáculo de luces publicitarias que se lanzaban dentro del coche como una discoteca particular y de las miles de personas que se apretaban contra los pies de los rascacielos, Abdel se veía extrañamente desolado. Ni el aire cosmopolita de la *ciudad corazón del mundo*, con una infinidad de atracciones visuales, culturales y gastronómicas le llamaba la atención.

Apagó la radio y quedó en compañía de la lluvia y del sonido de las paletas del limpiaparabrisas que trabajaban ruidosamente. Se detuvo en otro semáforo, en el carril junto a la calzada, frente al Nasdaq. Fue cuando percibió que la lluvia había aumentado y se inclinó contra el tablero del coche observando a través del vidrio las gotas pesadas que cubrían el automóvil con una cortina de agua.

Fue cuando alguien golpeó el cristal del conductor.

Se trataba de un hombre que vestía una cazadora negra y un sombrero Panamá del mismo color.

Al lado del auto el hombre sostenía un paraguas y tenía una bandolera cuya correa cruzaba el pecho.

Abdel bajó la ventanilla apenas pocos centímetros. El ruido externo invadió el vehículo y un viento fresco llegó a su frente mientras las gotas de lluvia caían a través de la abertura.

— Entre, por favor — invitó Abdel.

Iluminado desde atrás por el panel rojo del Hard Rock Cafe el hombre se inclinó y habló

por debajo del sombrero con un acento gutural:

— Voy directo al asunto, señor.

Abdel bajó la cabeza para intentar ver mejor su cara.

— Disculpe, ¿usted quiere una carrera?

— Necesitamos su conocimiento para intervenir en una situación que refiere a la seguridad mundial y a la vida de un gran amigo — soltó el hombre, en una cadencia fría e impersonal.

*Estos locos de Nueva York son cada vez más sofisticados.*

— OK, amigo. ¡Buenas noches!

Abdel ya cerraba la ventanilla cuando el hombre habló rápido:

— El señor César Montenegro necesita su ayuda. Sus descubrimientos corren serio riesgo y la única persona que puede colaborar desde el punto de vista científico es usted.

Abdel se sintió aturdió con esa información.

*¿Qué? ¡Pero eso es imposible!*

El semáforo abrió e inmediatamente varias bocinas irrumpieron desde la parte trasera del taxi. Abdel no las oía. *Es imposible que alguien me encuentre aquí. Imposible en estas circunstancias.*

Él intentó sonreír disimulando su rostro.

— Lo siento, señor, creo que me está confundiendo con alguien — y cerró la ventanilla poniendo primera en la marcha del coche, temblando de susto.

El hombre permaneció frío como una piedra y habló a través de la ventanilla, su voz sonaba un tanto ahogada.

— No lo estoy confundiendo, señor Arash Zarak.

La forma en que Abdel convirtió su rostro y miró al hombre fue reveladora. No estaba preparado para escuchar ese nombre después de tanto tiempo. Tampoco para lo que vendría a continuación:

— ¿Hasta cuándo va a negar para usted mismo su propia identidad, señor Zarak? El señor Montenegro lo necesita. El mundo lo necesita. Lo que su antiguo amigo ha desarrollado es tan irresistible que si fuese dominado por las manos equivocadas puede reducir el mundo a polvo. De hecho lo reducirá a mucho menos que polvo.

Incapaz de decir una palabra Abdel miró al hombre. Desde esa posición el rostro de él no se veía con claridad pero por la forma del mentón, de la nariz y de la boca, por el sonido del acento, podría ser del este europeo.

Bajó nuevamente la ventanilla, el sonido de las bocinas se amplificó, los coches esquivaban su taxi y los conductores se quejaban.

— ¿Qué está haciendo con su vida, señor Arash? ¿No percibe que está viviendo una hipnosis cultural? — El hombre hizo un gesto con la mano, aparentemente simbolizando la frase con las publicidades iluminadas de Times Square. — ¿Lavando su brillante cerebro en esta gran cloaca espiritual? ¿Hasta ahora no ha visto que su talento está desperdiciado aquí?

Cada palabra alcanzaba a Abdel como una puñalada. Las llagas amargas del pasado parecían emerger por la garganta imposibilitándole hablar.

— Sabemos lo que pasó con usted y lo sentimos mucho. ¿Pero usted creía que podía olvidar lo que ocurrió y, sobre todo, olvidarse de lo que ayudó a construir con el señor Montenegro viviendo en este lugar? ¿De espaldas a las grandes verdades del mundo?

Abdel siguió sin decir nada. El comentario caló hondo y la frase tardó unos segundos para ser asimilada. Aquel hombre lo trataba con cordialidad, sacudiendo su conciencia con un respeto

refinado. Y lo que era más intrigante: él sabía de su pasado. Una vida que Abdel tardó años en olvidar, enterrándola un poco más profundo día tras día en los más oscuros escondrijos de su alma.

Las bocinas se intensificaron mezclándose con los insultos que comenzaron a atraer la atención de los transeúntes del otro lado de la avenida. Para Abdel, sin embargo, no pasaban de susurros distantes. Ni siquiera tuvo la idea de encender las luces de emergencia del taxi. Notó que un policía corpulento acababa de ver la confusión en el tráfico del otro lado de la avenida y esperaba para atravesar la calle con una expresión rígida en la cara.

Abdel intentó reunir los pensamientos.

— ¿Quién es usted? — quiso saber.

— Alguien que no quiere ver el mundo dominado por las sombras. Hace siglos son los mismos demonios que esconden las verdades más grandes. Sin embargo nadie mejor que usted para hablar de eso, ¿no?

Abdel se encogió en el asiento, pasmado con la forma en que el hombre hablaba de su vida sin conocerlo.

— Esta es la oportunidad para destruirlos — agregó. — Escuche, el señor Montenegro no tuvo tiempo de esclarecernos sobre la situación real. Nada puedo añadir en la esfera intelectual. En realidad necesito mantener la distancia para su propia seguridad. — Metió la mano en el bolsillo interior del sobretodo y sacó del interior una nota de papel moneda que sostuvo entre los dedos. Abdel identificó el origen y fue dominado por la perplejidad.

Tomó la nota mojada por la lluvia reparando en la marca extraña que tenía en el centro.

— ¿Pero qué es eso en el medio?

— Desconocemos. El señor Montenegro me lo entregó así.

*¿Desconocemos?*

El policía sonó el silbato hacia el taxi con la libreta de multas en las manos esperando que pasase apresuradamente la fila de coches.

— Busque a Helena Gouveia — dijo el hombre con la voz desprovista de emoción. — Debe ir con usted hasta Teherán. Ustedes deben recuperar lo que el señor Montenegro creó. Ella tendrá en manos indicaciones más exactas sobre qué hacer allí. No tuvimos tiempo de planificar todo con precisión y... — el hombre dudó, por primera vez en la conversación y Abdel sintió una leve debilidad en su tono. Se quitó la bandolera y la pasó por la ventanilla. Después le dijo a Abdel lo que debía hacer con los objetos dentro de ella. En ese momento Abdel abrió la boca estupefacto. ¡Lo que acababa de oír era una locura!

— ¿Dónde está César? — replicó Abdel.

— No sabemos.

— ¿Y qué construyó?

— Me temo que usted ya debe intuir.

Sí, Abdel ya intuía.

*Energía Libre. La mayor de las invenciones que la mente humana podría producir.*

— Va a necesitar todo lo que está ahí dentro — dijo apuntando a la bandolera que dejó en el asiento.

— ¡Eh! — gritó el policía que se acercaba al auto con la libreta de multas en la mano.

— Ok, señor, voy para allá — replicó Abdel, haciendo una señal de OK.

Después de responderle al policía se dio la vuelta para indagar al hombre de la cazadora.

— ¿Quién son ustedes, después de todo? — quiso saber.

Sus palabras fueron engullidas por el bullicio de la multitud. La figura se desmaterializó. Abdel revisó con los ojos la calzada, pero era imposible encontrar a alguien allí buceando en el mar de paraguas.

El policía caminó hasta el taxi, acariciando la libreta, como si lo amenazase.

— ¿Hasta qué hora pretende quedarse parado ahí, señor? — preguntó con encono, sacando algo para escribir del bolsillo.

Abdel miraba al tablero del coche, pisando el acelerador sin pasar la marcha.

— ¡Ah! ¡Hasta que finalmente esta lata vieja arranque! — exclamó él apretando el pedal intermitentemente. — ¡Estos vehículos que dependen del petróleo tienen que acabarse algún día!

El policía lo miró pareciendo no entender. Abdel forzó una risa sin gracia.

— Ya está todo en orden señor policía. ¡Gracias por la fuerza!

Cuando Abdel aceleró por la 7ª avenida notó que varias sensaciones desde hacía mucho tiempo adormecidas se movían con fuerza en su pecho, sacudiéndolo como si despertara de un sueño profundo. Sentía que su huida de la realidad caminaba de manera irrefrenable hacia el fin. Tal vez en el fondo, Abdel intuyó, que el retorno al mundo real se acercaba con la misma fuerza y cadencia que él dedicaba a olvidarlo todos los días en un sentido diametralmente opuesto.

Entonces su mente comenzó a funcionar.

*¿Qué probabilidad hay de que ese tipo me encuentre exactamente en esa esquina a este horario? ¿Y, cómo ese hombre podía saber que el semáforo iba a cerrar?* A no ser que lo estuviera monitoreando con algún tipo de GPS o rastreador era imposible identificar su ubicación. Y aunque utilizara esos artificios, ¿cómo podría predecir que Abdel pararía en ese lado de la calle y exactamente en aquel semáforo? César con certeza estaba bien protegido.

Su persistencia científica lo había conducido a donde siempre soñó. Abdel no dudaba de que en un momento u otro eso iba a suceder. Sólo no podía acompañarlo más con el infierno en que su vida se había transformado.

César estaba siendo perseguido y Abdel consideraba los enemigos que había conseguido. Francamente, no estaba seguro si valdría la pena poner a riesgo su vida para ayudar a salvar lo que había construido.

A pesar de su sentimiento de auto preservación y de proponerse olvidar a César de una vez por todas tenía que considerar las informaciones recientes: el hombre de la cazadora negra había despertado su curiosidad académica y le recordó que aún nutría una voluntad pura de ver cambiar el mundo, antes tan adormecida en su pecho que incluso él mismo se sorprendió cuando se encontró con esa sensación allí, expandiéndose dentro del coche. Imaginó cómo podría ser el artefacto que César había desarrollado. Tenía cierta noción de cómo funcionaría.

*El Tórus. La Flor de la Vida.*

Helena Gouveia. Se acordó de cómo César hablaba de ella 24 horas al día con brillo en los ojos. Tal vez la diplomática le ayudara a solucionar el sentido de esa nota. Tal vez ella le ayudara a encontrar un sentido a la vida.

Abdel miró su foto de identificación clavada en el tablero del taxi. El persa que le devolvió la mirada parecía un fantasma acabado. El nombre debajo de la foto era un ardid para su alma. Lo había dejado inmerso en un mundo artificial por años.

En el exterior, la lluvia se intensificaba acompañando el ritmo del antiguo deseo que crecía a cada segundo. El deseo de volver a casa. El deseo de cambiar el mundo.

Fijó la mirada en un punto delante de él, adormeciéndose con el sonido cadencioso del limpiaparabrisas, dejando que los pulmones absorbieran el máximo de aire, como la primera

inhalación de quien despierta de un coma.

Después de casi una década prefirió su verdadera identidad.

Arash Zarak, iraní, ingeniero nuclear.

## CAPÍTULO 7

— ¡César! — gritó Helena a la pantalla del ordenador.

Su mentor estaba envejecido, mucho más de lo que ella imaginaba. El ingeniero no daba noticias hacía tres años pero Helena podía jurar que, para él, por lo menos quince habían pasado. La cámara tenía mala definición dándole al video un aire de clandestinidad. La imagen no encuadraba el rostro entero de César, de modo que su mentón desaparecía en el borde inferior de la pantalla. Sus ojos castaños, antes vivaces e invariablemente alegres, ahora parecían opacos, contorneados por ojeras profundas y espectrales. La barba sin arreglar se había extendido como un velo blanco en la cara. Helena podía percibir que los dientes, de un blanco deslumbrante la última vez, estaban amarillentos. Al lado de su cabeza, un cronómetro digital apareció mostrando cuatro dígitos rojos: 03min00seg. Entonces los segundos comenzaron a consumirse en una inexorable cuenta regresiva.

— Helena — él articuló el nombre con un pesar que ella nunca había oído en su voz —, sé que hay mucho para explicar. Necesito ser directo porque no hay mucho tiempo. Creo que la conexión será rastreada en poco más de dos minutos.

*¿Cómo? ¡Este es el correo electrónico más seguro del mundo!*

— Infelizmente no podré garantizar que estés segura a partir del momento que veas este video. Te pido que me perdones. Estoy grabando directamente desde Irán. Todo lo que voy a decir podrá parecer un completo absurdo. Pero por todas las crisis que ya pasamos juntos, por cada momento de sacrificio por mis ausencias, quiero que confíes en cada palabra que voy a decirte.

César hizo una pausa y Helena sintió como si una soga le apretara la yugular. Él suspiró profundamente y, cuando volvió a hablar, su tono adquirió el aire profesional de siempre.

— Como sabes, mi interés estuvo orientado desde el principio a las áreas consideradas peligrosas para el *status quo*, para el mundo científico tradicional. Recientemente mis investigaciones me condujeron a un descubrimiento sin precedentes en la historia de la ciencia. Tiene el potencial de afectar a toda la humanidad en una escala que aún no puedo prever con exactitud. Básicamente, es una tecnología que llevará riqueza y salud para todos, en igualdad. Muchos otros científicos en el mundo han intentado esto. La única diferencia entre nosotros es apenas el hecho de que yo llegué primero al resultado. Nada más que eso. — Él dejó de hablar por unos instantes. — Me refiero a la Energía Libre y al fin de la Era de los combustibles fósiles, gas y carbón.

Helena no podía creer lo que estaba oyendo. *¿Cómo que el fin de la Era de los combustibles fósiles, gas y carbón?*

El cronómetro regresivo indicaba 01min25seg.

— También habrá grandes cambios en las áreas de la Salud, Medio Ambiente y propulsión espacial. Por eso existen fuerzas poderosísimas que perderían mucho poder y dinero con la difusión de esta tecnología por el mundo. Son esas fuerzas las que me persiguen ahora.

Helena sintió un frío que inundaba su estómago.

En ese momento César tomó la cámara y giró en el asiento. La imagen se distorsionó por el movimiento. Cuando hizo foco nuevamente, un objeto apoyado sobre la mesa se destacó brillando



en la oscuridad, como si emitiese luz propia. Era metálico pero imperceptible a esa distancia.

— Helena, este prototipo es un reactor de Energía Libre. Este juguete que ves trabaja sin ningún conductor eléctrico. Puede generar el equivalente de hasta diez kilowatts, lo necesario para alimentar 100 lámparas comunes. Sin costos y eternamente. Es sólo un pequeño ejemplo de lo que se puede hacer con la tecnología que desarrollé.

Era imposible medir el grado de su perplejidad delante de aquella información. Solamente continuó oyendo.

— El modo en que funciona no es importante ahora — César prosiguió. — Pero necesito adelantarte que descubrí la verdad sobre cómo se comportan los campos magnéticos y gravitacionales. Y, como consecuencia, descubrí la realidad sobre la Fuerza de Gravedad. Tú sabes, desde Newton, esos elementos son considerados el gran interrogante de la Física Moderna. Pero créeme: no hay nada de espectacular y mágico sobre la verdad. Es simple. Tan simple que la mente humana no lo cree.

Las palabras daban vueltas en la cabeza de Helena como si las células neuronales intentaran desesperadas direccionar una sinapsis nunca antes hecha.

El cronómetro indicaba que quedaban apenas treinta segundos. César hablaba con una lentitud estudiada, como si cada fragmento de la frase fuese de extrema relevancia.

— Helena, necesito que divulgues esta tecnología. Sea en la ONU o en cualquier otro medio oficial que genere credibilidad y repercusión internacional. Temo que roben la tecnología y destruyan todos los vestigios de mis investigaciones de los próximos días. No tengo interés de guardar este conocimiento para mí. Tampoco quiero sacar de él ventajas financieras. No me pertenece. Es patrimonio de la humanidad. Y la humanidad merece tener acceso a esa información gratis.

Diez segundos.

César se acercó y fijó la mirada profundamente en la cámara, como si procurara el rostro de Helena. Ella vio un mar de soledad detrás de los ojos castaños del viejo amigo. Sin aliento, tomó los laterales del monitor con las dos manos.

— ¡Oh, por Dios, César!

— Helena, en el templo de la Llama Eterna sigue los elementos. Los arabescos en el Espejo de Agua explican el Tórus. Isfahán es la tierra de la Geometría Sagrada. Ciro, el Grande, y Ferdowsi indican su mayor representación. El primer paso es en Teherán. Y bajo ninguna circunstancia reveles esta información a alguien.

*¿Qué?*

Dos segundos.

César sonrió y dijo:

— Acuérdate de esto hasta el final: la llave de todo es el conocimiento y sólo tú puedes traerlo al mundo. Perdóname por la ausencia. Fue sólo para protegerte. Te amo, querida.

Entonces la pantalla quedó negra como las tinieblas.

Helena se encontró de nuevo con su propia expresión distorsionada en el monitor. Tenía los ojos clavados en la pantalla, llenos de lágrimas, inmóviles y vidriosos como los de una muñeca y con las manos sostenía con fuerza el ordenador. Sentía una mezcla de miedo, incredulidad, vulnerabilidad e indecisión. Se recostó en la silla y, como para situarse en el tiempo y el espacio, se quedó mirando alrededor, como inmersa en un estado de profunda hipnosis.

Llama Eterna, Energía Libre, Geometría Sagrada, campos magnéticos y gravitacionales, fin de la Era de los combustibles fósiles, Isfahán, Teherán... Palabras y términos se desordenaban su

mente en un torbellino martilleando sus sienes y gritando para que volviera a la realidad.

Ella reunió todo el coraje que pudo para contener las lágrimas. Necesitaba examinar todo lo que había oído, pensar en las palabras de César sin que fuera dominada por la emoción.

Él había descubierto una forma de acabar con la quema de combustibles fósiles para producir energía. Y por esa razón estaba siendo perseguido.

*¿Por quién, Santo Dios?*

Además, había construido un artefacto que garantizaba prosperidad, salud y riqueza para la humanidad. Según el propio César, no sólo la vida de él corría riesgo y deseaba que Helena le revelase el descubrimiento al mundo en la ONU. Antes de eso ella debía ir hasta Teherán donde suponía estaba el prototipo.

*Pero ¿por qué César no tomó un avión y vino cuando inventó esa cosa?*

Helena se vio repentinamente tragada por la soledad.

Se masajeó las sienes esforzándose para recordar la penúltima frase en la que César había hablado de manera aparentemente metafórica.

*En el templo de la Llama Eterna, sigue los Elementos. Los arabescos en el Espejo de Agua explican el Tórus... Sólo tú puedes traerlo al mundo...*

Ella no tenía idea de lo que era Ferdowsi, o Tórus, por ejemplo. Podía tener un vago recuerdo de Ciro, el Grande, emperador de Persia, en una referencia lejana a sus clases de Historia Política. ¿Y por qué César no fue directo al punto? Todo era vago y sin sentido. La única manera de descubrir era yendo detrás de él. Volando hacia el último país donde ella esperaba poner los pies en ese momento.

Helena podría acceder a instrumentos que favorecieran la búsqueda del ingeniero nuclear rápidamente. Sus contactos dentro de la ONU y en las agencias de seguridad de varios países podrían echar una mano. Pero César había sido enfático cuando dijo que no debía abrir la boca sobre el video.

Cuando se dio cuenta de que sus esfuerzos serían la única salvación de César, su organismo reactivó la ola de adrenalina que vivía en los últimos minutos y casi saltó de la silla dispuesta a hacer cualquier cosa para amparar a su antiguo protector.

En este momento el teléfono sonó en su oficina.

Los músculos de Helena se contrajeron.

El aparato exclusivo de la ONU.

Una vez que Brasil había pasado a integrar el selecto grupo de los países con poder de veto en el Consejo, un teléfono negro, de uso exclusivo de la ONU, había sido instalado en su residencia por si acaso hubiese alguna emergencia. Se trataba de una línea absolutamente segura. La idea no era nueva: la Casa Blanca, así como la CIA, la KGB y el Mossad, poseían sistemas de comunicación idénticos, comunicando a miembros prominentes a los principales centros de operación. Cuando se imponían decisiones ineludibles, el hecho de que los líderes se encontraran en casa no representaba ningún obstáculo.

Desde que fue instalado en la pared de su oficina era la primera vez que el teléfono sonaba.

Helena se encaminó hacia el aparato. *¿Una emergencia en la ONU?* — pensó.

Atendió, esforzándose en evitar la voz tomada.

— Helena Gouveia habla.

— ¿Helena?

— Sí

El acento neozelandés de la Secretaria General de la ONU se hizo oír del otro lado.

— Necesitamos conversar. Ahora.

## CAPÍTULO 8

Helena no pegó un ojo durante las ocho horas de vuelo. A través de la ventana del jet Learjet 55 de la ONU observaba afligida el enredo de rascacielos de Nueva York bajo el sol del comienzo de la mañana y sus contrastes con el estuario del río Hudson. No sabía exactamente la razón pero siempre encontró espectacular el encuentro de lo natural con lo urbano, una sincronía perfecta, el azul del río reflejando rayos de sol en los cristales de los edificios. Ahora, sin embargo, el paisaje de la metrópoli le generaba miedo.

La llamada de emergencia de Doroth Morgan no era esperada.

Un nudo envolvió su estómago. Fue hasta el baño para renovar el maquillaje antes del aterrizaje y tratar de cubrir las ojeras que ahora marcaban su cara como una sombra. Se lavó la cara y reposó las dos manos en el lavabo enfrentando su cuerpo cansado en el espejo. Aunque no encajaba con el modelo de belleza vigente, Helena tenía un encanto peculiar. Sus ojos castaño claro eran penetrantes pero al mismo tiempo sutiles y se destacaban en el rostro blanco y delicado. Tal vez fuera esa contradicción la que le concedía una sensualidad tierna pero intensa. Un aire exótico. Los cabellos castaños conformaban una curva suave hacia adentro, bajando con elegancia hasta la base del cuello, en un corte estilo Chanel.

Siempre preocupada por la contextura física mantenía cuidadosamente un cuerpo firme en las sesiones diarias de crossfit, una nueva modalidad de ejercicios hechos en casa y, muchas veces, también en los hoteles donde se hospedaba por el mundo. Una serie de sentadillas, flexiones, abdominales y pesas hechas sin descanso en un plazo de veinte minutos. Perfectos para su vida siempre llena de compromisos y viajes. La claridad mental y la disposición física que el crossfit proporcionaba eran impagables. A los 46 años Helena tenía la apariencia de 36. A pesar de esas cualidades no tenía un compañero desde hacía algún tiempo. Pero no le importaba mucho en aquel momento de su vida. En el auge de su carrera ella sentía que la diplomacia no la frustraba tanto como los hombres.

Pero ahora cualquier cualidad física parecía una realidad lejana. *Parezco un zombi*. En menos de un día su vida había dado una vuelta. César y Doroth Morgan eran los responsables. La conversación telefónica privada con la Secretaria General de la ONU, aún en Brasil, era perturbadora e inquietante.

— Helena, nuestra Comisión de analistas encontró varias evidencias sobre la presencia de armas nucleares en la fábrica de misiles de Isfahán. Debes venir a Nueva York. Necesito hablar contigo personalmente.

Helena tuvo que sentarse por el impacto de la noticia.

*¡Entonces el hombre que me llamó decía la verdad!*

Con el aire atrapado en los pulmones se esforzó para encadenar lógicamente aquellos elementos. Disparó la pregunta más obvia que le vino a la mente:

— ¿En qué consisten exactamente esas evidencias?

— Es mejor que te enteres personalmente.

— ¿Y la posición de Washington?

— Sabemos muy bien que la reacción del Presidente siempre contemplará las directrices del protocolo de seguridad nacional. Por tratarse de un país enmarcado en el eje del mal de los Estados Unidos los métodos aplicables no incluyen el diálogo. Sólo una intervención militar,

ostensiva e inmediata. Sin embargo, aunque la mayoría de los miembros del gobierno parezca perros hambrientos a la espera de deshacerse del collar para avanzar sobre la presa, tenemos gente allí que no quiere la intervención.

— El Presidente de Brasil probablemente adoptará...

— No, Helena. Sólo nosotros y la cúpula del gobierno de los Estados Unidos tenemos conocimiento hasta el momento de este hecho. Ningún otro país lo sabe.

Helena quedó disconforme.

— Doroth, Imagino que tienes noción de las implicancias de lo que estás diciendo, ¿verdad? Es un absurdo que el Presidente de Estados Unidos tenga exclusividad sobre la información mientras que nadie más ni siquiera sospecha lo que sucede.

— Entiendo. Pero por alguna razón esa noticia llegó al Pentágono. Era información a la que sólo nosotros debíamos tener acceso.

— Entonces es obvio que los comisarios que enviaste filtraron la noticia — replicó Helena categórica.

— Eso es imposible. La Comisión estuvo compuesta por tres miembros. No hay nadie dentro de la ONU, además de nosotros, que sepa de los hallazgos. Los tres miembros de la comisión fueron elegidos a dedo por mí. Los seleccioné después de años de convivencia dentro de los departamentos en los que trabajé pensando en el supuesto caso de que ocurriera este tipo de cuadro. Tengo plena convicción de que el secreto estaba en el grado más alto en la escala de importancia de la misión.

A pesar de la noticia la voz de Doroth emanaba la autoridad y la seguridad típicas de una gran diplomática. Helena confiaba en su palabra. Sus veinte años en el ámbito hacían que Doroth fuese una orientadora para ella, un ejemplo de ponderación y prudencia.

Helena intentó reaccionar:

— ¿Cuál es la proporción de las evidencias?

— Catastróficas.

Ella se estremeció.

— Entiendo. ¿Y la prensa?

— Me estoy esforzando para que esta información no se filtre, por lo menos hasta que nosotras dos decidamos qué hacer.

— ¿Pero cuál es la diferencia?

— Necesitamos conversar. Vamos a reunirnos lejos de la prensa en principio. Helena, escucha: es la primera vez desde la fundación de la ONU que somos portadores de información que puede llevar a una intervención militar directa en un país. Como bien sabe, Estados Unidos e Inglaterra siempre han liderado estas acciones. Debemos ser prudentes. Nuestros esfuerzos tienen como objetivo la paz y no la guerra. Por el momento no todos los países miembros del Consejo necesitan saber esta historia. Incluso los Jefes de Estado no sabrán antes de que averigüemos los procedimientos que usaremos en Irán. — Hubo un pequeño silencio en la línea. — No quiero prolongar el asunto. Ven a Nueva York ahora. Recuerda: esta información todavía es muy restringida.

Helena dudaba de eso.

Antes de que pudiese argumentar la línea quedó muda. Doroth había cortado.

Absorbidos por el presente los recuerdos comenzaron a disolverse cuando Helena se sentó nuevamente en el sillón del Learjet y se abrochó el cinturón de seguridad. En el recorrido intentó repartir la atención entre las dos noticias alarmantes que había recibido pero el nivel de

importancia siempre tendía para César. En varias ocasiones se esforzaba por recordar todo lo que había dicho en el video y tomaba nota de sus recuerdos. *Helena, en el templo de la Llama Eterna, sigue los Elementos. Los arabescos en el Espejo de Agua explican el Tórus. Isfahán es la tierra de la Geometría Sagrada. Ciro, el Grande y Ferdowsi indican su mayor representación... Recuerda: la clave de todo es el conocimiento y sólo tú puedes traerlo al mundo.*

César indicó Teherán como primer destino y lo que sucedía en ese momento era que Helena estaba a punto de aterrizar en el extremo opuesto al que él había indicado. Sin embargo no tenía otra opción más que seguir las directrices de Doroth Morgan.

Lo más intrigante de todo era que el hombre misterioso que la había llamado cuando aún estaba en Brasil había previsto aquella noticia con precisión. ¿Quién sería? ¿Y cómo concluyó que la noticia era falsa?

Intentó unir los puntos de la noche anterior.

*¡No es posible que César y la noticia de armas nucleares en Irán estén interconectados!*

De cualquier forma el procedimiento de Dorothy parecía correcto para el momento: secreto absoluto. Dependiendo del nivel de gravedad de las supuestas evidencias, el Consejo de Seguridad podría convocar, de un día para el otro, una sesión especial de la Asamblea General de la ONU. Todos los países miembros reunidos para discutir una posible guerra. Tuvo la sensación de que sus años de estudio de Diplomacia parecían materia de primaria ante la situación actual.

Su atención se orientó hacia la llamada del comandante en el comunicador interno:

— Disculpe señora Gouveia, estamos en la fase final de aproximación del aeropuerto Jonh F. Kennedy. La temperatura en Nueva York es de diecisiete grados. Que tenga buen fin de semana.

*Nueva York*, pensó. Por primera vez en años Helena no sabía qué esperar de aquella ciudad.

## CAPÍTULO 9

El helicóptero utilitario Mi-8M de la Guardia Revolucionaria volaba a doscientos pies debajo de la línea de detección del radar en modo silencioso y sin luz. César Montenegro estaba sentado, sudando frío, mientras el viento fuerte le revolvía los cabellos blancos. Las muñecas amarradas le latían detrás de la espalda y su respiración a destiempo le causaba dolor.

La voz del general se oyó ácida por encima del sonido del viento.

— Señor Montenegro, estuve pensando sobre su situación... — El oficial tenía una expresión intimidante en el rostro barbudo. Cuatro soldados de la Fuerza Qods que llevaban uniformes negros y máscaras ninja lo rodeaban, sentados con sus ametralladores entre las piernas las miradas vacías, fijas en algún punto en dirección a él. — El gobierno de Irán le otorgó subsidios, una estructura de altísimo nivel, que se incluyen en el círculo más confidencial del presupuesto militar, ¿y usted pretendía llevarse esa tecnología fuera del país? ¿Cómo pudo considerar esa posibilidad?

César no respondió.

El hombre continuó su discurso en un persa ronco.

— ¿Usted pretendía dañar esta patria que lo acogió cálidamente y le dio todo, principalmente dignidad y confianza por tantos años? Claramente nuestro gobierno lo considera un traidor. Usted pasó muchos años aquí y creo que conoce la pena para crímenes de traición a la patria, ¿estoy en lo cierto?

César notó un cambio en la brisa y en seguida la aeronave hizo una curva a la derecha reduciendo altitud. Resolvió soltar una frase, un susurro casi inaudible disolviéndose en el viento:

— El único dueño de la tecnología es la humanidad.

— Sí, lo será. A través del gobierno de Irán. Recuerde que el lapidamiento es la pena más simple por traición a la patria.

Las palabras del general se perdieron bajo el ruido de las hélices. César se dio cuenta de que ahí abajo, en la semi-oscuridad que antecedió al amanecer, el destino final se delineaba. *Usina de enriquecimiento de Uranio de Isfahán. Han venido por el prototipo.*

Cuando aterrizaron delante de la entrada los rotores redujeron la fuerza y los cuatro bultos salieron de la inercia. Saltaron del helicóptero y trotaron hasta el portón ejecutando movimientos idénticos, como dotados de una única conciencia colectiva. Después de ordenarle al piloto que permaneciese en la nave, el general tomó a César. Lo empujó hacia afuera mientras las ráfagas del helicóptero le revolvían el cabello. Le cosquilleaban las manos amarradas. El aire frío de la madrugada le entró por la nariz congelándole los pulmones y haciéndole olvidar de que, dentro de poco más de una hora, el verano de Isfahán mostraría una vez más su crueldad.

Al encontrarse con un gran portón de acero el general accionó una serie de comandos electrónicos. El portón reveló un pequeño zaguán donde se destacaban dos elevadores. César los utilizaba todos los días desde hacía más de tres años.

Descendieron cien metros rumbo al centro de la Tierra. Dos minutos después estaban en un gran salón, amplio, lleno de ordenadores. Cargado de equipos de última generación, se trataba un espacio esterilizado, impecable, limpio y bien refrigerado.

— Usted sabe lo que tiene que hacer ahora — dijo el general. — Suéltelo — ordenó a uno de sus soldados.

César sintió un alivio momentáneo cuando sus brazos quedaron libres. Se masajeó las muñecas para devolverles la circulación normal y se puso al frente del grupo. Cruzó dos largos corredores. Los cinco hombres lo siguieron hasta la puerta que daba a su laboratorio. César abrió una enorme compuerta metálica.

Y después de esa, otra.

Fue entonces cuando llegó a una estantería de acero doble y fijó sus ojos castaños en el lector óptico. La estructura se abrió con un silbido agudo revelando un pequeño artefacto iluminado por una lámpara interna. César lo tomó con las dos manos y lo puso arriba de una mesa.

— Ahí está— dijo, en un tono desolado.

El general sonrió con maldad.

— No me haga perder el tiempo, César. Hágalo funcionar. Ahora.

Sin fuerzas para luchar, obedeció. Activó el artefacto y observó la sonrisa de satisfacción en el rostro del general. Sus ojos fijos en el prototipo reflejaban la luz de la llama eterna.

Después de unos instantes admirando la obra le volvió la expresión austera.

— Vamos — ordenó el general al girar sobre sus talones y encarar la salida. Hizo un gesto con la cabeza a uno de los soldados quien ató nuevamente las manos de César por detrás de la espalda. Resignado se dejó arrastrar hacia afuera.

César apenas registró el camino de regreso a la superficie. Se preguntaba si Helena y Arash habrían recibido el mensaje. Sintió desangrarse el corazón cuando imaginó que podría haber puesto en riesgo también la vida de ellos dos. Mientras atravesaba los pasillos con la mirada perdida en el piso les pidió perdón mentalmente a ambos con la esperanza secreta de que su pensamiento les llegaría, por obra de un milagro cuántico, a miles de kilómetros de allí.

Se preguntó sobre la forma en que sería asesinado. *¿Será que me darán un tiro en la cabeza y me arrojarán en el desierto? ¿O tendré una muerte lenta?*

Volvió en sí cuando la enorme puerta de acero se cerró detrás del grupo con un clic reseco. Una luminosidad cruda predominaba en la mañana y el sol, aún tímido, traía ya consigo una brisa caliente y árida. César entrecerró los ojos para adaptarse mejor a la claridad mientras se preguntaba si estaba muerto ya en algún lugar entre el limbo y el cielo.

Al levantar la cabeza tuvo la visión más espectacular de su vida.

La escena era tan impresionante que hasta los soldados, de miradas cadavéricas, no conseguían contener el susto transformados por debajo de sus máscaras ninjas.

Una inmensa nube de tonos verdes y lila oscilaba sobre sus cabezas contrastando con el azul del cielo e ignorando los rayos del sol que subían desde la línea del horizonte. *¿Qué alucinación es ésta?*

La razón indicaba que aquello sólo podría tratarse de una cosa, el fenómeno más espectacular de la Tierra, algo imposible de ver en aquella región del mundo.

Era una aurora boreal.

En ese instante escuchó un golpe seco a su izquierda. Después a la derecha. Dos de los soldados caían al suelo inertes. Charcos de sangre crecían formando halos alrededor de sus cabezas. El hombre que lo escoltaba levantó su fusil y abrió fuego pero, antes de completar la primera andanada, su cabeza fue empujada hacia atrás por una fuerza invisible y acabó estrellándose en la tierra.

El último soldado soltó el prototipo en el aire mientras temblaba por su vida. Aturdido, César dobló las rodillas tirándose al suelo mientras buscaba con la mirada al general. Notó entonces la silueta robusta del comandante cayendo pesadamente abatido por un tiro invisible.

Fue allí que lo vio.

Saliendo por detrás del helicóptero un hombre delgado y uniformado se encaminaba hacia él con pasos de reptil del desierto. César pensaba que alucinaba hasta que vio la cámara fotográfica que colgaba del cuello de la persona que se aproximaba.

Entonces se dio cuenta de que era su turno.

Los brazos atados por detrás le impedían saltar sobre uno de los soldados caídos a su lado y tomar un arma. No había obstáculos donde esconderse cien metros a la redonda. Detrás de él, allá al fondo, una cerca delimitaba el área de los grandes túneles del complejo nuclear principal. Todo alrededor consistía en un suelo terroso y sin vida.

Sin salida.

Levantó la cabeza. Vislumbró nuevamente la maravilla allá arriba. Un cuadro pintado por Dios para aquel preciso momento.

El hombre llegó junto a César y pudieron verse los rostros.

Era un oriental.

Lo aterrizaron esos ojos rasgados bajo la boina puesta de lado. *La frialdad de un asesino.* Pequeñas arrugas que contrastaban con las mechas grises del cabello corto. Pese al aspecto delgado levantó a César fácilmente con una de las manos. Su voz sonó rasante:

— Vamos, señor Montenegro. Tenemos poco tiempo.

Entonces, un dolor que jamás había sentido le subió por la nuca, nublándole la visión. Lo último que César vio fue el rostro asiático del hombre, mirándolo desde arriba, antes de sumergirse en la oscuridad.

## CAPÍTULO 10

Cincuenta minutos pasaron desde que una agotada y angustiada Helena Gouveia descendió

en el aeropuerto John Kennedy hasta que llegó en helicóptero a la sede de la ONU en Nueva York. Salió de Brasil a las 22h19min del día anterior y ahora, menos de doce horas después, se encontraba en el segundo piso del rascacielos, entre el Consejo de Seguridad y las cámaras del Consejo Económico y Social. Allí, en uno de los salones de exposición de arte, yacía una réplica del Cilindro de Ciro. En ese momento ella leía el texto traducido en inglés escrito en la estructura de acrílico que protegía el documento, un barril de arcilla cocida de 22,5 cm de longitud por 10 cm en su diámetro máximo:

*"... Yo soy Ciro, rey del Universo, el Gran Rey, el rey poderoso, rey de Babilonia, rey de Sumeria y Akkad, rey de los cuatro rincones del mundo..."*

Ella había estudiado suficiente Historia para saber que aquella fuente de nada serviría para encontrar a César y el tal prototipo de Energía Libre. Sólo de pensar en esa posibilidad, sentía el pecho hormiguar de aflicción.

*Ferdowsi y Ciro, el Grande, indican su mayor representación, se acordó ella, revisando mentalmente el video de César... La clave de todo es el conocimiento... Sólo tú puedes traerlo...*

*¿Cómo tan sólo yo?*

Antes de la diplomacia, Helena había enseñado en la UNB, cuando aún hacía su posgrado. En las clases de Imperios de la Antigüedad le gustaba citar el texto de autoría de Ciro II que reinó en la Persia antigua, escrito en la caligrafía cuneiforme de los acadios. Ciro conquistó Babilonia con su poderoso ejército persa en el año 539 a.C sin derramar una gota de sangre. El objeto fue evaluado por la ONU como la Primera Declaración de los Derechos Humanos registrada en la Historia. Se registró allí la forma en que Ciro liberó a los esclavos, cómo permitió que pueblos exiliados pudieran volver a sus tierras y ordenó la restauración de los templos que profesaban los más variados cultos religiosos tras la conquista. Helena consideraba a Ciro un símbolo de tolerancia religiosa, generosidad política y humanitaria.

*Un emperador que ganó apoyo masivo de su pueblo por esa actitud, analizaba ella. Ya no se hacen más líderes como antiguamente.*

*"...Mis numerosas tropas marcharon pacíficamente en Babilonia..."*

Helena leía la traducción del cilindro en una placa anexa al cristal que lo contenía. Esperaba que, si fuera necesario que las numerosas tropas de la ONU intervinieran en Irán, la entidad retribuyera en la misma moneda que los antiguos persas usaron con los pueblos conquistados en Babilonia milenios antes, sin derramar una gota de sangre. Para ello, el lobby de las Naciones Unidas debería ser perfecto, una acción organizada de tal manera que los países interesados en una guerra no tuvieran margen para maniobrar. Y la reunión que tendría en momentos sería decisiva.

— ¿Helena? — llamó una voz femenina detrás de ella.

Ella se dio vuelta ya sabiendo que era Dorothea Morgan.

Cualquiera que conociera solamente la voz de la Secretaria General de la ONU nunca podría suponer tanta desproporción con su compostura física. De forma casi cómica la neozelandesa se presentaba con un metro y cuarenta y ocho compacto, cuadrado, sin curvas, guardado en un blazer gris sobre tacones altos del mismo color. Las mejillas eran dos manzanas rosadas que colgaban del rostro y que se expandían al sonreír apretando los ojos pequeños y la nariz fina y arrebatada cuya inclinación desafiaba la gravedad.

El flequillo rubio se sujetaba hacia atrás en un mechón voluminoso. Helena estaba segura de que la intención en el corte había sido el último esfuerzo para hacerla más alta. No es que Dorothea Morgan lo necesitara para imponerse. A diferencia de la tímida dicción neozelandesa (Helena



siempre decía que aquel pueblo no abría la boca para hablar), Doroth tenía una voz firme y perfectamente puntuada. Estas peculiares características hacían de la Secretaria General de la ONU una figura única. Y, para Helena, una amiga.

Sólo que ahora su rostro estaba cargado de tensión.

Doroth Morgan ni siquiera la saludó con un abrazo. A solas, sin la multitud de asesores, la secretaria la midió de arriba abajo y no pareció preocuparse por el aspecto cansado de Helena. Lo que dijo a continuación la asustó:

— Ven conmigo, rápido — Y le dio la espalda caminando de prisa hacia el corredor que daba acceso a la cámara del Consejo de Seguridad. La secretaria avanzaba con el doble de pasos que ella. Helena aumentó el ritmo para disminuir la distancia e intentó preguntar:

— Encontraron pruebas concluyent...

Doroth hizo un gesto con la mano condenando la pregunta. Doblaron a la derecha. Un pasillo ancho se extendía por delante. En el fondo, la puerta doble de roble que daba acceso al Consejo de Seguridad ocupaba gran parte de la pared, imponente. La secretaria disimulaba una sonrisa para las pocas personas que pasaban cerca de ellas.

— ¿Qué sucedió, Doroth?

El rostro redondo de la Secretaria se cerró aún más cuando respondió.

— Algo terrible acaba de suceder en Irán.

Helena se dio cuenta de que sus rodillas se estremecieron. *¡Mi Dios del cielo! ¡César!*

¿Qué exactamente?

Doroth la miró seria.

— Necesito aclarar una cosa antes de decidir si vamos a necesitar una sesión especial de la Asamblea General.

— ¿Puedes adelantar alguna información?

— Es necesario que tú interactúes con una persona para que entiendas todo.

Helena tenía un pésimo presentimiento en cuanto a aquella información. Su amiga arrastraba los dientes en el labio inferior, una manía de cuando se sometía al mucho estrés. Comprensible después de todo, las evidencias halladas en Irán y el secreto que Doroth había pedido eran inéditos para Helena en la ONU.

Cuando se acercaron a la puerta doble la Secretaria se frenó. Helena percibió que pocas personas salían y entraban de las salas adyacentes, concentradas cada una en su trabajo. A pesar de la prominencia del cargo de las dos allí dentro representaban tan sólo *un* cargo más. Ella había aprendido que en la ONU la cultura jerárquica no se asemejaba a la tradicional como la de un gobierno y su presidente, por ejemplo, siempre acosado y centro de atención.

— ¿Qué pasó? — quiso saber Helena intrigada.

Doroth abrió la puerta para que pasara y luego la cerró detrás de ellas. Era la primera vez que Helena veía aquel lugar vacío.

Y cerrado.

— Tenemos que establecer la comunicación desde aquí. Hay un flujo incesante de personas en mi gabinete ahora.

— Doroth, dime lo que está pasando...

— En cuanto supe la noticia vine para acá y le pedí a mi asesor principal que te localizara. Considerando la información que tengo no podría haberte llamado al teléfono móvil cuando llegaste. Entonces fui a tu encuentro.

En silencio Doroth caminó hasta una mesa cerca de la entrada y se sentó donde había un

ordenador portátil. Helena humeaba de ansiedad. Dorothea movió el ratón. Un hombre negro con el ceño aún más serio que el de la secretaria apareció ocupando el monitor por completo.

— Helena, ese es Muambi Zulan, diplomático de Sudán. Uno de mis hombres de confianza en la Comisión Investigadora en Irán. Le va a resumir lo que sabe. Zulan, puede empezar.

La voz del africano era aterciopelada.

— Lo siento por no presentarme con la cordialidad que merece, señora presidente. Aquí hay un caos. Sin embargo, hay que aclarar algunos puntos antes de que tome posición. Como usted sabe, encontramos evidencias, yo diría casi concluyentes, de armas nucleares en Irán.

Helena se impacientó.

— Señor Zulan, ¿es posible que me informe algo a lo que todavía no haya tenido acceso? — dijo ella, recordando la llamada de la noche anterior en que el hombre misterioso le había adelantado que ella recibiría esta noticia. *Y dijo que sería falsa.*

— Hace media hora recibimos la noticia de que un terremoto golpeó a la ciudad de Isfahán. Como usted se encontraba en vuelo durante madrugada no se debe haber enterado.

Helena sintió un mareo y tuvo que sentarse en la silla más cercana. Zulan continuó:

— La Secretaria Dorothea prefirió no comunicarle vía celular porque tenemos una duda para aclarar con usted antes de comenzar la reunión con los embajadores del Consejo de Seguridad.

— ¿Qué quiere decir? ¿Una duda? ¿Qué sabría yo sobre un terremoto en Isfahán?

El hombre ignoró la pregunta.

— El temblor llegó a 8.2° en la escala Richter. Y no alcanzó de lleno la ciudad aunque causó grandes estragos en la periferia. Sin embargo, la administración de Isfahán decretó una cuarentena. Ya comenzaron la evacuación masiva.

Helena no entendía por qué la información llegaba de esa manera en el salón del Consejo de Seguridad a oscuras, en presencia de Dorothea y del comisario enviado a Irán a través de una conexión vía internet. Por otra parte, desde la noche anterior nada era comprensible.

— ¿Por qué me estoy enterando de este hecho en esas circunstancias? — Cuestionó Helena a Dorothea.

— Helena, la cuarentena está en procedimiento porque la planta de enriquecimiento de uranio en los alrededores de la ciudad fue alcanzada por el temblor. No tenemos todavía datos pero ya existe una fuga de material radiactivo. La ciudad histórica de un millón y medio de habitantes puede convertirse en una nueva Chernobyl.

Helena sacudió la cabeza intentando absorber lo que oía. Imaginó las posibles implicaciones para los planes de paz de Dorothea. De repente se acordó de algo aterrador. Confundida por las circunstancias no recordaba que las supuestas evidencias de armas nucleares se encontraron exactamente en Isfahán.

No sabía más qué pensar.

— Está claro que la ONU tendrá que recurrir a ayuda humanitaria en la región. Pero políticamente lo que me preocupa no es eso. — Dorothea posó la mano en el hombro de ella y la miró con profundidad. — Voy a ser directa, Helena. Zulan tuvo acceso a una lista preliminar de los técnicos y científicos que se encontraban en la planta de Isfahán en el momento del terremoto. Se quedó pasmado al leer que había un brasilero en el lugar, un funcionario de alto rango en el proyecto nuclear iraní. — Ella apretó los labios. — Tú nunca me dijiste que César Montenegro trabajaba para el gobierno de Irán.

Helena necesitó unos segundos para asimilar esas palabras en toda su brutalidad. Entonces una combinación alarmante de sensaciones la impregnó, como una peste maligna que dilata con

rapidez cada célula del cuerpo: Incredulidad. Pérdida. Impotencia. Finalmente, desesperación. *¿César está muerto?*

Sin embargo necesitaba contenerse. La información podría ser equivocada e incluso falsa. Se acordó del video de César: "*Ven a Teherán*". Helena sabía que Isfahán quedaba a cuatrocientos kilómetros de la capital aproximadamente. Estaba claro que se confundieron. Al mismo tiempo no tenía ni idea de en qué ciudad él trabajaba. *¿César ha ayudado al gobierno de Irán a fabricar armas nucleares?*

No había la menor opción.

A pesar de las evidencias no podía desconocer la llamada inusitada del hombre la noche anterior: la noticia era una *false flag*. Una bandera falsa como decían los teóricos de la conspiración; una mentira cuidadosamente producida. Todo aquello era mentira, incluso la muerte de César. En ese momento sintió que lo mejor sería no contar nada a Doroth sobre la llamada que había recibido. Mucho menos revelar algo sobre el video de César.

*"Y bajo ninguna circunstancia reveles esta información a alguien"*, él le había dicho.

Luchando contra la sensación abrumadora, Helena miró a Doroth.

— No es posible que sea cierta esa información — dijo ella con un soplo de voz.

— Helena, sé que la situación es más que complicada. Sin embargo, ¿entiendes ahora la razón de esta reunión? ¡Si saben que la actual presidenta del Consejo de Seguridad tiene lazos con alguien en la planta de Isfahán, con un ingeniero nuclear, la credibilidad de la ONU, de Brasil y, principalmente la tuya, estaría arruinada!

— Doroth, tú no estás sugiriendo que tengo conocimiento de lo que César hace en Irán, ¿verdad?

Doroth la miró con pesar. Abrió una pestaña en internet y le mostró una noticia de la CNN en letras enormes:

INGENIERO NUCLEAR BRASILEÑO TRABAJA EN LA USINA EN EL MOMENTO DE LA CATÁSTROFE.

Doroth se dio vuelta para hablarle de frente:

— Yo no, Helena. Pero dentro de algunos minutos el mundo entero lo va a sugerir.

CAPÍTULO 11

En ese preciso momento, a orillas del río Potomac, Ronald Jay Campbell bebía un cappuccino amargo y observaba su reflejo esbelto de pie en el cristal tintado que daba al patio central del Pentágono. Prevenido, sabía que la ausencia del Presidente de Estados Unidos y de su Vicepresidente en la reunión que comenzaba en instantes le concedía, naturalmente -como por un derecho adquirido por la experiencia-, la función de conductor de las estrategias ante la actual crisis. El Secretario de Estado, Aaron Huxley -el que debía asumir la responsabilidad de intermediario-, no tenía la menor condición para administrar ni siquiera una reunión de familia y, mucho menos, un encuentro de tal importancia.

A pesar de que ya conocía las evidencias de la ONU, el Presidente de Estados Unidos presidía la conferencia anual del G8 en Zúrich. El Vice participaba en la inauguración de una plataforma petrolera en la costa de California y pasaría por otros cinco estados en los próximos cuatro días con otros compromisos. Además, había algo en la agenda de los dos que los alejaba aún más de la actual crisis: ambos se preparaban para las elecciones presidenciales y recorrían de

dos a tres Estados al día. Campbell comprendía que cualquier cambio en la agenda oficial de un Presidente y de un Vice podría representar una alerta para la prensa. Las investigaciones para conocer los motivos que los hicieron cambiar de ruta serían inevitables.

*Los medios siempre son capaces de proporcionarnos la gloria en la misma medida en que nos aniquila, pensó. No es momento de alardear.*

En la última hora, sin embargo, era imposible que el mundo no prestara atención a Irán. Un terremoto que dejaba a Campbell y a todo el planeta aturdido afectaba exactamente la ciudad donde la ONU había alegado identificar evidencias de armas nucleares. Así la ONU no lograría conducir la crisis sola. Probablemente la presión sería intensa por parte de EEUU e Israel. Otra porción de países ofrecería ayuda humanitaria a la región lo que podría hacer de Irán un territorio internacional en un abrir y cerrar de ojos. Un nuevo Irak.

*Y un país ocupado por fuerzas extranjeras es un país entregado a la guerra civil.*

Al igual que todas las agencias de seguridad de Estados Unidos, Campbell tampoco sabía en qué etapa se encontraba el proyecto nuclear iraní. Tal vez ellos no hubieran iniciado el programa. *Pero también es imaginable que ya posean bombas direccionadas hacia acá.*

Todo en ese episodio era un manto sombrío y amenazador. Incluso para Ronald Jay Campbell.

Pero ningún otro hecho le preocupaba tanto como éste: por las últimas informaciones, la ciudad de Isfahán podría ser devorada por la radiación en pocos días. Esto imposibilitaría una inspección adecuada en la Fábrica de Misiles de la ciudad donde la Comisión Investigadora había encontrado las evidencias. Sin las pruebas concluyentes la ONU no tendría el poder de dar las directrices para el problema. Entonces entrarían los Estados Unidos y sus aliados. Desde 2005 América alertaba a Irán y al mundo del programa nuclear del país de Oriente Medio. Ahora era el momento clave para que la nación actuara.

Pero aquello no podía suceder.

Campbell sabía que el hecho de que la ONU hubiera encontrado las evidencias era lo mismo que arrojar carne sangrando en un mar infestado de tiburones. Aquellos que se interesan por la guerra saben que donde hay humo hay fuego. En el caso de Irán, mucho fuego. Y aunque las Naciones Unidas no pudieran probar el hecho, Washington haría lo que mejor hace: hallaría la forma de encontrar las evidencias, impondría la democracia de hecho derribando al régimen islámico que sofocaba a aquel pueblo desde 1979, a partir de la Revolución Islámica.

En todos los casos Campbell siempre optaba por la salida diplomática. *Yo viví momentos claves de la historia en los que la diplomacia funcionó*, recordaba él, en referencia a la Crisis de los Misiles del '62. Sin embargo, todos en esa mesa acordaban que la vía diplomática no funcionaría. El Presidente de la Junta de los Militares, Thomas Wilker, a pesar del respeto que inspiraba, estaba a favor de la invasión. Las fuerzas armadas querían recuperar su imagen frente a los numerosos escándalos en Irak y las acciones precipitadas en Afganistán y Siria. La ocupación de Irán sería la gloria del ejército estadounidense.

Además, el Secretario de Estado, Aaron Jones y los directores de las Agencias de Inteligencia se posicionaban categóricamente a favor de una intervención. A Campbell le gustaría observar los acontecimientos de las próximas horas para posicionarse. El gobierno de Irán aún no se había pronunciado sobre el terremoto, tampoco sobre las evidencias de la ONU que eran un tema secreto sólo de Doroth Morgan y del Pentágono.

Esta era la mayor de las inquietudes de Campbell: las inteligencias de Rusia, China, Israel e Inglaterra estaban sorprendentemente calladas hasta ahora.

*O callados o desprovistos de la información, pensó él.*

Aunque fuese casi imposible, Campbell prefería pensar que la noticia estaba sólo en posesión de la ONU y de los Estados Unidos.

Los hombres ingresaron la sala de reuniones con sus rostros absorbidos por la preocupación.

Campbell fue hasta la mesa, colgó la chaqueta negra en el respaldo de la silla y se sentó acomodando el respaldo en el hombro.

*Ahí vamos, segundo round.*

El presidente de la Junta de los Militares, el general Thomas Wilker, entró en la sala. Iba a saludarlo cuando otro hombre se asomó a la puerta algo agitado. Campbell agudizó la mirada para identificarlo.

Se trataba del director de DARPA, Christopher Lott, que entró a la sala con lo que parecía un pen-drive en la mano. En seguida dos agentes del servicio secreto, guardias de seguridad dentro del Pentágono, aparecieron en la puerta un tanto desconcertados y miraron a Campbell como si no supieran lo que estaba pasando.

*¿Lott burló la seguridad?*

— Señores — dijo Lott, con el rostro exhalando ansiedad. — Perdónenme por la intromisión pero necesito presentarles algo que puede evitar un conflicto en Irán.

— ¿Qué locura es esa, Lott? — exclamó el Secretario de Estado, Aaron Jones. — Su posición en la jerarquía no le permite estar aquí. Lo que está...

Campbell lo interrumpió sin abandonar la elegancia.

— Señor Lott — lo llamó con una sonrisa amistosa —, usted sabe que esta es una reunión del Consejo. Me temo que las novedades *high tech* de la DARPA no sean aprovechadas con el debido valor en este encuentro de viejos gagás.

— Señor Director, Señores, no arriesgaría mi reputación para venir aquí sin un motivo importante.

Campbell reflexionó por unos instantes. La DARPA (Agencia de Proyectos Avanzados de Investigación de Defensa) de la cual Lott era director, consistía en un órgano del DOD (Departamento de Defensa, o Pentágono). Es decir, Christopher Lott debía subordinación a Campbell. Los directores de la CIA y de la NSA se miraron desconcertados. El director del Pentágono entendió la razón: los jefes de las dos mayores agencias de contraespionaje de Estados Unidos no tenían conocimiento de ese supuesto proyecto. Al estudiar a Lott observó que detrás de sus enormes gafas que se apoyaban por sobre una protuberancia de la nariz los ojos del director tenían un brillo peculiar, de alguien que estaba seguro de lo que decía. Pero el director del Pentágono no imaginaba qué tipo de invención milagrosa podría ofrecer Lott que él no supiese. Como superior de él Campbell recibía semanalmente los avances de la agencia. Sin embargo, ante el delicado cuadro en que se encontraban, tenía que acordar con el propio intruso. No se arriesgaría porque sí. Decidió que le daría una oportunidad a su subordinado. Para obtener ese cargo, Lott ya había pasado la fase de sugerir incompetencia en lo que hacía.

— Entre, señor Lott. — Campbell hizo una señal con la cabeza, despidiendo a los agentes de seguridad.

Aaron Jones se molestó.

— El presidente de esta reunión aquí soy yo, señor Campbell. No tengo interés en...

— Perdóname, señor Jones — dijo Lott, interrumpiendo. Recorrió con los ojos los hombres sentados a la mesa. — Señores, lo que tengo que presentarles consiste en la mayor arma blanca y

pacífica de todos los tiempos cuyo potencial colocará a todos los ejércitos del planeta juntos en la condición de niños con gomeras en las manos.

## CAPÍTULO 12

Campbell se recostó en la silla de cuero y se aflojó el nudo de la corbata. El aire de la sala de reuniones del Pentágono era extrañamente denso. Debía reconocer que la presencia de Lott no tenía mucho sentido ¿Cuál sería la relación práctica de una supuesta arma creada por la DARPA - por más impactante que fuese- con un encuentro para tratar una crisis que todavía era sólo política? Lott era un científico de gran talento, de reconocimiento mundial. Ahora, sin embargo, no pasaba de un pececito de acuario suelto en medio de los tiburones.

Pero tal vez Lott fuera la salida que Campbell buscaba.

Mientras tanto, el Secretario de Estado, Aaron Jones y los directores de la NSA, David Johnson y la CIA, Gareth Tabe, parecían confundidos en sus asientos. Sólo Lott estaba de pie con sus arrugas marcadas en la frente y el aire intelectual desbordando los ojos.

Ronald Jay Campbell miró fijamente a Thomas Wilker, el jefe del Estado Mayor. El general negro estaba enmarcado por la bandera de Estados Unidos acomodada en un pedestal y la foto del Presidente del país al lado.

— Campbell, me entusiasma mucho saber de las innovaciones de la DARPA — empezó Wilker. — El protocolo de esta reunión, sin embargo, no incluye informes sobre nuevas tecnologías. Estamos ante una crisis, tal vez, sin precedentes. — El tono de voz de Wilker se volvió rígido y se dirigió a los demás hombres, uno a uno. — No permitimos que un país incluido en el Eje del Mal ejecute un programa hostil como sugieren las evidencias encontradas por la ONU.

— Usted lo dijo correctamente — contrapuso a Campbell. — "Sugieren". Todavía no hay nada palpable. ¿Alguien aquí ha visto el informe de la ONU? Yo no. Pasaron ocho horas desde que se encontraron las supuestas evidencias y los señores ya quieren actuar pensando con las vísceras? El bloqueo económico y las sanciones de la ONU ya son técnicamente acciones de guerra. Podemos recurrir, sí, a la diplomacia. Existe la posibilidad de proponer una disminución de los bloqueos económicos a cambio de los misiles o de lo que sea que la ONU encontró. Existe la posibilidad de que Lott nos quiera confiar algo.

— Si la tecnología es tan poderosa — dijo Aaron Jones —, entonces sugiero que esperemos la presencia del hombre más importante entre nosotros para conocerla que se encuentra en plena campaña presidencial. ¡Por eso es mi deber representar su voluntad aquí!

— La historia favorece a los valientes — dijo Wilker a Campbell. — No podemos ser de los hombres que pagan para sentarse a ver.

Aaron Jones asintió con la cabeza.

— Sería una demostración de debilidad para toda la comunidad internacional, Ron — dijo el Secretario de Estado.

— Todavía no sabemos los detalles, Aaron — dijo Campbell, perdiendo un poco la línea. — ¿Qué está proponiendo? ¿Una simple invasión como si quisiera vengar a los espartanos de las invasiones de los persas antiguos?

Jones cruzó los brazos y aspiró con fuerza por la nariz produciendo un ruido desagradable.

— Señores — continuó Campbell —, necesitamos esperar el informe de la Comisión de las Naciones Unidas. ¡No sabemos todavía si son misiles, bombas o goma de mascar lo que han encontrado! Necesitamos agotar todas las vías diplomáticas antes de una acción efectiva. Y en ese tiempo podemos escuchar lo que Lott nos quiere mostrar.

El director de la NSA, David Johnson, un hombre bajo que se encontraba a su izquierda, interrumpió:

— Ron, tenemos que ocupar Irán y después encontraremos las pruebas. Tal como lo hicimos en Irak y tuvimos un éxito absoluto.

Campbell respiró profundamente y observó a aquellos hombres. En realidad la discusión allí no tenía la transparencia de la verdad. Se trataba de un juego de intereses. Cada uno de ellos tenía sus pretensiones con la invasión. Desde levantar la moral del ejército, pasando por ganar popularidad del gobierno ante una elección, hasta aumentar el presupuesto de su propia agencia. La crisis por ahora sólo salpicaba gotas de sangre en un mar agitado. Pero sólo eso ya era suficientemente atractivo para los tiburones del gobierno.

— Todos están de acuerdo en que la vía diplomática no funcionará, Ron — dijo Jones —, es demasiado lenta y todo está ocurriendo muy rápido. La tragedia llevará ayuda internacional a la región y la nube radiactiva puede llegar a Europa. ¿Usted propone diplomacia ahora? ¡Ya no estamos en la época de los Kennedy!

Campbell apenas meneó la cabeza negativamente, dosificando sus estrategias.

— ¿Paz a cualquier precio? ¡Estamos ciegos, Ron! — exclamó el director de la CIA. — ¡No sabemos si hay un arma apuntando nuestra cabeza en este instante!

— Señores, no quiero parecer dañino — dijo el general Wilker pero ya tenemos suficiente experiencia con Oriente Medio para saber que sólo entienden una lengua: la guerra. Por eso, el Estado Mayor opina que debemos intervenir inmediatamente y destituir al presidente y a los ayatolás.

Campbell percibió que todos asentían. Él estaba remando contra la corriente.

— Entonces me parece que tenemos tres opciones para presentar al Presidente — dijo él. — Invasión, invasión e... Invasión — dijo sonriendo con ironía.

— Tenemos una cuarta — dijo Lott. — Creo que esa es la razón por la cual vine.

Los hombres miraron al director de DARPA. La discusión se había tornado tan acalorada que los hombres parecían haber ignorado su presencia.

— Ah, sí... — dijo Aaron Jones desinteresado.

— Podemos hacer uso de nuestra bomba virtual — Lott lo dijo con un entusiasmo seguro. — Nuestra arma cibernética de destrucción masiva.

— ¿Y qué quiere decir eso exactamente, señor Lott? — preguntó Wilker.

— Que el Flame terminaría siendo un juguete de niño.

Campbell sintió que el cuerpo se le hundía en la silla. No esperaba que fuera a tratar ese asunto tan pronto, nuevamente.

En junio de 2010, los técnicos de una empresa antivirus, VirusBlokAda, descubrieron en el ordenador de un cliente iraní el virus más mortal y poderoso de todos los tiempos, el Flame. A través de un pen-drive había sido inoculado intencionalmente en el sistema de centrifugadoras de la planta de conversión de uranio de Natanz, región central de Irán. Más de mil centrifugadoras simplemente se rompieron a causa del exceso de producción de los rotores que el virus estimulaba, sin denunciar el riesgo. Una parte de la estructura de la planta quedó deshabilitada por un buen tiempo.

Toda la comunidad internacional sabía que sólo dos países tendrían estructura y motivos reales para concebir tan poderoso proyecto: EEUU e Israel. Es decir, la CIA y el Mossad. Campbell aprobó con vehemencia la actuación del Flame ya que no habría riesgo de bajas civiles y posiblemente el plan sería tan práctico como una acción militar directa. Su existencia, claramente, fue negada por los dos países.

Lott había proyectado con los hackers de DARPA algo aún más impactante. ¿Pero por qué Campbell no había sido avisado con antelación sobre el proyecto? Todavía estaba la posibilidad, por supuesto, de consultar al Presidente. Pero Campbell pensó que de los males presentados en aquella sala, el que se presentaba frente a él ahora podría ser el menor.

— Está bien, señor Lott — dijo Aaron Jones a su lado. — Usted tiene exactamente cinco minutos para explicarnos qué diablos de arma pacífica es esa.

## CAPÍTULO 13

Campbell unió las manos en forma de oración sobre su boca, enfocado en el silencio sorpresivo que se instaló en la sala tras la exposición de Lott. Pasmado, el secretario de defensa no podía negar que la herramienta, que el director de la DARPA acababa de presentar, alcanzaba escalas impensables para el mundo de la tecnología digital y para la guerra cibernética. Si la idea del científico se utilizaba ahora al comienzo de la crisis podría evitar algo peor.

*Tal vez impidiera una guerra física de proporciones aterradoras.*

Sin embargo, tenía total conocimiento de que la naturaleza pacífica y salvadora del llamado Flame II no garantizaba que se pusiera en práctica. Ni siquiera garantizaba que fuera aprobado por el gobierno y declarado válido. Hasta el irreparable patriotismo de Campbell tenía que admitir que la política siempre era resuelta en un implacable juego de intereses.

La explicación era simple: en líneas generales, para la élite gobernante no había lucro con la paz. Y la característica básica del Flame II era evitar una guerra física. Sin tiros, sin bombas,



sin muertes directas. Sin pólvora y sin derivados del Petróleo. *La industria bélica es la más poderosa y rentable del mundo.*

Por eso, por la experiencia de Campbell, cada autoridad presente en aquella reunión defendería su espacio a capa y espada a partir de ahora.

A la izquierda, el Secretario de Estado Aaron Jones utilizaba la prerrogativa de representar al Presidente y al Vice para exhalar su arrogancia.

— Interesante — dijo Aaron Jones —, voy a relevar su intromisión en una reunión de alto rango y le digo: yo mismo me encargaré de repasar su informe para el Presidente y el Vice después de que ellos regresen de la gira de la campaña presidencial. Pero confieso que ahora tenemos que discutir acciones... digamos... menos subjetivas... algo más directo, yo diría.

*Dispersión*, pensó Campbell. Por supuesto, la crisis política era una gran oportunidad para el gobierno de salir bien parado en un conflicto. En pocas horas el mundo pediría la intervención en el cadavérico Irán que, aunque estaba destruido psicológicamente por un terremoto en una ciudad importante del país, siempre fue un caballo indomable, capaz de planes que ni la inteligencia estadounidense era capaz de investigar.

— ¿Algo más directo? Usted se refiere a una invasión, ¿no es así? — Lott contrapuso a Jones pareciendo entender la posición dudosa del Secretario de Estado. Aunque había replicado a un superior, la pregunta no tuvo un tono de afrenta.

— Sí— respondió Jones. — Nada ha superado la intimidación a través de la fuerza militar. Pero esta es sólo mi opinión. Necesitamos escuchar al Presidente.

— También mantengo mi posición — declaró el director de la CIA. — Como especialista en la puesta en funcionamiento de misiones ostensivas en el campo, estoy seguro de que cualquier error acarrearía pérdidas financieras sin hablar de la crisis política si los hechos de esa operación se filtrasen — enfrentó al director de DARPA —, y en ese caso será un perjuicio para usted, señor Lott. Un nuevo proyecto como éste, ciertamente necesita más tiempo en la nevera antes de salir al horno, así, tan crudo.

*Evasivo*, pensó Campbell. *Él prefiere ver que el circo se enciende a atreverse a algo nuevo.*

— Señor Lott — dijo Wilker —, ese asunto debe ser deliberado ante un consejo en el que esté el Presidente y una representante del Congreso. Hasta entonces nuestra obligación es tapar el agujero de esta herida terrible que se abrió en Oriente Medio.

*Astuto*, pensó Campbell para sí mismo. Wilker tenía mucho que ganar con la invasión. El ejército necesitaba urgentemente un combustible moral. Y eso representaba más poder a su máximo líder. El Presidente de la Junta de los Militares demostraba una extraña preocupación que se dibujaba sobre él en forma de líneas horizontales en la frente negra.

Lott debía tener cuidado, aquellos hombres eran capaces de convertirlo en un peón en el juego político.

— Realmente, no hay pares en el mundo hoy ante esta tecnología, señores — dijo el director de la NSA David Johnson. — Pero estoy de acuerdo con Gareth. Es prematuro pensar en una operación tan delicada y de esa magnitud en una crisis de la que ni siquiera sabemos dónde diablos están esas armas nucleares.

*Cierto*, pensó Campbell. *Entonces estoy solo de nuevo en esta.*

— ¿En cuánto tiempo el Flame II puede tornarse operativo, señor Lott? — indagó Campbell. Lott dejó ver una sonrisa orgullosa.

— Con todo respeto, señor. Yo nunca vendría aquí sin tener la más absoluta convicción que

el Flame II podría iniciarse en cualquier momento. Sólo necesito una orden del Presidente.

Campbell no pudo dejar de admirar la eficiencia del director de DARPA. Saldría de la sede de su agencia en Virginia sólo para repasar, con una sencillez increíble, esas informaciones. Admirable. Al mismo tiempo que Campbell se sentía aliviado por haber dado con una alternativa como aquella, estaba seguro de que si dependía de aquella mesa, el asunto sería encajonado e ignorado.

Observó su propio reflejo turbio en la reluciente mesa de caoba de la sala de reuniones del Pentágono. Una vez más percibió que aquel encuentro no tenía otro fin que la guerra. Él desarrolló a lo largo de los años la clarividencia política necesaria para saber que la situación evolucionaría hasta un punto en que él sería empujado contra la pared y se limitaría a un voto ganado. Campbell percibió que necesitaba saber todo directamente del responsable de las informaciones que tenían hasta ahora.

Actuaría como a la antigua usanza. Una visita a la Secretaria General de la ONU, Doroth Morgan. Quería verla, mirarla a los ojos y analizar los informes oficiales que acusaban a Irán de detener armas nucleares. La autoridad de su edad le permitía algunos lujos. La flexibilidad de protocolo era una de ellas.

Discretamente, tomó una pequeña hoja de anotaciones y escribió:

*"Vaya a Virginia. Lo encuentro en la sede de DARPA en unas horas".*

— Muy bien, señores — dijo, levantándose y recorriendo con la mirada las expresiones aturdidas de los hombres. — No me esperan para el almuerzo.

— ¿Qué quiere hacer, Ron? — preguntó Aaron Jones.

— Actuar como en los viejos tiempos, Aaron. Voy directo a la fuente.

Cuando pasó por Lott, que estaba de pie delante de la mesa, extendió la mano escondiendo el papel entre los dedos.

— Muchas gracias por la explicación doctor — agradeció a Campbell, notando el aire de sorpresa en los ojos del director de la DARPA al sentir la nota en la mano.

— Fue... fue... un placer, señor — retribuyó él, claramente desconcertado, antes de hundir de manera discreta el papel en el bolsillo del pantalón.

Dando la espalda al grupo, Campbell se sentía con los ánimos renovados. Sí, era posible. *Flame. Llama, pensó. Una llama de esperanza todavía subsiste.*

## CAPÍTULO 14

En Isfahán, bajo la luz muerta de una lámpara, Pang Meng se sentó en un banco viejo y sacó un cigarrillo del bolsillo. Nunca fue un vicio pero situaciones como la que acababa de presenciar exigían que hiciera uso del tabaco para aliviar la tensión. Lo encendió en la llama antes de descansar los codos sobre las rodillas observando la pared descascada por las filtraciones. Ya había visto algunas veces momentos similares a aquel. Nunca desde arriba, sin embargo. *Como Dios viendo la destrucción del mundo.*

Revisaba en su mente la catástrofe que se desarrolló bajo sus pies minutos atrás tan pronto como despegó con el helicóptero que había robado de la Guardia Revolucionaria.

Exactamente, en un ápice de segundos después del despegue, el suelo tembló fuertemente debajo del aparato. Meng observó que la torre central de la planta se partía por la mitad. Una grieta rasgó el suelo terroso en un área cerca de la usina, como un monstruo del apocalipsis en furia. Él había tirado de la palanca con fuerza subiendo a doscientos pies y tomó la dirección de la

base cruzando el espacio aéreo de la ciudad. Entonces el paisaje se hizo aún más interesante.

El color característico de Isfahán, un manto beige mezclado con marrón, se llenó de rojo. Rojo sangre. Meng vio sucesivas explosiones rojas y negras asomándose contra el cielo azul. Un bosque de casas y pequeños predios se desmoronaba en la periferia como si se hiciera de cartón. Otros tantos se incendiaban por el margen de la ciudad, posiblemente sufriendo la fuga de gas. Los grandes minaretes de las mezquitas que entrecortaban el horizonte caían por encima de edificios, calles y alamedas.

En las avenidas, los automóviles chocaban formando inmensos embotellamientos. Las personas salían de sus coches desesperadas. Meng había advertido que los bultos negros cruzaban en todas las direcciones serpenteando entre coches dados vuelta y edificios destruidos con sus túnicas flameando detrás de sí, como espectros de la muerte que acosan a sus víctimas. Eran las mujeres vistiendo sus tradicionales chadores, buscando lugares seguros o socorriendo algún herido por la tragedia. Este patrón caótico se repetía en los kilómetros que recorría el vuelo.

Meng había temido por la integridad de su escondite. Pero cuando aterrizó percibió que la estructura no se había sacudido con la catástrofe. Después de todo había sido construida para prevenir ataques de misiles Tomahawk de última generación.

*Ahora sólo esperar a que ese teléfono extraño suene.*

No tardó mucho y el sonido hizo eco en la sala cerrada. Después de tragar Meng tomó el aparato y atendió con el profesionalismo de siempre. Oyó un pitido agudo en la línea y luego dijo:

— Estoy aquí.

— Por lo visto escapó de la calamidad — dijo Xerxes, con la voz robótica.

Meng no respondió.

— Le dije que no se exponga. Usó el uniforme de la guardia revolucionaria y robó el helicóptero.

— Usted me contrató con conocimiento de mis métodos — objetó Meng. — La libertad para actuar fue la única exigencia que hice para aceptar la misión.

Siguió una larga pausa hasta que Xerxes dijo:

— Como usted corroboró la planta fue gravemente dañada. No sé de las implicancias del accidente. Es necesario avanzar con más rapidez. Me temo que tendremos una fuerza contraria a nuestros objetivos actuando en Irán.

— Quien se coloque en mi camino morirá.

— Lo sé, pero tenga cuidado. Son fuerzas amenazadoras.

Meng dudaba de eso. Al ponerse de pie movió la cabeza de forma circular para alargar los músculos del trapecio y del cuello haciendo ruido con las articulaciones. Preguntó:

— ¿Cuáles fuerzas?

Xerxes le contó. A continuación, la línea quedó muda.

Por primera vez en cuarenta años Meng dudó del éxito de una misión. Nunca había concebido que esa comunidad podría involucrarse en la crisis. *Me parecían tan inofensivos.*

Jamás en su vida demostró el mínimo interés sobre el significado de lo que las agencias de inteligencia llaman "el paquete". La utilidad fundamental del objetivo, el resorte principal de todo el acto. La información a la que sólo el alto comando accedía. Meng siempre comprendió la seriedad de la famosa *compartimentación*. Cada sector de la misión tenía conocimiento sólo de lo que interesaba en su especialidad. Natural, pensaba Meng. Ni siquiera los agentes de campo entendían la complejidad de la inteligencia estratégica y militar. El juego que ocurría detrás de las cortinas de los gobiernos.

El proyecto Manhattan, por ejemplo, el que produjo las primeras bombas atómicas de Estados Unidos, empleó a más de ciento treinta mil personas. Increíblemente el 98% de los empleados no tenía la menor noción del plan monumental para el que trabajaban.

A Meng no le preocupaba conocer sólo su parte. No hasta ahora.

Xerxes había revelado algo perturbador que le había provocado dudas. Sin embargo, pensando mejor, eso no sería obstáculo para él. Era inapelablemente letal en lo que hacía.

La sospecha que había levantado en la plaza Naqsh-e Jahan era precisa: la escala de importancia de la misión trascendería un mero conflicto entre países. El juego allí cubría la supervivencia mundial.

¿En cuanto a la tragedia? Varias veces Meng había oído que Irán encajaba en una zona propicia a terremotos. Algunas veces veía o leía noticias sobre temblores que devastaban las ciudades del interior y algunas veces lugares históricos. Este alcanzó con mayor intensidad los alrededores al oeste, cerca de donde se localizaban las instalaciones de conversión de uranio, entre Isfahán y Najafabad. No era necesario ser un experto en defensa civil para prever el caos que se establecería de allí algunos minutos. Meng quería ver todo con vista privilegiada.

Posiblemente la ciudad sería eludida. Mal momento para rescatar a los heridos. *Sería incluso bueno, pensó, yo tendría paz para finalizar la misión.* Sin embargo tenía casi la certeza de que la planta había sufrido con la filtración de material radiactivo. Eso sí supondría un problema.

Sintió que le pesaban los párpados. El efecto relajante del tabaco tenía el resultado deseado. Su tensión bajó. Tiró el cigarrillo en el suelo y lo pisó haciendo fuerza con el zapato. El siguiente paso de la misión debería ejecutarse con rapidez. Los imprevistos ocurrieron y volver a aparecer.

Pero toda su trayectoria se resumía en la improvisación.

## CAPÍTULO 15

Helena miró con asombro la noticia en la pantalla del laptop:

INGENIERO NUCLEAR BRASILEÑO TRABAJABA EN LA USINA EN EL MOMENTO DE LA CATÁSTROFE DE ISFAHÁN.

Doroth se despidió de Muambi Zulan y cerró la ventana de comunicación. Se volvió hacia Helena que lucía tensa.

— ¿Cuándo se publicó esta noticia? — quiso saber Helena.

— En realidad esa es una pre noticia — explicó Doroth. — El editor jefe de CNN me debe algunos favores. Cuando se enteró de primera mano que había un brasileño en la planta en el momento del episodio rastreó sus antecedentes y, por supuesto, llegó fácilmente a ti. Aunque me debe una, el desgraciado me llamó antes usando el típico chantaje periodístico, sondeando mi reacción y mis procedimientos ante la materia. "*¿Publico o no publico?*" me dijo con esa voz irónica. Decidí hablar contigo antes de cualquier decisión.

Por algunos instantes Helena perdió la línea de raciocinio. Aunque Doroth se mostró insensible al dar la noticia de la muerte de César y tampoco se había esforzado en darle sus condolencias siempre le inspiró confianza. Ella incluso entendía la frialdad de la amiga en ese momento problemático. Sin embargo, aunque la Secretaria General trabajara para camuflar la

noticia e intentara ayudarla, luego otra emisora llegaría al mismo hecho. *Era sólo una cuestión de tiempo*, se dijo Helena a sí misma.

Con el pulso agitado recordó la llamada de la noche anterior:

*"La única observación que necesito hacer es que esta noticia es una falsa bandera"*, decía el hombre al teléfono. Falsa bandera. Una mentira cuidadosamente producida.

Helena conocía bien esta estrategia: dar una versión de los acontecimientos con el propósito de confundir, omitir y provocar miedo en las mentes de los que no tienen acceso a los verdaderos hechos. Las inteligencias y los gobiernos siempre hicieron uso de este artificio para tener el control de las informaciones.

Estas acciones, sin embargo, jamás se incluían en libros de historia.

*Las evidencias de armas en Irán podrían haber sido una gran mentira.*

Doroth posó la mano en su hombro mordiendo su labio inferior con los ojos extrañamente fríos.

— Helena, sé que la situación es delicada pero necesito repetir la pregunta: ¿Tú sabías de la implicancia de César con el gobierno de Irán?

— ¡Por supuesto que no, Doroth! ¡Hace cuatro años que no tengo noticias de él! En realidad César nunca fue claro conmigo sobre lo que realmente hacía y por donde viajaba.

La amiga la miró por varios segundos, las líneas tensas de la frente iban desapareciendo poco a poco. Las mejillas del rostro parecían ruborizarse de comprensión maternal

— Te creo.

Esa frase tuvo el efecto de una brisa fresca en la cara de Helena. Sin embargo la sensación pasó enseguida cuando Doroth completó:

— Quisiera poder ayudarte, ¿pero entiendes la delicada situación en la que me encuentro? ¿Cómo la comunidad internacional va a creer en tu versión, Helena? ¿Cómo estos gusanos de la prensa van a tragar eso?

Helena pensaba exactamente lo mismo.

— Todavía no tienes prueba de nada. Sólo suposiciones.

— No me refiero sólo a la credibilidad aquí, Helena. Hablo principalmente de una posible implicancia de la presidenta del Consejo de Seguridad con el proyecto nuclear iraní a través de un "casi pariente" que trabaja para los ayatolás.

— Doroth, sólo puedo asegurarte que no tengo conocimiento de lo que César hacía allí.

— Realmente deseo creer en eso.

Las palabras de Doroth corrían en el sistema nervioso de Helena como una corriente eléctrica a punto de estallar en sus circuitos. Si las evidencias de armas nucleares se transformaran en pruebas al menos ella sería intimada por algún tribunal internacional. Y si en ese tiempo se atrevía a ir a Irán y cumplir su promesa con César (o incluso saliera de los Estados Unidos), ella sería considerada una fugitiva.

*Sería una fugitiva internacional.*

Helena sacudió la cabeza en busca de un norte. Pero antes de que pudiera articular cualquier palabra, la puerta doble de roble del Consejo de Seguridad se abrió detrás de ellas. Traídos por el brillo que invadía la sala en un haz de luz dos hombres de traje oscuro entraron en el salón. Helena percibió que Doroth no demostró sorpresa cuando desvió la mirada hacia el suelo y dijo:

— No tenía por qué ser así, Helena. Realmente, no tenía por qué.

## CAPÍTULO 16

El geólogo Navid Kiahshed tiró las gafas sobre el teclado y descansó la espalda en su silla de ruedas, preocupado. Los datos que procesaba al frente suyo el gran sector de computadoras jamás podrían ser tan semejantes. Sus ojos saltaban nerviosos de un monitor a otro, revisando la sucesión de gráficos que se formaba en la proyección. Aquello no podía ser correcto.

En los últimos días los temblores en las regiones, que la computadora había registrado, eran, como mínimo, anómalos. Desde el subsuelo de China, pasando por Tierra del Fuego hasta el sudoeste de África y todo el Medio Oriente, el patrón geológico era el mismo.

*Temblores con profundidades exactamente iguales.*

Mientras tanto, no era solamente esa anomalía lo que lo intrigaba. Una de las pantallas a su izquierda resumía los informes diarios de las principales agencias geológicas del mundo por medio de una red integrada a Internet. No había, ni siquiera, una nota al pie o alguna observación sobre aquellos datos. Los balances de los centros geográficos de Europa, Asia y América permanecían normales. *Imposible*, concluía él. *A no ser que alguien los haya manipulado.*

Ya habían pasado cuatro horas desde que se terminara su horario en el Centro de Tecnología de la Universidad de Teherán. Después de la noticia del terremoto –que afectaba también a ciudades menores como Tirán, Saman, Nafch, Sudjan, Chadegan, Chelgerd y Askaran–, Navid había permanecido en el laboratorio principal a fin de recopilar los números, reenviar a la central de gobierno los diagnósticos y proyectar las funciones en el software de geo-procesamiento para los próximos días.

Aquel era el instituto geográfico más moderno de Medio Oriente y producía material académico para todo el mundo. Trabajar ahí era un orgullo para él.

Servir al Ayatolá le generaba un placer aún mayor.

Cansado, giró la silla de ruedas y se dirigió al fondo de la sala donde la máquina de café lo esperaba al lado del TV de plasma. Mientras la taza se llenaba, Navid escuchaba a la atractiva y bien maquillada periodista de Press TV anunciar la tragedia en Isfahán por debajo de un hijab violeta:

*Todos los años lamentamos tener que anunciar por lo menos una tragedia provocada por un terremoto en alguna parte del país. En 2003, la ciudad histórica de Bam fue parcialmente destruida por temblores que alcanzaron los 8,5 grados en la escala de Richter...*

En la pantalla pasaron una serie de imágenes de la época.

*...Más de cincuenta mil personas murieron en esa ocasión. Once años después, otra ciudad histórica del país es víctima de sacudidas de la misma proporción. A pesar de que el área central de la ciudad no ha sido afectada, ya tenemos noticias de que la usina de conversión de uranio, que queda en los alrededores, sufrió severos daños...*

Navid siguió algunas imágenes del caos en Isfahán, apenas después del temblor.

*Khodaye man...* Mi dios, pensó mientras tomaba el café.

*...Por orden del presidente, diez brigadas del cuerpo de bomberos de Teherán y todo el contingente de defensa civil de Qom y Yazid ya están en la región iniciando operativos de búsqueda. La Guardia Revolucionaria estima que el área afectada por el temblor abarca una zona habitada por seiscientos mil personas. Todavía no tenemos reportes del número de muertos...*

Navid sabía que ese terremoto tenía el potencial de ser la principal tragedia de las últimas

décadas en el país. Por el impacto, por la ciudad afectada y por el riesgo que se corría con un accidente en la usina.

Comenzó a girar la silla de vuelta a su directorio cuando la periodista dijo algo que llamó de nuevo su atención:

*Un cineasta aficionado filmó el momento del terremoto en la zona oeste de la ciudad. Las imágenes muestran cómo el temblor sacudió una de las plazas de la región y su mezquita. Vean la filmación.*

Navid estrechó los ojos delante del televisor. Una cámara de celular registraba a dos niñas saltando a una distancia de unos diez metros entre los jardines de una plaza. De repente, la imagen comenzó a temblar fuertemente. El hombre que filmaba corrió en dirección a ellas y los tres se agacharon aterrorizados. La cámara continuó el registro. Al fondo, la cúpula de una mezquita se rajó al medio. Un estruendo terrible precedió a una serie de explosiones que subían a los cielos. Más al fondo de la imagen, por un máximo de dos segundos, el hombre que filmaba captó algo que Navid nunca esperaría ver en sus veinte años de dedicación al trabajo.

Algo paralizante.

Él se tapó la boca con la mano.

*¿Una aurora polar?*

Sus instintos lógicos refutaron con violencia la posibilidad. Pero la extrañeza de los datos de los últimos días unidos a aquella imagen llevaron a Navid a meditar algo inimaginable.

Entonces aumentó el volumen del televisor y permaneció unos segundos observando si la filmación se repetía pero las imágenes ya traían a especialistas en defensa civil que hablaban sobre los peligros de que otras construcciones se desmoronaran.

Oscilando entre el horror y la desconfianza, calzó la taza en el compartimento adaptado de la silla de ruedas y se deslizó de nuevo al sector de computadoras. Se puso las gafas y estiró las dos manos entrelazadas al frente, haciendo crujir los dedos. Necesitaba verificar a fondo lo que había sucedido. Escribió un comando para que el sistema repasara el informe de los datos de la atmósfera superior de la Tierra en la semana anterior al terremoto de Isfahán.

Fue entonces que su corazón casi se detuvo.

## CAPÍTULO 17

*El miedo es una máquina de guerra*, pensaba Pang Meng mientras se desplazaba entre la multitud con la indiferencia de una serpiente que persigue su presa.

En realidad el asesino estaba allí sólo porque deseaba ver la tragedia salir del rostro de los iraníes mientras esperaba la próxima oportunidad para la segunda parte de su trabajo. Ver tragedias no consistía exactamente en un placer. Sólo le gustaba sentir la vulnerabilidad en el aire. Eso lo motivaba, hacía correr electricidad en sus venas. Meng bebía el horror que apuñalaba los corazones de aquellas almas como un combustible para ejecutar su misión.

*No hay mejor forma de dominación que el miedo.*

La carretera Atashgha –que conectaba a través de una inmensa red urbana la zona oeste de Isfahán con la ciudad de Najafabad- se llenaba de gente a cada segundo. Meng recorría las calles paralelas entre predios comerciales y residencias, algunas en pie, otras devastadas. Helicópteros del ejército, de la Guardia Revolucionara y de los bomberos cortaban el cielo con sus fuselajes reflejando el sol abrasador del verano. El temblor principal había pasado seis horas antes, según el reloj de Meng, a las 5h 27min. Después de ese, otros dos. Insignificantes en la magnitud pero

avasalladores en su impacto psicológico.

En todas las direcciones las ambulancias intentaban irrumpir el mar de personas que dividía el espacio con autos y escombros y sus sirenas eran suprimidas por los gritos de agonía. Llanto, desesperación. Máscaras de sangre y tierra cubrían rostros retorcidos de dolor. El aire caliente y seco olía a temor, sudor y pánico.

Meng exultaba por dentro.

Algunas personas se unían a los bomberos y apagaban focos de incendio entrando en las construcciones, trayendo de vuelta a la vida a alguien en los brazos o en una respiración boca a boca. Meng pasó al lado de un grupo de mujeres postradas en el suelo que suspiraban al unísono y suplicaban a los cielos con voces melancólicas oscilando debajo de sus vestimentas musulmanas.

Las potentes cajas de sonido de las mezquitas usadas por el *muezim* para anunciar las cinco oraciones diarias ahora propagaban las voces de las autoridades. Meng no entendía muy bien el persa pero, como se parecía en algunos aspectos al árabe, entendió que aconsejaban a las personas que buscaran otra ciudad para refugiarse.

Diez metros adelante, en la esquina que daba a la carretera Atashgah, Meng vio un poste derribado sobre un balcón. El desastre lo transformó en una rampa que caía sobre la terraza del edificio.

Con la ligereza de un felino, Meng se acercó a la estructura y subió con un pie delante del otro con la espalda erguida como quien anda en una cuerda floja.

En la terraza, a unos diez metros del suelo, contempló la escena desde el camarote. Calculó que había por lo menos diez mil personas en aquel trecho de la carretera, todas hundidas en un infierno personal. Los gritos parecían resonar a los confines de Irán. Sacó de un bolsillo la Nikon D7000 y colocó el visor de la cámara delante del ojo.

*El miedo es un ardid para el alma.*

En medio del mar de gente Meng percibió a un hombre cuyas características diferían de la regla general. Se enfocó en su silueta. No era iraní. Era caucásico de cabello corto y castaño, parecía estar solo. A juzgar por la barbilla rectangular, la distancia pequeña entre los ojos grises y la nariz eslava, Meng pensó que era oriundo del este europeo o de Rusia. Y lo más curioso: el hombre no se consternaba con el caos que lo rodeaba. Parecía buscar algo específico. Meng lo vio con la cámara, dirigiendo la lente a las personas que lo rodeaban para ver qué cazaba.

No vio nada aparte de miedo.

Entonces se giró y encuadró al hombre.

Aunque sus músculos fueran fríos como los de una cobra, en aquel instante se contrajeron de sorpresa. A una distancia de veinticinco metros ahora el hombre lo miraba directamente. Sorprendido Meng lo encaró por encima de la cámara y cuando volvió a observar el zoom vio que él sostenía una...

*¡Pero qué mier...!*

Los dos disparos llegaron antes de que Meng pudiera protegerse. El primero le pegó en su hombro izquierdo, tumbándolo. Antes de que apoyara la mano en el suelo otro disparo lo golpeó por encima de la rodilla derecha. Meng cayó de espaldas. Por una centésima de segundo ponderó sobre la gravedad de los disparos. Constatando su suerte, rodó sobre su cuerpo hasta un soporte de hierro que le sirvió de abrigo. Se sentó apoyando la espalda en el hierro frío y pasó la mano por las dos heridas. La bala del hombro era hueca, menos mal, pero la otra, alojada en la pierna, podría dificultar sus movimientos.

Sea quien fuera era de los buenos. Usaba un Desert Eagle calibre 50. La reina de las



pistolas. Esa distancia fue casi fatal. No hubo tumulto alrededor de él. Usaba un silenciador probablemente. Los tiros lo hubieran confundido si el comando no lo hubiera alertado de las fuerzas que lo acechaban.

*Amenazadoras*, avisó la voz robótica al teléfono. El hombre debió haberlo seguido desde el escondite.

Desde arriba Meng era un blanco fácil. Evaluó que sería más seguro bajar por dentro de la construcción. El hombre no tendría tiempo de recorrer ese trecho antes de que Meng saliera del balcón, ya preparado para la confrontación.

Se arrastró hasta una pequeña abertura en el suelo de la terraza que daba a una escalera en espiral. Sostuvo su cuerpo con las dos manos y golpeó con los pies en el primer peldaño. Mientras su cabeza se hundió por el agujero Meng accionó el circuito acoplado a la Nikon y sacó la pistola de su cintura.

El artificio que estaba a punto de usar ciertamente iba a asombrar a su adversario.

Pero el miedo es una máquina de guerra.

## CAPÍTULO 18

— Helena, estos son los agentes Cole y Johnson — dijo Doroth mientras los hombres se aproximaban. — A ellos les gustaría hacerte algunas preguntas.

La brasilera miró fijamente a los dos hombres de traje oscuro delante de ellas. El más viejo, calvo, se movía con rigidez militar. El otro, claramente era novato, su apariencia era de menos de treinta años y la postura excesivamente recta para transparentar autoridad. Los dos usaban un discreto auricular con forma de cable espiralado que se insinuaba detrás de la oreja.

— Señora Gouveia — dijo el más viejo — soy el agente Cole del servicio secreto americano.

Ella se rió incrédula.

— ¡Ah, ustedes! ¿Vinieron a hacer un *tour* por el Consejo de Seguridad? Sí, porque ésta es la única razón por la cual ustedes pueden entrar aquí en este momento — comentó irónica. — Díganme, ¿Qué piensan del cuadro de Per Krogh? — Y gesticuló para atrás, en dirección a la obra del pintor noruego que, con aproximadamente 16m<sup>2</sup> de área, tomaba la pared central del Consejo de Seguridad. Helena lo clasificaba como un arte particularmente psicodélico. Un *fénix* emergiendo de las cenizas como el símbolo del mundo que fue reconstruido después de la Segunda Guerra Mundial.

Doroth seguía callada a su lado. El agente más joven parecía una vara de bambú. Entonces Cole la interrogó:

— ¿Usted salió de prisa de la entrevista en el Palacio de Itamaraty ayer a la noche? — El cruzó las manos detrás de la espalda sacando pecho. — ¿Nos puede explicar por qué?

*Pero... ¿Cómo lo sabe él?*

Helena movió la cabeza confundida.

— Vamos a aclarar una cosa por aquí: usted se dirige a una diplomática brasilera en territorio internacional. Este interrogatorio es completamente ilegal. La Secretaria General de la ONU puede confirmarlo.

Doroth bajó la mirada de un modo extraño. Helena se sintió absolutamente sola.

— En realidad soy yo quien debe preguntar la razón por la cual fui literalmente espiada sin la debida autorización de cualquier Corte de Justicia.

— Las circunstancias dañinas de los últimos eventos en Irán llevaron al gobierno de los Estados Unidos a abrir una excepción.

Helena se enfureció.

— ¡Dios mío! Las pruebas ni siquiera fueron concluidas en Isfahán ¿y ustedes quieren asociarme a un plan iraní de armas nucleares? ¡Lo que está pasando aquí es un ultraje a las leyes internacionales!

— Rastreamos el historial del señor Montenegro — dijo Cole ignorando el comentario. — Durante más de veinticinco años él viajó por países de Oriente Medio asociando sus investigaciones a regímenes islámicos. Una de las conclusiones que sacamos es que él alimentaba cierta hostilidad en relación a los Estados Unidos. ¿Estoy en lo cierto?

— Para comenzar — contestó Helena — César no viajaba *sólo* a Oriente Medio. Si su verificación fuera un poco menos tendenciosa encontraría excursiones de él por todo el mundo.

— Señora, el mayor flujo de viajes tenía como destino Oriente Medio. El señor Montenegro nunca estuvo en los Estados Unidos.

Helena rio.

— ¿Qué es esto?, ¿Estamos volviendo a la *high school*? El hecho de que César nunca haya pisado los Estados Unidos no quiere decir que odie este país. Y es evidente que esta realidad no representa una prueba en absoluto. — Ella se giró hacia su amiga. — Doroth, si tú no interfieres ahora, me voy a retirar de este salón.

Cole sacó del bolsillo de la chaqueta un *Smartphone*. Buscó algo en la pantalla antes de entregárselo a Helena.

— Mire esto.

Con una definición increíble la pantalla mostró un coche negro acelerando en una autopista. Incluso siendo de noche, la iluminación permitía ver todos los detalles. De repente redujo la velocidad y paró en el arcén. Sólo entonces Helena se dio cuenta. Era su coche. Y la mano que lanzaba un objeto oscuro en dirección a la mediana era la suya.

Una corriente de perplejidad causó una turbulencia en su cabeza.

*¡Esto fue ayer en Brasilia!*

En seguida, algo más impresionante pasó en el video: poco antes de que el objeto oscuro se cayera, la imagen fue paralizada, activando un zoom tan preciso que Helena jamás hubiese imaginado que existía. Se veía con facilidad la pequeña pantalla del aparato en el video. Y los segundos que la llamada duró.

Se quedó boquiabierta.

La imagen continuó con foco en el teléfono. Justo después, explotó.

Su rostro se iluminó por la claridad de la pantalla. Sin dudas la filmación vía satélite existía desde hacía más de tres décadas pero verla con aquellos detalles la sorprendió. *¿Cómo este video podría estar en un celular?*

— Señora — Cole rompió el silencio — nosotros somos del servicio secreto. Conocemos el instrumento que encontró en el coche como nadie. A pesar del modelo antiguo el aparato que recibió fue desarrollado con una tecnología muy avanzada, inaccesible para civiles. Y por las características, sólo una organización podría haberlo producido. Este modelo es de la división secreta de la Guardia Revolucionaria iraní.

Helena miró a Doroth. Nuevamente la Secretaria no parecía espantada con la revelación. El comportamiento de su amiga desde que se encontraron había sido, por lo menos, sospechoso. Ella sabía algo que no le contó. Mientras tanto no había tiempo para evaluar la actitud de Doroth ante

los acontecimientos. Helena estaba contra la pared y el momento la forzaba a reaccionar.

*Tengo a mi lado la verdad sobre esta historia*, se dijo a sí misma.

Cuanto más pasaba el tiempo, más creía en el llamado de la noche anterior.

*Una falsa bandera. False Flag. Es todo falso.*

La única forma de liberarse de la situación sería romper la promesa de César y revelar todo sobre el mensaje que él le dio. ¿Pero ella traicionaría a su viejo amigo, su tutor durante toda la vida sólo para no ser arrestada en aquel momento? Pensó en la frustración que César podría sentir (donde sea que estuviese; si es que estaba vivo) y sintió como si una guadaña le arrancase el corazón. No obstante, por el modo en que se dieron los hechos, no había otra salida. Y para agravar la situación la inercia de Doroth era terriblemente extraña.

Sí, ella tenía que revelar todo sobre el video de César. Sólo necesitaba tener calma y pensar en cómo hacerlo.

Pero no ahí. No en aquel ambiente. Helena tenía que concatenar las ideas antes.

— Preciso ir al baño — dijo ella.

Cole se adelantó.

— Esto no será posible antes de que usted me respon...

— Agente Cole, ¿de verdad?

— Sí, señora.

— Agente Cole... Si usted vino de Washington sólo para intimidarme considere que falló en la misión. Vamos a aclarar todo este mal entendido pero no ahora. — Ella dejó que la frase tomara el efecto deseado y continuó. — Mire, estoy a favor de la paz en cualquier circunstancia, por eso trabajo en la ONU. La Diplomacia se tornó mi vida desde los trece años de edad. Decidí colaborar con usted porque todavía creo en ella pese a que me haya desilusionado un poco con esta institución. — Ella lanzó una mirada intimidatoria hacia Doroth. — Preciso airear mi cabeza — completó ya levantándose.

— El agente Johnson la acompañará— dijo él.

Por primera vez Doroth intervino:

— Agente Cole, no sobrepase los límites de lo más edificante que esta casa representa. La libertad aquí no es una concesión, es un derecho natural.

Cole se detuvo. En realidad el agente supuso poco probable que alguien huyera sin ser visto de uno de los edificios más monitoreados del mundo.

Delante de la súbita inactividad de los dos hombres Helena tomó su bolso de la mesa y cerró de un golpe la puerta doble de roble a sus espaldas.

Cuando puso los pies afuera sintió una mano tomándola por el brazo. Ella contrajo los músculos del susto y miró aterrada a la figura.

Un hombre alto habló jadeante con un acento de Medio Oriente:

— Por favor, señora Gouveia, venga conmigo. Tenemos que ir a Irán. ¡Ahora!

## CAPÍTULO 19

El hombre tiraba del brazo de Helena con fuerza arrastrándola por el pasillo. Ella no sabía si reaccionar con un golpe o con un grito. Sólo consiguió librarse de él cuando llegaron a la mitad del largo pasillo de cincuenta metros cuando todo su rostro se comprimía de rabia.

— ¡Suélteme! — protestó.

— Escuche, señora Gouveia. Mi nombre es Arash Zarak. Yo fui amigo de César.

César nunca le había mencionado ese nombre.

A pesar de la respiración agitada el hombre tenía un timbre ameno, de tono bajo. Sin embargo la frase sonó como un enorme gong en la cabeza de Helena. *¿Cómo un amigo de César me encontró aquí?*

— ¿De qué está hablando? Tú conoces a Ces...

— No hay tiempo para explicaciones — la interrumpió él. — Tenemos que salir de aquí ahora. La seguridad de la ONU vendrá detrás de usted en pocos minutos. — Él observó alrededor. — ¿Dónde hay un baño por aquí?

El hombre, que usaba un bolso de periodista colgado del hombro, consideró que sus palabras habían sido suficientes para que Helena lo siguiera. Ella, sin embargo, se quedó quieta en el pasillo. Al verla Arash volvió y la miró fijamente a los ojos.

— Señora Gouveia, sé que no me conoce pero necesito que confíe en mí. Tal vez la pueda ayudar a encontrar a César pero, para eso, necesito que usted haga exactamente lo que le digo.

De una manera muy extraña Helena captó un magnetismo genuino en sus ojos. Se quedaron inmóviles por algunos segundos como si toda la adrenalina entre ellos se diluyese en aquel momento y fuera superado por un único sentimiento que lo unía.

— Venga conmigo — dijo ella finalmente antes de seguir adelante por el pasillo del Consejo de Seguridad.

Las pocas personas que transitaban por ahí, inmersas en sus trabajos del inicio del día, parecían no reparar en la pareja que avanzaba con pasos rápidos. Ellos doblaron a la derecha en un pasillo paralelo que daba acceso a los baños. Arash metió la mano en el bolso y sacó lo que parecía una manta negra.

— Entre aquí y póngase esto.

Helena reconoció atónita la vestimenta.

— ¿Un *niqab*? — preguntó temblando de sólo imaginar el plan de Arash.

Helena conocía las diferencias entre las vestimentas femeninas musulmanas muy usadas en los pasillos cosmopolitas de la ONU. Por lo general eran simplificadas equivocadamente en un solo nombre: burka. El niqab que recibió, usado con más frecuencia por las sauditas, era una vestimenta negra y larga que envolvía el cuerpo entero y el rostro pero que dejaba entrever una abertura para los ojos, al contrario de la pieza utilizada tradicionalmente en Paquistán y Afganistán, el burka, que cubría todo el rostro y que era obligatorio durante el Régimen Talibán.

Helena jamás hubiese pensado en vestir cualquier de esas prendas en algún momento de su vida. Una hora atrás ella era responsable por dirigir el Consejo de Seguridad de la institución más poderosa del mundo y ahora todo indicaba que saldría de la sede de la ONU disfrazada de musulmana con el servicio secreto americano pisándole los talones.

Los hechos de las últimas horas extrapolaron todas las facetas de lo imposible.

La voz de Arash la trajo de vuelta a la realidad.

— ¡Vaya enseguida! ¡No tenemos tiempo!

Sin creer en el movimiento que hacía tomó el niqab y dio la espalda a Arash antes de entrar al baño de mujeres.

Antes de que la puerta se cerrase, Arash dijo:

— ¡Espere! Me olvidé de algo. — Sacó del bolsillo una pequeña caja con dos compartimentos redondos. Se lo entregó. Aún con su rostro tenso Arash sonrió. — Con todo respeto, señora, sus ojos son bellos pero creo que será necesario disfrazarlos también — dijo ofreciéndole el objeto.

Por el formato ella supuso que eran lentes de contacto de color. Lo miró con gratitud y dijo una de las únicas palabras que conocía en persa, idéntica al equivalente en francés:

— *Mersî*. Gracias.

## CAPÍTULO 20

En los pocos segundos que dispuso para evaluar el ambiente, Pang Meng constató que se trataba de una pequeña tienda. El terremoto había destruido gran parte del stock de souvenirs; de los jarrones de cobre esmaltado y de las réplicas de antigüedades que ahora no eran más que escombros en el suelo. Las tradicionales alfombras persas colgaban del techo y algunas caían por encima de los muebles. No había puntos de defensa por donde el hombre que lo perseguía pudiera entrar.

*Qué suerte tendrás amigo mío, dijo para sí mismo. Tu muerte va a ser rápida.*

Sería mejor que la batalla sucediera allí. Sin testigos. Discretamente.

Tal vez ni siquiera terminaran de romper los productos de la tienda. La tecnología que Meng poseía lo eliminaría incluso del lado de fuera del edificio. Cabía la posibilidad de sorprenderlo por arriba si el hombre hiciera el mismo camino que Meng y bajara por la escalera en espiral. Sin embargo Meng estaba seguro de que no trataba con un aficionado. Al poner los pies en la escalera el enemigo sería apuntado con facilidad.

Por detrás del mostrador de madera cargó el gatillo de la Glock hacia atrás, haciendo que el sonido reverberara amenazador por la tienda destruida. Con la otra mano tomó la cámara colgada en el cuello, colocó el ojo en el visor y esperó. Todavía se preguntaba cómo la tecnología había llegado a tal nivel.

La sensación embriagante que precedía a un duelo le ponía de punta cada pelo de la nuca. Los pulmones trabajaban a un ritmo perfectamente calculado. Las heridas de la bala alojada arriba de la rodilla derecha y del agujero en el hombro izquierdo intentaban a toda costa quitarle la atención del blanco pero el entrenamiento de Meng le había enseñado a eliminar de la mente cualquier sensación de dolor durante una batalla.

*Vamos... vamos... ven con papá...*

Algo rompió la puerta de vidrio de la entrada.

*¿Pero qué...?*

Meng no pudo evitar un leve temblor en la mano. El movimiento le hizo desenfocar el visor de la cámara. El objeto que vino de fuera chocó con los jarros y lámparas produciendo un sonido estrepitoso antes de rodar tambaleante por el suelo y chocar con el mostrador detrás del cual Meng se ocultaba.

Un neumático ardiendo en llamas.

Casi instantáneamente se formó un rastro de fuego por el camino que él había hecho en el suelo cubierto por alfombras y las chispas amarillas y rojas subieron con rapidez por el mostrador. En una reacción mecánica Meng retrocedió un paso y no identificó el origen de la bala que pasó zumbando encima de su cabeza y destruyó el estante de atrás de él.

Se agachó y evaluó su próxima acción. Estaba en desventaja; la pierna herida limitaba sus movimientos y el hombro perforado. En una situación normal el combate cuerpo a cuerpo con Meng no ofrecía posibilidades a nadie. Herido, sin embargo, cabía la posibilidad de que el adversario equilibre la lucha. Tendría que usar la cámara.

*Improvisación.*

Miró hacia ambos lados. Un jarrón azul turquesa dibujado con arabescos yacía roto en el

suelo. Con extrema agilidad lo lanzó por encima del mostrador para atraer la atención de su perseguidor hacia el otro lado. En el mismo movimiento rodó a la izquierda y, aún en el suelo, estableció contacto visual a través de la cámara.

Rodeado por las llamas que crecían hacia el techo, el hombre blanco llevaba puesto un sobretodo negro, tenía las solapas rígidas hacia el cuello y la mirada tan desolada como la suya.

Sintiendo el arder de las llamaradas elevándose alrededor, Meng presionó el botón de la cámara dos veces. Eran necesarios cerca de cinco segundos con el objetivo parado para que la cámara tuviera el efecto deseado.

Pero el hombre parecía saberlo. Él se protegió detrás de un estante tumbado en el suelo antes de saltar al otro lado como un gato, desviando el objetivo al cual apuntaba Meng.

— Entonces será como en los viejos tiempos — dijo en voz baja Meng antes de disparar con la mano izquierda el gatillo de la Glock.

La secuencia de tiros fue profesional.

Sin embargo, con una agilidad de quien seguramente tenía entrenamiento de artes marciales, el hombre rodó sobre el suelo lleno de brasas, milésimas de segundos antes de los disparos, desviándose con precisión de la mira. Cuando se levantó con una fuerza intimidante sobre el fuego a dos metros de él, los ojos grises parecían reflejar las chispas del infierno como un espectro de la muerte transmutado en hombre.

Meng sostuvo la respiración.

El sentimiento que lo asaltó por un instante era completamente desconocido.

Miedo.

## CAPÍTULO 21

Arash apoyó la espalda en la pared y cruzó los brazos tratando de disimular una posición tranquila. Todo había ocurrido demasiado rápido para que pudiera razonar con prudencia. Desde el abordaje inesperado en su taxi hasta su entrada con una identificación falsa en la sede de la ONU. La locura más grande, sin embargo, fue haber tomado a la Presidenta del Consejo de Seguridad por el brazo y darle un disfraz para huir de uno de los edificios mejor vigilados del mundo.

Pero la actitud era justificable. Ellos se ayudarían mutuamente por un bien mayor. Hasta ahora Arash no podía creer lo que el ingeniero nuclear había logrado.

*Tal vez, con el experimento de Energía Libre, él ya había entendido cómo funciona la Ley de Gravedad. Newton y Einstein lo intentaron. Pero dejaron aristas.*

En realidad lo que más intrigaba a Arash eran las implicaciones de los hallazgos. Cambiarían el mundo. Harían que los más profundos y arraigados paradigmas se desmoronasen como un árbol viejo y muerto que se cae en una carretera nueva. La Energía Libre se trataba, sin duda, de la revelación científica más transformadora de la historia humana hasta el momento.

Arash sentía que tenía participación en el descubrimiento. Había comenzado las investigaciones con César. Además tenía un deseo genuino de ver a la humanidad cambiar. Cuando el hombre del sobretodo negro le pidió que buscara a Helena Gouveia, él no había unido con precisión los puntos. Cuando en su mente se alinearon las informaciones le cayó la ficha: actualmente la brasilera era presidenta del Consejo de Seguridad. Tenía la credibilidad necesaria para divulgar la idea libre y abiertamente al planeta antes de que fuerzas contrarias eliminasen todo tal como les había sucedido a todos los que intentaron hacerlo antes de César.

Y al parecer el brasilero tenía un fuerte *background*. Arash no tenía idea de qué tipo de gente protegía a César o, si él estuviese muerto, sus descubrimientos. ¿Sería un grupo de científicos que se habían unido para darle apoyo? ¿O un millonario amante de la ciencia que había financiado a una tropa de élite para protegerlo? Tal vez un jeque con tendencias futuristas que quisiera sustituir su fortuna del petróleo por la Energía Libre. El hombre que lo encontró en medio de millones de taxis de Times Square daba muestras de que aquel que quisiera librar una guerra para robar o adquirir el prototipo de Energía Libre tendría un contrincante a la altura.

Un sonido de pasos rápidos que nació al final del pasillo llamó la atención de Arash. Cuando apretó los ojos para ver mejor miró al hombre de traje oscuro que se movía con una rigidez implacable en dirección a él.

*¿Un guardia del centro?*

— Con permiso — dijo el sujeto parándose tan erguido como una viga delante de él. — ¿Por casualidad usted no reparó en una mujer alta con cabellos hasta los hombros que entró ahora en el baño?

Arash sacudió la cabeza débilmente sintiendo un escalofrío al constatar que Helena ya estaba siendo buscada.

— No sabría decirle señor — respondió él, arrastrando el acento para parecer lo más árabe posible. — La única persona que vi entrar fue mi esposa.

El hombre leyó la identificación falsa de Arash colgada en el pecho. Miembro de la comitiva de Arabia Saudita. Observó de nuevo su cara. Arash hizo un esfuerzo para no desviar la mirada.

— Cierto — dijo el hombre de seguridad.

En ese momento la puerta del baño se abrió. Una mirada color miel de cejas bien delineadas y pestañas alargadas surgió en la ranura del niqab que cubría todo el rostro de la mujer. Arash observó que Helena se había maquillado con un polvo que había dejado la zona alrededor de los ojos y parte de la nariz más bronceadas. La capacidad de las mujeres de improvisar con el maquillaje en los momentos de adversidad escapaba a su comprensión.

*Experta.*

También percibió que estaba más baja que cuando entró. *¿Será que está descalza?* El niqab le cubría totalmente los pies, incluso cuando caminaba.

El guardia observó con extrañeza.

— Seguridad de la Sede. ¿La señora tendría su identificación para que pueda verla?

Los ojos postizos de Helena se paralizaron.

— ¡Ah sí! Acabo de salir del baño, deme sólo un minuto.

Arash se sorprendió con el acento peculiarmente árabe de ella. Helena introdujo la mano en la abertura más grande del bolso tanteando por dentro.

*No está ahí, pensó Arash. Mira en la parte más pequeña de la parte de adelante.*

Al percibir que las manos de Helena se movían con un nerviosismo creciente dentro del bolso, Arash intervino:

— ¿No la habías guardado en la parte de adelante?

Helena levantó los ojos y las pestañas postizas se elevaron coqueteando con las cejas.

— ¡Ah, pero cuánta displicencia! — Entonces abrió el compartimiento y sin ni siquiera mirar la identificación, la entregó.

El hombre la leyó y la devolvió enseguida.

— Lo siento, señora Fawz... Ah... Perdón, ¿cómo se deletrea su nombre?

Helena pareció dudar. Arash se dio cuenta de que él quería probarla.

— Fawziyyah — intervino él. — Con "i" porque es saudita.

— Fawziyyah — repitió despacio al hombre. — ¿Podría mostrarme su pasaporte? — preguntó el guarida mirándola tan profundamente como si la escaneara a través del niqab negro.

Arash decidió actuar:

— Nada de eso, señor. Nosotros queremos ver su identificación. Nunca he visto un guardia de la ONU de traje oscuro sin identificaciones en el pecho.

En ese momento el hombre llevó una mano al oído, se volteó y bajó la cabeza susurrando:

— Sí, señor... Estoy aquí... Gabinete de Brasil... Ah... Ok, voy...

Arash y Helena se miraron de reojo.

El guardia se volteó hacia ellos.

— Siento haberlos incomodado. Que tengan un buen día. — Y les dio la espalda yéndose hacia el pasillo principal.

Helena siguió en la misma dirección pero un poco más lenta. Por un momento Arash se quedó estático. Agradeció en silencio la idea del disfraz espectacular que el hombre del sobretodo negro había tenido. Traía consigo el bolso con los trajes para Helena, los documentos falsos de ambos con una identificación saudita y otros dos objetos cuyos detalles todavía no había tenido tiempo de notar. Todo aquel engaño sólo podía venir de un grupo altamente organizado.

— Vamos, necesitamos salir por la puerta del frente — dijo Helena totalmente inmersa en el plan.

— ¿Qué pasó? — preguntó Arash intrigado después de igualar sus pasos con los de ella.

— Llamé a Dorothea desde el baño y le dije que estaba en mi gabinete, la invité a que conversemos allí. Eso nos dará algunos minutos de ventaja. Ese agente estaba en el salón del Consejo, debe haber recibido órdenes de ir directo a mi gabinete.

Arash se sorprendió con la inteligencia de Helena.

— Óptimo. Muy bien.

Helena lo miró con una intensidad magnetizante debajo del niqab.

— Espero que tenga certeza de lo que está haciendo señor Arash.

Arash desvió la mirada sin coraje para decir lo que en verdad pensó:

*Yo también lo espero, señora Gouveia. Yo también lo espero.*

## CAPÍTULO 22

A un ritmo contenido la pareja caminaba por el pasillo del segundo piso. Para huir por la salida más cercana tenían que atravesar la escalera que daba al salón de los visitas, unos tres minutos de caminata desde allí. Hasta entonces debían caminar sin levantar sospechas. Helena concentraba sus fuerzas en controlar el gran flujo de aire que los pulmones insistían en absorber a cada respiración. Bajo sus pies que transpiraban adrenalina sentía el frío del piso de mármol blanco y negro que cubría casi todo el suelo del edificio como un gran tablero de ajedrez.

Helena recordó que había tirado en la basura un par de tacones Louboutin. Deseaba entender cómo el sujeto desconocido pudo haberla convencido de realizar una locura como aquella. De alguna manera él exhalaba un insondable magnetismo.

Él continuó:

— Un hombre me entregó un bolso con pasaportes falsos y otros elementos. No sé quién es pero supongo que quiere ayudarnos a encontrar lo que César creó. Necesitamos ir al aeropuerto



JFK y tomar el siguiente vuelo a Teherán.

Helena apenas oía, sólo pensaba en salir de allí. Ellos empezaron a bajar la escalera principal. En ese horario, a las 07h 30min, la sede de las Naciones en Nueva York aún se preparaba para el día. Las primeras visitas –que llegan a ser cerca de mil diarias- comenzarían de ahí a treinta minutos. Las personas que transitaban en ese horario eran diplomáticos, asesores y delegados que tenían permiso para entrar temprano y preparar discursos, informes o reuniones antes de que el horario de trabajo comenzara. Helena calculó que se cruzaron con unas quince personas de esas que conversaban compenetrados en varias lenguas, aunque las universales eran el inglés, el francés y el español. Un grupo de africanas cubiertas de adornos extravagantes, uno u otro oriental y su caminar contenido, algunos europeos, sudamericanos... La buena noticia era que la presencia de una pareja saudita no sugería nada fuera de lo cotidiano de la ONU.

El mal, sin embargo, aplastaba la conciencia de Helena con la furia de un tsunami...

*Soy una fugitiva internacional.*

Ella obviamente sabía que sus imágenes eran registradas por las decenas de cámaras de la sede lo que podría ser usado en su contra cuando la detuvieran. Ni en sus más fértiles devaneos ella podía haber imaginado vestirse con un niqab negro y huir por la puerta del frente de las Naciones Unidas.

En las paredes blancas que acompañaban la escalera se extendían una profusión de fotografías de líderes políticos, exposiciones de guerras africanas pacificadas por las misiones de paz de la ONU y niños negros jugando con los soldados de cascos azules. De repente su visión periférica detectó un movimiento del lado izquierdo. Un hombre de traje y rasgos orientales descendía las escaleras y casi corriendo chocó contra ella. Ella sintió un dolor en el hombro y su corazón casi estalló del susto. El hombre se giró rápidamente, pidió disculpas antes de continuar su ruta hasta el vestíbulo principal y desapareció enseguida.

— ¿Está todo bien? — preguntó Arash.

Ella se limitó a asentir con los maxilares trabados por el miedo.

Al acercarse a la garita de la entrada vislumbraron un guardia con un turbante hindú hablando en su walkie-talkie apoyado en el mostrador. Otros seis se ubicaban en las esquinas del vestíbulo, dos al lado de las puertas giratorias, dos delante y dos más en las esquinas del salón. Helena bajó la cabeza.

Arash tomó la mano de ella y la apoyó en su antebrazo.

— Mejor vayamos del brazo para parecer casados — dijo él con una voz tenue que ayudaba a equilibrar la respiración de Helena.

*Como si no fuese suficiente ser fugitiva musulmana, ¡ahora también casada!*

Después de pasar por el mostrador de seguridad a la derecha fueron hasta los detectores de metales. Entonces una voz con acento extraño vino desde atrás.

— ¡Eh! Ustedes, ¡esperen!

Helena contuvo la respiración. Casi no tuvo coraje de darse vuelta. Arash se volvió hacia el guardia de turbante que venía a su encuentro.

— ¿Sí?...

— Señores, las identificaciones tienen que quedar aquí.

Helena relajó los hombros.

— Ah, sí... Disculpe, señor. Tome. — Arash entregó su identificación y la de Helena.

— Muchas gracias, que tengan buenos días — agradeció el hindú y se dio vuelta hacia el mostrador distraído.

Los dos atravesaron el detector de metales, Helena primero y Arash luego. Cuando avanzaron por la puerta giratoria el sol de la mañana los obligó a apretar los ojos. Helena oyó un llamado que parecía venir de los walkie-talkies de adentro del edificio. Por encima del ruido de la calle pudo distinguir lo que decían:

— Pareja árabe... ¡Deténganlos!

Arash soltó su mano y exclamó:

— ¡Corra!

Esa palabra tuvo el efecto de un relámpago en la mente de Helena. De repente todas las moléculas de su cuerpo se concentraron en un solo foco: huir. Sin destino. Primitivamente.

Tomó la tela negra hasta la altura de las rodillas, dejando entrever los pies descalzos y las canillas bien torneadas corrió detrás de Arash que tenía el bolso colgado en un hombro. Pasaron volando por uno de los monumentos más famosos de la ONU: un revólver envuelto por un nudo de bronce en el cañón, símbolo de la petición de la institución por el desarme mundial.

Con pavor en los ojos Helena pensó en la ironía que sería si le disparasen por la espalda en frente de aquel monumento.

Con los gritos de los guardias de fondo saltaron de dos en dos los escalones de la escalera principal. De soslayo pudo percibir que por lo menos cinco hombres se precipitaban en su dirección por el patio de la entrada principal y uno de ellos hablaba en el walkie-talkie. Un pensamiento en su cabeza decía que no insistiera en aquella locura. Otro, mucho más fuerte, le traía sólo una imagen: el rostro triste de César y la soledad detrás de sus ojos castaños.

*Necesito hacer esto por él.*

Ella percibió que Arash corría con una determinación estudiada, como si supiese qué hacer. De alguna manera eso le dio fuerza. Con un movimiento ligero lo vio sacar del bolso un teléfono móvil y marcar un número.

— ¡Qué vamos a hacer? — gritó ella.

— ¡Confíe en mí! ¡Venga!

Se acercaban ahora a la calzada que daba a la *First Avenue* con las banderas de los países miembros flameando a sus espaldas. Los transeúntes y los conductores observaban el movimiento con curiosidad. Arash se esforzaba en que el bolso que cargaba no entorpeciera sus movimientos. En el límite de la calzada con la avenida, del lado izquierdo, Helena vio un taxi amarillo que se acercaba a una velocidad espeluznante.

Entonces algo inesperado sucedió.

Dos puertas se abrieron mientras el coche aceleraba por la acera. Frenó bruscamente frente a ellos y el olor de neumático quemado se mezcló con el ruido que cortaba el aire.

— ¡Entre! — gritó Arash. — ¡Ahora!

Ella se sumergió en el asiento trasero y luego Arash saltó para meterse en el coche. Aún con las puertas abiertas el taxi arrancó y dejó atrás dos marcas negras sobre el asfalto. Segundos después los guardias de la ONU llegaron a la calzada. Helena observó a través del vidrio la expresión furiosa del hindú que hablaba en el walkie-talkie fijado en el hombro.

— ¡Estoy perdida! — fue lo único que Helena consiguió decir en medio de aquel infierno.

## CAPÍTULO 23

En el asiento trasero del taxi Helena sentía que todo giraba a su alrededor. No sabía decir si por causa del movimiento del coche que aceleraba de manera vertiginosa o del cúmulo de

cansancio de las últimas horas.

Intentó enderezarse en el sillón, un poco descompuesta. Cerró levemente los ojos como si el gesto fuese capaz de despertarla de aquella pesadilla. A través del retrovisor vio el rostro pálido y escuálido del conductor que los salvó. Parecía que le habían quitado la energía vital.

Tal como ella se sentía ahora.

— ¿Quién es ella? — preguntó el hombre con aire sorprendido. — No me dijiste que venías acompañado.

Helena identificó un acento parecido al de Arash en la voz sin vida del chofer. Supuso que también era iraní.

— Cuanto menos sepas mejor — respondió Arash a su amigo revisando el retrovisor y enseguida el cristal de atrás.

Giró su rostro hacia Helena:

— Señora — dijo en un tono ameno en contraste con la respiración rápida. — Salim es un gran amigo mío. Estuvimos juntos en momentos... digamos... complicados.

Con destreza el conductor trazó una ruta en zigzagueante entre los cientos de vehículos de la First Avenue. A cada maniobra ella tenía la nítida sensación de un desastre inminente. Mientras sentía náuseas devastadoras tuvo la impresión de haber visto una sonrisa leve en el rostro carcomido del taxista como si un placer extraño le asomara.

— Puede confiar en el piloto, señora — dijo Arash con una sonrisa amistosa. — Llegaremos allí exactamente en el horario previsto. Tampoco se preocupe por la hora pico. Salim conoce como nadie los atajos de Nueva York.

Helena casi pierde el aire cuando preguntó:

— ¿Pero y los agentes detrás de nosotros? ¡Es una cuestión de minutos, no falta nada para que nos alcancen! ¿O cree que no nos vieron en este coche?

Arash respondió con una tranquilidad que rozaba lo incómodo:

— Nunca dude de la creatividad persa.

En ese mismo momento, poco después de una esquina el taxi frenó bruscamente y entró en un portón entre dos rascacielos, donde había una garita de seguridad con un empleado. Arash y Salim lo saludaron rápidamente y entraron en el patio.

— ¿Qué están haciendo? — preguntó ella aturdida. — ¡No tenemos tiempo de parar!

El chofer sonrió y no respondió. Entonces Helena se dio cuenta de que entraban en un gran estacionamiento de taxis, uno de los millares que hay en Nueva York. Se encontraban en el medio de un mar de coches amarillos.

Arash salió con rapidez y corrió en dirección a un Chevrolet sedan negro estacionado justo detrás. Entró en él, lo puso en marcha y frenó justo al lado del coche donde ella estaba. Abrió la puerta.

Recién entonces ella comprendió el plan. *¡Vamos a despistarlos!*

— Venga rápido.

Tomó el bolso junto el niqab y, un poco atontada, entró rápidamente en el coche.

Arash meneó la cabeza hacia el amigo saludándolo y dijo algo en persa:

— *¡Kheili mamnûn!* ¡Muchas gracias!

El amigo le devolvió el saludo y dijo:

— *Movafagh bashîd.* Buena suerte.

Entonces Arash aceleró hacia la primera avenida en el instante en que dos sirenas interrumpieron el camino a toda velocidad, iban seguidas por un Audi negro del servicio secreto

americano. Arash acompañó con los ojos la cola de coches pasar y luego tomó la misma dirección.

Se dio vuelta hacia Helena con una sonrisa de dientes blancos a la vista:

— ¿Cuál es el destino, señora?

## CAPÍTULO 24

Doroth Morgan estaba sentada en la mesa del gabinete de Helena pasmada por la forma en la que había sido engañada. Minutos antes la brasilera había llamado a su teléfono personal diciendo que se encontrarán en su gabinete. Ahora uno de los miembros de la seguridad acababa de decirle que Helena había huido por la puerta del frente de la sede con un niqab negro. Como si no bastara ese impensable acontecimiento las cámaras de los corredores filmaron algo aún más sorprendente: ella tuvo la ayuda de un hombre para la fuga. De apariencia árabe el sujeto había entrado en el edificio como miembro de la comitiva de Arabia Saudita.

*La reputación de la ONU está arruinada.*

Se levantó para regresar a su gabinete y entrar en contacto con la seguridad ya imaginando cuál sería su discurso cuando la prensa la interrogara sobre el matrimonio árabe fugitivo.

*Fue un intento de atentado contra las Naciones Unidas provocado por una célula de Al Qaeda en Nueva York,* pensó.

Antes de levantarse reparó en un solitario portarretrato al lado de una pila de documentos que Helena había dejado.

Jugando entre los brazos de un hombre de mediana edad, Helena, que no debía tener más de 12 años, sonreía despreocupada en un parque de diversiones y detrás de ellos se asomaba la silueta de la vuelta al mundo. Doroth supuso que el hombre era César Montenegro. Tenía cabellos revueltos y ojos bondadosos que transmitían una calma atenta a la niña. No lo conocía personalmente pero en algunas ocasiones Helena le había contado uno u otro pasaje de su vida con él. La biografía de la brasilera era una mezcla de tragedia y superación.

El padre de Helena, ingeniero aeronáutico y profesor del ITA, era el mejor amigo de César Montenegro desde la universidad. El vínculo de los dos jóvenes se estrechó aún más cuando el padre se casó con una profesora de Lenguas de la USP que, por una feliz coincidencia, era también mejor amiga de la mujer con quien César había estado casado por 15 años, una abogada nacida en Suiza. Los cuatro formaban un grupo de fidedigna complicidad y Helena pasó casi toda la infancia entre las piernas de las dos parejas. Por lo menos dos veces al mes se encontraban para compartir una comida en casa o para un paseo en un parque o centro comercial. César y la esposa (que viajaban mucho y Helena nunca sabía la razón exacta) siempre le regalaban un souvenir de cada país que visitaban.

Cuando Helena cumplió 9 años sucedió un trágico accidente en la carretera Dutra, en San Pablo, que mató a sus padres y a la mujer de César. Helena y César salieron sin un rasguño. César asumió la responsabilidad de cuidar de la niña por el sincero aprecio que tenía por la familia. La ausencia de parientes cercanos a ambos contribuyó decisivamente a la unión de los dos. Helena fuera a vivir con una tía soltera en la lejana Brasilia y César le hizo compañía instalándose cerca para darle apoyo. Él terminó convirtiéndose en su protector y la persona más influyente de su vida hasta la fase adulta.

Aunque la vida de César era un eterno hacer y deshacer la maleta, con regularidad el ingeniero nuclear pasaba unos días del mes íntegramente con Helena y se aseguraba de darle dosis

homeopáticas de la alta literatura. De Hamlet a los Hermanos Karamazov, de La Odisea pasando por Confucio y Marco Polo... De modo que, según Helena, todo el sentido moral, ético y humano que desarrolló en la adolescencia tenía relación directa con César.

Sin embargo el día en que Doroth más se sorprendió fue cuando Helena apareció con un libro de portada verde y de aspecto antiguo de nombre exótico: el Kibalión: estudio de la filosofía hermética del Antiguo Egipto y de Grecia atribuido a Hermes Trismegisto.

Helena la miró como si adivinara su duda.

— La clave de todo es el conocimiento — dijo Helena después de un guiño.

— ¿Es la tesis del sabio Hermes Trismegisto?

Helena sacudió la cabeza risueña.

— ¡No! Es la tesis de otro gran sabio: César Montenegro.

Doroth Morgan tomó el portarretrato y sostuvo el marco con las dos manos reparando en la joven Helena. Dentro de unas horas aquellos ojos de un marrón suave y de una expresividad excepcional serían los más conocidos entre los mayores terroristas del mundo.

— ¿Qué pretendes, Helena? — preguntó al vacío mientras devolvía el marco a la mesa, esta vez, con la cara boca abajo.

## CAPÍTULO 25

Pang Meng sudaba miedo.

Con una presteza atemorizante, el hombre de sobretodo negro avanzó dos pasos y pateó su mano. La Glock se desprendió de ella y resbaló entre los pedazos de envases hasta que quedó atrapada debajo de una mesa que ardía en llamas. Acostado, Meng ensayó una patada entre las piernas del hombre pero antes de que pudiera concretar el movimiento él golpeó su cara con su bota. El cuerpo de Meng cayó hacia un lado y una línea de sangre salió de su boca.

Meng sintió que la mano derecha se apoyó en un pedazo de vaso roto, puntiagudo y lo suficientemente pesado para realizar una trayectoria precisa. Se dio vuelta lo más rápido que pudo y arrojó el objeto al cuello del adversario. El hombre de sobretodo negro pareció haber anticipado la acción y, en una fracción de segundo, puso su brazo delante del cuerpo. El fragmento se alojó en el antebrazo a través de la manga del sobretodo al mismo tiempo que el reflejo de la otra mano hizo disparar la Desert Eagle que antes apuntaba a la cabeza de Meng. La bala raspó su oreja que inmediatamente sangró. Meng sintió un sonido agudo estropeando la membrana del tímpano. Estuvo mareado por un momento.

Sin embargo ese error le daba ahora una oportunidad.

*Esté siempre encima del oponente.*

Con la pierna que tenía bien hizo una trampa. Los pies del hombre se elevaron del suelo y se golpeó de espaldas contra una de las únicas alfombras que aún no se quemaba. El movimiento brusco hizo que el Desert Eagle se zafara de su mano, volara por el aire y desapareciera debajo de los escombros que se incendiaban. Meng se puso de pie con ligereza y se lanzó sobre él, mirando el codo en su cara. El impacto hizo que la ceja del hombre se abriera en un tajo rojo. Meng sabía que el oponente era mucho más pesado que él. Quedaría en desventaja si la lucha fuera en el suelo. Aprovechó su desorientación momentánea y arrancó del antebrazo del hombre el pedazo de vidrio. Él soltó un gruñido primitivo. Apoyó una mano en el suelo y subió la otra hasta la altura de la cabeza. Iba a enterrarle el vidrio directamente en la glotis. Cuando su mano se dirigió hacia abajo fue abruptamente paralizada por los dedos poderosos del hombre. Él agarró la

muñeca de Meng y presionó la lesión de la bala en el hombro izquierdo. Meng sintió un terrible dolor que lo hizo retroceder. Se libró de la otra mano y se puso de pie sintiendo las llamas de fuego tocando su piel. Por un error mínimo se había olvidado de proteger su punto débil.

Vio al hombre tirar los brazos hacia atrás y apoyar las manos al lado de su cabeza. Tomó impulso con ellas y se levantó dibujando un arco en el aire, el sobretodo negro flameaba en el aire caliente como una túnica futurística.

La lámpara persa que iluminaba la entrada interna de la tienda cayó corroída por las llamas. Meng oyó un estallido, luego un pedazo del techo cedió y la estructura de la pequeña tienda de repente comenzó a caer. El vidrio delantero se rompió por la presión de las llamas. Ahora, casi la totalidad del ambiente, se incendiaba. Por encima de ellos el techo que se agrietaba era una nube de humo. Sólo un círculo donde había algunos puntos aleatorios quedó libre en un radio de tres metros.

Hora del cuerpo a cuerpo.

*La ventaja de él, pensó, son mis heridas. La mía, el hecho de no haber perdido nunca.*

A dos metros de distancia del oponente Meng consideró sus alternativas de lucha. El fuego se esparcía con rapidez y los alvéolos pulmonares exigían cada vez más energía para absorber oxígeno. Sintiendo los ojos arder se esforzó para controlar el sentimiento inédito de incertidumbre que le acometía.

El ataque le pareció más arriesgado, había visto sus heridas. Lo mejor sería usar la fuerza cinética del oponente a su favor a medida que protegía sus puntos débiles.

Fue lo que hizo.

Esperó el golpe.

La ofensiva llegó como un rayo y los dos iniciaron una eximia lucha.

Cinco segundos antes de que todo el techo se derrumbara con un estruendo terrible.

## CAPÍTULO 26

Acomodada en el asiento de primera clase del jumbo de Qatar Airways Helena sentía dolor de cabeza. Hacía mucho había pasado el umbral de la razón.

Con increíble inteligencia, Arash y su amigo despistaron a los autos oficiales del servicio secreto en la First Avenue. Si ni siquiera ella hubiese imaginado que sería instigada a huir del edificio de la ONU que huiría a Irán con documentos falsos, mucho menos lo supondrían aquellos que los perseguían. Por eso el camino al aeropuerto John Kennedy había transcurrido sin obstáculos.

Por la ventanilla detuvo la mirada sobre Nueva York que se deshacía poco a poco bajo sus pies. Por otro lado una niebla densa nublaba su visión con las imágenes caóticas del día: desde la cajita del pen drive en el auto pasando por el video de César hasta la fuga de la ONU y de Estados Unidos con un sujeto que nunca había visto en su vida.

La voz de su antiguo mentor todavía resonaba en su mente:

*Perdón por mi ausencia. Lo hice para protegerte. Te amo, mi querida.*

Sentía como si mil puñales azotasen su pecho bien despacio, uno por uno. Impiadosamente.

Helena siempre se culpaba cuando César se aventuraba por el mundo. Ahora tenía la certeza de que debería haberle impedido más veces realizar lo que él llamaba “excursión científica”. En esa época, sin embargo, el doctorado y la asesoría que prestaba al embajador de Estados Unidos consumían toda su atención.

— Esta es la última vez — decía él. — Cuando vuelva te prometo que verás el mundo de otra forma.

Pero, ¿qué importaba eso? La diplomacia era la manera que Helena había encontrado de ver el mundo de otra forma. La paz mundial bajo la égida del diálogo, de la comprensión entre los pueblos.

Desde el último encuentro con César pasaron cuatro años sin noticias. Y ahora un retorno explosivo.

*Literalmente.*

Imaginaba las numerosas implicancias de los hallazgos de armas nucleares y la inminencia de una guerra. Recordaba las palabras de César sobre el Templo de la Llama Eterna sobre Isfahán, Teherán, el fin de la pobreza mundial, los centros magnéticos y gravitacionales... *Sólo tú puedes traerlo al mundo...*

*"...te prometo que verás el mundo de otra forma"*

*¿Sería de esta forma? ¿Patas para arriba?*

Por debajo del velo negro sus sienas latían más ahora. Escuchaba palabras de su propia mente amontonándose unas sobre otras como un castillo de cartas cuyos naipes no aparecen completamente.

Ella no retuvo el susto cuando la mano de Arash tocó su brazo. Sentado a su lado no había habido tiempo siquiera para conversar.

— Perdóneme... pero... ah... Arash, ¿cierto?

— Sí, Arash Zarak. Trabajé con César en el Instituto de Tecnología de la Universidad de Teherán como científico sénior.

Helena quedó estupefacta. De hecho, aquel sería el día de las sorpresas interminables. Enseguida se fijó en Arash. La última cosa que él aparentaba era un científico. Ya debía haber pasado los 40 años hacía tiempo. Alto, de aproximadamente 1,83 metros, de complexión vigorosa, no demasiado lindo pero de presencia distinguida. Tenía rasgos innegables de medio oriente, una nariz larga y robusta que parecía encajar con categoría en su rostro. El maxilar anguloso y el mentón levemente cuadrado y prominente emanaban una seguridad casi militar. Cuando hablaba, sin embargo, su voz calma acentuaba con levedad las líneas alrededor de los labios mientras las cejas gruesas subían y bajaban formando arrugas en la frente morena clara. El cabello era negro y corto pero voluminoso, con patillas que caían hasta la altura de los lóbulos de las orejas, adonde se encontraban con una barba recién afeitada. Esta, a su vez, daba un tono pálido al resto de la mejilla.

De cerca, Helena tenía la clara sensación de ver a través de sus ojos negros una profunda mácula como si la vida le hubiese sido de alguna forma deshumana.

— Señora Gouveia — dijo él —, como le comenté un hombre me abordó en una situación absurdamente improbable y me contó sobre César y sus hallazgos. Me exigió que la buscara. Me dijo que usted tendría más información que ayudaría a armar este rompecabezas. Él me entregó un bolso con los pasaportes, las identificaciones en la ONU, estos pasajes en primera clase y su niqab.

Helena definitivamente era incapaz de absorber más información.

— Disculpe pero no puedo imaginar cómo ese hombre... esta situación... César... — Ella suspiró. — Perdón, pero no sé bien qué pensar...

— Entiendo. Por favor, por ahora sólo escúcheme: le pedí ayuda a Salim. Él es un gran amigo que nació en Líbano. La semana pasada lo llevé al médico y el diagnóstico fue... — Los

ojos de Arash expresaron un vacío triste. — En fin, Salim tiene apenas un mes de vida.

Aquello llamó la atención de Helena.

— El pobre no tiene nada para perder y quería pasar aunque sea por un momento de adrenalina. Aunque reacio, acepté su propuesta de que me conduzca hasta la sede la ONU.

— Pero los de seguridad vieron el taxi de él — dijo Helena. — A esta altura ya está siendo interrogado en alguna base del servicio secreto. Es cuestión de minutos que lleguen hasta su nombre y...

— Aquel taxi no es de él señora Gouveia. Robé el auto en el estacionamiento y le di las llaves a Salim. En verdad él ni siquiera es taxista. Salim es un hombre sin hogar, un fantasma. No tiene identificación, ningún registro, ninguna familia. No existe en los Estados Unidos — Arash bajó la mirada por un rato. — ¿Se acuerda cuando le dije que estuvimos juntos en momentos complicados? Vivimos tres años en las calles de Manhattan.

Helena no encontró palabras para responder, su pena era inmensa. *¿Arash fue mendigo?*

— Pero eso no viene al caso ahora — concluyó él. — Necesitamos saber qué hacer cuando lleguemos a Irán.

Realmente el exceso de información conducía el cerebro de Helena de modo inevitable al agotamiento. Pensó en cómo su vida ahora dependería de la ayuda de aquel desconocido. Desde la noche anterior la única persona con quien había tenido contacto y por la cual podría sentir alguna confianza había sido Arash. Si no fuese por él Helena probablemente estaría bajo la presión de los agentes, acorralada en un torrente de preguntas sin conexión, esperando las pruebas definitivas de la comisión de la ONU. Si se concretara su involucración con César y con el Régimen de los Ayatolás en Irán le concedería, como mínimo, un juicio en una corte internacional.

*Pero no son concretas, se dijo a sí misma. Es una mentira. Me avisaron de la noticia.*

*¡Conecta los puntos, Helena! Coloca sobre la mesa todas las cartas que tienes. Reúne toda la información.*

Entonces, de repente, como una brújula desregulada que encuentra una dirección, Helena concluyó que el camino más claro estaba a su lado. Debería unir fuerzas con Arash. Tomó una agenda de su bolso y hojeó rápidamente. Arash se quedó mirando, callado.

Ella encontró la página.

— Me parece que lo más importante ahora es saber qué significa esta frase.

Él tomó la agenda y leyó:

*En el Templo de la Llama Eterna sigue los Elementos. Los arabescos en el Espejo de Agua explican el Torus. Isfahán es la tierra de la Geometría Sagrada...*

Arash pareció haber visto un fantasma. Miró para todos lados como si necesitara situarse en el tiempo y el espacio. Después de algunos segundos dijo finalmente:

— Sé exactamente adónde tenemos que ir en Teherán.

## CAPÍTULO 27

Dentro de un taxi modelo 1969 Helena se arregló el hijab de seda que insistía en caerse de su cabeza murmurando lo difícil que era mantenerlo seguro sobre el cabello. En una tienda del aeropuerto había comprado un modelo de seda roja, un velo que cubría sólo la cabeza. Tenía dibujos de arabescos y letras en persa cuyos significados ni se había esforzado en entender. Tiró el niqab negro en la basura del primer baño que había visto. El intercambio había disminuido un poco el calor que penetraba todos los poros del cuerpo. Según Arash la vestimenta se adecuaba



mejor a los patrones de Teherán. Otorgaba una nueva visión en el espejo, más por fuerza del hábito que por vanidad y se deshizo de las lentes de contacto color de miel.

Ahora, siendo conducida por los primeros barrios de la ciudad de Teherán, ella reflexionaba sobre el próximo paso.

*Tenemos que ir al Templo Adrián, pensaba ella, un templo del zoroastrismo en el centro de la ciudad.*

Se acordó de lo que conversaron en el vuelo. Arash había prometido una explicación de todo lo que sabía tan pronto como llegaran a Teherán pero insistió en que descansara un poco durante las dieciséis horas de vuelo. Aunque su mente se hizo lo contrario no pudo superar los efectos de los jugos de maracuyá y de las masas servidas en el avión. Había dormido pesadamente.

— Bienvenida a Teherán Señora Gouveia. — Ella oyó a Arash decir desde el asiento de adelante del taxi. — En un instante vamos a pasar por Valisr Street. ¿Sabía usted que es la mayor de Oriente Medio?

— Desgraciadamente conozco poco su tierra — respondió ella medio sin gracia.

La atención de Helena fue inevitablemente seducida por el paisaje. A través del vidrio del Peikan blanco iraní 1968 divisó un cielo azul claro sin nube alguna, el auge del verano azotaba el aire caliente.

En el horizonte un sorprendente contraste aparecía con los rayos de sol que brillaban en la cima blanca de las montañas al norte de la ciudad como pintadas de purpurina. El brillo intenso del hielo causó que la vista de Helena se nuble por algunos segundos.

— Aquella es la cordillera de Alborz — indicó Arash apuntando a la majestuosa muralla que surgía al norte de Teherán y entrecortaba el cielo. — Tiene 130 kilómetros de elevaciones que bordean el Mar Caspio de Azerbaiyán a Turkmenistán. El pico más alto, el Darmavand, llega a 5.671 metros y tiene nieve prácticamente todo el año. — Ahora él tenía el tono de guía turístico. — Hay estaciones de esquí abiertas a dos horas de aquí.

Helena observó la extensión de la montaña alrededor de Teherán. La ciudad de 14 millones de habitantes parecía una pequeña aldea a los pies de la colosal Alborz.

A medida que avanzaban, Helena percibía que el diseño bucólico de las colinas contrastaba con los rascacielos modernos y con las espaciosas avenidas perfectamente asfaltadas. Los viaductos atravesaban el aire cortados incesantemente por la mayor flota de coches de Oriente Medio, en su mayoría antiquísimos modelos, sobre todo, de Peugeot. Los taxis amarillos, las motocicletas de todos los tipos trababan batallas particulares sin ningún respeto a las señales ya los peatones.

— Este tránsito hace que Manhattan parezca el cielo, ¿no es así?

Ella apenas asintió impactada con la profusión de informaciones nuevas.

Era sorprendente cómo Teherán tenía un aspecto más moderno de lo que ella creía de la capital de un país al que se le atribuyen repetidamente adjetivos como aislado o anticuado. Se veían planes especiales de telefonía celular estampados en los escaparates, propagandas de tiendas, cursos de idiomas occidentales. Lo más curioso era que las placas que indicaban calles y avenidas eran escritas en persa y también en inglés.

Un sin número de retratos pintados aparecía en paredes enteras de edificios. Héroe de la Revolución Islámica de 1979 eran observadores vigilantes de los que pasaban por las calles. Arash le mostró la versión iraní del Empire State Building que parecía pinchar la nube de contaminación que flotaba constantemente sobre la ciudad. Las mezquitas, en la mayoría de color

azul turquesa, eran un espectáculo aparte. Sus suntuosos minaretes se destacaban contra el cielo como si apuntasen con austeridad y mística hacia la verdadera casa del alma.

El aire de Teherán recordaba a una mezcla de contaminación y...

*¿Flores?*

Helena se impresionó con la variedad de los jardines y parques de Teherán que se ubicaban cuidadosamente en toda la extensión de las calles por las que pasaban. Plazas, casas, desvíos, cualquier lugar donde había un espacio un jardín bien cuidado surgía. Arash le explicó rápidamente cómo los iraníes eran fanáticos de los jardines y las flores, desde la Antigua Persia. ¡Sólo en Teherán eran más de ochocientos parques! Él recordó que el ejemplo más legendario era el de la Reina Amitis que había recibido del rey Nabucodonosor II una obra maestra: los legendarios Jardines Suspendidos de Babilonia, una de las Siete Maravillas del mundo antiguo. El objetivo era ser un paraíso en la Tierra. La UNESCO, incluso, inscribió los jardines persas como patrimonio mundial. Los jardines simplemente formaban parte de la identidad de los iraníes. Y el persa se constituía en un género aparte.

Helena maldijo a los medios occidentales en los que jamás vio ni una pequeña fracción de lo que en veinte minutos Teherán le mostraban ahora.

— No sabía que aquí era tan... — Ella se quedó desconcertada por su falta de información.

Arash notó su vergüenza.

— ¿Está sorprendida? — preguntó él sonriendo. — No se culpe. Casi todo lo que llega a occidente sobre esta parte del mundo siempre viene acompañado de las palabras miseria, retraso y arsenal nuclear.

Helena tragó en seco pasmada con el mundo nuevo que descubría por todos lados. Las calles eran limpias, las aceras estaban muy bien cuidadas y armoniosamente arboladas.

Pasando por la interminable Valisr Street ella observó una pantalla de plasma anunciando en inglés y en persa algo que llamó su atención: el gobierno solicitaba ayuda pidiendo víveres y médicos para asistir a las víctimas del terremoto en Isfahán. Alertaban sobre la nube radioactiva que podía extenderse por Teherán y llegar a Europa. Helena sintió un escalofrío recordando la forma en que recibió aquella noticia.

Arash la buscó por el espejo retrovisor pero prefirió no comentar nada en presencia del taxista que seguía mudo a su lado. En lugar de eso dijo:

— La Valisr Street tiene sorprendentes dieciocho kilómetros de extensión. Estamos en la parte sur habitada por la clase media. Al norte, los adinerados desfilan con sus tiendas de marca y sus Porsches. — Arash parecía divertirse con el nuevo cargo de guía.

La avenida estaba rodeada por una infinidad de palmeras y sicómoros, árboles que se cerraban como un gran domo natural en algunos puntos y cuyas sombras calmaban el calor del verano. Detrás de ellos, por ambos lados, corrían pequeños canales de agua ofreciéndole a la avenida, -cuando raramente los vehículos daban una tregua-, un sonido agradable de agua corriente.

Pasaron por centros comerciales, parques, restaurantes refinados de varios géneros, museos, centros culturales y oficinas nacionales e internacionales. Las paredes repletas de mosaicos coloridos de las más variadas representaciones hicieron que Helena olvidara por algunos minutos el drama por el que pasaba.

En el avión Arash le explicó por qué razones debían ir al Templo Adrián.

En realidad no había secretos en la primera parte de la frase de César. La metáfora que usó en el video se refería a un supuesto Templo de la Llama Eterna. Se trataba, en realidad, del

Templo Adrián. La casa del zoroastrismo en la capital. Donde la llama que jamás se apagaba ardía en un pedazo de leña.

Arash le reveló a Helena que César se había convertido al zoroastrismo pocos años antes de que él tuviese que huir a Estados Unidos. Le contó que era un secreto guardado bajo siete llaves por César. Helena se sorprendió dos veces, una porque César nunca comentó nada al respecto y otra por la revelación del propio Arash que confesaba haber huido a Estados Unidos. Ella todavía no tenía el coraje de preguntar por qué.

Ahora, pasando por Valisr Street, Helena se preguntaba si la pre-noticia de la CNN había salido oficialmente. En ese momento, Doroth, la ONU, Estados Unidos y Brasil la consideraban una agente iraní infiltrada.

*Y he dado varias razones para el mundo pensar eso.*

## CAPÍTULO 28

*Zel zeleh. Terremoto.*

Definitivamente, lo que Navid Kiahshed veía en las cuatro pantallas del mostrador a pocos centímetros de sus gafas era una aberración.

En los últimos años, equipos del mundo entero venían creando estaciones de monitoreo atmosféricos en zonas de terremoto. Un gran número de satélites se encargaba de enviar datos precisos de la atmósfera superior antes, durante y después de las conmoviciones. Además de ayudar a comprender mejor el fenómeno, el mapeo podía contribuir para que en el futuro fuese posible prever los temblores.

Las primeras observaciones de los satélites mostraban la atmósfera superior tres días antes de la agitación sísmica principal, la de 8.5° en la Escala Richter. En ese período hubo un rápido aumento de radiación infrarroja. Sin embargo no fue exactamente eso lo que asustó a Navid. Él ya conocía la teoría del Dr. Dimitar Ouzonov llamada “Acoplamiento Litósfera- Atmósfera-Ionosfera” que comprobaba exactamente eso: en los días anteriores a terremotos de grandes proporciones ocurrían amplias tensiones en las fallas geológicas una vez que éstas estaban a punto de liberar grandes cantidades de radón, un gas noble, cuya radiactividad ioniza el aire a gran escala. Con la liberación las moléculas de H<sub>2</sub>O eran atraídas hacia los iones en el aire y el proceso de ionización provocaba una gran condensación de agua. Esto causaba la liberación de calor produciendo las emisiones infrarrojas.

En otras palabras, antes de un gran terremoto la atmósfera superior podría calentarse. Pero nunca de la forma en que el sistema de datos mostraba ahora. Él mismo lo había actualizado y probado exhaustivamente un mes antes.

En el 100% de los casos las zonas de radiación infrarroja, es decir, de calor en la atmósfera superior, se dispersaban de manera irregular y dispersa pudiendo abarcar varias regiones del país afectado. Eso era lo que Navid debería ver frente a él. Sin embargo lo que aparecía en las pantallas era imposible de ser causado por la naturaleza de forma tan perfecta.

Además del aumento rápido de radiación infrarroja en los días anteriores, lo que ya significaba una anomalía, el calentamiento de la atmósfera aparecía en los datos en forma de círculos concéntricos, bien rojos, *exactamente* sobre el epicentro del terremoto. Eran como varios ojos rojos pequeños sobre un ojo más grande negro.

Ese era el problema.

Tal aberración sólo podría aparecer en dos situaciones: la primera, si los rayos solares

calentaran aquella franja específica de la atmósfera a través de alguna fuerza divina y desconocida sin dejar que el calor se extendiera aleatoriamente por el territorio. Y la segunda, si alguien usara un gigantesco soplete cargado de electrones, fuera volando por lo menos a 60 km de altura e hiciera ese papel.

En resumen, los resultados del geo procesamiento presentaban una imposibilidad climática debido a factores naturales. Era más fácil que Navid saltara de la silla de ruedas y saliera corriendo por el campus.

Sin embargo Navid ni siquiera prestaría atención a esos datos si no hubiese visto otra anomalía.

Un escalofrío atravesó su columna sólo de recordar.

*Una Aurora Polar en pleno Irán. Y peor, ¡en la zona del terremoto!*

La escena sólo había pasado una vez en el reportaje, bien en el fondo y un poco borrosa, de modo que cualquier persona distraída no repararía en la nube colorida que bailaba suavemente en la imagen.

¿Cuál era la relación de la Aurora Polar con las anomalías que el gráfico encontró en la atmósfera superior? ¿Y qué tenía que ver con la sacudida de Isfahán?

Científicamente hablando, nada.

*Mokâl. Imposible.*

Como experto, Navid sabía que las auroras polares nunca podrían encontrarse en Oriente Medio. Las Auroras Australes ocurrían solamente en el hemisferio sur, en países como Nueva Zelanda, Australia, Antártida y Argentina, por ejemplo. La Boreal, apenas en el hemisferio norte, en lugares donde el sol casi no aparece y el termómetro llega a los treinta grados bajo cero.

En ese caso quedaba una posibilidad...

*La producción artificial.*

Navid sabía que las auroras podían ser producidas en dos situaciones: en escalas menores en laboratorio o en una explosión nuclear. En 1962, por ejemplo, los norteamericanos indujeron una Aurora en una de sus innumerables demostraciones de poder a los soviéticos en el auge de la Guerra Fría. Explotaron una bomba en la dirección del Pacífico en las altas capas de la atmósfera, a unos 400 km de la superficie de la tierra. El fenómeno duró siete minutos y había sido registrado en todas las Islas Samoa.

De una cosa Navid no tenía dudas: la Aurora Polar tenía relación íntima con el calentamiento de la atmósfera en los días que precedieron al temblor.

*¿Cuál es la relación?*

Necesitaba más café. Se giró con la silla de ruedas y se dirigió a la máquina que estaba al lado de la TV. Llenó la taza imaginando cuál sería la reacción de los colegas del departamento de geología cuando él les mostrase los datos.

Un ruido agudo a su espalda lo asustó de repente. El sonido surgió mezclado con el chasquido de objetos metálicos como una marcha de bicicleta que se rompía. Provenía directamente de las computadoras.

Navid giró con rapidez la silla y dejó la taza en la mesa. Las cuatro pantallas del amplio mostrador se sacudían en medio del ruido que salía de los gabinetes.

*Be name Khoda. En nombre de Dios...*

Después de unos segundos la confusión cesó. Navid acercó el rostro a las pantallas perplejo.

De forma repentina se apagaron sucesivamente, de izquierda a derecha. Un pequeño punto

blanco brilló en medio de cada una de ellas y luego quedaron totalmente negras.

El sonido de los ordenadores desapareció. Todo apagó.

Navid supo al instante lo que sucedía.

Había visto la misma escena en 2010 cuando un virus destruyó las centrífugas de la usina de Natanz.

## CAPÍTULO 29

Helena vio el taxi blanco partir por *Si-Ye-Tir Avenue* dejando una línea de humo negro detrás de sí. Aunque se ubicaba en el centro de Teherán, la vía era poco concurrida y muy acogedora. De pie, frente a la entrada del Templo Adrián, se sorprendió con el muro revestido por rústicos ladrillos ingleses y pilares redondos de decoración griega. Levantó los ojos hasta la placa que sobrepasaba la suntuosa puerta doble de madera. Debajo del grifo, en persa, una frase aparecía tallada:

*"Theran Zoroastrian Anjuman"*

Desentonando anacrónicamente con la fachada, una cámara de vigilancia casi oculta a los ojos distraídos acechaba a los dos por encima de la puerta. Un poco más en lo alto, dos figuras femeninas talladas lucían desnudas, cubriendo sus partes íntimas sólo con sus largos cabellos.

Se volvió hacia Arash que estaba a su lado y con un hilo de confusión y deslumbramiento en la voz dijo:

— No conocía todo ese sincretismo cultural del Zoroastrismo.

— Entiendo. En occidente todavía se cree que los iraníes son árabes, por ejemplo. Muchos ni saben que somos persas — dijo mientras acomodaba el asa de su bolso de cuero en el hombro.

Helena estaba de acuerdo. La mayoría de la gente desconocía la diferencia entre árabes y persas. Tampoco tenía conocimiento de que la palabra Irán significaba *la tierra de los arios* y que ochenta años atrás todavía se llamaba Persia.

El sentido común nos termina metiendo en la misma bolsa que a todo Oriente Medio. — Arash hizo un movimiento con la cabeza y apuntó a la puerta de entrada. — Esa arquitectura del frente es fruto de miles de años de influencia de pueblos del mundo entero que transitaban por la Antigua Persia que, por siglos, fue la principal ruta de comercio de Oriente Medio. El Templo Adrián es la casa de la religión monoteísta más antigua del mundo. Griegos, macedonios, armenios, árabes... gente de todo el mundo influyó directamente nuestra cultura.

Helena asintió pensativa. Se acordó de una conferencia sobre religiones en la sede de la ONU dos años antes. En una exposición sobre la trayectoria de las religiones monoteístas, un historiador canadiense contaba que el precepto de un solo Dios, que el judaísmo, el cristianismo y el islamismo adoptaron, era herencia del Zoroastrismo de la antigua Persia, cuyo surgimiento data de al menos dos mil años antes de la primera de ellas. Fue Zaratustra, o Zoroastro, el primer profeta en predicar sobre el paraíso, la resurrección, el juicio final y la venida de un mesías.

Helena se sorprendió con un dibujo que el orador mostró en la pantalla. Si no hubiera advertido que era Zoroastro, ella lo habría confundido con Jesucristo vestido de hombre del desierto con una túnica blanca y una toca del mismo color. Sostenía un bastón y apuntaba el índice hacia arriba. Tenía los cabellos y la barba castaño claro, la nariz afilada y miraba solemnemente hacia lo alto como si intentase ver la aureola que envolvía su cabeza, idéntica a las figuras de la Iglesia Católica.

La conferencia la estimuló a leer un poco más sobre la religión. Ella confirmó que los

conceptos de Bien y Mal surgieron en las enseñanzas de Zoroastro. Él preconizaba una vida basada en los ideales de pureza e igualdad. Según la leyenda, después de mucho tiempo aislado en el desierto, Zoroastro habría recibido las siete principales enseñanzas directamente de Ormuzd, es decir, Dios. La doctrina comprendía una especie de vida después de la muerte donde los justos encontrarían la recompensa en un paraíso y los demás serían castigados a vivir en una especie de infierno. Estas enseñanzas fueron compiladas en el libro Zend-Avest o Avesta que habría sido escrito por Zoroastro.

A lo largo de dos milenios, el zoroastrismo consolidó a Persia, convirtió emperadores, unió etnias, consolidó el sentido de moralidad y ayudó a la construcción de las primeras leyes civiles. Helena descubrió que era consensuado entre la mayoría de los historiadores de que el fin de su hegemonía se debió a la expansión macedónica pero principalmente a la islámica que ocurrió en el siglo V d.c. Ella había leído que hoy el zoroastrismo contaba con poco más de doscientos mil adeptos en el mundo y cerca de cuarenta mil en su tierra de origen, Irán.

Mirando ahora los detalles de la entrada ella imaginó cuántos imperios se derrumbaron y ascendieron desde la antigua Persia mientras el zoroastrismo se conservaba intrépido.

Se volvió hacia Arash:

— ¿Usted profesa el zoroastrismo?

— Hace un buen tiempo que mi fe le dio lugar a... digamos... incertezas. Vivir en las calles tal vez me haya dejado un poco duro en relación a una religión. Pero no puedo negar que lo que me mantenía vivo cada día era una fuerza interna y una creencia en algo superior, lo que todo el mundo en el fondo siente, usted sabe... — Él levantó los ojos al cielo azul. — Un propósito.

Lo que siguió fue un largo silencio. Helena intentó imaginar lo que aquel hombre había vivido. Un día él había sido parte del mismo mundo donde mil millones de personas subsisten penosamente con menos de un dólar al día. ¿La Energía Libre de César sería capaz de acabar con esa terrible llaga? Sólo de pensar en esa posibilidad Helena se llenaba de una motivación que, quizás, pocas veces había experimentado. Ella alcanzaría su objetivo de vida. Dar dignidad a esos miles de millones de almas en el mundo.

Arash respiró despacio y profundamente y soltó el aire como si estuviese reciclando una especie de sentimiento oculto y enseguida lo expulsó de sus entrañas.

Helena se sintió incitada a preguntar por qué Arash arriesgaría la vida con ella. Impaciente intentó de nuevo arreglar el hijab que se deslizaba inquieto por sus cabellos castaños.

— Señor Zarak, creo que este es el momento más apropiado para explicar la razón por la que nos hemos convertido en fugitivos internacionales.

— Cierto. Pero antes necesito aclararle el significa...

Las palabras de Arash fueron atravesadas por un grito gutural que asesinó la calma de la Si-Ye-Tir Avenue.

La voz tenía un tono estridente, fino.

De hombre.

Gritaba de dolor.

Como si en aquel instante una espada le atravesara el cuerpo.

Vino de dentro del Templo Adrián.

Tres palomas volaron asustados por encima del muro y desaparecieron en el cielo azul de la mañana.

Arash se adelantó pero Helena tomó su brazo, atónita.

— ¡Espere! ¿Qué va a hacer?

— ¡Tenemos que ver lo que es!

— ¿No es mejor llamar a la policía?

Arash paró y le habló con firmeza.

— En nuestra situación, ¿usted confiaría en alguien que usara un arma?

Helena no tenía argumentos. Se relajó y dejó su brazo.

Arash giró la cerradura de oro y empujó la puerta.

Se abrió con un crujido.

Y la visión que tuvieron a pocos metros de la entrada marcaría sus vidas para siempre.

### CAPÍTULO 30

Fueron necesarios algunos segundos para que Helena captara con claridad el dramatismo de la escena.

Veinte metros al frente, por debajo de los gritos de dolor, un hombre muy pequeño corría por el patio central enteramente envuelto por el fuego, con los brazos abiertos que recordaba una cruz en llamas. Su voz repercutía estridente, inflando el aire con agresividad.

Arash lanzó su bolso lejos y se dirigió en dirección al bulto de fuego. En un reflejo Helena se quitó el hijab de la cabeza y lo siguió, segura de que era la única opción en ese momento.

Un hilo de esperanza apareció justo al frente. El pequeño hombre parecía correr hacia un espejo de agua redonda y azul construido en el centro del patio. Ellos disminuyeron la velocidad seguros de que allí podría salvar su vida.

Estaban equivocados.

El hombre lo rodeó y siguió más allá de la pequeña piscina, entre los jardines del amplio patio del templo con su voz plagada de agonía. De repente, como si perdiera las fuerzas, se detuvo y se arrodilló con los brazos abiertos y la cabeza hacia el cielo azul.

Los gritos cesaron.

Helena tuvo la nítida sensación de haberlo oído balbucear algo en persa en un instante de conciencia y lucidez, como si padeciera la muerte con terrible y siniestra resignación. Un momento después, su cuerpo carbonizado se estrelló de bruces en el suelo de mármol, totalmente inerte.

Al alcanzarlo, Arash se sacó la camisa que tenía puesta y la arrojó sobre el cuerpo para sofocar el fuego. Helena hizo lo mismo con el hijab tanteando las piernas del hombre. No pudo reprimir la sensación de asco al encontrarse con el cuerpo deformado delante de sí con algunas de sus partes todavía quemándose. El olor de carne quemada que subía con la nube de humo hizo que

su estómago se retorciera.

Al mirar a Arash percibió que él había empalidecido como un fantasma.

— ¡Dios mío! — exclamó. — ¡Ramin! ¡Dios mío!

*¿Qué? ¿Él conoce a ese hombre?*

Sintiendo que estaba a punto de vomitar Helena se alejó del cadáver. Se tapó la boca con la mano. Sus bronquios se dilataron en busca de aire y el pecho le dolió como respuesta.

Buscó una referencia a su alrededor. Estaban solos en el patio del Templo Adrián.

La visión se convirtió en una nube de penumbra y sintió que las sienas le agujereaban el cerebro como agujas de escorpión. Entonces sintió la boca se le secó de repente. Sin que se diera cuenta dos hilos de lágrima bajaron por su rostro. Lívida sintió el mundo cerrarse a su alrededor. Las rodillas cedieron y los ojos quedaron pesados.

Sintió que le dolía el cuerpo mientras se desmayaba en shock.

\*\*\*\*

Helena despertó despacio de un sueño negro sin recuerdos. La primera imagen que registró fue la de un techo rústico, elegantemente abovedado con detalles en dorado, con escritos en persa y decorado por nobles candelabros. Sentía algún tipo de paño mojado en la frente que, en el momento, le confería un alivio indescriptible. Todavía no se acordaba de la razón por la cual todo se nubló de golpe. Su mente era un mar desierto en el momento presente.

El aire de la sala le recordaba a una fragancia a madera y se iluminaba sólo por una luz mate a su lado derecho. Pudo oír el acento melodioso de Arash que se quejaba en un tono preocupado.

— ¿Cómo pudo hacer eso?... ¿Cómo pudo?... — decía él.

Bailando en el techo, sombras inquietas garabateaban la pintura como las llamaradas de...

*¡Fuego!*

*¡Se está quemando!*

Entonces ella se acordó.

Y se levantó de un salto dejando resbalar al suelo el paño de la frente.

— ¡Fuego!

A causa del movimiento la cabeza le dolió inmediatamente como protesta. En un instante percibió que había sido recostada en tres sillas colocadas juntas con los dos pies levantados en una lujosa almohada persa. Sus ojos rastrearon el ambiente.

*Estoy dentro del Templo Adrián...*

El salón cuadrado era de una suntuosidad magnetizante. De dimensiones medias el espacio estaba casi completamente lleno de alfombras persas. Helena se encontraba en una de las muchas sillas dispuestas en forma de un círculo que abrazaban la estructura principal, una exquisita chimenea que se situaba bien en el centro. Arash estaba de pie a su lado, aún sin camisa.

— Se despertó a la hora exacta — dijo él estirando un lado de la boca en una sonrisa triste.

— ¿Cuánto tiempo estuve ausente? Donde está...

— Está bien — dijo él, calmándola. — Usted no durmió más de veinte minutos. Me di cuenta de que no había nadie en el templo y cerré la entrada del sur y del norte. Cubrí el cuerpo...

— Arash carraspeó. — Cubrí el cuerpo de Ramin allá afuera. Creo que tenemos unos minutos antes de que alguien aparezca para averiguar qué pasó.

— Pero, ¿conocía a ese hombre? ¡A esa altura alguien ya debe haber escuchado los gritos y



llamado a la policía! — Ella cambió el gesto. — ¿Quién era él?

Arash se acercó y la luminosidad tímida delineó la forma de su abdomen.

— Ramin era *dastur* de este templo. Como una especie de sacerdote. Entre las varias responsabilidades de esta función el *dastur* es el encargado de hacer el mantenimiento de la llama eterna. Probablemente él había ejecutado esa tarea poco antes de... — Él vaciló. — De lo ocurrido. Cuando llegamos él debía haber terminado de abrir la puerta de la calle que siempre está destrabada durante el día.

Helena observó el fuego sagrado detrás de Arash. Ardía en un pedazo de leña dentro de una gran pira dorada y metálica del tamaño de un caldero que a su vez estaba posicionada sobre una plataforma de piedra cuadrada.

La estructura era sorprendentemente hermosa.

— Conocí a Ramin a través de César — reveló. — Él lo llevaba de vez en cuando al laboratorio de la Universidad de Teherán para ver nuestras aplicaciones científicas. Creo que fue Ramin quien le presentó el zoroastrismo. Ambos nutrían una amistad admirable. Ramin era uno de los pocos en quienes César confiaba. Fue por medio de él que conocí algunos detalles del zoroastrismo. — Balanceó la cabeza. — No puedo entender cómo esto pudo suceder...

Helena se levantó movimientos con vacilantes.

— Pero, ¿quién le haría esto, mi Dios?

Arash fijó los ojos en los de ella. La expresión que atravesó su semblante ya respondía a la pregunta.

— Temo que se haya quitado la vida.

Helena detuvo la respiración alarmada.

— ¿Pero cuál serían sus motivos? ¿Y qué tiene que ver con César?

— Usted necesita ver algo. — Se volvió y miró hacia abajo, a los pies del fuego. — Acabo de advertir ese mensaje ahí en el suelo.

Helena se acercó y se guió por su mirada. Lo que vio la hizo tragar en seco.

Dibujadas con las cenizas del fuego, dos flechas que medían cerca de treinta centímetros apuntaban en direcciones opuestas. Una fuera del templo y la otra exactamente para la estructura donde la llama sagrada se ardía. En medio de ellas habían escrito una palabra en inglés:

↓ ELEMENTS ↑

La frase de César apareció en su mente con una fuerza inigualable.

... *En el Templo de la Llama Eterna, sigue los elementos...*

*¡Claro, pensó, el elemento fuego!*

Al lado de esa inscripción, Ramin habría dibujado una expresión en persa:

*Mano bebakhsh, César.*

— Es decir: perdóname, César — tradujo Arash.

— Ramin quería ayudarnos señora. Sospecho que él delató a César.

— ¿Pero por qué? ¿Ante quién?

Arash pensó por unos instantes frunciendo los labios.

— No tengo la más mínima idea. Es obvio que sólo puede haber sido movido por una razón muy fuerte. Los dos eran muy amigos.

Helena se frotó los ojos e intentó concentrarse.

— Ramin era un ortodoxo de los valores zoroastras — explicó. — El honor, la fidelidad y la buena fe son preceptos inquebrantables de la religión. Son los principios que los adeptos más

se enorgullecen de haber legado a las principales religiones monoteístas. Creo que Ramin denunció a César a algún grupo o institución interesada en robar u ocultar su tecnología. Arrepentido hizo arder el fuego en su propio cuerpo. El fuego es el elemento más sagrado del zoroastrismo, es símbolo de luz divina y, sobre todo, de conocimiento y sabiduría.

*¡Cuánta sabiduría ha tenido!*

— Ramin era rígido en sus convicciones. Morir a través del fuego puede haber sido una manera funesta de purificar su alma por lo que le hizo a César.

— Pero es mucha coincidencia que lo haya hecho justamente cuando llegamos aquí.

Arash sacudió la cabeza.

— No, no lo es. Allí hay una pequeña sala de vigilancia. Cuando llegamos vi una cámara en el exterior por encima de la puerta. Creo que Ramin me reconoció. Debe haber supuesto que vine en busca de una explicación por lo que le sucedió a César y a sus descubrimientos. — Arash suspiró apesadumbrado. — Su *honor*, sin embargo, debe haber hablado más alto a su conciencia y... — Sacudió la cabeza en gesto de negación.

— Además — agregó él — César siempre mostraba fotos de usted a los pocos amigos que había hecho aquí. Yo mismo he visto varias de ellas: de su infancia, de su graduación, de su promoción como diplomática de la ONU... Ramin por cierto también la identificó.

Helena sintió su corazón rasgarse. De verdad. Se esforzó, sin embargo, en mantenerse enfocada.

La capacidad de resolución que Arash exhibía en medio del caos acababa siendo un aliento para ella. Además de la seguridad transmitía discernimiento. Sus palabras le devolvieron la capacidad de raciocinio a Helena.

— Bueno — dijo por fin. — Tenemos que seguir esos Elementos y encontrar pronto a César.

— Ok, vamos a empezar por aquí — dijo girando sobre sus talones. — He dado un vistazo rápido alrededor de la estructura de la pira metálica pero no he visto nada más. Venga, ayúdeme.

Como en la primera parte de la frase, la segunda indicación de César estaba lejos de ser un enigma. Su interpretación, creía Helena, debía ser literal.

*...En el Templo de la Llama Eterna, sigue los elementos...*

*¿César sabía que Arash me iba a ayudar?*

Siguiendo a Arash, Helena rodeó la estructura que sostenía la pira metálica. La piedra no presentaba ningún saliente u orificio en el que pudiera insertarse algo. Arash tomó un paño blanco, probablemente usado en el proceso de mantenimiento del fuego y con esfuerzo levantó la gran pira por debajo, con las dos manos, disculpándose por la falta de respeto al símbolo sagrado.

Tampoco había nada escondido debajo de la pira.

La puso nuevamente sobre la superficie de piedra.

Helena curvó la espalda y deslizó las manos sobre la plataforma alisándola de arriba abajo con nerviosismo en sus manos. Arash hizo lo mismo en silencio.

*¡Dios mío, si la puerta de enfrente se abre ahora van a encontrarse con una mujer con el cabello a la vista y un hombre sin camisa profanando un templo sagrado!*

— ¿Encontró algo? — preguntó ella.

— Nada.

Ella se enderezó mirando el fuego, pensativa.

— Creo que debemos seguir la interpretación literal de la frase de César. Seguir los elementos.

— Pero los estamos siguiendo, ¿no?

— No literalmente — dijo ella observando el fuego.

Arash pareció entenderla.

— Va a ser difícil remover el fuego y encontrar algo diferente ahí.

— Tenemos que apagarlo.

Arash rió incrédulo.

— Señora, me temo que eso no será posible. ¿Sabe cuánto tiempo hace que está encendido este fuego? ¡Son más de mil quinientos años! Hace cien años vino a Teherán directo de Yazd, la segunda capital más antigua del mundo y usted...

— Necesitamos seguir los Elementos — interrumpió ella buscando alrededor algo que apagara la llama.

— No puedo permitir que usted la...

— ¿Y si después la encendiéramos? Nadie repararía en ello. ¡Estamos solos!

— Esta llama sólo puede ser encendida por un *dastur* después de una ceremonia extremadamente compleja en sus procedimientos. ¡No podemos destruirlo todo!

Helena comprendía el respeto de Arash por el templo. Aunque él no fuera un fiel tenía un gran respeto por la religión que ayudó a consolidar la nación donde había nacido. Pero era necesario actuar.

— Señor Zarak, pienso que si avanzamos de acuerdo con lo que César nos ha indicado ¡será posible evitar incluso que se destruyan estas tradiciones religiosas por medio de una guerra! Las indicaciones han sido literales, no hay nada de enigmático. Tenemos fuertes razones para suponer que el siguiente paso está dentro de ese fuego. Si desea mantener esa tradición por al menos mil quinientos años, necesitamos saber lo que hay ahí. Es lo que puede evitar una guerra. Es lo que nos puede llevar a César. Es lo que puede probar nuestra inocencia. Y por lo que todo indica, es lo que tal vez cambie el mundo.

Arash demostró confusión.

— Pero... nosotros... ¡corremos el riesgo de no encontrar nada ahí!

— ¿Quiere algo más arriesgado que la inminencia de una guerra mundial, de nuestra posible prisión por el servicio secreto estadounidense o por la policía iraní por estar dentro de un templo sagrado sin camisa y sin hijab? ¡Eso sin hablar de una plausible guerra nuclear!

Arash guardó silencio.

Helena le dio la espalda y se dirigió a una puerta en el ala oeste del salón. Un pequeño pasillo se extendía por delante. Ella encontró una nueva puerta a la derecha. Un baño donde había lo que buscaba: un balde.

Lo llenó en el grifo y volvió al salón.

Arash murmuraba algo en persa con la cabeza baja.

Pidiendo perdón a Zoroastro Helena arrojó toda el agua del cubo en el fuego milenario bajo la mirada contrariada de Arash. Junto al sonido de ebullición instantánea una nube de humo se elevó hasta el techo. Algunos segundos después sólo había la leña quemada.

Helena tomó una especie de espátula colgada en la pared y se acercó. Removió la leña con cuidado. Luego se asustó con lo que vio.

Entre los restos de leña mojada y hollín había un objeto revestido por una especie de capa parecida a papel aluminio pero aún más brillante. Dentro de aquella pira milenaria la pieza de aspecto futurístico representaba, como mínimo, un anacronismo histórico.

— Está protegida con nanofibras de celulosa.

— ¿Cómo? — preguntó ella aturdida.

— Una invención de los japoneses. Es el material más resistente al fuego que se conoce actualmente. Una revolución tecnológica que está siendo utilizada en la fabricación de aviones, coches, etc.

Helena soltó un suspiro de sorpresa y sonrió levemente.

— Bueno, ahí está— dijo ella moviendo con la espátula el objeto.

La pieza tenía el tamaño de un aparato celular. El material que lo cubría reflejó el brillo de las pequeñas chispas de la chimenea muerta y el rostro blanco de Helena mientras ella lo entregaba a Arash.

— Tome — dijo ella —, voy a reavivar el fuego.

Ella corrió hasta la puerta oeste para buscar algo inflamable y más leña para sustituir a la mojada. Volvió con una bolsa de leña en la mano. Depositó todo lo mojado en el cubo, lo reemplazó en la pira y después de unos segundos el fuego ya se encontraba vistoso y reluciente de nuevo. Sintió a Arash suspirar de alivio al colocar la espátula con el objeto sobre una mesa próxima y retirar el revestimiento de nanofibras de celulosa.

Con el movimiento, lo que había dentro de la protección rodó parcialmente sobre la espátula y reveló un cilindro metálico.

— Una parte del prototipo — afirmó con seguridad en la voz.

A continuación, con la punta de la espátula, dio vuelta nuevamente la pieza y se sorprendió con la figura que había sido dibujada en ella.

— ¿Qué es eso? — quiso saber Helena.

Había un símbolo dibujado bajo relieve, parecido a una manzana.



Abajo del símbolo había una frase:

*SACRED GEOMETRY. A PART OF ALL.  
Geometría sagrada. Una parte del todo.*

*Isfahán es la casa de la Geometría Sagrada*, ella se acordó con el corazón agitado. Aunque el dibujo no era tan familiar el mensaje no la sorprendió. *Una parte del todo*. La pieza parecía ser una parte del reactor que César había mostrado en el video. Tenía sentido. Se acordó de que el prototipo debía tener el mismo material; era metálico. César los ayudaba con eso probablemente, sabiendo que ella no tendría tiempo de descifrar enigmas e iniciar una búsqueda del tesoro en medio de aquel caos.

Ahora debían concentrarse en el otro elemento: el agua. Observó nuevamente la palabra escrita probablemente por Ramin con cenizas de fuego.

↓ ELEMENTS ↑

La flecha de los elementos apuntaba fuera del templo. Estaba claro que ahora deberían buscar el resto de la pieza o cualquier otro artefacto en el espejo de agua allá afuera y luego salir a la casa de la Geometría Sagrada. *Isfahán*. Donde fue el terremoto. Donde estarían las supuestas

armas nucleares y donde había una fuga radioactiva sin precedentes. La ciudad se encontraba en cuarentena. Y todavía había una nube radiactiva que podría extenderse al gusto del viento.

Helena y Arash tendrían que ir directamente al ojo del huracán.

Arash estudió la pieza y reflexionó durante un tiempo acariciándose la barba que, por entonces, ya debía ser retocada. Por fin, de forma sorprendente, sonrió.

— Tenemos mucho de qué hablar, señora Gouveia. El camino hacia la *Mitad del Mundo* es largo.

— ¿La mitad del mundo?

— Es como los antiguos llamaban a Isfahán.

Helena no pudo evitar jugar mentalmente con las palabras:

*Ojalá que Isfahán no destruya la mitad del mundo.*

### CAPÍTULO 31

Doroth Morgan apoyó los codos en la mesa de su gabinete y suspiró pesadamente. El teléfono parecía hecho de plomo, principalmente a causa de las noticias que el agente Cole le daba.

— Señora Secretaria — insistió él —, lo que atestiguamos en la sede de la ONU es visto como un crimen internacional. Necesitamos actuar con contundencia. Los dos vimos la filmación. Helena Gouveia recibió la ayuda de un iraní que residía en Nueva York. Nuestro personal lo identificó como Arash Zarak, ingeniero nuclear. Trabajó seis años en la Universidad de Teherán en programas nucleares. Antes de eso, sin embargo, era capitán del ejército iraní. Hace tres años trabaja como taxista y responde al el nombre de Abdel Kader. Nuestros registros también indican que antes de convertirse en taxista él desapareció en las calles de Nueva York por otros tres años. Probablemente haya vivido como indigente.

Doroth frunció el ceño extrañada con esa descripción.

— Usted cree que es...

Cole respondió con la seguridad de un militar bien entrenado:

— Todas las evidencias nos llevan a creer que Zarak y César Montenegro son agentes secretos de la Guardia Revolucionaria iraní. Y Helena Gouveia responderá, al menos, como colaboradora de terroristas internacionales.

El cuerpo diminuto de Doroth se hundió en la silla de cuero marrón.

— Señor Cole — dijo ella —, entiendo las implicaciones de ese caso pero le pido unas horas para que podamos comprobar la veracidad de las evidencias encontradas por nuestra comisión. El terremoto precipitó un poco las cosas, de modo que las operaciones en Isfahán se complicaron. Por favor no deje saber a los medios de lo ocurrido por el momento.

— Confieso que no tengo control sobre eso. ¿Usted entiende que estamos a ciegas? Estar a ciegas en un contexto geopolítico como este nos deja en estado de alerta total. Por eso todas las agencias de contraespionaje de Estados Unidos ya han sido alertadas, entonces todo puede suceder.

Doroth apretó el teléfono al oído:

— Señor Cole, si la CIA, NSA o el que sea que entre en acción, sólo va a empeorar las cosas. Tenemos un cable pelado de alta tensión que tira chispas por todos los lados. ¿Usted es consciente de que si no controlamos esas chispas podemos desencadenar una guerra de proporciones inimaginables?

Cole respondió con una frialdad conclusiva:

— No tengo intereses apátridas señora. Mi compromiso es exclusivamente con la seguridad de los Estados Unidos de América. Vuelvo a ponerme en contacto con usted en breve.

Y cortó.

Doroth Morgan continuó con el teléfono al oído esperando que las palabras de Cole dejaran de reverberar en su cerebro. La fuga de la usina y la nube radiactiva -que tendría el potencial de propagarse de manera incalculable- eran un problema irreversible. Alegando ayuda humanitaria a causa de la tragedia, países con intereses en acabar con el Régimen de los Ayatolás podrían fácilmente ocupar la región. *Una intervención*. Irán, por supuesto, no aceptaría. Lo que podría generar, como mínimo, una guerra civil. El terremoto podría convertir a Irán en un territorio internacional. Si no se probara la existencia de armas nucleares.

Si el contraespionaje actuara Helena podría ser presa e inevitablemente juzgada. La primera criminal de guerra de la ONU tal vez.

Absorbida por una cadena de pensamientos observó el cuadro clavado en la pared frente a ella. Su foto oficial. Los últimos cinco años en el cargo de Secretaria General de la ONU ofrecían testimonio del fin del aire romántico y esperanzado en relación a la paz mundial que el retrato exhibía. No supo cuánto tiempo se quedó allí con el teléfono junto al oído, inmersa en el silencio de la línea sin señal, en un mundo aparte. Eran las dos de la mañana y Doroth Morgan aún se encontraba en la sede de la ONU.

Cuando colocó el aparato en su lugar inmediatamente volvió a sonar.

Línea uno. Su secretaria.

— Señora, el director del Pentágono quiere hablarle.

— Transfiera la llamada.

— En verdad, señora — la secretaria se aclaró la garganta —, el señor Ron Jay Campbell está aquí.

Doroth quedó helada.

— El director del Pentágono está *aquí* en la sede de la ONU.

— A mi lado, señora.

*¿Pero qué diablos Campbell está haciendo en mi gabinete?*

— Hágallo pasar.

Un instante después la puerta se abrió. Campbell, con su forma porte esbelto vistiendo un traje negro bastante conservador, entró con una rigidez decidida en la sala y se sentó frente a ella.

— Secretaria — la saludó.

— Señor Campbell, no esperaba este encuentro así...

— Vamos a abandonar las formalidades Doroth. Tengo una salida a nuestro problema en Irán.

## CAPÍTULO 32

Pang Meng sentía dificultades para respirar. No tenía idea de cuánto tiempo hacía que estaba enterrado. Su mente oscilaba continuamente entre la conciencia y la inconsciencia. No había espacio para mover la cabeza y era imposible ver algo más allá de la punta de la nariz. Cuando intentó mover las piernas sintió un dolor punzante sobre la rodilla derecha. La bala incrustada causaba problemas.

Observó que, debido a su posición fetal, se hizo un espacio vacío en un punto a la altura del abdomen acumulando parte del aire que lo mantenía vivo. La mano izquierda estaba debajo del

mentón, quedando relativamente libre, al contrario de la derecha que se hallaba presa en algún lugar por encima de la cabeza.

*Estoy en una tumba hecha de escombros.*

Luchando contra la inconsciencia, Meng movió el tórax con el máximo de fuerza que pudo. Todo permaneció estático. Sintió, sin embargo, una especie de cuerda rozando en la parte posterior del cuello. Parecía un asa.

*¡La cámara!*

El sistema de pulso electromagnético adaptado en la Nikon D7000. Intentó mover la mano izquierda hacia ella pero sintió una picadura tremenda en el hombro baleado. El gemido salió como reflejo. En el umbral entre la razón y el delirio vio pasar por la mente una nube de devaneos, palabras e informaciones inconexas. Parpadeó en medio la oscuridad a la espera de un norte.

*La cámara me puede salvar...*

En un delirio se acordó de cómo conoció aquel sistema treinta años antes, cuando tenía treinta años de edad.

Meng siempre acompañó el desarrollo de las tecnologías militares. A menudo accedía a los registros de contraespionaje que el Instituto mantenía en su sede asiática.

Por increíble que pudiera parecer la tecnología de las armas electromagnéticas atravesaba generaciones. Existían registros de uso de ese género desde 1934. Stalin lo empleaba como tortura en la extinta Unión Soviética a través de un método de control remoto de estimulación eléctrica del sistema nervioso.

Después de la Segunda Guerra Mundial los Aliados descubrieron que los japoneses habían desarrollado *un rayo de la muerte* utilizando ondas de radio muy cortas centradas en un haz de alta potencia. Los Estados Unidos también realizaron entre 1958 y 1962 pruebas a altas altitudes usando impulsos electromagnéticos con bombas sobre el Pacífico.

En general, las armas tenían la capacidad de interactuar con el sistema nervioso del blanco. Generalmente operaban a una frecuencia muy baja, de 100 a 1000 Hz o extremadamente baja, mayor que cero, pero inferior a 100 Hz gamas de frecuencia. Ellas utilizaban las diversas frecuencias del espectro electromagnético para desactivar o matar al blanco. Eran llamadas *Psychotronic*.

*Los rayos invisibles*, como el personal del Instituto lo llamaban.

La misma tecnología fue desarrollada por los investigadores del *Air Force Research Laboratory* que trabajaban con Raytheon. Crearon un arma llamada Sistema de Negación Activa que repelía a los adversarios calentando las moléculas de agua de su piel con energía de microondas. Meng había escuchado relatos que contaban que el dolor era tan grande que la gente no soportaba quedarse parada en el mismo lugar y huían inmediatamente.

El ejército de Estados Unidos, a través de Raytheon Company, bautizó el género bélico como *Armas de Energía Dirigida* y lo adaptó en camiones del ejército probando el sistema públicamente en los años 2000.

Con apenas un disparo la cámara de Meng tenía capacidad de paralizar el sistema nervioso central del blanco y simplemente apagar la actividad cerebral. Para lograrlo, el individuo tendría que quedarse más de cinco segundos bajo la influencia directa del arma. El recurso fue adaptado en la cámara fotográfica para que Meng lo usara con si fuera un turista japonés jubilado en Isfahán. En sus treinta años de experiencia en el campo de espionaje jamás había encontrado algo que uniera la diversión con practicidad. En cuanto a la muerte, para Meng, esos dos conceptos se

mezclaban armónicamente.

*Y el juguete también es capaz de destruir piedras*, pensaba él, de vuelta a la realidad.

Si el mecanismo encontraba el punto de resonancia molecular de las piedras que lo cubrían las ondas de baja frecuencia podrían hacerlas vibrar hasta destruirlas. Meng tendría que soportar el dolor para agarrar la cámara. Era su única oportunidad.

Después de respirar profundamente, empujó el codo hacia abajo, luchando para no desmayarse de nuevo. El dedo del medio tocó a Nikon en el mismo momento en que Meng sintió nuevamente el dolor agudo en el hombro y casi se desvanece. Instintivamente retrocedió.

Inhaló aire tres veces y con el hilo de fuerza que le quedaba bajó una vez más el brazo.

Consiguió sostener la cámara con mucho dolor. Después de unos segundos que le llevó recuperarse deslizó el pulgar hasta encontrar el botón que la accionaba.

Su luz azulada encendió la tumba de piedras que se había formado alrededor, casi la mitad de los 1,75m de Meng. Si tuviera el mínimo de fobia a lugares cerrados, ese era el momento de desesperarse.

*No*, determinó. *No yo*.

Ajustó el mecanismo de la Nikon. Tenía que usarlo como una potencia mayor, ya que el objetivo consistía en destruir algo muy sólido.

Después de calcular el margen de error, buscó una roca en su diagonal superior que pudiera ser menor y más leve. Podría desencadenar una avalancha al romperla, lo que fatalmente lo mataría. Alejó la Nikon lo máximo que pudo de modo que no hubiese ningún contacto con su cuerpo.

Disparó.

Oyó un sonido de estática como el de una radio mal sintonizada.

*Las ondas de baja frecuencia.*

Al cabo de diez segundos la piedra se agrietó.

— Eso... Vamos... — dijo, esperando que la estructura no colapse como cuando se retira una naranja de una pila en un mercado.

Manteniendo el dedo presionado esperó unos segundos más. Entonces la piedra se rompió en mil pedazos. Piedras y polvo chocaron y cayeron en su cara. El ruido de los escombros moviéndose hizo que Meng recuperase la respiración. Rezó para que no colapsase todo.

Sobrevino el silencio.

Un rayo de luz entró por la cueva de escombros, las partículas de polvo huían por la abertura. Absorbió el oxígeno lo más profundo que pudo, sintiendo una onda de alivio llegar cada célula del cuerpo.

Accionó el sistema y giró un pedazo de viga al lado de la grieta. Después de unos segundos se partió y dio lugar a otro haz de luz como el de una linterna.

*Casi...*

Meng se preparaba para hacer el siguiente disparo cuando un rostro apareció en la grieta. Blanco y herido, tenía la boca rojiza de sangre, la ceja cortada y la piel cubierta de polvo.

Detrás del cañón de la pistola el rostro del hombre de sobretodo negro estaba a unos centímetros de Pang Meng.

### CAPÍTULO 33

Los coches estacionaron paralelos en el lugar de siempre a los pies de un pequeño puente



deshabilitado desde hacía siglos, interrumpida en el encuentro con el río, cuyos ladrillos el tiempo se encargó de cubrir con hiedra y trepadoras. Podría ser confundido con un puente medieval europeo sino fuera por su ubicación: a orillas del río Potomac, Georgetown, Washington.

Los vehículos estaban separados del borde del río sólo por una hilera de árboles que los envolvían casi por completo con sus ramas apiñadas de hojas verdes que parecían coincidir con generosidad en el camuflaje. Cien metros detrás, en la cima de una extensa escalera de madera, el reloj de agujas del edificio secular *The Car Barn* -hoy una unidad de la Georgetown University- marcaba las 3h19min.

Xerxes habría elegido un encuentro menos oculto pero comprendía los criterios. Las fuerzas con las que se había aliado no sólo eran enemigas de los Estados Unidos sino de todo el sistema político-económico vigente en el mundo.

*Un nuevo mundo*, era lo que ellos afirmaban.

El caballero que lo aguardaba debía tener poco más de cincuenta años y Xerxes tenía certeza de que era sólo el intermediario de alguien mucho más discreto. Mientras salía de su coche volvió a sentir el hilo de tensión que siempre lo acometía antes de esas reuniones. Concentrándose en desenvolverse naturalmente entró por la puerta trasera del Mercedes negro y los saludó. No recibió el gesto de vuelta. El conductor y el intermediario miraban hacia adelante a través del parabrisas, hacia la superficie del río, indiferentes.

El intermediario hablaba con un acento cargado y maquinal como si intentara romper el aire con la voz.

— ¿Dónde está su agente?

Xerxes sabía que esa era la pregunta.

Respondió en el mismo tono:

— Su último contacto fue hace una hora. Debe haber tenido algún contratiempo. Pero ustedes saben que Meng es el agente más temido del mundo.

Hubo un instante de silencio en el coche.

— Creemos que Meng fue interceptado por *ellos* — dijo el intermediario.

Xerxes sabía bien a quién se refería el hombre. Al único obstáculo para el cumplimiento de la misión.

— Es verdad que la aparición de *ellos* fue una sorpresa. Son los únicos que pueden estar a la altura de Meng. Sin embargo mi agente tiene métodos muy peculiares de actuación. — Xerxes intentó transparentar tranquilidad en la voz.

— ¿El prototipo está seguro?

— He sido informado de que sí. La misión de Meng ahora es ir a la usina para...

— Nosotros sabemos de la misión — lo interrumpió. — ¿Y la reunión en el Pentágono?

— La mayoría del Consejo del presidente quiere la guerra. Pero existe la posibilidad de la aplicación del Flame II.

El hombre asintió con la cabeza, pensativo.

— ¿Y la pareja?

— Bajo mi control, según lo planeado.

Hubo otra pausa. El intermediario giró el rostro hacia atrás por primera vez en los cinco encuentros. Su mirada de ave de rapiña era de una rigidez atemorizante.

— Preste atención: si Meng no establece contacto en una hora quien terminará esa misión en Irán será usted personalmente. ¿Fui claro?

Los dos se miraron en silencio por un largo tiempo. Xerxes no podría demostrar total

sumisión. Sin él esa misión no existiría.

Entonces el intermediario hizo una señal relevándolo. Xerxes salió del auto golpeando la puerta al cerrarla. Las luces traseras de Mercedes alumbraron la escalera de madera justo detrás de él. Vio el coche alejarse, pasar por debajo del viejo puente y desaparecer en la noche.

Los orígenes reales de las fuerzas con las que se asociaba todavía representaban un misterio para él. La única información que tenía Xerxes era que se trataba de un antiguo magnate del petróleo. No sabía su nombre, tampoco en qué país vivía. Sólo sospechaba que era oriundo de Europa del Este por el tipo de acento de su intermediario. En realidad, pensaba, eso no importaba tanto. Su deber se limitaba a cumplir el trato dentro del plazo y después sólo gozar de las bondades. Que para Xerxes eran de un valor incalculable. Intentó evaluar el impacto del terremoto en sus planes. Había sido excelente.

*En el momento oportuno.*

Se quedó satisfecho por no haber demostrado inseguridad en la conversación. No podía negar, sin embargo, que había un problema en curso. La desaparición de Meng lo preocupaba. Había perdido comunicación visual a través del satélite que lo monitoreaba. La anomalía que el terremoto causó en la atmósfera lo había apagado por unas horas. Si Meng fuera detenido o estuviese muerto sólo podía ser obra de *ellos*.

Helena y Arash, por otro lado, permanecían bajo su control.

De todos modos había tiempo. El Pentágono era un mar de confusión; Irán, un caos, y Europa, Rusia y China aún no se imaginaban que la ONU había encontrado armas nucleares en Isfahán. Optó por esperar más antes de pensar en un plan B.

Envuelto por un manto pesado de pensamientos no había percibido que estaba en la entrada de una pequeña senda asfaltada usada por ciclistas y peatones sólo durante el día. En ese horario era negra y nebulosa. Muy probablemente como el destino actual de Meng.

Penetró en las sombras del camino y sacó el teléfono para intentar entrar en contacto con Meng otra vez.

*¿Dónde estás, maldito oriental?*

## CAPÍTULO 34

Pang Meng estaba presionando el dedo en el dispositivo de la Nikon cuando reparó en el cañón de la Desert Eagle en dirección a su frente. A través de la apertura en los escombros (que tenía las dimensiones de una bola de baloncesto) él movió la lente de la cámara unos centímetros, directamente al agujero y accionó el circuito una vez más.

De inmediato, el rostro del hombre de sobre todo negro se retorció de dolor. Meng contó los segundos.

1...

Los ojos se retorcieron y un gemido primario brotó de su garganta.

2...

El rostro cubierto de polvo cobró un color rojo como si todas las venas de la cara de repente emergieran a la parte más externa de la piel.

3...

El hombre desapareció de la apertura y Meng oyó el ruido seco del cuerpo caer entre las piedras. Fueron necesarios dos segundos más para la culminación total de las funciones neurológicas del cerebro. Pero Meng se dio por satisfecho. Las secuelas ahora serían

irreversibles para el hombre de sobretodo negro.

Cuando se cercioró de que no había ningún movimiento allí afuera sacó el dedo del dispositivo y tomó el aire con fuerza, un silbido en el cuello le anunciaba la dificultad para respirar el aire seco.

Todavía tenía la mitad del antebrazo preso en algún punto sobre la cabeza, las rodillas dobladas y el dolor punzante en el hombro y la pierna.

*¡Vejo, pero aún infalible.*

Menos de un minuto después dos ojos expresivos detrás de un niqab negro aparecieron en la grieta. Meng apuntó la Nikon una vez más hasta percibir que se trataba del rostro asustado de una mujer. Ella gritó algo en persa para alguien que estaba detrás de sí e inmediatamente surgieron dos hombres que usaban los inconfundibles cascos pintados con la cruz roja. Intentaron comunicarse en persa con Meng pero él no comprendía.

Cerca de la inconsciencia, murmuró en inglés:

— Estoy bien... estoy bien... Mi brazo está atrapado.

Parecían entenderlo.

Luego oyó el ruido de una máquina que se acercaba. A poca distancia, una especie de pala revolvió las rocas alrededor. Después de unos minutos los hombres retiraron la capa externa que estructuraba el hoyo. Cuando extrajeron la piedra que aplastaba el brazo de Meng, el alivio fue tan grande que se permitió desconectarse del mundo.

Despertó sobre una camilla con un inmovilizador en el cuello y una aguja clavada en el brazo izquierdo.

*Sor...*

Se sentía levemente revitalizado.

Todavía se encontraba junto a los escombros del pequeño edificio dentro de una pequeña camioneta adaptada como ambulancia.

Se sentó sobresaltado y rastreó con los ojos el ambiente circundante. Probablemente el derrumbe del pequeño edificio había provocado una reacción en cadena. Una fila de alrededor de ocho edificios, ya sacudidos con los temblores anteriores, no se sostuvo por mucho tiempo y también se derrumbó.

A través del cristal buscó al hombre de sobretodo negro. *Ni señales de él.* Meng conocía la letalidad de su arma. Incluso si hubiera sobrevivido al tiro la muerte en pocas horas estaba garantizada.

En un tazón de metal al lado de una mesa encontró fragmentos ensangrentados de la bala. La habían extraído de su pierna que había sido envuelta con una venda limpia y bien colocada. Lo mismo hicieron con el hombro perforado.

Tomó el tubo intravenoso, sacó la protección del cuello y se levantó. Los dolores habían disminuido considerablemente y sus pensamientos fluían con más rapidez.

Vio que la Nikon estaba llena de polvo en un balde al lado. La tomó y se la colgó del cuello antes de bajar de la camioneta rengueando. El sol intenso bien en medio del cielo azul insinuaba el medio día. Habían pasado tres horas desde que el edificio se desmoronó sobre él y el hombre de sobretodo negro. Atribulados con el exceso de trabajo, bomberos, policías y voluntarios no repararon en su huida de la ambulancia improvisada.

Era necesario volver al escondite.

Pasando detrás del vehículo se deslizó entre dos montañas de escombros y tomó el camino a su base. El helicóptero no estaba lejos. Todavía no había probado el prototipo desde que lo tomó

de la Guardia Revolucionaria en la usina. Era el próximo objetivo.

Mientras caminaba en medio del paisaje catastrófico se preguntó sobre lo que Xerxes habría pensado de su ausencia. Mucha cosas deberían haber ocurrido en estas últimas tres horas. Meng necesitaba ser más radical.

— Espere, César Montenegro.

## CAPÍTULO 35

Helena tomó su bolso de la silla y corrió hacia la salida del Templo Adrián con el cilindro metálico en las manos, perpleja como un niño que descubre un bicho raro en la arena de la playa. Detrás, Arash, aún sin camisa, hizo un gesto de reverencia hacia la llama eterna y la siguió.

*El segundo Elemento es el agua*, repetía ella para sí.

— ¿Está segura de que no le sobra un velo? — preguntó Arash.

Helena lo miró de reojo.

— ¿Sabe?, siempre acostumbro tener uno de repuesto por si acaso necesito en los pasillos de la ONU.

— Un hombre sin camisa y una mujer sin hijab en Irán causan el mismo efecto legal que una pareja desnuda en Manhattan. Tenemos que resolver el tema lejos de los ojos atentos de los *basijs*, la policía moral de aquí.

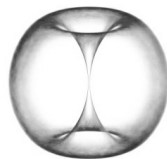
Helena apenas escuchó la frase. Al acercarse al espejo de agua del patio se quedó paralizada con la visión del cuerpo quemado del pequeño hombre caído del otro lado. La camisa de Arash lo cubría como una manta dejando las piernas finas y carbonizadas a la vista. El hijab de Helena, quemado por la mitad, estaba al lado del cuerpo. Ella tuvo la nítida percepción de que el sol tórrido del mediodía hacía el trabajo que el fuego no había terminado minutos antes.

Volvió a sentir el hilo de náusea subir por la garganta al inhalar el olor de carne quemada.

Arash posó una mano en su hombro.

— Deme el cilindro — pidió gentilmente.

Helena miró el dibujo en el objeto.



### *SACRED GEOMETRY. A PART OF ALL*

Lo extendió hacia él. Arash lo inspeccionó profundamente.

Mientras tanto Helena estudió el espejo de agua delante de ella que debía tener poco más de 3 metros de circunferencia y unos cuarenta centímetros de profundidad. Se acordaba de que ese tipo de representación aparecía en varias religiones y culturas del mundo. En Brasilia, por ejemplo, una ciudad a la que muchos atribuyen una mística particular -por la gran variedad de pirámides, símbolos, simetría de las construcciones-, los espejos de agua estaban presentes por todas partes, desde las pequeñas reparticiones públicas hasta en el palacio de gobierno -incluso

en el Palacio Itamaraty donde quedaba la sede del Ministerio de Relaciones Exteriores.

De las civilizaciones de Mesopotamia, pasando por el Imperio Romano, a los templos budistas e hindúes, siempre se veía esa tradición. Por cierto, un legado más del zoroastrismo al mundo. De los que Helena tenía conocimiento, el espejo del Taj Mahal era el más impresionante. Además de éste, el famoso Monumento de Washington y el Lincoln Memorial eran otros ejemplos resplandecientes de espejo de agua.

Se volvió hacia Arash:

— ¿Qué representa el agua para el zoroastrismo?

— Bueno, al igual que el fuego, el agua es un agente de pureza. Es considerada la sustentación de la vida y por eso está siempre representada en los templos. El fuego es concebido como un medio a través del cual el discernimiento y la sabiduría espiritual son adquiridos. A través de la llama es que se adquiere el Conocimiento. Y el agua es considerada la fuente de esa sabiduría.

— Los arabescos en el espejo de agua explican el Torus — murmuró ella, repitiendo lo que oyó de César en el video. — Pero confieso que mi conocimiento sobre arabescos es prácticamente nulo.

— Entiendo. La palabra arabesco quiere decir *a la moda árabe*. Pero lo que pocos saben es que esa moda no es exactamente árabe, sino persa — completó Arash orgulloso.

Hasta donde Helena sabía los arabescos consistían en elementos del arte islámico, normalmente utilizados para adornar las paredes de las mezquitas. La elaborada combinación de patrones geométricos vistos generalmente en las alfombras persas y las mezquitas era sombrosa. Generalmente algunos tenían formas de plantas. No imaginaba, sin embargo, que hubieran nacido en la Antigua Persia, tampoco del Zoroastrismo.

— Entiendo. ¿Los arabescos son la Geometría Sagrada?

— Yo diría que los arabescos son la forma de la Geometría Sagrada. La elección de los patrones geométricos, de los mosaicos y la forma en que deben ser usados componen la visión islámica del mundo. Si usted observa sus formas son casi siempre abstractas, con rarísimas excepciones son figurativas, generalmente cuando se dibuja flores, frutas y plantas entrelazadas. — Él respiró profundamente. — Creo que lo más importante ahora es saber que, no sólo para los musulmanes, sino también para las religiones más antiguas, estas formas en conjunto constituyen un patrón infinito que se extiende más allá del mundo visible y material. Para muchos ellas simbolizan el infinito y por consiguiente, la naturaleza de la Creación. La verdadera naturaleza de Dios.

Helena reflexionó por unos instantes admirada con el delicioso baño cultural que tomaba. Se acercó un poco más del pequeño tanque de agua que tenía la superficie límpida reluciendo los rayos del sol. Observó que los azulejos azules claros eran lisos como los de una piscina común. Ni señal de dibujo o de algo en el revestimiento del fondo y de los bordes que pudiera representar un arabesco.

— Por lo que entendí del video de César esos dibujos de arabescos deberían estar aquí.

— Sí, me di cuenta. Es exactamente lo que no entiendo.

— ¿Tendrá algo que ver con la palabra Torus a que César se refiere?

— Es exactamente eso. En las culturas árabes y persas, que recibieron la influencia directa de la Geometría Sagrada, las figuras de los arabescos, de los patrones geométricos perfectos, representan, a final de cuentas, lo que se conoce como Torus. Esta palabra significa, del latín, "almohada". Yo lo llamo, cariñosamente *Patrón Redondo*. — Él mostró el dibujo rayado en la

pieza del prototipo de Energía Libre. — Mira cómo se parece a una.

La respuesta causó una creciente inquietud en Helena.

— ¿Podría ser más claro?

—  $V = \pi^2 R r^2$  — respondió él mientras alisaba el cilindro en su mano, inmerso en pensamientos.

Helena perdía la paciencia. *¿Qué?*

— Esa es la fórmula matemática de los Torus.

Arash se agachó y con la otra mano tomó una pequeña semilla que rodó con el viento. Sonrió mirándola y le dijo:

— Le pruebo a que el Torus dibujado aquí en esta pieza del prototipo está aquí en esta semilla que cayó de las palmeras allá atrás y que también tiene la estructura toroidal en miniatura.

Él rompió la semilla con los dientes y mostró su interior a Helena.

— Sí, es redondo, ¿y con eso?

— ¡No es sólo redondo! Observe cómo el formato de su interior se parece al de una manzana cortada por la mitad. También se asemeja al corte de una sandía, de una ciruela, de un limón... Esta representación puede ser vista tanto en una semilla como en el diseño de un huracán o de un tornado. Hasta en el campo electromagnético que rodea el cuerpo humano y el campo magnético de la Tierra. ¡La reproducción es la misma! Esta es la forma en que el Universo hace nacer la vida en todas las formas. Eso es el Torus.

Helena observó la semilla. Si la explicación no viniera de alguien en quien César confiaba ella estaría segura de que lidiaba con un loco. Pero de hecho la semilla tenía forma idéntica a la figura de la pieza.

— Resumiendo, ese principio sirve como un modelo universal en el que se puede crear energía libre, limpia e infinita. Fue lo que intenté hacer con César. Parece que él lo consiguió.

Arash pareció percibir su confusión y sonrió más aún dejando entrever los dientes gruesos.

— Helena, no necesita creerme ahora. Sólo confíe de la forma en la que lo hizo hasta ahora. Le aseguro que en el desenlace de esta historia va a entender todo — entonces arrojó la semilla en el suelo y continuó jugando con el cilindro, tirándolo hacia arriba como si fuese una bola de béisbol.

En ese momento el sonido que se oyó hizo que Helena se pusiera tensa.

Alguien golpeó varias veces a la puerta este por donde ambos entraron. Arash desvió su atención y el cilindro golpeó en uno de sus dedos lo que impulsó el objeto metálico que cayó en el centro del espejo de agua.

Helena ya iba a acercarse para tomarlo cuando fue detenida por la mano de Arash.

— ¡Espere! ¡Mire! — dijo apuntando hacia centro del espejo de agua en medio del sonido de golpes que se oían al fondo.

— ¿Qué?

— ¡Mire cómo el agua forma verdaderos arabescos!

Como el efecto de una piedra cayendo en un lago, círculos concéntricos, perfectamente redondos, se formaron en la superficie. Las suaves olas se chocaban contra la pared de la piscina y luego adquirían forma de arabescos asemejándose a ramas de plantas dejando el agua turbia.

— Los arabescos del espejo de agua explican el Torus — Arash repitió la frase de César al tiempo que los golpes eran cada vez más fuertes. — ¡Es eso! ¡Genial!

— Pero, ¿qué quiere decir?

— Le explico después. — Saltó con rapidez en el agua y recuperó el objeto. — ¡Venga,

vamos por la salida oeste! — agregó tomándola por el brazo.

Los dos corrieron por el lado derecho del templo hacia la puerta alternativa. El sonido de sus pasos repercutía en el patio. Entonces ella distinguió dos voces gritando en persa en el exterior. Rezó que fueran sólo fieles a la espera de entrar a una oración. Cualquier otra posibilidad sólo podría significar una gran dificultad. Un cadáver quemado en un templo encerrado y profanado, un hombre sin camisa y una mujer sin el velo. Se acordó de las bárbaras formas de pena de muerte en Irán las cuales ella misma había combatido en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU: muerte por lapidación, ahorcamiento, fusilamiento...

*¡Dios del cielo!*

— ¿Qué están diciendo?

Arash la miró con sus rasgos fuertes marcándole la frente.

— ¿Recuerda lo que comenté sobre los *basisjs*?

*La policía moral de Irán.*

— Sí.

— Pues, entonces... — Él apretó su mano con fuerza. — ¡Corra!

## CAPÍTULO 36

Rascándose una arruga de los ojos, Campbell esperaba la reacción de Doroth. Por la perplejidad de su rostro, parecía que repetía mentalmente sus últimas palabras: *¿Una salida a nuestro caso en Irán?*

— ¿A qué te estás refiriendo específicamente, Ron?

Campbell apoyó los codos en la mesa verificando la hora. 4h19min de la mañana.

*Inicio de una reunión de urgencia con la Secretaria General de las Naciones Unidas.*

Sin embargo estaba seguro de que era más que necesario. Doroth era la fuente de todo ese caos y si había alguien que deseaba más que él mismo ver la paz por encima de todo, era ella. Lo que Campbell estaba yendo a presentarle salvaría la reputación de las Naciones Unidas.

— Doroth, lo que estoy a punto de revelarle está mucho más allá de su posición como Secretaria General de la ONU. — Él hizo una pausa. — Me refiero a un secreto de seguridad de los Estados Unidos y la única razón por la que voy a compartirlo con usted es porque los dos tenemos un deseo en común: no queremos que el mundo esté hecho pedazos el fin de semana.

Las palabras planearon en el aire por instantes.

— Ok. Un secreto de gobierno — dijo ella un poco confundida.

— No. Más que eso. Un secreto de Estado. — Él observó alrededor como si intentase ver el movimiento de quienes podrían oír a través de las paredes. — La verdad es que siento que estoy rodeado de avispas — confesó. — La única solución defendida por el Estado Mayor, las Agencias de Inteligencia y el Secretario de Estado sigue siendo la invasión inmediata.

Doroth se movió en la silla, tensa.

— Sin embargo algo inédito sucedió en la reunión de hoy. — Campbell miró dentro de sus ojos. Había bajado la voz para un susurro actuando como si fuera un amigo confesando un tema en vez de uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos. — Es una idea que nos fue presentada por el director de DARPA, Christopher Lott.

Doroth mordió los labios en un gesto de nerviosismo.

— Sí, lo conozco.

— En 2010— retomó Campbell —, el Mossad y la CIA utilizaron un arma de alta

tecnología para inviabilizar algunos proyectos nucleares iraníes.

— Lo supe — respondió ella con todo de decepción. — Pero los hechos cayeron en descrédito y acabó volviéndose un rumor al final.

— Nosotros producimos ese rumor — confesó Campbell.

— Comprendo las razones.

Campbell sabía que la desinformación era una de las tácticas más antiguas y recurrentes de los gobiernos. Instalar una información falsa por una vía que sea confiable al público, la víctima. La tradición nació en el Imperio Romano. Cuando un hecho secreto salía a la superficie y eventualmente podría perjudicar las pretensiones de un país, había dos salidas: o era vehemente negado o, de manera meticulosamente cuidada, se usaban una serie de versiones falsas para causar el descrédito y rebajarlo un simple rumor. Era comprensible que pudiese generarse una crisis si Rusia y China, aliados de Irán, supieran que parte del aparato cedido al país para la producción nuclear fue destruido por un virus estadounidense.

Campbell se levantó.

— Antes de proseguir necesito saber si el secreto sobre las armas nucleares continúa restringiéndose a las Naciones Unidas ya los Estados Unidos.

Ella meneó la cabeza afirmativamente.

— Mejor así— dijo Campbell. — Creo que la atención del mundo se ha enfocado exclusivamente a la tragedia en Isfahán. Cualquier otro rumor no encontrará eco por ahora.

— Correcto.

— Muy bien — continuó él —, la noticia del *incidente de 2010* se popularizó con el nombre de *Flame*. La Llama. Usted debe recordar.

Doroth acordó.

— La información se extendió de tal manera que se encuentran explicaciones hasta en YouTube de cómo el *Flame* funcionaba. Fuimos descubiertos por una empresa bielorrusa. No esperábamos tal repercusión ya que no imaginábamos que las empresas de antivirus fueran tan avanzadas. El hecho es que no encontramos nada que comprometiese a Irán pero la experiencia sirvió como prueba para un futuro ataque.

— ¿Debo pensar entonces que la idea es usar el *Flame* nuevamente?

— Claro que no. La situación es mucho más delicada ahora. — Campbell retiró un Smartphone del bolsillo y lo encendió. — Este es el proyecto de Lott de DARPA. Esta versión es mucho más poderosa que el *Flame*.

El austero emblema del Pentágono se reveló en la pantalla.

Campbell abrió un archivo de diapositivas y mostró todo el proyecto del director de DARPA en cinco minutos. La información irresoluble desfilaba en el aire del gabinete de Doroth Morgan. Al final, como si hubiera corrido diez kilómetros, ella recostó la espalda en la silla y pasó la mano por su mechón rubio mordiéndose los labios.

Campbell tenía certeza de que consistía en un proyecto arriesgado. Si los países aliados a Irán descubrieran la artimaña la guerra sería inevitable. Sin embargo la acción del plan implicaba una profunda discusión ética y moral. ¿La guerra moderna llegaría a tal punto? Doroth estaba lo suficientemente curtida para saber que la ética y la moral, tan defendidas en la teoría política, no pasaban de garabatos sobre un papel en la práctica. No obstante Campbell tenía plena certeza de que, para Doroth Morgan, lo que importaba era llegar a la paz. Y los fines justificarían los medios.

— Bien. Puede contar con mi apoyo.



Campbell relajó los hombros visiblemente aliviado.

— Muy bien — dijo. — Ahora necesito ver todas las evidencias que su comisión investigadora encontró en Isfahán. Sólo así estaremos en condiciones de poner en práctica o no el proyecto del arma high tech de Lott.

Doroth puso una cara de confusión.

— ¿Con qué objetivo si son prácticamente concluyentes?

Porque temo estar lidiando con fuerzas que transitan muy por encima de nosotros dos.

## CAPÍTULO 37

Helena corrió de la mano de Arash por la calle Muhammad Beyg, paralela a la entrada del Templo Adrián con las piernas ardiendo por la tensión muscular. Podían oír el sonido agudo de las sirenas que sonaban frente a la entrada principal. Todavía no se habían cruzado con ningún transeúnte pero ella se sentía como un *alien* cuya nave acababa de caer en la Tierra. El flujo de coches era relativamente continuo y todos los que pasaban ofrecían miradas que variaban del espanto al repudio. Algunos conductores bocinaban y hacían señales apuntando hacia la cabeza en una alerta para las dos anomalías.

*Una extranjera sin velo y un fugitivo sin camisa por las calles de Teherán...*

Más que nunca sintió la falta del niqab que había usado hasta Teherán. Sin embargo un pensamiento suavizó un poco su pánico. Probablemente la policía había sido llamada por alguien que oyó los gritos de dolor del sacerdote. Mientras no analizaran las grabaciones de las cámaras de vigilancia no sabrían que había una pareja dentro. Y esa realidad podría darles tiempo.

— ¿Qué vamos a hacer? — le gritó a Arash, dándose cuenta de que era la segunda vez que hacía la misma pregunta en poco más de 24 horas.

— Necesitamos un taxi — dijo él con los cabellos negros y densos reaccionando al aire caliente.

Helena miró alrededor. Lapachos densamente floridos colmaban completamente la estrecha calle hasta la esquina más cercana, doscientos metros delante. Sus pétalos amarillos, tan amarillos como el sol, formaban caprichosas capas de colores sobre las aceras de ambos lados. Los dos ralentizaron el paso y Arash hizo una señal para un taxi. El coche se acercó pero, tan pronto como el conductor reparó en los dos, hizo una señal negativa con la cabeza y se fue.

Nadie los llevaría con esa apariencia.

En ese instante oyeron una risita tímida que venía de atrás. Saliendo de una portezuela en forma de rejilla una viejita que usaba un hijab blanco en la cabeza se acercó lentamente a la pareja sosteniendo una bolsa claramente divirtiéndose con la escena.

Se giraron hacia ella. La risa contenida de la vieja se transmutó en una carcajada cómica. Ella había salido de una galería pequeña compuesta por algunos bazares. Ellos se miraron de reojo confundidos. Las palabras en persa que ella dijo a continuación vinieron entremezcladas de hipo. La mujer hablaba directamente a Helena sin preocuparse si ella entendía o no.

— ¿Qué está pasando?

— ¡Ella se burla de la falta de información de los turistas!

Helena sintió que los ojitos negros de ella brillaban la pureza.

La anciana se acercó a ellos y sacó del saco un velo blanco adornado de flores azules.

— ¿Me va a dar un hijab?

— Sí— respondió Arash. — Vaya a acostumbrándose a los iranés — dijo mientras vigilaba

el entorno.

Helena no sabía qué decir.

La señora puso el hijab por la cabeza de ella y lo fijó con increíble desenvoltura haciendo un retoque cauteloso en los mechones castaños de Helena. Hecho esto posó la palma de la mano arrugada cariñosamente en la mejilla de Helena y dejó entrever una fila inacabada de dientes detrás de una sonrisa bondadosa y divertida. Por un momento Helena se olvidó de todo lo que habían pasado en las últimas horas.

— ¡Mersi! ¡Gracias! ¿Cuánto es? — preguntó en inglés buscando dinero en el bolso.

Arash reprimió su gesto con la mano.

— Nunca ofrezca dinero a un iraní cuando le da un regalo. ¡Es una ofensa!

Helena se detuvo. La vieja dijo algo a Arash y se alejó en la dirección opuesta riéndose y hablando sola llevada por pasos lentos como los de una tortuga.

La acompañó con los ojos, pasmada. Había oído hablar de la hospitalidad de los iraníes pero no imaginaba que llegase a tanto. El sentido de la fraternidad humana era interminable en sus ejemplos. Sin embargo Helena no siempre daba chances a la humanidad de las personas.

Una vez, a los quince años, caminaba en un parque de Brasilia con César cuando vieron de lejos una escena chocante: un mendigo indefenso era agredido por un grupo de jóvenes que se reían de él en una mezcla de escarnio y odio. Los guardias del parque pronto llegaron pero no hubo tiempo de impedir el desastre. Helena vio el mismo día por la televisión que el hombre de la calle había muerto en el hospital.

Alarmada se quejaba con César sobre la capacidad que el ser humano tenía de ser tan indiferente ante el sufrimiento del otro, juzgando siempre mejor o peor, siendo que todos tenían las mismas necesidades al final de cuentas: comida, aire y amor.

— ¿Por qué la humanidad llegó a ese punto? — había preguntado la joven Helena a César —, ¿las personas son malas por naturaleza?

César sonrió comprensivamente.

— No es como enseñan en las escuelas ni lo que el sentido común defiende. El ser humano es bueno por naturaleza. Lo que lo corrompe es un sistema que lo deja inseguro y temeroso y que lo aleja de lo que es de verdad: somos un milagro Helena. Y lo que quieren es que seamos sólo bocas inútiles a la espera de un cambio que nunca vendrá.

Helena absorbía cada palabra con una atención devota.

— Quiero que guarde bien esa frase — dijo César con su mirada vigorosa fija en la suya. — El lazo esencial que nos une es que todos habitamos este pequeño planeta. Todos respiramos el mismo aire. Todos nos preocupamos por el futuro de nuestros hijos. Y todos somos mortales.

Helena se detuvo para analizar aquella realidad implacable por un momento. Después bromeó:

— By César Montenegro.

César sacudió la cabeza, peinando con la mano los revueltos cabellos color gris.

— Bien que me gustaría — dijo riendo —, esa es de John Kennedy.

Como en un despertar repentino de una pesadilla cruel fue que Helena identificó su verdadero propósito de vida. Un día, a los 15 años adoptó la creencia de que la diplomacia y la política eran la mejor manera de llevar el verdadero sentido de humanidad al mayor número de personas a su alcance.

*La igualdad de todos, en todas las escalas de la vida y consecuentemente, la disminución de la pobreza mundial.*

Parecía que César encontró una forma de resolverlo a través de una ciencia avanzadísima para el entendimiento actual: el Torus.

Se quedó tan hipnotizada por los propios pensamientos que apenas había percibido que Arash se había alejado. Después de un lapso de tiempo que no pudo calcular oyó a alguien gritar desde un taxi viejo.

— ¡Vamos, entre!

Cuando vio que Arash gesticulaba con urgencia desde el asiento del conductor de un taxi necesitó unos segundos para entender lo que estaba pasando.

En aquel instante ella notó que un hombre gordo y calvo corría detrás del vehículo y vociferaba algo unos diez metros atrás de ellos. Tuvo poco tiempo para reflexionar. Y no vio otra opción más que ser parte de aquel plan loco.

Entró al coche jadeando.

— Ahora sólo falta conseguir una camisa para mí— dijo Arash en tono de broma mientras ella golpeaba la puerta con un estruendo metálico.

— Usted está robando este...

— Quédese tranquila — dijo con el sonido de los neumáticos en el asfalto caliente de fondo.

— Si todo va bien la humanidad nos va a agradecer por ese pequeño hurto.

— ¡Bien! — ironizó ella —, ¡un taxi robado más a la lista!

## CAPITULO 38

El helicóptero robado por Pang Meng, el Mi-8M de la Guardia Revolucionaria, iniciaba el procedimiento de descenso en el patio desierto de una fábrica en los alrededores de Isfahán. Él inspiró aire deseando que la porción absorbida no estuviera contaminada y observando la sombra que crecía en el suelo a medida que perdía altura.

Se asemejaba a un arácnido.

Meng conocía bien ese modelo. De fabricación rusa, era un aparato especializado en el transporte, aunque estaba provisto de un arsenal muy peculiar. Su turbina doble componía una estructura incrementada por cohetes y misiles antitanques adaptados, además de dos armas 20 mm. Voluminoso pero ágil.

Los motores turbohélice disminuyeron la rotación y los neumáticos tocaron el suelo. Meng apagó la hélice de cuatro palas y lo hizo carretear por veinte metros antes de abrir la puerta automática de un hangar del tamaño de un campo de fútbol. El ambiente dentro era excepcionalmente oscuro como una noche sin luna.

Su base de operaciones.

Luego de algunos segundos de maniobra Meng paró el helicóptero. Descendió con dificultad y sintió cómo el aire rancio del galpón impregnaba su nariz. Dejó las luces de la cabina encendidas para que su luminosidad lo guiara hasta un cubículo aún más oscuro ubicado en el fondo del hangar.

Después de caminar veinte metros en la oscuridad entró en el ambiente y cerró la puerta detrás de sí. Encendió un cigarrillo en la llama de un farol que, a su vez, se situaba en la única mesa de la sala. Hizo una gran pitada y arrastró una silla vieja hasta el otro lado de la cámara donde una figura atada en la tubería de aire lo aguardaba caída en el suelo.

Se sentó al revés en la silla de modo que los codos se apoyaron en su respaldo. Una vez más

tragó la nicotina y miró por unos segundos a la silueta del hombre frente a él.

César Montenegro lo miraba directamente. Un pedazo de cinta gris le cubría la boca y la camisa entreabierta hasta el pecho estaba pegada al cuerpo sudado.

Meng se preguntó por qué diablos Xerxes ordenó que preservara la vida del ingeniero nuclear. Si el prototipo ya había sido salvado, ¿qué hacían en aquel lugar impregnado de radioactividad? ¿Por qué no volver y cerrar pronto esa maldita misión?

El grupo que lo perseguía tenía realmente habilidades tan especiales como las suyas. Y dependiendo de la cantidad podrían amenazar aún más el resultado.

Percibió que esos pensamientos contrariaban su desempeño profesional. *Mantén el foco*, se dijo. Se limitaría sólo a llamar a Xerxes y esperar el siguiente paso, sin cuestionar.

Siempre fue así. Hacer sólo lo que se ordena.

Por eso él era el mejor.

La esquina donde había atado a César absorbía parcialmente la luminosidad de la lámpara pero Meng podía percibir que los ojos del brasilero brillaban inquebrantables.

— Eso mismo que está viendo — Meng rompió el silencio, entre una pitada y otra. — Son heridas. Usted tiene protectores considerables. Pero aún así son ignorantes ante mis habilidades.

Meng sacó la cinta de su boca con un tirón rápido.

César frunció los labios y escupió en su cara diciendo:

— Esto es sólo el comienzo, idiota.

Meng se limpió la cara con el dorso de la mano y lo golpeó apenas una vez en la nuez de adán con la punta de los dedos. El brasilero tosió ahogado. Meng sólo quería situarlo en su lugar. En realidad César ya estaba muerto desde que lo agarraron en la usina.

Terminó el cigarrillo y lo arrojó al suelo. Se levantó y se dirigió a un baúl de acero cuya base él mismo puso en el suelo. Después de escribir una combinación de números se abrió. A continuación retiró el reactor de plasma que había robado en la usina y lo colocó encima de la única mesa de la sala reconociendo su material con la palma de las manos.

— Una guerra mortal llevada a cabo en las sombras por una cosa tan pequeña — comentó para sí mismo.

*El prototipo tiene el poder de cambiar el mundo*, había dicho Xerxes.

El artefacto tenía un diseño simple: consistía en una esfera metálica de aluminio del tamaño de un melón acoplada en un vidrio liso y especial de sellado doble. La mitad de la esfera encajaba dentro del vaso y la otra quedaba hacia fuera. En el extremo de cada parte había una especie de cilindro hecho del mismo material, siendo que el de la porción de fuera tenía una abertura de donde salían tres conductores negros parecidos a electrodos. Pero Meng sabía que el objeto no funcionaba a la base de electricidad. Ya sospechaba que producía la codiciada Energía Libre.

Giró el cilindro en el extremo de la bola enchufado los tres hilos entre sí y esperó unos segundos.

No funcionó.

*¿Qué?*

Repitió el procedimiento varias veces y el reactor permaneció inerte.

— ¿Qué sucede con el prototipo?

El ingeniero nuclear mantuvo la mirada pesadamente sobre él sin respuesta. Meng no necesitó escuchar una sola palabra para comprender: aquel no era el prototipo que él pretendía robar. Tal vez ni siquiera era un prototipo de verdad. Había sido engañado. Y con el odio destilado en la sangre consideró que necesitaba encender el pavor en las entrañas del brasilero de

una vez por todas.

— Eh, mi amigo... ahora sí que vas a sufrir.

## CAPÍTULO 39

Helena contaba mentalmente hasta diez esforzándose para controlar la tensión. Sin embargo hubiese estado aún más atemorizada si no fuera por la serenidad de Arash ante los hechos. A pesar de la sucesión de "crímenes" que habían cometido en las últimas horas y de las implacables persecuciones que sufrían, el iraní sólo transmitía calma y eso, en cierta forma, calmaba sus nervios.

Afuera el tránsito se revelaba como un producto casi cómico de orden a partir del caos. Todo funcionaba aparentemente bien a partir de una confusión urbana inimaginable. Helena no entendía la funcionalidad de los semáforos ya que no había la menor diferencia entre verde y rojo, tanto para los coches como para los peatones. Las personas atravesaban las avenidas entre los vehículos y paraban eventualmente en medio de la calle esperando que les den el paso. Si un coche se atascaba el de atrás tocaba la bocina y se unía al centenar de bocinas que sonaban en un caos ininterrumpido. Lo más curioso era que, como aislados en un universo paralelo, los canteros, árboles y jardines permanecían impecables como templos sagrados.

— Tengo muchas dudas, señor Zarak.

— Por favor, llámame Arash — le pidió.

— Y tú dime Helena — respondió ella.

— Hecho. ¿Por dónde quieres empezar?

El coche zigzagueaba con seguridad entre las filas con el traqueteo del motor antiguo vibrando aún más que el Peikan 1966.

— Puede ser por "los arabescos del espejo de agua explican el Torus".

— Ok. César te pasó un mensaje muy fácil de interpretar al margen de ese asunto de búsqueda del tesoro, siempre y cuando sigueses el camino que él sugirió. Creo que él prefirió esa forma por temor, tal vez, de que yo no viniera con contigo. Para que tuvieses problemas en encontrar la primera parte del prototipo.

— ¿Por qué no vendrías?

— Larga historia. Hacía años que no teníamos noticias el uno del otro.

Nuevamente Helena percibió que no debía entrar en ese asunto. Arash continuó:

— Lo que él mostró en el espejo de agua es un fenómeno absoluto. Si tiras un objeto en cualquier recipiente cerrado y circular, la forma que aparecerá con el movimiento del agua será la misma. — Tocó la bocina a una moto que casi arrancaba el espejo retrovisor del coche con el manubrio. Parecía una acción normal. No se enojó. — Y, como te he dicho, las ondas que se forman, comúnmente llamadas arabescos, son círculos concéntricos que también se ven en los patrones geométricos y que se incluyen en lo que se conoce como Geometría Sagrada, elemento primordial de la arquitectura islámica.

— ¿Falta mucho para que llegues a la parte en que revoluciona la historia de la Ciencia?

Arash volvió la cara hacia ella y dejó escapar una sonrisa.

— Llegaremos allí. Ahora ten en cuenta el término Geometría Sagrada: geometría quiere decir la medición de la Tierra. Sagrada se refiere al estudio de las conexiones entre las proporciones y las formas existentes en el Universo con el fin de comprender la Unidad en común a toda forma de creación, a toda vida.

Helena frunció los labios.

— Eso me suena algo esotérico.

— Pero no lo es — contestó él. — Es Ciencia. Usted puede notar el patrón de la geometría en todo, sea en la semilla que le mostré y en las frutas en general como en el ojo humano, en una tela de araña, en el huracán o en las órbitas de los planetas. Es imposible no advertir la presencia de la geometría en todo.

Arash apuntó a una columna redonda de un viaducto de la avenida. Estaba llena de azulejos con diseños coloridos hechos a mano de las más variadas formas de mosaicos.

La cultura persa exhalaba la Geometría Sagrada.

— Los grandes matemáticos de la antigüedad surgieron aquí, ¿recuerdas? Eran persas. Omar Khayyám, Al-Karaji, Sharaf al-Din al-Tusi y Khwarizmi.

— Sólo conozco los maravillosos cuentos de *Las mil y una noches* contados por la reina Scheherazade.

— Cierto. ¿Quién no conoce la Lámpara de Aladín y Alí Babá y los Cuarenta Ladrones? Disney hizo que el mundo los conociera.

Helena lanzó una mirada de reprobación.

*He leído todos los cuentos con 15 años.*

— Es verdad.

— Bien — retomó Arash —, en la Antigüedad, los egipcios, los griegos, los mayas, los vedas utilizaron la Geometría Sagrada en las construcciones de sus templos. Hay registros incluso de que los Templarios usaban con frecuencia ese principio en sus fortalezas. En la Edad Media ese patrón fue utilizado por los arquitectos de las catedrales góticas. Hasta Leonardo da Vinci, que estudió por muchos años lo que se conoció como Flor de la Vida, tiene ensayos enormes sobre el Torus. Todos los intelectuales del Renacimiento tenían ese conocimiento. Son incontables los ejemplos de esas formas en la arquitectura y el arte de diversas culturas. El círculo megalítico de Stonehenge, en Gran Bretaña, las pirámides egipcias, la ciencia pitagórica, los laberintos en mosaicos de los romanos, la catedral de Chartres, en Francia, los dibujos de las tablas sumerias... Todas estas obras demuestran que sus creadores conocían los principios de la Geometría Sagrada que es el lenguaje más cercano a la Creación. Y nosotros, científicos, al interferir en la estructura del átomo, sin saberlo, manipulamos los conceptos de la Geometría Sagrada. Porque ese diseño es el mismo desde la menor partícula existente hasta una galaxia entera.

— Todo esto me suena más a Ciencia Holística que a la Ciencia de hecho — analizó Helena.

— Comprendo. Cuando los descubrimientos no son consagrados y divulgados en los mayores centros científicos del mundo es precisamente ese el pensamiento. Que no pasa de esoterismo, de misticismo. Hasta que todo sea probado. Incluso después demoran años en ser aceptadas, si es que no hay intereses trabajando en contra su idea, por supuesto. Lo que César descubrió me parece apenas una faceta de Ciencia que aún es un embrión delante de lo que vamos a descubrir. Una Ciencia Paralela. — Arash hizo un gesto negativo con la cabeza. — Y el sentido común cree firmemente que ya ha llegado al ápice del conocimiento científico... Pura ignorancia.

Helena sentía como si conversando con César el placer por el conocimiento aumentara a cada instante.

— Así como el médico norteamericano Robert J. Gilbert, que dice que "todo tiene un patrón y ese patrón es la clave para crear un efecto específico", parece que César construyó el reactor en base al patrón del Torus.

— En fin, ¡llegamos al punto clave! ¿Cómo lo hizo?

— Trabajé con él pero no lo sé exactamente. Conozco los principios del Torus y toda esta teoría pero llegar a la aplicación es un largo paso. Tenemos que seguir el camino que él sugirió.

— ¿Sabes exactamente a dónde tenemos que ir dentro de la ciudad de Isfahán?

Por primera vez Arash respetó un semáforo. Paró junto a la vereda en una franja poco usada. Tomó su bolso que estaba en el regazo de Helena y buscó en su interior.

Tomó un billete y se lo entregó a ella. Helena reparó que eran 20 mil Rials, la moneda de Irán. La cara del frente era ocupada por la foto de la expresión severa del Ayatolá Khamenei. Curiosamente, a su lado, como para ratificar toda la explicación de Arash, había un dibujo de la Flor de la Vida con un agujero en su interior. Entendía ahora que era una expresión de la Geometría Sagrada y, en última instancia, del Torus.

— Creo que el mismo hombre que entró en contacto contigo me entregó esto en Nueva York — explicó.

— ¿Qué es ese agujero exactamente en medio de la flor?

— Gira el billete.

Cuando lo hizo Helena observó que el agujero que llenaba con exactitud el medio de la Flor de la Vida marcaba de manera simétrica al otro lado del billete el punto que indicaba la Mezquita principal de uno de los más impresionantes Patrimonios Mundiales de la UNESCO. Estampada en azul claro el retrato de la plaza Naqsh-e Jahan era una mezcla de opulencia y misterio.



No quedaba otra opción o alternativa. Ella también concluyó que necesitaban ir directamente allí.

Arash la miró con aire de triunfo y dijo:

— Isfahán es exactamente la mitad del mundo, ¿no?

## CAPÍTULO 40

Doroth Morgan empujó la carpeta que contenía los expedientes por encima de la mesa ofreciéndosela a Campbell. Al abrir la primera página el director del Pentágono reconoció la foto de los tres miembros de la comisión enviada a Irán por la Secretaria General. El líder del grupo, el sudanés Muambi Zulan, Silvia Truman, una australiana y Marcos Magno Velásquez el más viejo de ellos, colombiano. Los tres inspectores de procedencia y carácter irreprochables.

En relación a Helena, Campbell no quiso alardear, pero nada sería más impactante que el mundo descubriera que la actual presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU era una agente del servicio secreto iraní. Cualquier analista neutro concluiría que el hecho de tener lazos con un científico brasilero que trabajaba para el gobierno de Irán no representaba pruebas de nada. Sin embargo huir por la puerta principal de la ONU disfrazada con chador negro y en compañía de un ex agente de la Guardia Revolucionaria la incriminaba decisivamente. Tal vez la idea del Flame II desarrollado por Lott no fuera suficiente para apaciguar un posible enfrentamiento directo.

Sin embargo Campbell tenía muchas cosas a las cuales prestarle atención: el silencio sepulcral de los gobiernos de China y Rusia -que sólo se pronunciaron en condolencia a la tragedia del terremoto-, el total desconocimiento de cualquier evidencia clara por parte de las agencias de inteligencia estadounidenses y, finalmente, evidencias que sólo la Comisión de Doroth había encontrado.

*Irán es uno de los países con mayor número de agentes secretos estadounidenses, ¡pero ninguno de ellos ha encontrado un gramo de uranio en un lugar sospechoso!*

Con Doroth en silencio hojeó dos páginas y llegó al registro de Zulan sobre las evidencias en la Fábrica de Misiles en Isfahán.

*El complejo de usinas de Isfahán opera un número de instalaciones nucleares al este de la ciudad incluyendo instalaciones de conversión de uranio. El sitio alberga tres reactores de investigación pequeños construidos con asistencia china.*

*La instalación de conversión de uranio (UCF) en Isfahán contiene líneas de proceso para convertir el uranio en óxido de uranio y hexafluoruro de uranio. Inició sus operaciones en junio de 2006.*

Campbell había leído un informe general sobre el complejo de Isfahán. Recordaba que las instalaciones de conversión de uranio contenían unas 371 toneladas de hexafluoruro de uranio. Isfahán también era una de las cuatro ciudades de Irán a ser blancos de Israel o Estados Unidos si éstos decidieran tomar, eventualmente, una acción militar como para retrasar o eliminar el programa nuclear de Irán.

A continuación leyó otra información nueva:

Hay tres entradas de túneles en la usina. Fueron descubiertos por primera vez en diciembre de 2004. No se sabe, sin embargo, la extensión y la profundidad del enmarañado. Los túneles se crearon violando las normas de la AIEA (Agencia Internacional de Energía Atómica). A pesar de este hecho los túneles en sí no representaban prueba de nada.

*1) Isfahán también alberga la mayor unidad de producción de misiles de Irán. Esta instalación fue construida con la ayuda de Corea del Norte y China.*

*Esto sí es relevante, pensó Campbell.*

*2) Informes de 2007 a 2009 también sugieren que Isfahán puede ser el principal lugar de las instalaciones de armas químicas de Irán.*

*3) 1 de septiembre de 2014: El satélite Er-98 de las Naciones Unidas filmó y fotografió 5 (cinco) imágenes del movimiento de camiones contenedor cerrado durante tres días seguidos incluso durante las madrugadas en la Fábrica de misiles de Isfahán al norte de la ciudad.*

Campbell estudió algunas fotos en el documento. Realmente un movimiento como mínimo sospechoso ocurrió en esos días. Pero, ¿qué tenían que ver la usina y la fábrica? Quedaban en direcciones opuestas y aparentemente no establecían ningún intercambio de producción.

*4) Por recomendación de la Secretaria General de la ONU el equipo se dirigió a las*



*instalaciones de la Fábrica de Misiles el 3 de septiembre. El comandante de la Guardia Revolucionaria, director general del complejo Arkad Housseini, se negó a recibirlos sin un documento oficial de la Secretaria General. En varios momentos se mostró irreductible. Después de media hora de diálogo cedió a la entrada de los inspectores por 15 minutos. El equipo hizo uso de una cámara Nikon D7100. Las filmaciones evidenciaron que, de manera continua, el miembro de la Guardia Revolucionaria se comunicaba en persa -lengua desconocida por los diplomáticos- con el equipo interno. Los tres miembros de la comitiva acordaron que exhibía nerviosismo.*

*5) Al adentrarse en el complejo el equipo verificó los diez hangares de producción balística. Los inspectores encontraron cinco toneles de almacenamiento de uranio como explicitan las imágenes tomadas. La presencia de este material es permitida por la AIEA sólo en la Usina de Conversión de Uranio, es decir, el elemento debería estar en la usina del otro lado de la ciudad y no en la Fábrica de Misiles. En cuanto a este hecho el comandante de la Guardia Revolucionaria se limitó a alegar que había recibido órdenes directas del alto mando de la Guardia Revolucionaria.*

*5.1) La sorpresa más grande se dio cuando el equipo identificó 3 misiles de la clase Shahab apropiados para llevar bombas nucleares provistos del símbolo universal de radioactividad en su lateral según se señala en las imágenes.*

*Oh, Dios mío, pensó Campbell.*

¡Ahora sí, evidencias de hecho! Almacenamiento de toneles de uranio sobre una base militar y no civil; la identificación de misiles con el símbolo de radioactividad y la negativa vehemente del comandante de la Guardia de que no permitiría la entrada de un equipo oficial de las Naciones Unidas que tiene libre acceso a cualquier base civil o militar en el mundo en cualquier momento. Todo esto precedido de una serie de fotos e imágenes hechas por el satélite de la ONU.

Si las filmaciones internas corroborasen el informe de Zulan la situación sería incontrolable. Todo el complejo nuclear de Irán estaba compuesto por material chino, norcoreano y ruso, aliados certeros en el caso de un conflicto. Campbell sabía que muchos de ellos incluso trabajaban en asociación con el gobierno iraní.

El punto era que la ciudad ya esté bajo una nube de radiación debido a la destrucción de la usina en el terremoto. El director del Pentágono ponderó cuáles serían los medios que él usaría para hacer una exposición más profunda y, al mismo tiempo, discreta utilizando sus propios métodos. A esta altura comunicar al presidente que la mejor alternativa sería el Flame II del director del DARPA parecía el más conveniente. Tenía certeza de que los directores de la CIA, NSA, de la Junta de los Militares y el Secretario de Estado anhelaban la invasión directa.

Sintió un temblor en las manos al recordar sus verdaderos intereses en Isfahán. Jane, su mujer en cama desde hacía más de un mes, era el engranaje que hacía que su cerebro mantuviese el rumbo. No podría haber una guerra en territorio iraní. *No ahora.*

## CAPÍTULO 41

El sol de Teherán ardía en medio del cielo cuando Navid Kiahshed atravesó la *Chamram Hwy Avenue* con su Peugeot 206 adaptado para quienes precisan silla de ruedas. Lo que acababa de presenciar en el Centro de Geología de la Universidad de Teherán lo había dejado asombrado. *¿El banco de ordenadores destruido?* Si no supiera el origen del problema Navid estaría aún más aterrorizado. Tenía certeza de que se trataba del mismo virus que arruinó varias centrífugas en la

Usina de Natanz en 2010.

*El Flame.*

En aquella ocasión él trabajó en la usina como analista de geoprocésamiento. Se pensó que la causa era un plan producido por Israel y Estados Unidos, el Mossad y la CIA. Una acción perfecta. Por seis meses expertos trabajaron continuamente para restablecer el sistema de las centrífugas. Atrasó, y mucho, los proyectos de aquella estación nuclear.

Monitorear, hackear y destruir un sistema de centrífugas de uranio a distancia a través de un virus -aunque fuera una acción para muchos inconcebible- se enmarcaba como estrategia de guerra desde hace más de una década. Sería comprensible utilizar ese método en la usina de un país enemigo. Pero ¿por qué usar los mismos instrumentos en un sencillo laboratorio de geología de la Universidad de Teherán? Además, ¿por qué destruir todo el sistema?

Era evidente que la invasión se relacionaba con los datos que acababa de constatar. La anormalidad de los números se ligaba al incidente de las computadoras y eso molestaba a alguien. Quienquiera que estuviera monitoreando las computadoras de Navid tenía aptitudes inimaginables, la envergadura de sus acciones era ilimitada.

*¡El Gran Satán está de vuelta!* pensó, en referencia al apodo que el Régimen de los Ayatolás había dado a Estados Unidos cuando ocurrió la Revolución Islámica del país en 1979.

Con los pensamientos en plena ebullición en su cabeza se detuvo al pasar por el complejo del Hospital *Imam Khomeini*. Al frente de la entrada principal un mar de ambulancias se abría paso en el edificio mientras un tren arrancaba hacia la avenida con las sirenas anunciando su paso. Él paró el coche en la calle paralela a la estructura para ver mejor. Allí al fondo, más de setenta kilómetros al norte, se podía distinguir la pared montañosa que costea a Teherán, se veía el brillo de la nieve y la sombra de las rocas inmersas en la corteza marrón de contaminación que pintaba de cobre el horizonte de la capital.

Navid se impresionó con la cantidad de personas que se acercaban a la entrada, en medio de camillas y las ropas blancas del equipo médico. Las autoridades se esforzaban por controlar el flujo de entrada pero era en vano. Se acordó de haber visto en la televisión que Teherán prestaría ayuda a los heridos de Isfahán dado que esa ciudad no tenía capacidad suficiente para socorrer a todos.

Cada año Navid era testigo de la misma escena. No en tal proporción, es verdad, pero siempre la misma escena. Muertes, desastres... Irán era extremadamente propicio a terremotos de norte a sur, del este al oeste. Su sueño era poder prever las hecatombes a fin de salvar al mayor número posible de iraníes.

*Hijos dedicados a la obra de Alá.*

Después de dedicar una oración a las almas de la tragedia puso primera y, a través de un mecanismo por detrás del volante, aceleró el Peugeot por la avenida. Antes de accidentarse y quedar parapléjico en una misión en el ejército iraní había conocido intelectuales de alta reputación. Hombres influyentes en el ejército en sectores de la tecnología de punta e incluso en la intocable Guardia Revolucionaria. El hombre con quien iba a encontrarse sin duda encajaba en ese perfil. Tendría la respuesta a lo que lo afligía.

*No, más que eso.*

Ayudaría a descubrir lo que, en nombre de Alá, había sucedido en Isfahán.

CAPÍTULO 42

Poco más de 440 km separaban a Helena y Arash de Isfahán. En una típica carretera brasilera ella calculó que les llevaría de cinco a seis horas de viaje. Había, sin embargo, una gran diferencia en la ruta en la que estaban ahora. Por debajo del sonido del viejo motor el Peikan casi flotaba en el asfalto de la pista doble de *Persian Gulf Fwy*.

— Me gustaría que las autopistas de mi país tuvieran al menos la mitad de calidad que estas.

— Es una tradición mantenida desde la Antigua Persia. Tienes que saber que Persia fue la mayor ruta de comercio de la antigüedad; los reyes tenían que mandar trabajadores constantemente desde los centros de comercio hasta los lugares más desolados a fin de hacer el mantenimiento de las carreteras para que las finas y primorosas mercancías -que variaban de alfombras a vasos de cerámica- no sufrieran daños con el vibrar de los carros.

— Impresionante — respondió ella realmente deslumbrada.

— Y esa cultura permanece hasta hoy. Hay hasta un dicho popular que dice: es más fácil que un camello entre en el hueco de una aguja...

— .. ¿Que un hombre rico entre en el Reino de los Cielos?

Arash sonrió.

— No. "¡Que encontrar un solo hueco en las carreteras de Persia a los Cielos!"

Helena se rió.

— Me encantó.

— Pues acabo de inventarlo.

Ella lo miró irónicamente como represalia. Arash definitivamente tenía la habilidad de amenizar la tensión incluso cuando no había clima para relajarse.

En la otra mano de la ruta un gran número de vehículos llenaba las dos franjas de la carretera haciendo el tránsito lento y en varios puntos, estático. Comerciantes aprovechaban la lentitud y vendían agua y otras cosas metiéndose entre los coches de modelos antiquísimos.

— Refugiados de Isfahán? — preguntó Helena.

— Y de las otras ciudades de alrededor también — aclaró él con la voz blanda y el acento melodioso.

En la ruta donde estaban el flujo de coches era casi nulo a excepción de algunas ambulancias cuyas sirenas informaban su paso a mil por hora claramente dirigiéndose al lugar de la tragedia.

— El gobierno de Isfahán declaró cuarentena — explicó Arash. — Por lo que sé de desastres nucleares todo en un radio de treinta kilómetros necesita ser evacuado inmediatamente. Calculo que eso abarcaría más de un millón de personas sólo en la ciudad y en su región metropolitana. Cinco veces más de lo que fue necesario en Chernóbil.

Helena tragó en seco. Con una sensación creciente de aflicción ella recordó el episodio. En 1986, la ciudad de Pripyat había protagonizado el mayor accidente nuclear de la historia cuando el núcleo del reactor principal de la Usina Chernóbil explotó durante una prueba de rutina. Toda la ciudad sufrió una contaminación extrema. Miles de habitantes de la región murieron en los años siguientes y la ciudad se encontraba aislada hasta el día de hoy. La radiación corrompió lagos, ríos, reservorios y afectó la reproducción de animales en hasta 400 km alrededor del epicentro. Los vientos llevaron la nube radiactiva hacia el norte que llegaron hasta 1200 km de la región del desastre.

Helena levantó los ojos al cielo azul e imaginó la nube radiactiva avanzando implacable empujada por el viento.

¿Hasta dónde habría llegado?

Tal vez el aire caliente que topaba con su cara a través de la ventanilla ya estaba contaminado. Se sintió como un soldado desarmado y sin chaleco bien en el centro de un tiroteo abierto.

*Vulnerabilidad.*

Fue entonces que se fijó en algo aún más espeluznante: muy por encima de los postes de luz de la vía una gigantesca nube negra volaba, allá arriba, en la dirección opuesta a la de su coche.

Una bandada de pájaros.

A continuación, como un tsunami en un mar tranquilo, decenas de miles de otros grupos siguieron el primero, la forma que adoptaban se asemejaba al de flechas, flechas negras, como si apuntaran a la dirección más segura a seguir. Parecían sentir el peligro de la radiación volando lo más lejos posible, casi provocando que el sol escondiese entre sus alas.

Helena se tensionó en el asiento, el miedo le impregnaba las venas.

— No te preocupes — Arash parecía siempre saber lo que ella pensaba. — Haremos una

parada rápida en Natanza, a dos horas de aquí. Vamos detrás de un material de protección.

— ¿Tienes amigos allí?

La pregunta fue seguida del sonido agudo de una sirena de ambulancia que se acercó al coche y lo sobrepasó a alta velocidad.

— Un socio antiguo. Pero me temo que, a partir de hoy, me va a odiar.

## CAPÍTULO 43

Hercule Kroos se quitó el sobretodo negro, lo arrojó sobre la mesa y se echó pesadamente en la silla. Obviamente su chaleco a prueba de balas de nada sirvió para protegerlo del arma de pulso electromagnético de Meng. Las manos todavía le temblaban y la puntada en la cabeza era atroz.

Por poco todos los años de preparación para este momento serían en vano.

Fue hasta el lavabo del baño y se desabrochó la camisa hasta la base del pectoral musculoso dejando entrever el cordón que lo acompañaba desde la infancia: una cruz de oro con una aureola abierta en el centro de ella. Había un círculo en cada uno de los cuatro extremos.



Envolvió el particular crucifijo con su mano y cerró los ojos.

— Sus deseos son órdenes — susurró.

Se lavó la cara con insistencia. La sensación era de martillazos intermitentes agrediendo cada uno de sus huesos. El efecto del arma provocaba un enrojecimiento en la piel como si hubiese quedado expuesto al sol durante todo el día. Una profusión de venas minúsculas brotó en el blanco de los ojos mezclándose con su iris color gris. Además Meng había hecho un corte profundo en su ceja y un rasguño en el antebrazo. Con dificultad buscó una aguja en un bolso que había traído y cosió las dos heridas esforzándose para no ser dominado aún más por el temblor de las manos.

Desde la juventud Kroos recibió los más avanzados entrenamientos de guerra y en los últimos diez años se había preparado sólo para un objetivo:

*Proteger César, salvar el prototipo de Energía Libre y ayudarlo a propagar la verdad por el mundo.*

*La verdad,* se dijo a sí mismo.

La verdad de que la pobreza y el egocentrismo de las almas podrían extinguirse. La verdad de que había surgido una salida para afrontar nuestros mayores temores y que este hecho llevaría al hombre a entender que el único lugar donde el miedo y la inseguridad realmente habitaban era dentro de su propia mente.

Kroos estaba dispuesto a ofrecer su vida para difundir esa verdad. Resignadamente, sin temor alguno.

Y no sería un agente anticuado quien lo impediría.

Él tenía plena conciencia del poder que se oponía a la misión a la que había sido designado a emprender. Se trataba de una fuerza que traspasaba las generaciones escondiéndose detrás del cuadro falso de la Historia y que había proyectado las principales guerras de la humanidad dominando por completo la soberanía de las naciones. Se trataba de la mayor amenaza a la democracia. Una democracia que ellos mismos habían creado.

*Si Meng conociera los poderes invisibles que orquestan sus movimientos... pensó él.*

Kennedy había alertado al mundo sobre esa fuerza transversal. Kroos se recordaba con perfección del discurso que el presidente había hecho pocos meses antes de ser asesinado con un tiro en la cabeza en 1962:

*...Existe una conspiración monolítica y despiadada alrededor del mundo a la que nos oponemos que cuenta con medios secretos para convertirnos a su causa para así aumentar su esfera de influencia como la infiltración en lugar de la invasión como la subversión en lugar de las elecciones como la intimidación en lugar de la libre elección como las guerrillas por la noche en lugar de los ejércitos al día. Es un sistema que ha logrado reclutar una amplia fuente de recursos humanos y materiales dentro de una máquina de alta eficiencia que combina operaciones militares y diplomáticas de servicios de inteligencia, económicos, científicos y políticos. Sus planes y su ejecución no son públicos sus errores son enterrados y no aparecen en la primera página, sus disidentes son silenciados y no respetados. Ningún gasto es cuestionado, ningún rumor es inspeccionado y ningún secreto es revelado...*

— Meng sirve a esa fuerza — dijo finalizando la curación y volviendo a observar sus propios ojos en el espejo.

Sintió náuseas. Se lavó la cara una vez más y apretó los ojos delante de su imagen en el espejo. Entonces vio un hilo de sangre bajar por la nariz y pintar de rojo su labio superior. No pudo reprimir la sensación que crecía por su garganta, parecía una bola de béisbol rodando por el esófago.

Vomitó sangre.

Concluyó que el arma había alcanzado su sistema nervioso central. Justamente la parte de su cuerpo en la que más aprendió a confiar a lo largo de los años.

¿Estaría confinado a la muerte?

*La peor lucha que un día podrás tener con un adversario es la emocional,* se dijo a sí mismo recordando su entrenamiento.

Aquel contratempo podría comprometer el objetivo final. Lo único que Kroos no podría haber previsto era un arma de pulso electromagnética en las manos de un agente de sesenta años de edad que gustaba de actuar a la antigua usanza. Pang Meng lo sorprendió.

Observó el agua llevar la sangre en espiral en el lavabo. Se lavó la cara y volvió a la sala pensando en Helena y Arash. Tal vez ellos mismos no sabían quién los perseguía en realidad. Necesitaba ubicarlos cuanto antes. Accionó los fijadores del chaleco en la barriga y se volvió hacia la ventana que consistía en la única abertura por donde el sol entraba en el departamento donde hacía base. A través de ella, allá atrás, en el horizonte entre el bosque de edificaciones amarronadas que se recortaban contra el cielo azul, se podían ver las cúpulas de las mezquitas que integraban la Plaza Naqsh-e Jahan.

— Pocos son quienes que conocen su verdadero mensaje — dijo él como si de alguna forma el frente celestial de las mezquitas fuera a captar sus palabras.

## CAPÍTULO 44

Helena sentía que Natanz transpiraba un aire fúnebre.

Ella tuvo la impresión de que si una minúscula piedra fuera arrojada al suelo en la calle central del pueblo, el sonido reverberaría hasta los pies de la Kuh-e Karkas, la cadena de montañas que abrazaba las sencillas casas con sus casi cuatro mil metros de altura.

Dentro del taxi robado ella y Arash avanzaban lentamente por la única entrada de la ciudad de trece mil habitantes. El número de personas que visualizó no pasaba de media docena. Todas fueron atraídas por el sonido del vehículo que Arash conducía, sus expresiones variaban entre la sorpresa y el miedo.

En contraste con la falta de vibración en el aire el encanto de la villa parecía acentuarse a medida que se adentraban. Las casas de arquitectura antigua y los edificios de color beige y marrón formaban un complejo monocromático que se ajustaba armónicamente a los tonos de las montañas, casi formando parte de ellas. Más que eso, la ciudadela parecía haber sido edificada por la tierra que el viento traía de las cordilleras emergida del suelo como en un libro de fantasía.

— Tan... bucólico — dijo ella.

— En un día común esta calle estaría hirviendo — respondió Arash. — Comerciantes, productores rurales, niños corriendo... en realidad el miedo ya debe haber hecho la mayoría huya a Teherán.

Helena entendió. A su alrededor veía de los pequeños bazares cerrados así como en la única mezquita de la ciudad, la Jamee', un punto azul enclavado en medio de la villa.

El soplo que venía del sur lamía la cima de las casas y sumergía a Helena en pensamientos cada vez más paranoicos. De repente la tensión pasó a llenar cada poro de su cuerpo. La impresión era como si a cada respiración ellos absorbieran un porcentaje de las partículas radiactivas. En la región de Chernóbil, se acordó, las partículas formaron una nube de contaminación cuatrocientas veces más radiactiva que los ataques nucleares contra Hiroshima y Nagasaki al final de la Segunda Guerra Mundial.

Su mandíbula contrajo por el miedo.

Pensó en la infinidad de dudas que surgían de sus recientes descubrimientos empezando por el cilindro que encajaría en un reactor de Energía Libre y el resto de la frase orientativa del video de César. ¿Cuántas piezas tendrían que buscar? Le gustaría saber más sobre la Geometría Sagrada, aunque le pareciera un asunto demasiado místico, y también sobre las bases científicas del descubrimiento del César. Incluso el zoroastrismo estaba entre sus mayores dudas. El ingeniero nunca había sido religioso. ¿Cómo en tres años su vida había cambiado de tal modo que le dedicaba parte de su obra prima a los preceptos de esa religión?

Los dos todavía tenían mucho que conversar y las horas pasaban más rápido de lo que Helena quería.

Miró a Arash. Su mirada concentrada le transmitía cierta seguridad y, más que eso, su tono siempre espirituoso le atenuaba los nervios. Lo más curioso era que él todavía estaba sin camisa y parecía importarle poco, él iba observando los dos lados de la calle mientras conducía lentamente. Cuando frenó el auto había a la izquierda de ellos una casa sencilla sin muros, con dos álamos altos y bien verdes escoltando la puerta de entrada.

— Es aquí — sentenció.

— Exactamente qué vamos a...

— ¡*Borô kenâr!* ¡Aléjese! — exclamó una voz ahogada al otro lado de la calle.

Los dos se sobresaltaron. Arash, sin embargo, pronto pareció identificar el origen de la voz, sonrió y salió del coche.

— ¡Ahí está él! — dijo.

Ella lo siguió. Cuando vio al sujeto casi retrocedió un paso asustada. Apareció detrás de un roble al lado de la casa. El hombre vestía ropa anti radiación camuflada, botas negras de goma selladas con una especie de cinta aislante amarilla en el límite de los pantalones además de una máscara con tres compartimentos semi cilíndricos pendiendo debajo del visor transparente. Helena ya había usado un artefacto parecido cuando visitó las usinas nucleares de China. En aquella ocasión la apodó cariñosamente máscara Darth Vader por la semejanza con la cara del personaje más sombrío de la serie Star Wars.

— ¡*Âhây!* ¡Pare! — dijo nuevamente el sujeto dejando su cara aparecer detrás del visor.

Cuando se fijó en la cara del hombre y en la ametralladora que sacudía en su hombro Helena volvió a asustarse. Él tenía el rostro marcado por cicatrices como si las garras de cien gavilanes le hubieran rasgado la piel. Y algo aún más intenso: debajo del brazo había una ametralladora de apariencia tan futurista que por un momento de locura Helena pensó que realmente él era un personaje de Star Wars.

Arash caminó hacia él con los brazos abiertos diciendo algo en persa y riendo. El sujeto sacó el arma y apuntó con rigidez gritando. El pecho desnudo de Arash fue marcado con rojo por un láser que paseó de modo espeluznante por su piel morena.

*¡Dios mío!*

En las casuchas de alrededor se abrieron las ventanas y por las grietas surgieron rostros asustados. Helena nuevamente experimentó la delicada sensación de vulnerabilidad. Por alguna razón, el supuesto amigo de Arash no lo reconocía. O quizá ni siquiera Arash supiera pero su ausencia podría haberlos convertido en enemigos.

Helena estudió las opciones: esconderse o argumentar algo para proteger a Arash.

Retiró una gota de coraje de un pozo de miedo e interrumpió la discusión:

— ¡Eh, señor! ¿Usted no está viendo que él es su amigo Arash? Hemos venido desde muy lejos y necesitamos ayuda. ¡Con urgencia!

El hombre se despertó de inmediato de una especie de trance paranoico. Daba la impresión que sólo ahora se fijaba en la presencia de Helena. Después de unos segundos, para sorpresa de ella, preguntó a Arash en inglés con acento nativo:

— ¿Eres tú?

— Sí, mi viejo amigo! Soy yo, Mehan.

Mehan bajó el arma, se sacó los guantes de goma y, como un indígena que por primera vez entra en contacto con el hombre blanco, tocó la cara de Arash con las dos manos por varios segundos antes de preguntar:

— ¿Pero qué pasó contigo Arash? A donde fuiste después de... después de... — Y por primera vez el hombre se giró hacia Helena. — ¿Quién es ella?

— Una amiga, Mehan. — Arash correspondió posando la mano con afecto en el hombro del hombre. — Una amiga brasilera.

Mehan la estudió de arriba abajo confundido.

— Todavía sabes hacer el mejor té de pera con canela de Irán? — preguntó Arash sonriendo.

— ¿Qué? Ah, sí... ¡Claro! Por favor, acompáñenme — invitó el hombre antes de darse vuelta y guiarlos hacia su casa.



Helena relajó los hombros.

Arash se volvió hacia ella, agradeció con un guiño y dijo bajito:

— Gracias por la fuerza. Parece que ahora estamos en paz, ¿no?

## CAPÍTULO 45

Meng caminó hasta la única mesa de la sala y buscó un *Ipad* colocado al lado del reactor falso. ¿Por qué Xerxes no predijo esa adversidad? ¿Cómo podría haber sido tan fácilmente engañado sobre la autenticidad del prototipo?

La sensación de tener la misión escapándose de las manos lo incomodaba. Meng no estaba acostumbrado a infortunios en su camino, de modo que ahora había decidido que su estrategia con César cambiaría radicalmente.

¿Sería posible una tortura física?

*No*, había un artificio mucho mejor en sus manos.

— Nosotros dos sabemos que no necesito ser tan contundente en mis métodos para hacerle decir dónde está el reactor verdadero — dijo Meng sentándose de nuevo.

César se mantuvo en silencio sosteniendo su mirada con una vitalidad inquebrantable.

— Cuando empecé mi carrera, treinta años atrás, jamás imaginaría que un simple objeto que planeara en el espacio pudiera captar imágenes tan perfectas desde aquí abajo. — Él apuntó el dedo hacia el techo y luego hacia abajo, acompañando su discurso. — Permítame presentarle un pequeño aparato tecnológico.

Él tocó el *Ipad* y lo giró hacia el brasilero. Un pequeño video surgió en la pantalla dando una luminosidad azulada al rostro sudado de César. Meng percibió que el ritmo de la respiración del hombre era de una profundidad y de una calma casi perturbador.

*Pero luego él va a ceder. Luego.*

El video comenzó. Las imágenes, que eran tomas desde arriba tenían una definición perfecta y enfocaban un auto blanco recorriendo una calle residencial, limpia y estrecha. Era posible distinguir incluso las minúsculas fallas en la superficie del vehículo antiguo y los tonos de las rosas blancas y álamos que adornaban la vía dando un aire campestre al lugar.

Meng sintió un aire de curiosidad naciendo de los ojos del César.

*La mejor tortura es la mental.*

Entonces el coche se detuvo. Un hombre sin camisa y una mujer salieron de él. La imagen se acercó aún más y daba la impresión de estar a no más de cinco metros por encima de los dos, flotando como un dron. Hasta el mismo Pang Meng se había sorprendido de la tecnología que poseía Xerxes.

La mujer levantó la cabeza hacia el cielo, como si sintiese la presencia del centinela oculto, puso una mano en su frente para protegerse del sol y estrechó los ojos bajo un hijab azul estampado de flores.

Fue sólo entonces que la expresión de César se transformó.

*Helena Gouveia*, pensó Meng, *es su punto más débil.*

César movió su cuerpo en dirección a él enfurecido de rabia.

— ¡Te voy a matar, tú, desgraciado!

*Eso*, pensó Meng, *enfurécete.*

— Tenemos un satélite muy especial acompañando todos los pasos del señor Zarak y de la señorita Gouveia desde la salida de la Isla de Manhattan — explicó Meng.

Por primera vez Meng vio a César vacilar en el habla.

— Pero, ¿qué...?, ignorante — gritó él — servil de mierda, realmente no tienes la menor noción de donde estás metiendo ese culo.

Meng se encogió de hombros. El primer objetivo fue alcanzado. César era un niño desorientado. El oriental se levantó de la silla se agachó delante de él e hizo que su voz ronca saliera en un susurro pausado.

— ¿Dónde está el verdadero prototipo?

La respiración de César tenía el sabor del miedo ahora. Meng esperó la respuesta por algunos segundos satisfecho por ver que el brasilero iba a ceder. Sin embargo Meng no esperaba la respuesta que oyó.

— Yo tendría pena de su alma si usted todavía tuviera una — César hizo una pausa y deletreó lentamente su nombre —, PANG MENG.

Meng frunció el ceño sin conseguir esconder la consternación por lo que acababa de oír.

— ¿Está sorprendido de que yo sepa su nombre, agente del Instituto?

Meng se levantó. Sintió un hormigueo de calor en su cabeza. ¿Cómo era posible?

Además de conocer su nombre César tenía información de que Meng había sido agente del Instituto. El Mossad, servicio secreto israelí.

La sensación de vulnerabilidad, pocas veces experimentada por Meng, lo asaltó de nuevo. Maldijo a Xerxes en silencio. Él se mostraba cada vez más incompetente para predecir las situaciones adversas y comunicarlo con precisión. El enemigo tuvo la habilidad de invertir el juego mental con esa información. Primero el hombre de sobretodo negro y ahora este latino sucio casi dañan su misión. De hecho estaban preparados para lo que estaba sucediendo.

*Pero fue sólo una interferencia momentánea.*

Meng tenía otra carta en la manga.

— Veo que usted tiene una fuerte red de información — dijo con una sonrisa fina y totalmente recuperado del golpe.

— La misma fuente que jamás dejará que usted encuentre Helena, ¡desgraciado!

Meng estuvo de acuerdo asintiendo con la cabeza.

— Usted tiene razón. No voy a encontrarla. La señorita Helena vendrá a mí. Sin jamás imaginar que está caminando directamente hacia su propio ataúd.

## CAPÍTULO 46

— ¿El video que contiene las evidencias definitivas de armas nucleares simplemente desapareció y tú me informas dos días después de que la noticia llegase al Pentágono? — quiso saber Campbell.

La crisis claramente se había ido de las manos de Dorothea Morgan y él nunca deseó saber tanto lo que sucedía en Teherán como ahora.

— Hay una razón para que yo no te lo haya informado con antelación — contestó ella.

— Tendrás que ser muy convincente, Dorothea.

— Comprendo tu razonamiento — replicó ella. — Pero tuve que esperar la repercusión de los acontecimientos para comunicarlos. Zulán me dijo que, tras la inspección en la fábrica de misiles, los miembros de la Guardia Revolucionaria forzaron un interrogatorio con nuestros diplomáticos, allá mismo.

— ¿Cómo? — preguntó Campbell sorprendido.

Él conocía los protocolos de las Naciones Unidas que traspasaban las leyes de los Estados Nacionales. Interrogar a un equipo de los todopoderosos diplomáticos de la ONU era imposible. Hacerlo de modo forzado representaba un crimen internacional.

*¡Irán está pidiendo una guerra!*

— Ellos exigieron ver el contenido del video grabado por el equipo — retomó ella —, entonces les hicieron borrar todo.

Si la Guardia Revolucionaria realmente había forzado un interrogatorio con las únicas personas que tenían libre acceso a cualquier país del mundo eso ya era motivo para desatar una crisis. Al borrar las evidencias en la cámara Irán había cometido un ultraje a las leyes internacionales. Si ellos llegaron a tal punto no sería exagerado pensar que los diplomáticos podrían ser asesinados, puestos en prisión o torturados por la Guardia. Este acto, si fuera cierto, sería una declaración de guerra.

— ¿Dónde está el equipo ahora? — preguntó él.

— Extrañamente el equipo regresó a Teherán con todos los informes en sus manos menos la grabación. ¿Cuál sería la intención de la Guardia en borrar el video de la cámara si los informes seguían bajo el poder de los diplomáticos? E incluso si confiscasen los documentos los tres enviados contarían lo que vieron en la fábrica cuando volvieran lo que originaría, como mínimo, otra indagación al día siguiente por orden mía.

Ahora era Campbell quien se sentía confundido. ¿Por qué la Guardia Revolucionaria forzó un interrogatorio, borró la grabación y dejó que el equipo fuera a Teherán sabiendo que tenían documentos además de su propia palabra de lo que vieron en la fábrica? Incómodo se levantó y dio la espalda a Doroth. Fue hasta la ventana del gabinete donde se podía distinguir el manto negro del río Hudson y las luces de Long Island City a dos kilómetros destellando en la otra orilla. Miró el reloj.

*04h47min.*

Hacía exactamente cuarenta y nueve horas había recibido la noticia de que la ONU había encontrado evidencia de armas nucleares en Irán y había sido informado por el Secretario de Estado que habría una reunión de emergencia en el Pentágono. ¿Sería el momento favorable para que Estados Unidos entrara en guerra? La lucha contra el terror había perdido más de cuatro millones de dólares del presupuesto en menos de quince años, con las Guerras de Afganistán e Irak; una cantidad mucho mayor a la que se había gastado durante toda la Segunda Guerra Mundial. La deuda interna del país llegaba a los dieciséis millones de dólares y crecía a cada segundo. Hacía cinco años que el país dependía de los préstamos sólo para pagar los intereses. En dos oportunidades el presidente casi decretó moratoria y, si no fuera por la ayuda de los banqueros internacionales vampiros, la economía habría entrado en el mayor colapso desde 1929.

*Una guerra ahora podría significar el derrocamiento de Estados Unidos.*

Desde la cima de sus 77 años Campbell aceptó el nombramiento de Director del Pentágono con un objetivo: garantizar que el espíritu patriótico de la mayor Institución de Defensa del mundo continuase vivo y vibrando. Después de tres años de relativa estabilidad parecía que un nuevo desafío se dibujaba dramáticamente frente a sus ojos. Su mujer, Jane, le preguntaba la razón por la cual elegía asumir el cargo de Secretario de Defensa de Estados Unidos cuando hacía más de quince años ya debería estar jubilado disfrutando de la compañía diurna de la gorra camuflada que usaba para pescar en el lago Anderson en Illinois. Cariñoso él siempre le respondía: "Estados Unidos es mi alma y tú eres mi corazón, mi amor... Cuando se me quite alguno de los dos entonces este cuerpo no tendrá ninguna función más".

Parecía que los dos serían fatalmente afectados con las repercusiones en Irán. Jane se encontraba muy enferma y Estados Unidos sangraba.

Campbell tenía plena certeza de que nunca había codiciado su cargo sólo por el poder. Y sí lo había hecho por la gloria, el honor y el patriotismo. Su mente experimentada desconfiaba de que una corriente invisible buscara sincronizar una guerra en las sombras. Él conocía muy bien a los hombres que construyeron imperios de influencia a través de guerras. De traficantes de armas - que se posicionaban en la base de esa pirámide oscura de poder- a los intocables hombres del petróleo y del mercado financiero. Lo irónico era que muchos de ellos formaban parte de la ONU dado que la usaban de camuflaje como un disfraz para encubrir sus actos.

Incluso Doroth, posiblemente.

*No, no tiene sentido, se contradijo a sí mismo.*

Él conocía el pasado de la Secretaria General. Supo ser amigo de su padre quien había edificado una de las mayores multinacionales de Nueva Zelanda con sudor y dignidad. Doroth Morgan había heredado una fortuna multimillonaria de la industria de la carne y productos lácteos, una riqueza que alcanzaría por lo menos a las próximas cinco generaciones de su familia. No había razones para que pasara por la tensión a la que debía someterse el principal diplomático de las Naciones Unidas. Campbell, sin embargo, conocía la vulnerabilidad como nadie. Y en ese momento ese era el sentimiento que despertaba la secretaria general.

Se volvió hacia Doroth. Se preparaba para continuar el diálogo pero se detuvo de repente. No había percibido que ella estaba aferrada al celular. La lámpara de la mesa ampliaba las sombras de su rostro pálido.

— ¿Qué pasó, Doroth?

La mirada de ella se perdió en algún punto de la sala como si intentase verse a sí misma. Tiró el teléfono en la mesa y se tapó la cara con una mano.

— ¡Dios mío! — exclamó ella. — ¿Qué fue lo que hice?

## CAPÍTULO 47

Después de estacionar el Peugeot adaptado en la calle desierta, Navid Kiahshed deslizó su silla de ruedas por la rampa hasta llegar a la entrada de una modesta casa. Con una mano se apoyó en el asiento y proyectó el otro brazo hacia lo alto. Tocó la campana. Se oyó el resonar de ella en el recinto mientras giraba la cabeza para comprobar si alguien lo acompañaba. Se encontraba en el sur de Teherán, en la región de Nazi Abad. Era un barrio periférico pero acogedor, el olor de *kebab* casero se respiraba en la vecindad con un toque de orégano y pimienta.

El amigo que aguardaba su visita debía estar al menos intrigado con la previa de informaciones que Navid había dado por teléfono.

*Una Aurora Polar en Irán, una anomalía en la ionosfera... los terremotos ocurrieron en todo el mundo con la misma profundidad de origen.*

En instantes la puerta se abrió y en la ranura surgió un hombre de mediana edad de compostura esbelta. El rostro barbudo revelaba una desconfianza que, Navid sabía, llegaba a picos de paranoia.

*Natural, por todo lo que ha pasado en la vida.*

Su anfitrión lucía el traje más común entre los hombres conservadores iraníes: chaqueta azul marino, pantalones del mismo color y una camisa blanca cerrada hasta último botón. Las gafas de marco redondo colgaban en la nariz grande lo que inevitablemente le cedía un aire de profesor

universitario.

— *Salâm, Gogin.* Hola, Gogin — saludó Navid.

— *Duste man, biâ tu.* Mi amigo, entra — invitó el otro con una sonrisa antes de poner la cabeza en el exterior de la casa para chequear el movimiento de la calle.

Los dos entraron y Gogin sugirió que Navid detuviera su silla de ruedas delante de una mesa amplia. Estaba en el centro de una habitación adornada por cuadros, jarrones y alfombras persas.

— Sabes que si no fuera por nuestra amistad, Navid, difícilmente abriría las puertas de mi casa para ti hoy. Espero que comprenda — dijo Gogin, sentándose al otro lado de la mesa. Tenía una sofisticación única en el tono que se acentuaba con su voz grave lo que le hacía exhalar la seguridad de quien podría ser fácilmente presidente de Irán. — *Ellos* saben que hoy no hago nada que salga de las directrices del gobierno por eso todavía estoy vivo. Comprendes... tengo familia y... bueno, sabes...

Navid asistió sonriendo amistosamente.

— Lo sé. Agradezco inmensamente el privilegio.

Y realmente era un honor. Gogin Abin Sader fue considerado uno de los cerebros más brillantes del último siglo en Irán. Sus investigaciones en la Agencia Espacial iraní (ISA) le significaron premios no sólo en Irán sino también en países enemigos como Inglaterra y Estados Unidos. Gogin había logrado lo que pocos imaginaban: credibilidad en la comunidad internacional, asiento permanente en las principales instituciones de tecnología del mundo y su nombre grabado en la historia de la ingeniería aeronáutica; en el desarrollo de tecnologías de aviones civiles y militares.

Hacia cinco años que el gobierno había forzado a Gogin a retirarse obligatoriamente por razones que pocos conocían. Navid no entendía por qué ya que el amigo llevaba al mundo una faceta de Irán que pocos conocían. No era posible que el Ayatolá tomara una decisión de aquellas.

Gogin fue directo al punto:

— Muéstrame sus datos.

Navid meneó la cabeza y sacó del bolsillo de la camisa un papel doblado lleno de las anotaciones que había hecho tan pronto como había salido de la Universidad de Teherán. Nadie había aparecido en el departamento de geología aquel día. Por precaución Navid trabó la puerta de entrada y rompió la cerradura para impedir que algún empleado o transeúnte reparara en el equipo destruido. No quería cuestionamientos antes de que supiera la naturaleza de la maldición que lo acometía. *¡No sólo los datos, sino los propios ordenadores fueron destruidos por un virus!*

Ofreció el papel a Gogin. Él estiró el brazo y luego retomó la posición en la silla equilibrando las gafas en la cara para leer. En silencio se detuvo en el contenido de la hoja.

Navid esperó para ver la tensión que marcaría la cara de Gogin cuando él llegase al final de la hoja. El hombre lo miró por un instante breve y luego continuó leyendo en silencio. Entonces, viendo que el amigo recorría con los ojos el final, preguntó con un hilo de ansiedad en la voz:

— ¿Entonces?

Gogin no respondió, estuvo absorto por algunos segundos más. Navid percibió que él retomaba algunas notas dos, tres veces, como para confirmar la información. Por fin expulsó despacio el aire de los pulmones y dijo con una calma increíble:

— Tienes que huir de Irán lo más rápido posible.

— ¿Qué?

Gogin se levantó delante de la silla de ruedas de Navid y posó una mano en su hombro con

firmeza.

— Navid, en 2003, cuando aún trabajaba para la Agencia Espacial, intercambiaba datos constantemente con los equipos rusos y chinos. Una vez llegó a mis manos un informe de una agencia de Moscú que identificó en China exactamente las mismas anomalías que tú describiste en la atmósfera de Isfahán. La diferencia es que en China, cuando ocurre un terremoto, es lo mismo que barrer un hormiguero en plena actividad. En aquella ocasión hubo noventa mil muertos.

Navid intentó situarse ante el golpe de tanta información.

— Pero... y... ¿Cuál fue la repercusión de ese caso?

— Los 20 científicos de la agencia desaparecieron. Meses después supe a través de una fuente de la actual KGB, la FSB, que fueron desterrados al Bosque de Taiga, uno de los lugares más recónditos y sombríos de Siberia. Y no se sabe qué sucedió con ellos.

Navid apretó con fuerza el apoyabrazos de la silla de ruedas. No lograba relacionar la alerta de Gogin con el registro de los datos. Que alguien lo vigilaba era un hecho. Y, por supuesto, también tenía relación con los estadounidenses. Pero, ¿por qué usaron Navid?

Gogin no estaba exagerando. Sabía que él llegaba a ser un tanto paranoico en sus teorías pero insano, jamás. La principal duda permanecía: ¿Por qué los Estados Unidos monitorearían un simple geólogo encerrado en un departamento de una universidad civil?

Necesitaba más información. Esperó que Gogin retomara la palabra. El amigo bajó el tono de voz y en un susurro dijo:

— Navid, lo que te voy a contar ahora forma parte de uno de los mayores secretos militares del siglo XX.

## CAPÍTULO 48

El interior de la casa de Mehan no encajaba con las iraníes de las que Helena había oído hablar. No había alfombras persas recibiendo a los visitantes, cojines elegantemente adornados ni vasos pintados con intrincados mosaicos. Helena se adentraba en la sala principal siguiendo a Arash y su amigo con la expectativa de encontrar las mesas bajas y comunes frente a las cuales se sentaban al suelo los integrantes de la familia para tomar un té. El olor embriagado de los narguiles, el famoso humo con que el mundo árabe y los hindúes solían deleitarse para relajarse, cedían su lugar al olor de moho y al vacío.

Arash sin embargo no parecía sorprendido. Su caminar firme acompañaba al otro hombre sin vacilar hasta que el rostro recubierto por cicatrices de Mehan se volvió hacia los dos.

— Bienvenida — dijo él parando en la esquina de la sala. El eco de la voz reverberaba en las paredes curvas y ampliaban el tono.

El movimiento que hizo a continuación asustó a Helena. Golpeó dos veces con la bota en el suelo de mármol y la estructura comprimida se movió abriendo un compartimiento cuadrado. La vestimenta camuflada de Mehan se encendió por medio de una luz amarilla que vino de abajo.

Helena dio un paso atrás. *Pero qué...*

— Mi verdadera casa — dijo Mehan ya desapareciendo por el agujero.

Arash tomó levemente el brazo de Helena y la miró serenamente como quien dice "puedes confiar". Pocas veces en su vida ella se dejó llevar por alguna situación o por alguien tan fácilmente como ahora, de modo que se sintió extraña por su actitud.

Los dos descendieron unos veinte escalones por una escalera de hierro empinada. Sorprendentemente el aire allá abajo era más ligero y fresco y parecía ser controlado por una

serie de tubos de ventilación que se esparcían en zigzag por el techo y las paredes. Las paredes componían una mezcla un tanto accidentada de ladrillos y piedras color tierra.

— Aquí abajo no hay satélite que pueda destruir mi privacidad — dijo Mehan, sonriendo con orgullo por la obra de arte que había construido.

— Estoy seguro de que no — confirmó Arash diplomático.

Helena miró hacia techo del sótano y razonó sobre lo que decían. De alguna forma se sintió más segura allí también ella. Después de que los agentes del servicio secreto estadounidense le mostraran una imagen ampliada digna de efectos especiales del celular que arrojó en Brasilia, ya no dudaba de que todo era posible.

La escasa iluminación de la sala subterránea venía de una lámpara que colgaba sobre una mesa de madera, la que a su vez estaba rodeada por cuatro bancos. El aspecto general del lugar se asemejaba a las salas de interrogatorio de películas policiales en las que no era posible ver las paredes por completo, porque todo el foco de luz apuntaba sobre la mesa.

Los tres se sentaron. Mehan dejó su ametralladora y la máscara de oxígeno encima del mueble y bajó la capa camuflada que cubría su cabeza. A la luz de la lámpara sus cabellos gruesos junto al rostro tallado de cicatrices hacían que su semblante fuese un tanto amenazador.

— Arash, tendrás que perdonarme pero no será posible servirte el té de pera y canela sin antes saber *cómo* has regresado del mundo de los muertos...

Arash miró con pesar a Helena como quien dice "vas a tener que aguantar esta también" antes de empezar a hablar.

— Entonces matamos dos pájaros de un tiro. Aprovecho para contarle a la presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU un poco de mi historia también.

El hombre la miró asustado.

— ¿De qué estás hablando?

— ¿No reconoces a la presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU y embajadora de Brasil a tu lado?

Helena bajó los ojos avergonzada.

— Pero... ¿cómo... qué... qué hace aquí? — preguntó él como si ahora viera a otra persona en lugar de Helena.

— Larga historia — contestó ella. — Creo que nuestro amigo Arash puede ubicarnos en esta aparente confusión. Vamos, Arash. — Ella hizo un gesto con la mano para que comenzara.

Mehan murmuró algunas palabras sorprendido antes de que Arash respirara profundamente y continuara, la atmósfera formada en el sótano parecía propicia para una confesión.

— Hace casi siete años trabajaba con César Montenegro en el departamento de física nuclear de la Universidad de Teherán. Ustedes sabrán que Brasil e Irán establecen intercambio de profesores y científicos desde hace más de tres décadas. En aquella ocasión nos dedicamos a temas espinosos... ustedes saben, investigaciones relacionadas a la Energía Libre. — Arash miró a Helena y luego apuntó con la barbilla al hombre delante de ellos. — Mehan llegó a iniciar un proyecto con nosotros y también sufrió las consecuencias...

— Claro que sí. Después de eso... — Mehan apuntó hacia la cara y dudó. — Después de lo que pasaste preferí no perder mi propia cabeza dado que César fue dado por desaparecido y tú por muerto.

Helena definitivamente quería saber qué le había sucedido al hombre para tener esas cicatrices. Arash, que aún se encontraba sin camisa, se recostó en la silla y cruzó los brazos siendo imposible para ella no reparar en la forma en que los músculos del brazo y del pecho se

ajustaban a la posición. Desvió la mirada ruborizada.

— Después de tres años totalmente dedicados a la investigación desarrollamos algunos prototipos — dijo Arash. — Sin embargo ninguno logró llegar a producir energía libre. Era como si la "pila siempre se terminara". Parecía que siempre faltaba algo, siempre faltaba un elemento en los cálculos que no cerraba... — Arash dejó de hablar y sacudió la cabeza negativamente. — No puedo entender cómo no conseguimos...

— Pero aunque ustedes no lo hayan conseguido — interrumpió Helena —, parece que molestaron a *alguien* porque tú tuviste que huir y César tuvo que desaparecer del mapa.

Arash estuvo de acuerdo.

— Por algún motivo los fondos de nuestra investigación fueron eliminados y comenzaron las persecuciones... a César a mí y... a mi familia.

— ¿Qué? ¿Tienes una familia? — preguntó ella impresionada.

En ese momento Helena sintió que el corazón de Arash se había detenido. Su cara robusta se puso pálida como la bruma.

— Tuve — respondió él. — Mujer y dos hijos. Una pareja de gemelos.

Mehan bajó la cabeza y Helena percibió que el amigo de Arash conocía la historia que seguía. Ella sintió una conmoción recorrer su cuerpo. De repente presintió todo lo que Arash iba a decir:

Él revelaría que su familia había sido destruida.

¿Sería realmente posible que los perdiera a causa de una investigación relacionada con la Energía Libre?

Desde que conoció a Arash, dos días antes, se preguntaba cuáles eran las razones del iraní haber huido a Estados Unidos el último país que concedería refugio a un iraní aunque él alegase ser perseguido por el propio Régimen de los Ayatolás enemigo mortal de Estados Unidos. Sin embargo, por toda la adrenalina que habían vivido hasta ese momento, la sensación era que cualquier análisis de la situación actual era válido. Incluso las paranoicas teorías conspiratorias que proponían un orden unidad global, los Iluminatti, los masones, capaces de superar el poder incluso de la ONU. Era evidente que no había consistencia histórica en esas teorías. Pero por un instante se cuestionó sobre esa alternativa. Sin embargo, independiente de su respuesta, ella sintió que cualquier información que Arash diese podría ayudarlos a unir los puntos; hechos que aparentemente no tenían relación. Para eso ella necesitaba darle seguridad a su compañero; la seguridad de que estaban juntos en esa.

— Nosotros vivíamos en Teherán en esa época — dijo él, resiliente. — Fui a casa después de un día de trabajo en la Universidad de Teherán y... y... ellos me esperaban...

— Arash — interrumpió Mehan —, no es mi intención reabrir una herida en ahora ni creo que ustedes hayan venido aquí para eso. Pensar que la señora Gouveia intuye cuál es el final de la historia. Entonces, por gentileza: ¿puedes explicarme por qué estás aquí en Irán con la presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU y, peor, sin camisa?

Arash consideró las palabras de su amigo y pareció recomponerse. Dijo entonces cuál era su intención:

— Mehan, es gracioso que hayas citado la ropa pues vine aquí precisamente en busca de uniformes contra la radiación. Y sé que tú puedes ayudarnos.

Mehan frunció el ceño y dudó por un instante.

— ¿Para qué lo necesitan? — preguntó asustado estudiando a ambos. — No me digas que pretenden...



— No hay tiempo para explicar detalles amigo. Pero sé que confiarás en mí. Yo diría que tenemos que dar una pasada rápida por Isfahán — dijo con aire modesto.

Helena percibió que los ojos de Mehan se llenaron de miedo.

— Por favor — insistió Arash.

Es evidente que cualquier ser humano sensato querría saber en detalle lo que la presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU hacía en Irán, en la casa de un extraño, luego de un desastre nuclear, pidiendo ropas anti radiación en compañía del fantasma de un hombre muerto.

*Él tiene el derecho de saber*, pensó ella.

Sin embargo después de estudiar en silencio a la pareja por un instante, Mehan se levantó y caminó hasta el fondo de la habitación oscura. Treinta segundos después regresó con dos bolsos de cuero. Los puso sobre la mesa y dijo:

— Confío en ti.

Arash agradeció. Mehan miró a Helena pero sus palabras tenían como destinatario a su amigo.

— No podría haber algo más inusual y extraño que la presencia de la presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU en el sótano de mi sencillo refugio. Sin mencionar tu temible renacimiento después de tantos años, Arash. Tu pedido me resulta tan insano como un suicidio. Pero comprendo la razón del secreto.

— Gracias. — Arash hizo un gesto de profunda gratitud.

— Estoy seguro de que lo que harán en Isfahán tiene que ver con la salud del mundo aunque no vea ningún sentido en los métodos que han elegido. Y por esa razón les estoy dando lo mejor que hay en el mundo para la prevención de la radiación. Vayan. Sólo espero que regresen vivos para ofrecerles mi té de pera con canela.

Los dos intercambiaron una sonrisa con alivio.

Subieron a la superficie, se despidieron con un abrazo y Helena y Arash salieron hacia el coche.

— Arash — exclamó Mehan sonriente. — ¡Espero que te guste la camisa que te dejé en la mochila!

## CAPÍTULO 49

A 40 kilómetros de allí Hercule Kroos se movía con dificultad por las calles destruidas de Isfahán. Vomitaba sangre a menudo y aún no sabía exactamente la proporción de los efectos que la cámara de Meng había desencadenado en su organismo.

Miró el reloj de pulsera: 15h43min. La evacuación de la encantadora ciudad de más de un millón y medio de habitantes aún estaba en marcha y la atmósfera pacífica y turística de antes ahora se impregnaba de miedo, impotencia y desesperación. No había ni siquiera un ser humano con quien Kroos se cruzara que no expresara esos sentimientos en el rostro y la respiración.

Sentía pena de aquel pueblo. Mucho más por saber que el terremoto afectaría con mayor fuerza a la *psique* de la ciudad que al espacio físico en sí. Aquella área no había sido tan afectada, sin embargo, las señales del impacto aparecían con claridad: edificios atravesados por grietas, enormes pozos en el asfalto y algunos postes encima de los coches. La única señal de organización venía de los poderosos parlantes que habitualmente se empleaban para el anuncio de las cinco oraciones diarias. Las autoridades los utilizaban ahora para orientar a la población en el éxodo de la ciudad estimulándolos a hacer uso de cualquier medio de locomoción. Las mezquitas que no

fueron destruidas por el terremoto cumplían esa función. Resultado: el caos se desparramaba por el aire con informaciones entremezcladas con oraciones y súplicas a Alá. Y por la entonación de las voces Kroos concluyó que poco se hacía para transmitir prudencia y calma a las personas.

Por sus cálculos Helena y Arash no tardarían más de una hora en llegar. Y se sorprenderían cuando supieran que tenían un protector durante su estancia en la ciudad. Todo había sido planeado con perfección: de la llamada a Helena en Brasilia al abordaje de Arash en Times Square. La comunicación con los dos jamás podría haber sido exitosa sin el aparato tecnológico que le fuera concedido. Se trataba de lo más avanzado que existía en el sector del espionaje vía satélite. Lo más impresionante era que sus instrumentos se resumían en un celular encriptado y una tableta. Además, como siempre, traía consigo gafas de visión nocturna de las fuerzas armadas de Suiza.

Hercule Kroos todavía no comprendía porque sólo Helena y Arash podían ejecutar la misión designada por César. Incluso teniendo vínculos fuertes con el brasilero ninguno de los dos era apto para lidiar con las fuerzas opuestas.

— Entre en contacto con Helena y Arash, Hercule — había dicho César, mientras le daba un abrazo, cuando aún se encontraban en la sede de su comunidad, en Suiza — y ofrézcales toda la información necesaria.

— No puedo entender por qué involucrar a dos personas que no tienen la habilidad para manejar...

— Hercule — interrumpió César en aquel momento, posando la mano en su hombro con firmeza —, míreme a los ojos y diga si ve algún residuo de incompreensión o duda sobre lo que estamos a punto de ejecutar.

Hercule Kroos confiaba plenamente en él como jamás había confiado en alguien. César tenía la facilidad de transmitirlo eso a las personas.

— Claro que no — había contestado él —, claro que no.

De vuelta a la trágica realidad el estómago retorcido y las náuseas hacían a Kroos arquear levemente la espalda. El caminar era doloroso. Todas las articulaciones parecían funcionar como las ruedas de un carro medieval: despacio y ruidosamente.

Las condiciones atmosféricas dificultaban su respiración. Isfahán se ubicaba a 1600 metros sobre el nivel del mar. El aire no llegaba a ser tan denso como el de las elevaciones de los Alpes suizos pero en condiciones normales de salud, Hercule apenas sentiría la diferencia.

Casi desmayándose de dolor llegó al destino: Plaza Naqsh-e Jahan. Más específicamente al ala sur. Había visitado muchos lugares en su vida pero no se acordaba de nada parecido a la belleza de esa explanada. La explosión de colores, los diversos tonos de azul unidos a la armonía de los jardines y al espacio abierto, enfriaron un poco sus dolores. En días normales el punto turístico estaba repleto de personas.

Kroos estaba solo allí. La tragedia había apartado a toda alma viva. Ni siquiera los pájaros, frequentadores asiduos de la plaza, se hacían presentes.

Se acercó a una haya verde oscuro, baja, cuya sombra formaba un cúpula acogedora por encima de un banco. Se sentó con las manos en el bolsillo del sobretodo. Sus dedos tocaron el monóculo de visión nocturna que llevaba consigo para el caso de una eventualidad por la noche. Cuando iba a tomarlo para probarlo tuvo que contenerse.

Vomitó sangre. Varias veces.

El líquido que salía de la nariz tenía un tono más oscuro; más inflamado.

¿Sería allí su calvario?

*Soldado que va a la guerra y tiene miedo de morir es un cobarde*, pensó Kroos.

Una corriente ligera sacudió sus cabellos rubios. Tomó con contundencia el crucifijo que llevaba en el pecho, bajó la cabeza y cerró los ojos.

— Sus deseos son órdenes — rezó.

## CAPÍTULO 50

*Lo que te voy a contar ahora forma parte de uno de los mayores secretos militares del siglo XX.*

Las palabras se desplomaron sobre Navid con el peso de una catástrofe inminente. Se puso tenso en la silla de ruedas, pero continuó mirando a Gogin a los ojos con la cabeza totalmente hacia arriba para acompañar su altura. De pie a su lado, el hombre esbelto habló muy bajo, haciendo que su susurro conspiratorio dé un aire casi paranoico al relato:

— Fue a través de la KGB que supe de un proyecto que los radioaficionados de la época denominaron *Pájaro Carpintero Ruso*. — Gogin hizo una pequeña pausa. dio vuelta alrededor de la mesa y volvió a sentarse pero el tono de voz permaneció igual. — El 4 de julio de 1976, tú sabes, día de la Independencia de los Estados Unidos, sucedió algo muy extraño en Washington DC...

Navid oyó por poco más de diez minutos lo que creyó haber sido la más impresionante historia de la que vislumbró en la vida. Era muy cierto que había tenido experiencias de sobra con los llamados *Secretos de Estado*. El Flame, el virus destructivo que Israel y Estados Unidos inocularon en las centrífugas de Natanz, había sido uno de ellos. En aquella ocasión la Guardia Revolucionaria obligó a todos los funcionarios que juraran, bajo pena de muerte, que aquel secreto jamás sería ser revelado. Navid no lo cuestionó, al final, las órdenes de la Guardia Revolucionaria venían directamente del Ayatolá, figura para la cual él prestaba, con amor, las más sinceras e incuestionables subordinaciones. Había sido parte de la aeronáutica iraní por quince años antes de que se accidentara en un simple paseo en el ultraliviano de la Universidad de Teherán. La noticia de que su vértebra T2 había sido estropeada con el impacto no dejó a Navid afectado. Su fe en los designios de Alá jamás podría ser cuestionada, incluso en los momentos en que el más indescriptible de los sufrimientos pudiera amenazar la resignación al dolor.

*Este mundo es sólo un paso. La verdadera felicidad está en el Paraíso.*

La pasión por servir al Ayatolá era templada por el placer de ver el mundo desde arriba. Tal vez fuera para tener un ensayo de la sensación que tendría al ver el planeta cuando estuviera allí en el paraíso después de la muerte. Entonces, imbuido por el deseo irreprimible de conocer los continentes más allá de los mapas, de comprender la atmósfera que lo separaba de Alá, Navid cursó Geografía y luego se especializó en Geología todavía en el ejército.

Ahora, a los 40 años, no podía concebir que su conocimiento sobre el planeta pudiera llevarlo a encontrarse con una de las más inhumanas creaciones que la mente humana jamás podría haber inventado.

Cuando Gogin finalizó Navid no sabía cómo reaccionar. Sentía su respiración alterada y que su corazón estaba a punto de estallar. Tartamudeando dijo:

— Esa es... esa es... En mi más cruel pensamiento, yo... yo nunca podría imaginar nada de esa naturaleza.

Gogin asintió con la cabeza. En cierta forma Navid pensó que su informante hasta parecía aliviado por haber compartido esa información con alguien.

— Navid, hay algo que puedes hacer para descubrir lo que realmente está sucediendo — agregó.

Navid no sabía si quería involucrarse. Se metería en una jaula de leones hambrientos. Leones negros y psicóticos. Eso podría costarle la vida.

Pero Alá conoce perfectamente a sus criaturas. No orquestaría aquel encuentro si existiera una situación con la que Navid no pudiera lidiar. Expulsando de la mente todo y cualquier indicio de temor se vio ante una misión. Tal vez fuera la más dura de las que participaría. Sin embargo, con certeza, sería la más honrada.

— ¿Qué puedo hacer, Gogin?

Él relajó los hombros. Era como si Gogin hubiese esperado por años a alguien para realizar aquello. Tomó una pequeña hoja de papel del interior de su chaqueta azul marino y luego sacó un bolígrafo del bolsillo delantero. Anotó una sola palabra y dijo:

— Si quieres ir a fondo investiga sobre esto — y entregó la hoja a Navid.

Él estrechó los ojos para leer la palabra escrita cuyo significado sería el norte de su nueva misión. En letras grandes Gogin había escrito:

H.A.A.R.P

## CAPÍTULO 51

Al ver los ojos de Doroth Campbell presintió lo peor.

— Por Dios, Doroth, ¿qué está pasando aquí? *¿Qué diablos leía en ese teléfono?*

Doroth cruzó las manos en la mesa y llenó los pulmones de aire haciendo que la pila de papeles que estaba en frente de ella se desordene al exhalar.

— Yo... yo... — Doroth no podía hablar y se mordía los labios por los nervios.

Impaciente él buscó el celular de la secretaria que se encontraba sobre la mesa, metió la mano en el bolsillo interno de su traje *Henry Poole* y buscó gafas. Se las colocó y sintió el cuerpo temblar cuando leyó en la pantalla:

*V está muerto. Están torturando a S. Escondí los informes en el coche y ellos nos hallaron. Conseguí camuflar el cel para hablar. En el caso de que se trate de una persona, Dijo que soy el siguiente. Envía las tropas de la ONU o tendremos guerra. M.*

Campbell tuvo que sentarse. ¡Parecía una terrible broma de mal gusto! El fin del mensaje era claro: la letra "M" abreviaba el nombre de Muambi Zulan, que habría hecho el texto. "S" se refería a Silvia Truman y "V" al diplomático Marcos Magno Velásquez, tercer integrante de la comitiva que Doroth había enviado a Irán.

*¿Lo mataron?*

No tenía sentido que un país se prestase a torturar y matar al intocable equipo de inspectores de la ONU. ¿En qué mundo cabe la historia de un diplomático de las Naciones Unidas que manda un mensaje a la Secretaria General desde un supuesto cautiverio diciendo que está a punto de ser torturado? Además, ¿cuál sería la motivación de Irán en causar algún daño al equipo si los mismos ya habían comunicado a Doroth sobre las evidencias de armas nucleares?

Ahora era oficial. Irán imploraba una guerra. Y eso desestabilizó a Campbell como una enfermedad que se descubre ya en estado terminal.

Con mucho esfuerzo intentó concentrarse. Formalmente, su obligación ahora sería informarle al presidente sobre el desastre. Un conflicto en el ya golpeado Irán sólo le traería problemas personales.

*Jane...*

Campbell conocía como nadie la escala de factores que contribuirían a la eclosión de una guerra. En los tiempos actuales, tiempos de lo políticamente correcto y de la paz a cualquier costo, matar y eliminar agentes enviados de la ONU representaba un campo fértil para que otros países entraran en un conflicto mundial. ¡Incluso la ONU querría la cabeza de Irán! Además, el terremoto reciente era una justificación para que otras naciones, en nombre de la misión de paz, ocuparan la región. Pero el director del Pentágono sabía que si una intervención sucediera ningún país empuñaría una actitud noble en la punta del cañón de sus fusiles. Irán era el tercer mayor productor de petróleo del mundo, producto subutilizado por las sanciones económicas que Estados Unidos y la ONU habían impuesto. Bastaría un pequeño aval para que los persas perdieran totalmente la soberanía a través del dominio de su oro negro.

Antes de comenzar la peor crisis geopolítica de los últimos cincuenta años era necesario confirmar la procedencia del mensaje.

Apretó con urgencia los botones del *Smartphone*, decidido a llamar al número de Zulan pero se detuvo. Si el mensaje fuese verdadero y Muambi Zulan lo hubiera enviado a escondidas podría matarlo si oyesen el sonido.

Miró a Doroth. Ella continuaba con las manos en la cara.

*¡Cielos, somos los Estados Unidos de América! ¿Qué miedo idiota es ese, Ronald?*

Condenándose por el recelo pueril, llamó. Fueron tres toques hasta que alguien atendió. Un silencio intimidante se extendió por varios segundos.

— ¿Muambi Zulan? — preguntó él.

De repente, bien al fondo, el director del Pentágono oyó gritos de hombres en persa. Ninguna respuesta del sudanés.

Fue entonces que se presentó a quienquiera que estuviera del otro lado:

— Aquí es Ronald Jay Campbell, Secretario de Defensa de los Estados Unidos. ¿ En nombre de Cristo, Quién piensa usted que es?

Después de un instante una voz fría con acento de Oriente Medio respondió en inglés:

— Todos están muertos.

Y cortó.

## CAPÍTULO 52

El cuerpo de Helena temblaba. Tal vez por el balanceo del viejo Peikan -que incluso en aquella pista perfecta tintineaba confusamente como un carro que contiene ollas sueltas-, o por el huracán de sentimientos que la acompañaba desde su salida de Nueva York. *Todavía soy una fugitiva internacional*, pensaba ella mirando los postes que acompañaban la carretera a Isfahán.

Ahora sería el momento de continuar esa conversación sobre los descubrimientos de César: Energía Libre, el cilindro guardado en su bolso de mano... *Isfahán es la Casa de la Geometría Sagrada... Ferdowsi y Ciro el Grande guardan el Torus. Sólo tú puedes traerlo al mundo, Helena.*

Todavía había una pila de libros a la espera de ser minuciosamente esclarecida por Arash. Helena tenía necesidad de digerir íntegramente cada una de sus líneas. Quería comprender la

razón que la llevó a arruinar toda su historia de dedicación a la diplomacia.

— Hazme un favor — le pidió Arash interrumpiendo sus pensamientos. — Toma una de las mochilas que Mehan nos dio de allá atrás. Quiero ver los trajes.

Helena se volvió hacia el asiento trasero y buscó uno de los bolsos y en movimiento el hijab florido de su cabeza besó el hombro de Arash. Parecía que el viento caliente que entraba por la ventanilla acentuaba el olor apacible de la piel del iraní. Hacía tiempo que Helena no se sentía tan intimidada por un hombre como en los últimos días. Avergonzada se giró con rapidez y retiró el contenido de la mochila.

Tomó primero lo que parecía ser un pantalón pero muy diferente a lo que imaginaba.

*¡No entro en eso!*

A diferencia de la ropa anti radiación que Mehan usaba cuando los recibió en la puerta de su casa (ancha y camuflada como una capa de lluvia), la pieza que tenía en sus manos era negra y, a juzgar por la textura del material y la flexibilidad, parecida a los trajes que los nadadores utilizaban para disminuir la fricción con el agua, o, analizando mejor, que los buceadores utilizaban en aguas frías. El tamaño, incluso, parecía ser tan limitado como el de los atletas!

Ella soltó suspiró con intriga y vio a Arash sonreír observando la ropa.

— ¡Pero qué belleza! ¡Gracias, Mehan! — le agradeció, como si el amigo estuviera dentro del auto. — Helena, esa ropa está hecha de una tela que Mehan denominó *iron skin*. Contiene burbujas microscópicas que desvían el 96% de las partículas gamma — explicó entusiasmado.

Sobre las cejas de Helena aparecieron arrugas de incompreensión.

— Pensé que íbamos a nadar — ironizó. — ¿Puedes explicarlo claramente a alguien que no estudia Física hace 20 años?

— Mira, hay tres modalidades de radiaciones: alfa, beta y gamma. Físicamente pueden ser separadas por un campo magnético o por un campo eléctrico. Lo que interesa es saber que esos rayos representan la energía que puede ser liberada por algún elemento o material radiactivo. A pesar de ser bastante energéticas, las partículas alfa son fácilmente atrapadas por una hoja de papel. Por eso no necesitamos preocuparnos por ellas. Las partículas beta son más penetrantes y menos energéticas que las partículas alfa, logran atravesar láminas de plomo de hasta 2 mm o de aluminio de hasta 5 mm en el aire. Pero a su vez son atrapadas por una placa de madera de 2,5 cm de espesor.

— Sí— añadió ella —, por esa razón cuanto mayor es la intensidad de la radiación a la que la célula está expuesta mayor es la probabilidad de causar cáncer y alteraciones en el ADN, ¿no es así?

— Correcto — lo acordó él. — En Chernóbil hubo una liberación de casi todo el inventario de material radiactivo nuclear en una alta columna después de una explosión en el reactor central que alcanzó grandes altitudes. Allí tuvimos la liberación de las partículas de todo tipo, incluso la gama. Ellas pueden recorrer miles de metros en el aire, son más peligrosas cuando son emitidas por mucho tiempo y pueden causar mala formación en las células dependiendo de la cantidad u órgano alterando o destruyendo el ADN. Ellas pueden atravesar chapas de acero de hasta 15 cm de espesor pero son atrapadas si se hacen gruesas placas de plomo o paredes de hormigón. Aún no sabemos cuáles son las categorías de las partículas que se filtran en este momento en Isfahán ni su proporción en milésimas de Siervert que es la unidad que mide los efectos biológicos de la radiación. Pero el hecho es que estaremos protegidos con ese regalo de Mehan.

Helena recordaba la unidad de medida citada por Arash. En otro desastre, el de Fukushima, ella supo de un dato alarmante que ofrecieron los representantes japoneses en la ONU: sólo cuatro

horas de fuga equivalían al flujo de un año de radiación que una persona recibe naturalmente por año. Los niveles en la usina de Japón alcanzaron los 0,6 milésimas de Siervert por hora.

*Y el desastre de aquí fue mucho más fuerte*, constató ella con pavor.

Arash la miró mientras sus brazos daban una batalla continua con el volante malhumorado del Peikan.

— Las partículas gamma fueron más conocidas después del Hulk. ¿Conoces la historia? Fue golpeado por rayos gamma y por eso cada vez que se enfadaba...

De repente él estudió el rostro de Helena e hizo una cara de espanto.

— ¡Dios mío!, ¿qué es esa mancha verde en tu cara?

Helena miró por el retrovisor asustada. Pero al instante se rió.

— ¡No seas tan tonto, Arash!

— Este traje — dijo él, aún en tono de gracia — equivale a exactamente una placa de acero de 15 cm. No te preocupes, ¡vas a usar lo que la NASA siempre soñó para sus astronautas!

Helena relajó los hombros.

— Por lo que conozco no hay agencia tecnológica en el mundo que haya superado la tecnología de Mehan. Esta ropa fue desarrollada por él hace diez años cuando yo todavía vivía aquí. El gobierno de los ayatolás ordenó que interrumpiera su desarrollo porque el espionaje internacional podría robar la tecnología. Pero Mehan quiso propagarla por mundo, vender la patente y hacerse millonario. El gobierno lo impidió porque quería el monopolio. Ellos... — Arash pasó la mano por su cara como si sugiriera que era el rostro cicatrizado de Mehan. — Ellos usaron métodos poco convencionales para hacerlo parar.

Helena contuvo la respiración. *Tortura.*

Ella contempló la posibilidad de ponerse las vestimentas inmediatamente. El objeto que más le hubiese gustado tener en las manos en ese momento era un medidor de radiación. Con el maxilar tenso pensó si César habría sido alcanzado por esos rayos nocivos. ¿Dónde se encontraba ahora? ¿Alguien lo había lastimado? ¿Y cuántas piezas del prototipo de Energía Libre serían necesarias para completar la misión? Helena rezó para que la plaza Naqsh-e Jahan fuera el punto final de todo y que su viejo amigo los esperara allí, con aquella mirada segura, listo para volver a casa.

*¿Por qué tanto misterio, César?*

— Creo que comprendí bien la parte de la radiación — dijo ella sintiendo su propia voz contenida de miedo. — ¿Ahora puedes explicar la parte en que entra la mayor invención de la historia humana?

## CAPÍTULO 53

Campbell posó el teléfono de Doroth en su escritorio y volvió a sentarse en la silla. El acento árabe que acababa de oír del otro lado de la línea se repetía en una grabación macabra en la cabeza.

*"Todos están muertos."*

*¿Los tres comisarios de la ONU asesinados a mando del gobierno de Irán? El asesinato en público del archiduque Francisco Ferdinando que desencadenó la Primera Guerra fue menos desastroso que eso*, se dijo a sí mismo.

Doroth lo miraba con los ojos enormes con la cara blanca como una hoja de papel.

— Ese desgraciado dijo que todos fueron asesinados. ¡Cielos! Ni en mi más insensato pensamiento yo podía imaginar ese desastre — confesó ella. — ¡Ni el Flame podría evitar una

guerra ahora! — Se levantó de la silla y caminó hasta el vitral de la sala en silencio.

Campbell todavía conservaba esperanza en la salida propuesta por el director de DARPA, Christopher Lott, en su conferencia horas antes en el Pentágono. Se acordó de cómo la tecnología había impactado en todo el Consejo aunque la mayoría de los hombres no quisiera adoptarla por preferir la guerra.

— La principal arma del siglo XXI no derrama sangre y representa la mayor de las armas pacíficas ya pensadas en la historia — había comentado Lott.

Todos en la mesa habían cruzado miradas incrédulos.

— Antes de explicarles nuestro nuevo proyecto — había dicho Lott —, permítanme refrescar un poco la memoria. Flame fue un *malware* modular, el cual viene siendo utilizado para espionaje cibernético en países de Oriente Medio.

Campbell recordó que su descubrimiento fue anunciado en 2012 por MAHER, el Equipo de Respuesta ante Emergencias Informáticas de Irán.

— El *Flame* es capaz de propagarse a otros sistemas a través de la red de área local (LAN) y también de memorias USB. Esta preciosidad puede grabar audio, capturar pantallas, detectar actividades de teclado y tráfico de red. El programa también puede controlar Bluetooth para intentar obtener información de otros dispositivos alrededor y copiar la agenda de un teléfono móvil. Estos datos, junto con otros documentos almacenados localmente, se envían a uno de los varios servidores dispersos alrededor del mundo. Al finalizar el programa se mantiene en espera hasta que reciba nuevas instrucciones de estos servidores.

El director del Pentágono reflexionó sobre la capacidad del *Flame*. Los informes de la NSA de la época decían que había infectado aproximadamente mil máquinas. Entre las víctimas podrían encontrarse organizaciones gubernamentales, instituciones educativas y usuarios privados. No sería ni la primera ni la segunda vez que Estados Unidos haría uso de este artificio en Irán.

— El *Flame* — continuaba Lott —, hizo un pequeño desorden en Irán cuando desconectó de internet terminales de las petroleras del país además de haber ejecutado con maestría una misión sorprendente: En 2010 destruyó gran parte de las centrífugas de la Usina de Natanz.

Era evidente que todos los hombres en la sala sabían de lo ocurrido. Sin embargo, por una cuestión de discreción militar, nadie siquiera pensó en plantear el asunto en la mesa. Lott cambió de diapositiva y fue posible leer el nombre del nuevo proyecto.

*Flame II.*

El director del DARPA había mirado a los hombres esperando sus reacciones. Los ojos del Director de la DARPA se cruzaron con los de Campbell. Lott transmitía un semblante tranquilo, un aire de seguridad y autoridad en lo que decía.

Con un láser rojo el científico mostró en una pantalla de 3 por 3 el diseño de un virus informático en forma de una caricatura de un pequeño gusano. Sonrió orgulloso.

— El *Flame* puede actuar como un gusano que se propaga en un organismo que eventualmente le propicia oxígeno. Nació con una función y objetivos muy bien definidos. De la misma manera que un gusano que corroe por dentro las entrañas de un organismo el *Flame* usa sus dientes, que son sus módulos, para explotar y romper cualquier sistema electromecánico.

— Todos aquí recuerdan cómo la alternativa fue un éxito en aquellas ocasiones, señor Lott — declaró Campbell, claramente comprando la idea del director del DARPA.

Lott asintió.

— Cuando el virus fue enviado a través de un pen drive a la computadora de un empleado de la usina de Natanz... — Lott se paró e hizo un gesto con las dos manos. — ¡Booom!... Así



dijimos adiós a las centrífugas y, lo más importante, sin ni siquiera sumar una muerte en nuestra cuenta.

Wilker murmuró algo para el secretario de Estado, Aaron Jones vio como una mirada de contrariedad atravesaba el semblante de los dos.

*Ellos quieren la guerra a cualquier costo*, pensó Campbell.

— Caballeros — había dicho con solemnidad Lott —, el Flame II es tan inteligente y complejo que puede ser comparado a la propia mente humana. — Sacudió la cabeza. — En realidad creo que estoy siendo demasiado modesto. En términos genéricos el Flame II es cincuenta veces más complejo que el primer modelo.

Los hombres se miraron oscilando entre la desconfianza y la admiración. Campbell captó que el deseo del Director del DARPA era genuino. Flotando en su mirada había un aura de humanidad y condescendencia.

*Es un arma perfecta*, había pensado Campbell. *Y ella necesita ser utilizada ahora...*

El acento neozelandés de la Secretaria lo trajo de vuelta al gabinete de Doroth Morgan.

— Ron — dijo ella emergiendo de un pozo de pensamientos —, te pido que espere unas horas más para contactar al presidente y poner en práctica el proyecto del DARPA. Por una cuestión de honor y fidelidad a mi equipo necesito quemar todas las posibilidades antes de...

— Doroth — le contestó con un aire ansioso —, en menos de dos días esta crisis se elevó a una escala que se escapa de mi alcance. Y del tuyo quizás también. Necesitamos el virus de Lott si no queremos más muertes.

— ¡Todavía no! — dijo ella enfática. — Una *cyber-guerra* tiene características muy peculiares: es completamente discreta. Dependiendo del caso ni las agencias de inteligencia tienen conocimiento del hecho. ¿Qué dirá la opinión pública? Pero esta, Ron, no será tan discreta — advirtió. — Analiza: aunque se use el Flame II no dejaremos de usar un arma ¡y tampoco dejaremos de tener una *guerra*! Si no es una guerra física ahora, será en algún momento. ¿O crees que la industria armamentista va a dejar pasar esto?

Doroth se levantó y caminó con las dos manos tomadas en la espalda. Por supuesto que tenía sentido lo que ella decía. Pero Campbell tenía sus razones para optar por el Flame II. De repente ella se detuvo y miró su propia imagen en la foto clavada en el cuadro detrás de su mesa.

— En mi cargo juré velar por la garantía de la paz bajo cualquier circunstancia. Aunque esta arma sea llamada blanca nada es más próspero y eficaz que la diplomacia y el diálogo. Quiero extinguir los cascos azules de los soldados de la ONU que llevan la paz, pero debajo de ellos empuñan fusiles. Quiero poder extirpar el término "guerra" de nuestro vocabulario. No estoy aquí para simplemente dar continuidad a los trabajos de mis predecesores. Como tú quiero tener la oportunidad de provocar algún cambio efectivo en todo este desorden del mundo.

— Vas a acordar que este cambio, por más hermoso que pueda parecer en este momento, sólo puede ser realizado a largo plazo. Lo que tenemos en manos parece ser la única salida para evitar un conflicto a escala mundial.

— Lenin puede haber sido uno de los mayores asesinos de la historia, pero estoy de acuerdo con una frase de él: la mejor forma de ganar es quitar del enemigo la voluntad de luchar. Y por eso veo otra alternativa — sentenció ella.

— ¿Y cuál es?

— Volar a Teherán y dialogar con el presidente y el Ayatolá. Es lo que haré ahora. Voy a quitar de Irán esa voluntad.

## CAPÍTULO 54

— Cierto — dijo Arash. — Tenemos media hora hasta Isfahán y voy a tratar de resumir todo lo que necesitas saber.

Luchando contra la aflicción Helena intentó expulsar de la mente el aterrador hecho de que se dirigían hacia el vórtice de la radiación. Todas sus energías tenían que centrarse en las explicaciones de Arash.

Él suspiró profundamente y empezó:

— La historia no podría ser contada sin citar a una persona en especial. Nuestra motivación desde el principio fue seguir el camino de ella que fue una de las mayores mentes que pasaron por la Tierra.

Helena oía con la máxima atención posible. En la otra mano de la ruta, proveniente de Isfahán, una fila de vehículos formaba un tránsito interminable, las bocinas nerviosas se unían al viento caliente del final de la tarde. Entonces él le reveló:

— Queríamos realizar el famoso *Tesla's dream. El Sueño de Tesla*. Estoy seguro de que has oído hablar de Nikola Tesla.

Helena meneó la cabeza con vigor. Oyó mucho sobre ese científico a través de César. Según él Nikola Tesla había sido uno de los mayores inventores de la historia de la humanidad uno de los mayores cerebros científicos que pisaron la Tierra. El padre de la Era Tecnológica Moderna. Fue el sujeto que creó el estereotipo de científico loco. Un genio excéntrico lleno de manías que no formó una familia y se declaraba casto, murió en medio de la Segunda Guerra y cayó en el olvido general por una razón muy simple: lo que proyectaba para el futuro ofrecía consecuencias dañinas para los más poderosos intereses económicos de la tierra. Una vez César apuntó a una lámpara incandescente en el techo de la biblioteca nacional donde los dos solían pasar días enteros y dijo dicho:

— Pocos saben pero aquello y todo el sistema de electricidad del sistema moderno sólo existe gracias a Tesla. — Él abrió un libro sobre la mesa y lo puso ante los ojos de la joven Helena. Ella se inclinó sobre el manuscrito y leyó: *Mis Invenciones, la Autobiografía de Nikola Tesla*.

— ¿Sabías que cuando enciendes la lámpara de tu casa — dijo César —, utilizas sin ni siquiera imaginarlo cuatro patentes de Nikola Tesla? Y hoy el mundo es iluminado a causa de la energía C.A (Corriente Alterna) de Tesla. Él venció una batalla particular contra Thomas Edison considerado como el inventor de la lámpara. ¡Mentiroso! Edison hizo lo posible para desacreditar a Tesla pero el sistema polifásico de él acabó siendo adoptado como regla general. Sabe, querida, la Corriente Alterna es...

— Es la forma más eficiente de transmitir una corriente eléctrica por largas distancias — dijo ella leyendo la definición de corriente alterna en el capítulo dedicado a él en el libro.

— Exactamente — aprobó César. — Tesla fue empleado en la poderosa empresa de Edison. Este tenía plena conciencia de que el otro era brillante — dijo él. — Cuando Edison vio que los inventos de Tesla podrían superar los de él dejó de pagar su salario. Puedes afirmar que Edison tenía más invenciones que Tesla pero no necesariamente eran de él. Edison tenía un gran equipo de expertos que hacían su trabajo. Las invenciones de Tesla variaban desde el principio del control remoto de TV hasta la tecnología de punta y de satélites para uso militar. ¡Y eso a principios del siglo XX!

— Él fue el inventor de la lámpara fluorescente y de la siniestra Bomba de Tesla — leía a

Helena en el prefacio de la biografía, escrito por el editor. — También fue el verdadero inventor de la radio pues, cuando el italiano Guglielmo Marconi mandó una señal de radio a través del Atlántico por primera vez en 1903, usó 17 patentes de Tesla y... ¡Dios! — Helena se detuvo y quedó boquiabierta. — ¡Él también inventó el Rayo X y el Radar! ¡Ese tipo estaba loco!

César sonreía orgulloso por el interés de la niña de quince años en el asunto.

Helena recordaba que su tutor solía decir que si para Edison la genialidad era el 99% transpiración y el 1% de inspiración, para Tesla era lo contrario.

La voz de Arash trajo a Helena de vuelta al sonido confuso del Peikan.

— El legado de Tesla es el verdadero espíritu creativo del inventor, el espíritu de no tener límites para nada, de que todo es posible — dijo con un aire de deleite de la voz.

— Es verdad, él es una de las mentes que debería ser patrimonio cultural del mundo — agregó ella.

— Un día en su laboratorio en Colorado Springs — dijo Arash —, Tesla alegó haber generado electricidad sin la transmisión de cables y dijo que tal artificio era tan primitivo como el palo de un hombre de las cavernas. Nada fue más destacado en la historia de Tesla para mí como el extracto de un artículo que él escribió para el *NY Times* una vez: "La energía eléctrica está en todas partes presente en cantidades ilimitadas y puede conducir las máquinas del mundo sin la necesidad de carbón petróleo, gas o cualquier otro de los combustibles comunes".

Helena se impresionó. Sólo ahora ella empezaba a asociar a Tesla con César. Transmisión inalámbrica, energía libre, prototipo de plasma... La conexión del trabajo de ambos parecía ser estrechamente directa. De hecho las investigaciones de Tesla abrían una nueva ventana para la comprensión de la vida. Y César parecía haber descubierto esa ventana.

— Muchos decían que Tesla tenía un sueño, un plan aún mayor para el futuro. Soñaba que... — Dejó de hablar y Helena percibió que el iraní empalideció súbitamente al mirar fijo el espejo retrovisor.

Ella se giró hacia atrás. A través del cristal trasero el parpadeo rítmico de dos sirenas se acercaba rápidamente al Peikan. Dos Mercedes Benz blancos con bandas azules en los laterales, una al lado de la otra. ¿Sería posible que fueran los basijs, la policía de Irán que había roto la puerta del templo Adrián detrás de ellos? ¡Pero se encontraban a más de doscientos kilómetros de Teherán y ya los habían despistado aún dentro de la ciudad!

*No, pensó ella. Deben estar dirigiendo a Isfahán, van a ayudar en la tragedia.*

Helena evaluó sobre qué sería más calamitoso: ser perseguida por la propia ONU y acusada de terrorismo, espionaje y traición internacional o acosada por la policía iraní cuyos métodos de castigo variaban de la lapidación al ahorcamiento.

— ¿Será que son los mismos que fueron al Templo Adrián? — preguntó ella con un dejo de espanto.

Él respondió con la voz nerviosa:

— No me imagino cómo, pero creo que nos han encontrado.

## CAPÍTULO 55

Navid entrelazó las manos encima de la cabeza y chasqueó los dedos. Debía de ser la centésima vez que veía la sigla que Gogin había anotado en un pedazo de papel y, en varias oportunidades, la escribió en el buscador de palabras de su navegador:

## H.A.A.R.P

Ningún resultado encontrado.

¡Droga de Internet!

La tarde del sábado caía extrañamente diferente en el exterior del modesto Fars Hotel el lugar más cercano en el que había podido encontrar acceso a internet después de que dejara el impactante encuentro en la casa de Gogin. La sensación era que un aire sombrío caía sordo sobre las calles de Teherán e invadía las paredes de las construcciones como si fuese un virus invisible. ¿Sería la nube radiactiva que ya había llegado a Teherán? ¿O sería sólo el lado paranoico de su mente?

Desde dentro de la pequeña *Lan House* del hotel investigó la calle *Nazemolatabba* desde una ventana de cristal que tenía la forma de una flor. Incluso obsesionado por toda clase de pensamientos paranoicos sobre la conversación en la casa de Gogin, Navid permanecía resignado. El siguiente paso de su nueva misión comenzaba con la palabra H.A.A.R.P. Por lo visto, término impensable de encontrar en aquella internet.

Desde la Revolución Islámica de 1979 los ayatolás asumieron el control total de los medios de comunicación. Cuando la red mundial de computadoras surgió en los años '90 fue considerada una amenaza por la mayoría de los políticos y religiosos. En la actualidad, el acceso a los famosos Google, YouTube, Facebook y Twitter era limitado para la mayoría de las personas del país. La velocidad de la conexión de internet telefónica era peor que la de los años '90 y figuraba entre las más anticuadas del mundo. Cuatro años atrás el gobierno llegó a trabajar con la hipótesis de extinguir totalmente internet sobre todo después de la invasión del Flame que infectó a la usina de Natanz. Navid acordaba en cierta forma con la censura porque aquellos que tenían algún sentimiento de revuelta en el pecho podrían fácilmente revelarse ante el régimen.

Ahora, sin embargo, Navid necesitaba respuestas. Por el bien de su misión. Por el bien del pueblo de Irán.

Alisó con las dos manos sus cabellos negros. Había otra salida a su alcance.

Necesitaba recurrir a una herramienta bastante usada por los jóvenes iraníes en los últimos años. Y ya que los jóvenes sólo cambian de dirección, tanto en Irán como en el resto del mundo, la alternativa encontrada para interactuar con un abanico infinito de informaciones se resumía en dos palabras:

*Deep Web*. La Internet Profunda.

El oscurantismo de la web; la parte sumergida del iceberg. Un mundo de oscuridad de otros ocho mil terabytes de información, quinientas veces mayor que la web común.

La Internet como todos la conocen era sólo una pequeña parte del espacio virtual. Además de ella existía un universo inimaginable por la mayoría de las personas. Navid conoció esa faceta escondida al final de su facultad de geología en 1997, con algunos amigos de Ciencia de la Computación.

En la internet profunda nada era indexado y, por lo tanto, nada podía ser rastreado. Todo el tráfico de datos era encriptado, lo que implicaba el anonimato. Hecho que podría ser bueno y malo al mismo tiempo. La conexión de la *Deep Web* pasaba por varias decenas de servidores. A través de un navegador seguro que bautizaron *Tor* se podía acceder a un sin número de informaciones. Si la punta del iceberg la internet convencional tenía más de seiscientos millones de sitios, se especulaba que su parte sumergida tenía casi cinco veces más que eso.

Muchos occidentales acababan usando Deep Web simplemente por no estar de acuerdo con esas reglas que los gigantes como Google imponen. En Irán decenas de personas pasaron a usarla porque los poderosos brazos del gobierno no podían llegar. En cambio una infinidad de criminales usaba Deep Web como un plato lleno para interrelacionarse y garantizar el anonimato. Desde los anuncios de asesinos de alquiler pasando por el turismo sexual, videos *snuff* (psicópatas que matan a alguien y filman el proceso) sitios de pedofilia... un universo negro de lo más terrible que existía dentro de la mente humana estaba abierto para quien quisiera ver, y es imposible de ser rastreado.

Navid sabía que si se cavaba bien en la Deep Web era posible encontrar banco de datos de gobiernos, bibliotecas perdidas, documentos sigilosos, una sucesión de obras y manuscritos que por derecho de autor no pudieran ser transmitidas normalmente. Pero también pensaba la posibilidad de encontrar algo aún más intrigante. Mucho más secreto.

*Uno de los mayores secretos militares del siglo XX como había dicho Gogin.*

Sin embargo dentro de aquella *lan house* era imposible utilizar el artificio. Además de la velocidad de conexión existían algunos instrumentos que no podrían ser implementados a través del Pentium III que manejaba ahora.

Navid necesitaba regresar a la Universidad de Teherán cuanto antes. Después de una breve oración delante de la pantalla se deshizo de su navegación y se dirigió hacia la salida del hotel con los brazos rígidos moviendo con firmeza la silla de ruedas.

Excesivamente intrigado tenía la fuerte sensación de estar pronto a ingresar a un camino sin retorno.

## CAPÍTULO 56

Arash aceleró a fondo.

Sin embargo, eso significaba poca cosa para el viejo taxi. La respuesta fue insignificante. Helena sintió sólo una leve fuerza en su cabeza hacia atrás mientras que todas las tuercas y los engranajes parecían pelearse entre sí dentro del motor del coche al tiempo que el olor de combustible quemado impregnaba las narinas.

Rajado por la mitad el puntero del velocímetro marcaba angustiantes 90 km por hora.

— ¿Qué estás haciendo? ¡Tenemos que parar!

Los brazos de Arash temblaban por la vibración del volante.

— ¡No tenemos otra opción, Helena! ¡No puedo garantizar nuestra seguridad si somos atrapados aquí en Irán!

Helena sintió las venas del cuello latiendo de tensión.

Los dos Mercedes demoraron pocos segundos para alcanzarlos en la ruta. Uno de ellas pareció haber disminuido la velocidad a la mitad cuando se pegó detrás de Arash. Helena se giró de nuevo y pudo ver a través del polarizado del coche el rostro de dos policías: el hombre se llevaba la radio a la boca y gesticulaba con el brazo fuera de la ventanilla. El altavoz del coche emitía una voz impaciente en persa. El vehículo que conducía en la pista paralela se volcó en su lateral. Bajaron el vidrio y los dos hombres que seguían en el asiento delantero agitaron una de las manos hacia arriba y hacia abajo para que detuvieran el coche.

Arash miró a los dos con un semblante inexpresivo y volvió la mirada hacia adelante ignorándolos.

*¿Cuál es su plan ahora? ¿Hacer apuesta de carrera con los Mercedes?*

Por segunda vez en el viaje Helena dependía de la habilidad de alguien en el volante para su supervivencia. El policía que se encontraba en el coche sacó la mano por la ventanilla, se volvió y, en un movimiento rápido, sacó un arma hacia fuera.

Helena gritó de susto.

— *¡Âhây, Âhây!*

Helena lo oyó gritar encima de las ráfagas del viento suponiendo que se trataba una orden para parar el coche.

Entonces, sin avisar, Arash giró con rapidez el volante a su derecha como para tomar distancia y, aún más rápido, invirtió el sentido hacia la izquierda en dirección al vehículo. Se oyó un estruendo metálico cuando el Peikan chocó contra el lateral de Mercedes. Helena sintió un tirón en el cuello a causa del movimiento brusco y gritó de dolor. El retrovisor del lado de Arash voló por encima del parabrisas del vehículo y fue a parar al otro lado de la pista. Arash regresó al carril de origen y cuando Helena creyó que él recuperaba la cordura se precipitó contra el lateral de Mercedes de nuevo, esta vez con una mano fuera de la ventanilla hacia los brazos estirados del policía.

El Peikan se emparejó con el Mercedes, la distancia de los dos vehículos no superaba medio metro. Los ojos de Helena se encontraron los del policía. Exhalaban desesperación ante la situación inimaginable que Arash acababa de provocar. Él parecía calcular todos los movimientos con precisión. La mano del oficial entró por la ventanilla con una pistola y por un instante el caño apuntaba hacia el pecho de Helena. Ella sintió todo el cuerpo dormido. Arash tomó la mano del policía y la golpeó en el volante del Peikan varias veces.

En ese instante se oyó el estallido de un vidrio cuya procedencia Helena no supo identificar. Un ruido de viento adentrándose en el coche amplificó el sonido de los motores. Cuando ella corroboró que el cristal del frente permanecía intacto intuyó que el origen del ruido venía de atrás. Entonces, de soslayo, vio que el hombre del otro vehículo que los seguía disparaba incesantemente.

Dos. Tres. Cuatro veces.

En una de ellas la bala atravesó el cristal delantero y el impacto arrojó astillas sobre los dos. Ella puso la mano delante de la cara y bajó la cabeza hacia la guantera aterrorizada. La sensación de vulnerabilidad devastaba todas las células del cuerpo.

*¡Voy a morir aquí y ahora!*

De manera impensable, Arash ahora conducía sólo con una mano el Peikan y, con la otra, luchaba con el policía que lo forcejeaba del otro lado de la ventanilla. El coche conseguía mantenerse sobre la ruta, vibrando como una carroza con Arash pisando a fondo. Helena agarró el volante con la mano izquierda y subió la cabeza apenas lo suficiente para que sus ojos divisaran la ruta adelante. Arash entendió la ayuda y, ahora con la mano derecha libre, le dio un golpe con el puño en la cara al policía. La cabeza del hombre se proyectó hacia atrás con el golpe y su gorro voló dentro del patrullero.

El conductor ya iba a sacar un arma cuando Arash lo golpeó nuevamente hizo que su pistola cayera al suelo del Peikan. Los tiros de atrás ahora destruían el coche por dentro y, por una suerte inexplicable, no habían alcanzado ninguno de ellos dos.

Todavía.

No había otra salida más que rezar por lo imposible.

Arash tomó el arma del suelo y apuntó al policía herido.

*¡Dios mío, lo matará a sangre fría!*

De repente alejó al Peikan a un metro del coche y disparó hacia abajo. El estruendo del neumático estallando en medio de todo aquel escándalo causó un temblor en los tímpanos de Helena. El tiro fue certero. El Mercedes vibró con la inestabilidad y el conductor del vehículo, que ya los apuntaba con el arma, perdió el blanco y tiró en el capó del Peikan. Fue cuando Arash cometió una locura aún mayor:

Frenó bruscamente y se oyó el sonido de los neumáticos viejos rasgando la pista.

El vehículo trasero colisionó en la parte trasera del Peikan y el impacto empujó el viejo coche hacia adelante. Helena se golpeó con la cabeza en el tablero, sintió un hilo caliente escurrirse por la ceja y el hijab se le cayó por encima de los ojos. El coche zigzagueó pero por un milagro mantuvo el rumbo.

Con el movimiento imprevisto el Mercedes que estaba al lado quedó un poco más adelante, dejando su parte trasera paralela a la parte delantera del Peikan. Arash utilizó las dos manos (con una de ellas contenía el arma) y, con maestría, giró el volante hacia la izquierda haciendo que su parachoques fuera contra la parte trasera del otro automóvil quitándole estabilidad.

El Mercedes giró por delante del Peikan a la derecha, toda su fuerza y peso se concentraron en sólo dos ruedas del mismo lateral. De repente, rodó sobre sí mismo y volcó más de cinco veces, como un auto de juguete, yendo a parar en un matorral al lado de la autopista.

Helena casi se desmaya al ver la escena.

El otro vehículo se puso al lado al Peikan que, a esa altura, parecía él mismo haber volcado por la tamaña destrucción de su estructura.

— Isfahán. ¡Llegamos! — gritó Arash sin aliento y sudado apuntando a la silueta de la ciudad a unos quinientos metros adelante.

Sin embargo algo impediría el paso de ellos.

Una fuerte y bien armada barrera del ejército iraní.

## CAPÍTULO 57

Navid deslizó con rapidez la silla de ruedas a través de la puerta, la encerró detrás de sí y encendió la iluminación del ambiente. La sala de control del Departamento de Geología se encontraba tal como la había dejado horas antes. Sólo él tenía las llaves, lo que significaba un alivio, pues si alguien entrara allí, aquella tarde de sábado, concluiría que se había vuelto loco: los siete ordenadores de alta tecnología conectados directamente a los mayores centros geológicos del mundo yacían destruidos en el escritorio como si estuvieran golpeados por diez palos de béisbol.

*¿Cómo era posible un virus produjera tal estrago? Usaron el Flame contra mí; un simple mortal.*

Por un momento consideró que si sus simples análisis de la atmósfera incomodaron tanto la nación de las sombras, ¿qué tramaban de verdad los Estados Unidos contra Irán?

Su objetivo allí era encontrar en la Deep Web todo lo que pudiera relacionarse con la sigla H.A.A.R.P. Con un empujón dirigió sus ruedas hasta su portátil sobre una mesa de café y lo conectó. Con el mismo procedimiento que ejecutó en la *Lan House* inició el famoso navegador *Tor* y escribió la sigla que Gogin le había dado. Meditó sobre el significado de la palabra por unos instantes. Cinco minutos después ya se encontraba en el mundo oscuro de Deep Web.

Después de buscar la sigla en un foro de discusiones descrito como "Secretos de Estado", la pantalla cambió a una dirección IP bastante peculiar: *djzdn.do.onion*. Las referencias eran pocas. De este sitio Navid penetró aún más. Fue llevado a una serie de enlaces y foros hasta que, después de media hora buceando millas y millas más allá, llegó a un sitio que le interesaba bastante por las descripciones.

El sitio, en inglés, tenía un anticuado diseño de los años '90. Transcribía una serie de proyectos militares, no sólo de Estados Unidos, sino también de Japón y Rusia; documentos oficiales de miembros del ejército de sus respectivos países, fotos de actas oficiales con firma de presidentes y jefes de Estado. Mostraban las firmas de algunos de los directores de Pentágono apoyando la aplicación de armas holográficas que simulaban imágenes de aviones en el cielo como estrategias de guerra, incluso grabaciones escondidas de algunos ex presidentes americanos que declaraban en audio ser agentes soviéticos infiltrados en el poder.

Navid reflexionó sobre cómo no había límites para los tentáculos de la Deep Web. Si por un lado Irán sufría con las restricciones a la internet convencional por el otro cualquier persona conseguiría acceder a un mundo mucho más vasto y revelador si supiera usar ese mecanismo. Intrigado buscó por la sigla H.A.A.R.P con el término *Calentamiento de la Ionosfera y Aurora Boreal*. Sentía las manos sudando, ansiosas.

Fueron pocas las conexiones hechas con los términos completos; no más de cinco. En el último enlace de la página de búsqueda había una combinación de los términos introducidos que llamó su atención.

*Estallido de la ionosfera... H.A.A.R.P que produce una aurora boreal... Nikola Tesla su creador...*

Sus dedos se tensionaron. *¿Qué tuvo que ver con esto Nikola Tesla?*

Navid había estudiado un poco sobre esa mente brillante en la época de la universidad. Conoció los inventos de Tesla a través de algunos amigos de Ingeniería Mecánica. Desde siempre todo lo que fuera excluido o eliminado por Estados Unidos se transmutaba en el principal objeto de estudio de los intelectuales iraníes. La filosofía básica de la clase era: *lo que Estados Unidos no quiere, el mundo necesita*.

Tesla fue acusado y perseguido por el gobierno estadounidense. Sus ideas por lo tanto se extendían a los cuatro vientos en Irán. Pero tal vez Navid no conociera a fondo sus invenciones, de modo que no tenía idea, hasta ahora, que una de ellas (la más siniestra que jamás había visto) estuviera íntimamente relacionada con la sigla H.A.A.R.P.

*¡Dios mío, Tesla creó un monstruo que recayó sobre Irán medio siglo después de su muerte!*

Navid hizo clic en un documento digitalizado que se amplió en la pantalla. En una sola hoja un apunte oficial del *Mossad* en sociedad con la CIA, de 1998. Como ex militar Navid conocía los documentos de esa área. De manera muy rara, en vez de tener sólo un sello en la parte superior de la página, se destacaban las firmas de los directores y dos símbolos de esas dos agencias.

El servicio secreto israelí en asociación con la CIA.

*¡Desgraciados!*

El informe técnico resumía una tecnología que traspasaba los límites de la acción militar de un país. Se basaba en una de las invenciones de Nikola Tesla y tenía el potencial de golpear tanto determinada región que su impacto psicológico podría devastar a toda una sociedad, mucho más que las consecuencias directas del uso de armas nucleares. Pero según lo que describía el dossier los Consejos de Inteligencia de Estados Unidos e Israel prohibieron su acción por tratarse de *un*



*sistema imprevisible en sus impactos.* Navid hizo una oración ligera condenando la monstruosidad.

Lo que más lo intrigó, sin embargo, era que el informe revelaba que había un patrón geológico y atmosférico característico cuando la tecnología era activada; este patrón se podía registrar fácilmente con los medidores apropiados. Navid había poseído esos instrumentos pero ahora estaban destruidos por un virus informático. Sin embargo existía otra forma de identificar este patrón. Era a través de la verificación presencial y manual en la región afectada.

Con una luz enviada de los cielos él comprendía ahora el núcleo de toda su misión. Navid se encargaría de reunir la mayor parte de evidencias y presentaría al Ayatolá o, quizás, hasta la propia ONU. Él ya tenía una evidencia en las manos: los documentos en la Deep Web. Además había visto lo que sucedió con la ionosfera días antes del terremoto.

Sólo quedaban ahora las pruebas técnicas. Lo que tenía delante de los ojos representaba una oportunidad única para eliminar uno de los últimos males restantes en la Tierra: Estados Unidos. Si hubiera una guerra a partir de esa providencial revelación Navid estaba seguro de que habría sido una Guerra Santa.

Apagó el portátil y se deslizó con la silla de ruedas hacia la salida de su laboratorio. Su destino ahora era el centro de toda la tragedia: Isfahán.

## CAPÍTULO 58

El otro Mercedes emitió un ronquido al igualar al Peikan en el carril paralelo. Arash iba a apuntar el arma al neumático delantero cuando creyó haber visto el Infierno de Dante en el camino de la ruta.

Helena logró entrever una barricada que tenía varios conos de color naranja, dos garitas y una decena de hombres uniformados y armados que bloqueaban el camino unos cuatrocientos metros adelante.

*¡Dios mío, el ejército iraní está montando guardia en la entrada de Isfahán!*

Arash parecía reflexionar sobre qué hacer. Su cabeza se movía entre el vehículo pegado a la puerta y el inesperado muro en la carretera.

Helena pensó en lo que sería menos terrible: morir a tiros por la policía de Irán dentro de un coche o ser fusilada en un paredón por el ejército iraní.

El vehículo probablemente pasaría al Peikan antes de llegar al bloqueo y ellos serían fácilmente atrapados pues el vehículo más potente cerraría sus posibilidades de avanzar en la carretera dominando su trayectoria hasta donde se encontraba el ejército. Sería el fin si lo pasaran.

La única solución para su supervivencia era alejar a Mercedes del camino y, de alguna forma, atravesar la barrera. O dar la vuelta por la contramano pero, por supuesto, el vehículo los alcanzaría allí también.

Sorprendida con el pensamiento que le sobrevino ella gritó:

— Dispara, Arash! ¡Ahora!

Sólo que el policía ya había disparado el primer tiro a su lado.

La bala debía haber pasado a tres dedos de la cara de ambos. Arash emitió un gemido gutural antes de retirar el brazo izquierdo del volante y maldecir. El coche fue perdiendo la dirección hasta que Helena agarró el volante con fuerza. Ella vio un tajo de sangre abrirse en el antebrazo de él. Parecía haberlo lastimado con el roce.

El policía estaba preparando el segundo tiro cuando Arash retomó el rumbo y pisó fondo en el freno con una violencia calculada haciendo que el aire tuviera el olor amargo de neumático quemado. El cuerpo de Helena fue proyectado bruscamente hacia adelante, el cinturón de seguridad le quemó el tórax al retenerla y el pañuelo que llevaba en la cabeza bloqueó momentáneamente su visión. Sólo veía las luces rojas del freno del Mercedes al frente empañadas por el hijab.

— ¡Sostén la dirección! — le ordenó Arash quitando el cinturón de seguridad.

Helena lo hizo con las dos manos. Entonces él se colocó parcialmente fuera del coche -sus cabellos gruesos y negros volaban por el viento- y con la mano derecha disparó tres veces. El tercer tiro provocó el estruendo de una explosión tan repentina que cuando Helena se dio cuenta de lo que ocurría el Mercedes ya era un manto de fuego patinando en la carretera. Arash había disparado de manera calculada en el tanque del coche.

*¿Un ingeniero nuclear haciendo eso?*

Helena hundió la cabeza bajo la línea del tablero protegiéndose.

La bola de fuego fue reduciendo la velocidad poco antes de golpear violentamente contra un poste en la banquina. Arash retomó la dirección mientras observaba fríamente el accidente que carbonizaba a los policías.

Helena no podía ni siquiera expresarse. Cuando volvió a mirar la carretera al frente el coche ya se hallaba a pocos metros de la barrera del ejército.

— ¡Sostente! — gritó Arash.

No había proceso racional alguno en la mente de Helena que pudiera estudiar otra hipótesis a no ser: *¡vamos a destruir la barrera e invadir a Isfahán!*

Intentó contener la respiración mientras veía a los soldados prepararse para disparar, algunos corrían confundidos de un lado de la carretera al otro.

*¿Quién esperaría un coche desgobernado entrar de esa manera en una ciudad contaminada por radiación?*

Cuando el Peikan estaba a menos de veinte metros de la barrera Arash gritó:

— ¡Bájate! ¡Ahora!

Ella lo vio hundir la espalda en el sillón viejo del Peikan, gotas de sudor se deslizaban por su piel morena. Los gritos de los soldados llegaban a sus oídos cada vez más intensos; gritos de orden y consternación ante la escena.

De repente Helena oyó un golpe seco.

A continuación un silencio.

Entonces las voces quedaron gradualmente lejos y Arash se enderezó en el asiento.

— ¡Pasamos! — dijo él un tanto aliviado. Miró por el decrepito retrovisor y Helena se volvió.

Y como en una pesadilla de la que no se puede deshacer ella sintió las venas de su cuerpo llenarse de tensión nuevamente. En algún lugar, allá atrás, los neumáticos chillaron y algunos trazaron la misma ruta que ellos hacían.

Ahora Helena y Arash huían del ejército iraní.

## CAPÍTULO 59

Pang Meng salió de la pequeña habitación enclavada en el galpón oscuro apretando el celular encriptado en la mano. Guiando por la luz azulada y opaca que el aparato emitía de su

pantalla dio algunos pasos hacia el vacío y se detuvo. Faltaban pocos segundos para la conexión programada de Xerxes.

El curso de la misión no seguía como él deseaba hasta el momento. Casi lo destruye el hombre del sobretodo negro; tenía un hombro y una pierna con heridas de disparos y varios golpes. Pero lo que genuinamente le preocupaba era el prototipo que había obtenido en la usina.

*Es falso, pensó. ¡El desgraciado de Montenegro me engañó!*

A Xerxes no le iba a gustar oír esa noticia. Meng nunca había fallado en una misión. El primer acto consistía en atrapar a César y el prototipo. A continuación Meng debía garantizar que Helena y Arash fueran a su encuentro. Por otro lado, en cierta forma, aún tenía el control. César seguía cautivo y el *Ipad* con las imágenes vía satélite indicaba que la pareja se acercaba a Isfahán.

El toque de la llamada resonó agudo en el Hangar de aviones abandonado. Él llevó el aparato al oído, una luz azulada iluminaba parcialmente el rostro de rasgos orientales.

— Meng hablando.

— ¿Y el prototipo? — preguntó Xerxes.

*Momento de la mala noticia.*

— El que capturé en la usina es falso — dijo él conteniendo la respiración.

Siguió un largo silencio. Meng pensó si Xerxes abortaría la misión. Él respondió finalmente:

— Su inhabilidad comprometería la misión si ya no hubiera dado un paso adelante. — La voz mecánica y andrógina de Xerxes no cambió de cadencia.

La respuesta fue menos agresiva de lo que esperaba Meng. Se esforzó para contener la intensa curiosidad en preguntar en qué consistía *tal paso adelante*.

*Calma, se dijo a sí mismo. Paso a paso.*

Esperó que Xerxes reanudara.

— Los dos llegarán al lugar combinado dentro de unos minutos — comunicó la voz. — En realidad pasan por un pequeño imprevisto en la carretera en este momento pero conozco las habilidades del iraní, llegarán bien.

Meng imaginó lo que pasaba con ellos dos ahora. Había dejado el *Ipad* en la sala para atender la llamada y no estaba acompañando.

— Meng — llamó la voz. — Hay algo importante que están trayendo consigo. Algo que servirá para el fin de la misión. Usted tendrá que hacer uso de sus habilidades de convicción para descubrirlo. Yo tampoco tengo conocimiento.

Entonces era eso. ¿Qué es lo que la pareja tenía de tanta importancia para encubrir su falla? ¿Algún elemento necesario para la conclusión de su trabajo? Ahora Meng empezaba a entender por qué Xerxes había hecho tanto hincapié en que aguardara la presencia de la pareja.

Meng se acordó de las imágenes que el *Ipad* captaba del coche. Había un satélite militar dirigido exclusivamente a Helena y Arash. El instrumento tenía un sensor infrarrojo capaz de identificar con perfección hasta blancos en la oscuridad o camuflados; el mismo modelo usado para investigar las acciones de los individuos más peligrosos de la Tierra.

— Estoy acompañando la trayectoria de los dos según lo establecido — respondió él.

— Muy bien. Espero que al menos se haya librado del sujeto que iba detrás de usted.

Meng sacudió el hombro que había sido perforado por la bala del hombre de sobretodo negro y sintió una puntada ardiente. Apretó los maxilares en respuesta al dolor. Su alma exhalaba un odio eterno por el sujeto.

— Si estoy aquí, es porque el ataque no fue lo suficientemente fuerte como para detenerme.

— ¿Lo vio morir, Meng? — preguntó la voz robótica de Xerxes.

Meng no preveía la pregunta. La voz se mostraba claramente incomodada con la interferencia del hombre de sobretodo negro en la misión. Librarse de él había sido quizás uno de los mayores desafíos en la vida de Meng pero el hecho es que no volvió a ver al hombre después de que se despertara dentro de la kombi improvisada como ambulancia. Sólo el placer que sintió al ver el rostro eslavo de él retorcerse de dolor cuando le aplicó el arma de pulso electromagnético era suficiente. Sabía que era como inocular un virus mortal en un organismo sano. El hombre estaría muerto en breve. Su deleite por ese hecho era inmensamente mayor de lo normal dado que el grupo para el cual el hombre de sobretodo negro trabajaba tenía la tradición de formar los agentes más denodados de la Tierra. Sólo eso ya lo enorgullecía. Meng había eliminado a uno de ellos.

*La mentira, en la mayoría de los casos, es necesaria para mantener la estabilidad.*

— Está tan devastado como esta ciudad — respondió Meng calculando cómo estarían los niveles de radiación en Isfahán.

Por un momento sólo se oyó la estática de la conexión.

— Muy bien — articuló Xerxes por fin. — Ya es hora de que usted se dirige al punto inicial.

— ¿Y en cuanto al señor Montenegro debo radicalizar mis métodos para hacerlo decir dónde está el prototipo?

Esta vez no hubo vacilación del otro lado.

— Hágalo implorar la muerte.

## CAPÍTULO 60

— ¡El ejército está detrás de nosotros! — gritó Helena hundida en el asiento carcomido de Peikan blanco. Ella intentó acomodarse el hijab estampado que revoloteaba furioso sobre su frente. La indumentaria se había deslizado tanto por la cabeza que pensó si la parte que se movía ahora era la que debía quedar en la nuca. Sintió ganas de tirarlo por la ventanilla pero si fuera sorprendida sin él, podría tener un final todavía peor del que se vislumbraba ahora.

— ¿Cómo vamos a despistarlos? ¡Ya están pegados a nosotros! — gritó ella después de girarse y reparar que tres jeeps camuflados reducían la distancia entre ellos y el taxi con facilidad a unos trescientos metros atrás. Arash no respondió. Miró hacia la orilla del camino como si buscara algo, con el sudor del cuello oscureciendo el cuello de su camisa.

La avenida que llevaba a la pareja a Isfahán se dividía en tres vías: la mano opuesta se resumía en la imagen que los dos tuvieron en prácticamente todo el trecho de Teherán hasta ahí: tres vías llenas de coches en una gran espera para salir de la ciudad. Algunos encendían las farolas porque llegaba el final de la tarde que se hundía en un cielo escarlata al sur de la ciudad, las bicicletas y las motos disputaban el paso por las banquetas como animales hambrientos. Helena se desesperó por realizar la trayectoria exactamente opuesta a la fila de vehículos. En contrapartida la ruta la conducía cada vez más cerca de lo que buscaba: el prototipo de Energía Libre, Geometría Sagrada...

Y de César.

Limitado por una mancha de colores de vehículos a su lado Arash seguía pisando a fondo nuevamente con el rostro tenso por la adrenalina. Los jeeps iban contra ellos a una velocidad que causaba miedo, ahora a menos de doscientos metros. Secos de tensión los ojos de Helena encontraron un cartel de indicación colgado sobre la ruta:

*“Eman Khomeini Elevated Expy a 80 metros.”*

Ya debía de ser la centésima obra que veía con el nombre del Ayatolá desde que llegó a Irán. La principal entrada al norte de Isfahán se transformaría en un elevado de allí a unos instantes. Con un cálculo rápido, llegó a la conclusión de que serían alcanzados cuando llegaran al punto más alto, por lo tanto no habría curva, calle o cualquier otra salida que pudieran usar para despistar al ejército.

— Helena — la llamó Arash —, recoge nuestros bolsos, ¡rápido!

Ella se giró y confirmó. Saltando sobre el asiento de atrás se encontró con tres bolsos: la de estilo periodista que acompañaba Arash desde la sede de las Naciones Unidas, la Chanel de cuero negro de Helena (que contenía todos los ítems que cualquier mujer presumida que se precie de tal tiene; además de su pasaporte falso y el cilindro que obtuvieron en el Templo Adrián), y la mochila que recibieron de Mehan, que contenía las vestimentas anti radiación.

El punto en que Helena había aprendido a confiar ciegamente en Arash ya se encontraba muy lejos de ahí. Sin cuestionar buscó las cosas.

*¿Qué está pensando hacer? ¿Tirar todo por la ventana?*

El coche subió al declive del viaducto Íman Khomeini. El tamaño de los jeeps en el retrovisor era cada vez más grande.

Arash estiró el cuello en dirección a la barricada de la ruta, a la derecha.

— Vamos, vamos, vamos... — él susurraba esperando que algo ocurriera allá abajo.

Sólo entonces ella vio un camión con carrocería de madera que se metía por la calle que

cruzaba el viaducto por abajo. El vehículo se aproximaba del punto de intersección, apurado. Iba a cruzar el viaducto por abajo en algunos segundos. Fue cuando Arash frenó bruscamente lo que obligó a Helena a colocar las manos en el tablero.

— ¡Ven! — Él tomó su bolso, la mochila con las vestimentas y dejó a Helena con su Chanel en el regazo.

En una mezcla contradictoria de incompreensión y claridad ocurrió inmediatamente lo que Arash planeaba. Los neumáticos de los jeeps chillaban detrás de ellos y se juntaban los gritos de los soldados que empuñaban fusiles de apariencia agresiva. En un segundo Arash se encontraba del lado de afuera, corriendo para la orilla del viaducto. Como reflejo Helena irrumpió en su dirección lo más rápido que pudo. Sintió los músculos del abdomen ponerse rígidos cuando proyectó las piernas hacia fuera del coche. En dos segundos ella se juntó a Arash en la orilla del viaducto y, en tres, los jeeps frenaron a algunos metros de ellos. Los hombres bajaron apuntando los fusiles y rasgando el aire con aquella lengua cantada que ya había traumatizado a Helena. Se preguntó si ellos tenían órdenes para fusilarlos primero y apresarlos después.

A su lado Arash le tomó la mano y se la apretó. Él tenía el bolso con las ropas y el de periodista atravesada en el pecho.

— ¡Sube a la barricada!

Ella obedeció. El camión llegaba a una velocidad muy superior a la que Helena había calculado. *¡Dios mío!* se dijo a sí misma sintiendo una bola de miedo que le bloqueaba la garganta.

— Helena, Helena... ¡Mírame! — Arash gritó por encima de las voces de los soldados que se aproximaban. — Vamos a saltar a la carrocería.

Helena no tenía cómo cuestionar.

— ¡Intenta repartir el peso en las dos piernas cuando caigas y dobla las rodillas cuando sientas el impacto!

*¿Cuántos metros son hasta allá abajo? Pensó ella mareada de pánico. ¿Diez?*

— ¡A la cuenta de tres! — avisó Arash.

— Uno... — De soslayo Helena vio que los soldados se preparaban para disparar.

— Dos... — El acoplado del camión se aproximaba cada vez más rápido. Ella tuvo la certeza de que su cuerpo no conseguiría realizar aquella trayectoria.

— ¡Tres! — Sintió una fuerza que la impulsó para adelante, lo que le hizo perder la estabilidad.

Entonces los pies de Helena tocaron la nada. No sabría decir si las ráfagas de calor que sintió pasar al lado de su cabeza fueron balas o la reacción de su hijab al viento que produjo al saltar.

Cuando sus zapatillas chocaron violentamente contra la madera del acoplado y su cuerpo rodó varias veces sobre sí, Helena se desvaneció.

Por segunda vez en ese día.

## CAPÍTULO 61

Ronald Jay Campbell pasó la mano sobre los cabellos despeinados por el viento y alzó la cabeza hacia helicóptero *Puma Blanco* de la ONU que se elevaba al cielo negro del final de la noche. Las luces rojas parpadeaban en alerta y, dentro de él, el mechón amarillo de Doroth Morgan quedaba cada vez más lejos de su campo visual. Ella iba a formar parte de una comitiva

de emergencia compuesta por seis representantes de las Naciones Unidas. Su asesoría había comunicado a los jefes de Estado de Irán sobre la visita *apenas* media hora antes del partido.

La justificación: una visita urgente y humanitaria en virtud del desastre provocado por el terremoto en Isfahán. Los verdaderos motivos: descubrir quién mató a los tres comisarios de la ONU, dialogar con el presidente y el Ayatolá. Además de encontrar las armas nucleares.

Si es que eran reales.

El tornado generado por las hélices murió poco a poco y el helicóptero ganó altura al noroeste convirtiéndose en una estrella roja en el cielo. El aeropuerto J.F. Kennedy se encontraba a diez minutos de vuelo desde allí. Campbell giró en los talones hacia el salón principal y chequeó en su *Omega De Ville*: 05h19min. No dormía hacía más de cincuenta horas. Cerró los ojos y masajeó con la punta de los dedos los párpados arrugados. El viaje de Doroth a Teherán duraría dieciséis horas y Campbell sabía que la angustia persistiría como su mejor amiga por ese tiempo. Hasta entonces la noticia de las armas nucleares podría ser difundida por los otros países. No sabía hasta dónde iba el nivel de información del Mossad, del MI6, de la DGSE (la Dirección General de Seguridad Externa) de Francia o FSB (antigua KGB) de Rusia.

Los pies cansados del director del Pentágono encontraron el pórtico principal de la ONU. Después de atravesar el salón se dirigió a la salida *vip* del edificio. Allí el helicóptero *EC225 Super Puma* del Pentágono lo aguardaba para llevarlo de vuelta. Al acercarse saludó al piloto que ya lo esperaba en el interior del transporte con las hélices girando. Bajó un poco la cabeza para protegerse del fuerte viento y embarcó.

— ¿Una nueva guerra impedida para su currículum, señor Director? — preguntó Simpson volviéndose hacia atrás con una sonrisa simpática por debajo del casco.

Él ofreció una sonrisa sin gracia y contuvo la respiración cuando pensó en una posible guerra que podría desatarse si China y Rusia quisieran defender sus intereses en Irán.

— Mientras Ronald Jay Campbell esté al mando del Pentágono, mi amigo Simpson, nuestro ejército tendrá siempre la mayor tasa de obesos del mundo — disimuló el director.

El piloto soltó una risa entretenida y accionó el sistema de ascenso. El aparato vibró y ganó altura lentamente. Los pensamientos de Campbell, sin embargo, permanecían presos en lo que ocurría por debajo de sus pies. Por el momento la obra se resumía en: un equipo de la ONU desaparecida, un informe que constataba la existencia de bombas nucleares en Isfahán, un video que había desaparecido y la CIA, la NSA, el Secretario de Estado y el Estado Mayor de los Estados Unidos deseando la invasión de Irán. Todos los ingredientes que llenaban las motivaciones de una guerra de fuertes impactos globales. Pero existía algo peor que todo eso. Nada sería más calamitoso que el momento en que el mundo asistiera boquiabierto a través de los mayores canales de televisión que la presidenta del Consejo de Seguridad era una agente iraní infiltrada en la ONU. Y que había huido por la puerta del frente de la sede con un chador negro.

*¡El escándalo del siglo!*

Sin embargo, el director del Pentágono tenía algunas cartas para jugar: el *Flame II* imposibilitaría el uso de las supuestas armas nucleares y la presencia de la Secretaria General en Irán en el auge de aquella crisis velada y oculta. En cuanto a ella, la figura de Doroth Morgan desentonaba de los otros Secretarios Generales que la precedieron. Aquel arquetipo neutro y simbólico que siempre se sometía a las órdenes de las potencias globales había sufrido una brusca transformación en la gestión de la neozelandesa. Hasta Doroth Morgan, Campbell nunca creyó en la influencia de las Naciones Unidas en el mantenimiento de la paz. *Los mismos que la fundaron eran aquellos que poseían los mayores arsenales de guerra del mundo*, pensaba él. El propio

terreno de la sede fue donado por uno de los mayores financiadores de guerras de la historia: John Davidson Rockefeller.

Doroth Morgan, sin embargo, desarrolló prestigio y una presencia decisiva de la ONU en la resolución de las crisis políticas de modo que su simple presencia en un país disminuía el ímpetu de quien deseaba guerra.

Sin embargo, conservado dentro de sus paranoias más insensatas, había algo que incomodaba a Campbell: ¿por qué sólo Doroth había tenido acceso a todos los datos sobre las supuestas armas nucleares? Ningún otro servicio de contraespionaje los había conseguido? Y, sobre todo, ¿por qué se demostró tan desestabilizada ante la hipótesis de que Helena Gouveia fuera descubierta como agente iraní?

El estupor se hizo más fuerte en su mente inoculado por otra dosis de intensa inestabilidad. En la misma proporción un hilo de esperanza se gestó en su cabeza. Quería volver a casa y ver a Jane que a aquella hora debía estar despertando en el cuarto de hospital improvisado en su casa.

Pero antes necesitaba hacer algo muy importante.

Posando la nuca en el cuero del asiento y aflojándose la corbata se acordó del Flame II, la invención de Lott y de la DARPA. Tendría que actuar solo. Era necesario. El uso de la tecnología podría resolver todo, incluso con todo el curso de la marea chocando contra la mayoría de las soluciones del momento.

Casi dormitando en el asiento decidió que tendría casi dos horas de descanso hasta el siguiente punto.

— ¿Cuál es el destino ahora, señor? — preguntó el piloto.

— Sede de la DARPA.

El piloto vaciló por un instante antes de preguntar:

— ¿En la agencia local aquí de Nueva York, señor?

— No — murmuró Campbell ya con los ojos cerrados. — En la sede nacional. Virginia.

## CAPÍTULO 62

El cuerpo de Helena se hundía en un mundo verde musgo de un lago pantanoso donde se pierde por completo el sentido de la orientación. Sus ojos se abrieron en una visión nublada e inmediatamente las retinas le ardieron revoltosas. Un frío implacable recorría cada célula de su cuerpo. No discernía ninguna forma que no fuera la del estático verde oscuro, único componente de su Universo.

— *Helena* — llamó una voz que llegaba a sus oídos por una corriente que venía de atrás — *¡Te lo impedirán! ¡No vas a conseguir revelar al mundo los beneficios de mi creación!*

La voz era conocida.

Íntimamente familiar.

*¡César!*

Intentó llamarlo pero su faringe estaba apestada del gusto agrio del musgo.

— *¡Isfahán es la Casa de la Geometría Sagrada, Helena! Siga los Elementos... La liberación del mundo está en la Energía Libre... Sólo tú puedes traerla al mundo!*

De repente la visión de Helena se puso negra y el cuerpo entero comenzó a vibrar. Ya no se sentía sumergida en un planeta pegajoso y estático. Ahora era como si estuviera dentro de una caja de madera cayendo en un desfiladero pedregoso. Había una sensación fresca en su frente. Pero en el interior de la cabeza experimentaba un dolor punzante. Los brazos y las piernas no conseguían



sostenerse de nada, se sacudía como un títere.

— *Helena* — Oyó de nuevo la voz rígida de César murmurando al oído — *¡Despierta! ¡Tienes que seguir el Torus y la Geometría Sagrada... Helena!*

La sensación fría en la frente la tornaba más consciente. Era como si un soplo de viento de las montañas iraníes acariciara solamente aquella franja de la cabeza.

Pero el dolor no cesaba.

Se esforzó de nuevo para abrir los ojos. Esta vez no le ardían. En medio de una confusa sacudida en su cuerpo vislumbró tonos rojos, turquesas y negros. Rayos de luz dorada la alcanzaban y forzaban sus retinas a contraerse. Sus ojos se abrieron por completo y vio un techo abovedado rojo oscuro a un metro y medio de distancia de su rostro hecho de un tejido especial. No había ruido alrededor salvo el relinchar intermitente de un caballo muy cerca de ahí.

*¿De dónde salió este animal?*

Un aroma especial, agradable, como si estuviera en medio de un jardín con plantas de diversas especies penetraba por sus narinas. Intentó levantarse pero el dolor de cabeza la tiró de vuelta en una superficie dura. Crispó el rostro en una mueca de dolor y se llevó las manos a las sienes. No sintió el contacto del hijab en el cabello. Nuevamente lo había perdido.

Mareada intentó identificar donde se encontraba. A través de una cortina roja vio una claridad amarillenta que oscilaba con el balanceo del vehículo donde se encontraba.

*¿Estoy dentro de un... carruaje?*

La constatación la despertó por completo. Se sentó en un impulso.

Helena se encontraba en un pequeño carruaje, el galope lento de un caballo recorría un suelo irregular. Y los recuerdos del infierno en el cual transitaba desde que llegó de Brasil venían en forma de avalancha mental.

— *Arash...* — llamó ella después de averiguar que la brisa fresca que estaba sintiendo en medio de su delirio era un paño mojado en la frente. — *¡Arash!*

Súbitamente el caballo relinchó una vez más y el vehículo paró.

Arash apareció cuando se abrió la cortina con una amplia sonrisa y un dejo de preocupación. Tenía un corte superficial en el lado derecho de la cara que interactuaba con la barba crecida. Había rasgado parte de la manga derecha y colocado el pedazo de tela en el corte del raspón del antebrazo.

— *¡Una más de estas e irás a parar al mundo de la Luna!* — dijo él.

— *¿Dónde estamos? ¿Y cómo escapamos del ejército?..* — balbuceó ella.

— *Estamos en el local indicado por César. Más específicamente estás en una de las decenas de carruajes de paseo alquilados para turismo en Isfahán. Fue el único vehículo que encontré después que el camionero nos expulsó cuando nos descubrió en el acoplado.*

— *Dios mío, saltamos del viaducto a la carrocería...* — recordó ella. — *¡Qué locura! ¿Cómo sabes que no nos siguieron?* — preguntó con voz trémula.

— *Porque lo sabríamos. El ejército iraní acostumbra a disparar antes de cualquier acción* — abrió los brazos y continuó—, *aprovecha, un paseo como este en un día normal no saldría menos de cincuenta dólares la hora. Creo que en el momento del caos el dueño de este bichito debe haberlo olvidado en la calle* — supuso él apuntando con el mentón en dirección al caballo.

Las luces doradas se asomaban detrás de la cabeza de Arash y parecían venir del cielo. Helena oía una tímida caída de agua como si estuviera delante de un pequeño arroyo.

*Necesitamos llegar al local indicado en el billete perforado. ¡La Plaza Naqsh-e Jahan! ¡Isfahán es la Casa de la Geometría Sagrada! ¡Debe ser lo que falta para encontrar a César!*

Con un temblor Helena se acordó de la persecución avasalladora que había sufrido, del desempeño cinematográfico de Arash delante de la policía y después recordó el ejército iraní disparando una lluvia de tiros, centésimas de segundos antes de que los dos saltaran a la carrocería.

*Arash todavía me debe explicaciones. Pero no ahora.*

El iraní abrió la puertita del carruaje y le ofreció una mano. En seguida puso la otra para atrás y se quedó excesivamente erecto como si fuera uno de aquellos cocheros del siglo XVIII. Por un pequeño instante Helena pensó si todos los cocheros del mundo eran atractivos como Arash.

Se quedó mirando aquella mano esperando la suya, después miró su semblante robusto. *¿Cómo ese hombre puede mantenerse tan tranquilo?*

Ella le entregó la mano y se enderezó sonrojada de vergüenza y rezó para que la cabeza no se achicharre de dolor por movimiento. Sintió las rodillas doloridas debajo del jean, consecuencia del impacto en la caída sobre la carrocería.

— ¿Estás lista? — preguntó él con la comisura de los labios estiradas mientras ella salía.

— ¿Para qué?

No hizo falta explicar. Cuando Helena dejó el carruaje tuvo la visión más deslumbrante de toda a su vida.

## CAPÍTULO 63

Helena sintió que se le caía la mandíbula al ver la Plaza Naqsh-e Jahan. Ya la había visto antes en documentales y reportajes y también sabía que había sido declarada por la Unesco como Patrimonio Mundial de la Humanidad. Una vez había leído que, en términos de tamaño, sólo perdía con la *Tiannamen*, la Plaza Celestial de Pequín. De todos modos ahora ella confirmaba con entera seguridad que desde el punto de vista de la armonía y el encanto no había otra en todo el mundo que pudiera competir con esta construcción.

— Pero ¡Qué... qué... fascinante! — dijo ella girando sobre sus talones 360 grados intentando captar todo lo que veía. — ¡Me parece mucho más imponente que cualquier foto o filmación que pudiera registrar!

A su lado, con los ojos negros brillando como se allí estuviera por primera vez, Arash se limitó a asentir, con las manos en la cintura recorría el lugar en un silencio contemplativo. Él se había detenido de golpe bien en el centro de la Plaza, paralelo a un gigantesco espejo de agua rectangular de cuyas márgenes salían decenas de chorros que se entrecortaban en el aire y luego se sumergían en una superficie azul.

La Plaza Naqsh-e Jahan era cercada por una inmensa edificación que, también en forma de rectángulo, se componían de dos infinitas filas de aberturas color arena dispuestas una al lado de la otra en formas de arcos *tudor* (puntiagudos en su ápice) hasta perderse de vista. Cada fila correspondía a un piso siendo que en el primero Helena veía una serie de toldos debajo de los cuales se establecían pequeñas tiendas. Todas cerradas.

Un suntuoso jardín se perdía en los espacios al lado del espejo de agua con arbustos verdes milimétricamente colocados en formas geométricas: pirámides, cuadrados y círculos. En medio una gran variedad de flores: azaleas, tulipanes, lilas, margaritas entre decenas de rosas y otras flores anaranjadas, azules, rojas, blancas, violetas... Todavía todo estaba dispuesto con una sincronía perfecta, digna de los verdaderos jardines persas. La multiplicidad de flores proporcionaba un aroma delicioso en el aire entre el olor a miel y una especie de perfume cítrico.

Con toda certeza, pensaba Helena, fueron meticulosamente elegidas para producir exactamente aquella fragancia.

El colosal rectángulo de 160 metros de ancho y 508 metros de largo que dibujaban la Plaza relucía el color oro en toda su extensión haciendo que los arcos *tudor* parecieran una continuación de rayos de sol que a esa hora ya se había puesto. Un aura dorada delineaba toda la extensión de la fachada como si las paredes de los arcos tuvieran luz propia emitidas por una fuerza sobrenatural.

Saliendo de su refugio interno, Arash se aproximó a Helena.

— Aparentemente el terremoto no llegó con mucha fuerza aquí en el centro de la ciudad. La plaza permanece intacta.

Helena meneó la cabeza afirmativamente imaginando la periferia de la ciudad destruida por la hecatombe.

— Aquella es la mezquita Loftollah — mostró Arash —, la antigua mezquita particular de Shah Abbas el soberano que construyó esta Plaza a partir de 1598.

Helena levantó la cabeza y divisó el domo de la mezquita. Se localizaba en la zona oeste de la Plaza, la mezquita no tenía minaretes y era un poco más pequeña que las demás. El color predominante turquesa fue teñido por el aura dorada de las luces estroboscópicas. Los mosaicos eran dibujados en azul y también en beige. El intricado de arabescos y dibujos en formas geométricas recordaban corrientes de agua al chocarse contra las piedras de un arroyo. El pórtico tenía el formato de concha y era formado por una estructura parecida a una colmena pero azul. Detrás de la cúpula, en el fondo, como para premiar la visión, Helena eligió la cereza de la torta: una luna menguante dibujaba una línea fina en el cielo azul marino. Helena se sintió dentro de un cuento de *Las Mil y Una Noches*.

Por un momento ella se olvidaba completamente de que era blanco del ejército iraní y observaba aquello absolutamente encantada.

Arash se giró hacia el edificio del lado opuesto al pasillo más allá del espejo de agua.

— Había un pasaje subterráneo que unía la Mezquita Loftollah al antiguo Palacio Real, ahí — explicó él apuntando hacia el edificio del otro lado del espejo de agua. — El Shah Abbas iba cinco veces al día a orar y no le gustaba ser importunado por los comerciantes y transeúntes que venían a admirar la Plaza.

Helena miró el suelo imaginando un túnel construido hacía casi quinientos años serpenteando solitario debajo de sus pies. En el margen este, del otro lado, la edificación, que antes fuera el Palacio Real, era de una elegancia sin igual. El palacio *Ali Qapu*.

— La Plaza Naqsh-e Jahan transpira una historia que se remonta al final del siglo XVI — explicó Arash. — En 1598, el Shah Abbas, decidió la mudanza del Antiguo Imperio Persa de Qazvin al centro de la ciudad de Isfahán. Aquí. Para centralizar el poder la plaza pasó a abrigar los tres principales componentes del Poder persa: el clero, representado por la Mezquita Asjed-e Shah al frente, el poder de los comerciantes, representados por el Bazar Imperial, allí al norte. Y, claro, el poder del propio Shah que residió en el Palacio Ali Qapu.

Cerca de doscientos metros al frente, en la parte norte de la Plaza, la edificación mayor: La mezquita Asjed-e Shah .

*La misma de la nota*, pensó Helena.

Arash se dirigió al carruaje y el caballo relinchó impaciente, probablemente esperando partir de nuevo. Retiró una de las mochilas y de dentro el billete de veinte mil Riales. Se lo ofreció. Helena lo analizó de nuevo. Al lado de la expresión austera del Ayatolá Khamenei, un

hueco había sido hecho exactamente en el centro de una flor. *La Flor de la Vida*. Giró el billete y comprobó que el pequeño agujero correspondía al de la Mezquita Asjed-e Shah al frente.



“*Isfahán es la Casa de la Geometría Sagrada*”, recordó la frase de César.

Helena estudió de nuevo el área. La plaza claramente sugería que los persas tenían una verdadera devoción por las formas geométricas y a los mosaicos.

— Creo que es dentro donde tendremos la respuesta que buscamos sobre César y el prototipo — afirmó Arash.

— Ciro el Grande y Ferdowsi indican su mayor representación... completó ella imaginando cómo esto indicaría el próximo paso para hallar a César.

De repente Helena se dio cuenta de un hecho curioso: embriagada por la visión de la Plaza, hasta ahora ella no había reparado en que no había un alma viva ahí excepto ellos y el caballo.

¡La ciudad estaba siendo evacuada y se olvidaron de apagar las luces! ¿Cómo no había saqueadores invadiendo las centenas de tienditas del primer piso cerradas a esa hora? ¿Cómo los portones del Gran Bazar que completaba las edificaciones de la gran Plaza no estaban en el suelo y nadie, hasta ahora, había profanado uno de los antiguos centros de comercio del Oriente Medio?

Sintió que se le secó la boca cuando ella misma encontró la respuesta:

*Miedo. Tragedia.*

El aire de Isfahán ahora parecía envenenado de miedo. El pavor de la contaminación radioactiva superaba las tentaciones más crueles de la mente humana. Tal vez Helena estaba en una ciudad que se volvería una nueva Chernóbil en breve. ¿Estaría Isfahán condenada al aislamiento eterno del mundo?

El silencio por detrás de los chorros de agua de la plaza tenía un misterio que se sentía en el estómago. Mientras que multitudes se alejaban de Isfahán ellos entraron en un camino insano y sin vuelta con la intención de dar un regalo a la humanidad y salvar la vida de César. Para esto trazaban una ruta mortal de una verdadera *búsqueda del tesoro*.

*César. Energía Libre. Fin de la miseria mundial.*

*El próximo punto es la Mezquita Asjed-e Shah.*

Helena sintió que, si conseguía cumplir su misión, además de salvar a César, contribuiría a la Paz Mundial en un nivel muy superior al que jamás había hecho como diplomática de la ONU.

Se aproximó a Arash, lo tomó del brazo y le dijo:

— Tomemos nuestras cosas. Tenemos un mapa para seguir.

Él la miró serio.

— Interesante. Naqsh-e Jahan significa “Mapa del Mundo” y tenemos que seguir exactamente ese camino para llegar a nuestro objetivo — completó.

— Mapa del mundo... — repitió ella. — Bien sugestivo... tal vez un día podamos agregar una o dos palabras y cambiar por el *Mapa que salvó el Mundo*.

## CAPÍTULO 64

Campbell saludó a Christopher Lott con un apretón de manos cansado y entró en la oficina del director de DARPA, dos horas después de haber salido de la sede de la ONU. Detrás de las gafas de marco redondo, el científico de cincuenta años, nariz aguileña y cabello canoso, lo analizó de arriba a abajo con un aire de genuina preocupación.

— Me parece que la cama no fue su mejor amiga esta noche, director.

El director del Pentágono expulsó el aire de los pulmones y, con mucho esfuerzo, le ofreció una sonrisa que salió meramente formal.

— Confieso que he tenido noches menos turbulentas — dijo él mientras sus ojos eran atraídos a una cómoda de roble sobre la que había varios portarretratos. Fotos de Lott con el presidente actual, con el papa y con una mujer hermosa de ojos verdes y mandíbula angulosa que intuyó sería su mujer.

Lott asintió con una mirada condescendiente.

— Imagino — dijo antes de apuntar en dirección a la silla ejecutiva en su escritorio. — Por favor, siéntese.

— Bonitas fotos — elogió Campbell. — ¿Aquella es su esposa?

Lott lo observó con tristeza.

— Sí. Ella murió en un accidente de coche.

Campbell no sabía cómo expresarse.

— Lo siento, lo siento. Yo...

— Quédese tranquilo, director. Ya he superado todo el proceso hace años. — Lott se acercó a una máquina de café expreso de apariencia futurística. — ¿Crema y azúcar?

Campbell se acomodó con alivio en la silla.

— Sólo crema, por favor.

El director de la DARPA apretó un botón y en dos segundos la taza se llenó hasta el borde, el café humeaba dentro del recipiente de estaño.

— Y yo que soy el jefe no tengo una de esas — bromeó Campbell.

El director de DARPA rió.

— Este juguete todavía está en la fase de pruebas. Y usted sabe... Si la DARPA no aprueba...

— *Entonces nadie sabrá cuál es la nueva...* — completó él recibiendo la taza en las manos. La jerga, medio sin gracia, ya era conocida entre los funcionarios de la DARPA y del Pentágono. La rigidez en la obtención de calidad de la agencia siempre bordeaba la perfección. Nada salía de allí y era aplicado en el ejército y, tal vez en el mundo, sin la particular aprobación de Lott.

Campbell saboreó el aroma del café antes de beberlo. Tenía un gusto maravilloso. Lott sonrió de satisfacción. Incluso a punto de ser el gran responsable de la ejecución de uno de los planes más osados y controvertidos de la historia militar estadounidense, el director de DARPA transpiraba calma y confianza.

*La verdad es que es un genio. Su salida de maestro puede evitar una guerra apocalíptica.*

El premiado físico llenó su propia taza, arrastró otra silla delante de Campbell y se sentó frente a él.

— Aquí y en cualquier lugar usted siempre será The Boss — dijo con ánimo relajado Lott apoyando los codos en la rodilla y sosteniendo la taza con ambas manos.

Era la primera vez que Campbell iba a la nueva sede de la DARPA en Arlington, Virginia. *La Agencia de Proyectos Avanzados de Investigación de Defensa* era la organización responsable del desarrollo de la alta tecnología para uso militar de Estados Unidos. Respondía directamente al Pentágono, es decir, a Ron Jay Campbell. El personal del Pentágono los llamaba cariñosamente los *007 del Tío Sam*. Lo más osado e *imposible* que hubiese en el mundo de la tecnología militar de punta era un mero juego de niños para la DARPA. Sus reales inventos estaban de quince a veinte años por delante de todo aquello a lo que tenía acceso el público en general.

Desde la mano robótica más realista de todas, pasando por Tor Mail (el e-mail más seguro del mundo que se usaba en la fatídica *Deep Web*) y la propia internet, de cuya creación muchos quisieron apoderarse, todas las invenciones de DARPA generaban la misma expectativa en el medio científico y militar que la presentación del nuevo *Iphone* generaba para el mercado. Uno de los programas más usados del mundo hoy, el GPS, salió de una experiencia de la agencia y había sido fundamental en la Guerra del Golfo. El precursor del impresionante Google Street View, capaz de proporcionar la imagen detallada de las ciudades, ya había sido probado por un grupo de estudiantes del MIT financiado por la DARPA 30 años antes, era el llamado Aspen Movie Map. Sin embargo, lo que más impresionó a Campbell fue una de las últimas innovaciones: un avión supersónico no tripulado que llegaba a la velocidad de Mach20, veinte veces más rápido que la velocidad del sonido. Había sido probado una vez y había sido un éxito total. Además de varias otras invenciones inimaginables: máquinas que leen la mente, armas con inteligencia artificial, exoesqueleto capaz de potenciar la fuerza de los soldados en batalla, cañones electromagnéticos, campo de fuerza para tanques, insectos robots espías. Campbell sabía que el setenta por ciento de los inventos de la agencia jamás eran abiertos al público en general.

La DARPA no era una división grande, no llegaba a trescientos empleados. De ellos, sin embargo, casi doscientos componían *el hall* de las mentes más brillantes de los Estados Unidos. Matemáticos, físicos, ingenieros de todos los niveles, ex-hackers reclutados por el gobierno... Una reunión de premios Nobel. Con un presupuesto promedio para los estándares estadounidenses (poco más de dos mil millones de dólares anuales), Campbell creía que la DARPA hacía verdaderos milagros con sus recursos.

Grosso modo, la responsabilidad de Campbell era la estrategia de la guerra; la de Lott inventar la punta de la lanza.

— Bueno — dijo Campbell —, tengo un puñado de situaciones a resolver aún hoy, entonces vamos directo al grano. — Sintió que las dos noches en vela irritaban su humor. Sorbió un trago de café y preguntó. — ¿Estás listo, si se decide utilizar el Flame?

— Absolutamente, director — no hubo ninguna vacilación en la respuesta.

Campbell asintió apreciando su seguridad.

— Mi equipo está ansioso de trabajar, director — sentenció a Lott antes de beber el resto de cappuccino con un sonido ligeramente irritante.

Lott volvió a apoyar los codos en las rodillas. Esta vez la posición dejó entrever una franja de pelos grises que se escapaban tímidos por debajo de la camisa blanca. Campbell no pudo dejar de notar por primera vez que un cordón plateado y discreto envolvía su cuello. A través de la tela de la camisa delineaba el formato de una cruz muy peculiar. Tuvo la impresión de que había un

círculo alrededor del centro de ella.



*Uno de los mayores físicos del mundo es cristiano. Extrañeza en los tiempos de hoy.*

Campbell trazó una arruga en los ojos con el pulgar. Lott reparó en que él miraba su cuello y, por primera vez en el encuentro, parecía avergonzado. Se puso recto en la silla y bebió casi todo el contenido de la taza de un trago. A pesar de ser cristiano protestante Campbell no tenía tiempo ni humor para profundizar en una conversación sobre la religión ahora.

— Creo en su equipo y en usted, por eso vine aquí. Me gustaría saber los detalles de cómo vamos a desactivar esas malditas bombas nucleares iraníes.

— Le mostraré todo lo que planeamos. — Lott depositó la taza en el escritorio y levantó su cuerpo magro y un poco torpe de la silla ejecutiva. — Holografía de Irán — dijo en voz alta y melodiosa.

En ese momento las luces de la oficina disminuyeron de intensidad y una imagen multicolor flotó encima del escritorio.

*Un mapa en 3D de Irán.*

Las pupilas cansadas de Campbell ardieron con la intensidad de las luces de la holografía. Él conocía aquella tecnología: era el *Urban Photonic Sandtable Display*. Desarrollado para el campo de batalla y para la planificación de misiones el *Standable* suministraba a los militares imágenes 3D de grandes dimensiones. La innovación ya estaba en uso en el Pentágono y podía ser vista sin gafas especiales. Permitía la total manipulación, zoom, rotación y parada. Tenía una profundidad visual de 30 centímetros, algo sorprendentemente notable ya que la tecnología 3D comercializada llegaba sólo de 7 a 10 centímetros de profundidad. Incluso ante esas innovaciones Campbell se indignó porque, incluso poseyendo esas tecnologías, el gobierno no pudo predecir el inicio de aquella crisis infernal.

— ¿Qué más les falta inventar? ¿Una bala que cambia de dirección de acuerdo con el pensamiento del tirador?

Lott llevó su puño cerrado a la boca y se aclaró la garganta con timidez.

— En realidad, director, ese proyecto ya fue finalizado hace algunos meses y se llama *Exacto*. ¿Quiere hacer una prueba?

## CAPÍTULO 65

El Peugeot de Navid Kiahshed se acercaba a la barrera del ejército situada en la entrada de Isfahán. Un torrente caliente soplaba de las profundidades de la ciudad y penetraba las mangas de su camisa. Él se preguntó sobre la cantidad de radiación que sus pulmones absorbían en ese momento.

*Todo en nombre de la misión*, se convenció a sí mismo, sintiendo un hilo de sudor descender por las sienes.

La ciudad recordaba el miedo por todos lados. En realidad, el único vehículo en la garita de entrada era el suyo. Al otro lado de la vía, siguiendo la misma línea desde Teherán, había una interminable fila de coches, camiones, carros, motos e incluso personas caminando. El escenario era digno de película apocalíptica, las bocinas se entrecruzaban estresadas en el aire. Una nube de polvo pasaba entre la luz amarillenta de los faros y Navid pensó si esas partículas estaban matando poco a poco a cada persona que estaba allí.

Fue presionando el dispositivo adaptado al volante hasta que el coche se detuvo totalmente. Un soldado de rasgos rígidos y barba negra apareció para abordarlo, tenía los ojos inyectados de antipatía por debajo de la gorra verde mientras se acomodaba una AK-47 al lado del cuerpo.

Ninguno de los oficiales del ejército que veía en la garita utilizaba los trajes anti radiación. Por lo visto el gobierno se había olvidado de escuchar las alertas de los últimos días de los científicos más renombrados del país.

— *Salam* — saludó.

— ¿Qué vino a hacer en Isfahán? — preguntó el soldado casi gritando en medio de las bocinas.

Navid ya se esperaba esa pregunta. Por supuesto que no podía revelar el motivo real de su visita.

— Estoy aquí trabajando para la Universidad de Teherán. Voy a hacer un análisis de campo de los niveles de radiación gamma en el centro de la ciudad. — Sacó su billetera del bolsillo y extendió el brazo hacia fuera del coche exhibiendo su identificación de geólogo y jefe del laboratorio de la universidad.

El soldado tomó el documento con expresión de no entender muy bien. Después miró a las piernas muertas de Navid y pareció preguntarse cómo un lisiado conducía un coche. Un sonido de voces intercambiando información en la radio salía de un aparato acoplado en el cinturón del oficial.

— Mire, mire... — Navid giró con cierta rigidez hacia atrás dificultado por la ausencia de cualquier estímulo mecánico de la cintura hacia abajo. Señaló la parafernalia de equipos en el asiento. — Tengo un medidor de iones hecho de titanio con blindaje de plomo. Esta es mi ropa anti radiación. — La tomó y la tiró hacia adelante. — Voy a evaluar si hubo un calentamiento de la ionosfera con base en la teoría llamada "Acoplamiento Litosfera — Atmósfera-Ionosfera y...

La cara del soldado ahora era de irritación. Él extendió de nuevo el documento de Navid.

— Ok, ok. Déjame ver el...

En ese momento la radio resonó alto en la cintura del oficial.

— *Atento base, atento base.*

Él tomó el aparato y giró de espaldas pero Navid todavía podía oír claramente al interlocutor.

— Prosigue.

— *Identificamos el camión utilizado en la fuga de la pareja. El conductor dijo que los dejó cerca de Naqsh-y Jahan. ¡Envíe refuerzos para allá, ahora!*

*¿Cómo? Una pareja huyó con un camión y ahora está en la plaza principal de la ciudad?*

¿Qué tipo de fugitivo provocaría la furia del ejército iraní en medio de aquel caos? Los dos irían exactamente al lugar donde Navid pretendía realizar la primera etapa de su recolección de datos. Un lugar tranquilo que, a esa hora, estaba vacío. Perfecto para trabajar en su proyecto para



incriminar para siempre al demonio americano.

El soldado pareció haberse olvidado de Navid. Gritaba consignas para otros tres. Un instante después regresó y curvó su cuerpo para susurrarle:

— No nos dé trabajo, señor Kiahshed. Ya tenemos demasiado por hoy... ¡Pase, pase! — ordenó el hombre antes de salir a toda velocidad a un jeep cerca de la garita.

— *Mamnûn, mîbînamet!* ¡Adiós, gracias! — Navid se limitó a decir.

Se limpió el sudor con el dorso de la mano y aceleró hacia la oscuridad de Isfahán pensando en qué tipo de crimen esa pareja había cometido.

Jamás podría imaginar, sin embargo, que su camino convergía implacablemente hacia el de los fugitivos a cada segundo.

## CAPÍTULO 66

Con las manos cruzadas en la cintura Pang Meng pensaba en los próximos pasos mientras observaba a César. Su cuerpo colgaba del brazo derecho que Meng había esposado en una tubería de aire vieja y oxidada, tenía la barbilla pegada al pecho y la respiración débil. Hacía tres días que no lo alimentaba, sólo le daba un poco de agua una vez al día. Lo suficiente para mantenerlo vivo por el tiempo necesario.

Sin embargo, parecía que había una fuerza insondable que alimentaba a cada célula de aquel hombre. Una llama interna que nacía de sus ojos cada vez que Meng lo miraba.

Poco importaba. A esa altura Meng sólo quería completar la misión y jubilarse definitivamente. Los niveles de radiación de la ciudad ya debían haber llegado a un estado crítico y él nunca le había hecho tanto daño a su cuerpo como en esa misión.

El hombro perforado, la pierna tiroteada y las heridas por el resto del cuerpo.

Y la furia por el perjuicio que había tenido conducía a cada célula suya a cumplir con perfección lo que faltaba.

Xerxes había autorizado la radicalización de los métodos para que César dijera la localización del prototipo verdadero. Por esa razón Meng intuía que su compromiso no lo llevaba aún hacia el fin.

Se dirigió a la mesa y encendió al *Ipad*. Con un enfoque impresionante las imágenes por satélite transmitieron en vivo lo que Meng esperaba.

— Bien — dijo en voz baja —, muy bien.

Empuñó su arma de pulso electromagnético de la mesa y la insertó en la funda en el lateral del muslo.

Se dirigió hasta César. Al oír el sonido rítmico de sus botas en el piso húmedo el brasilero levantó lentamente la cabeza.

— Buenas noches, señor Montenegro — pronunció Meng con una sonrisa ácida.

César le ofreció una mirada intensa y resignada.

— Pang Meng — dijo la voz desgastada de César con un hilo de escarnio —, ¿cómo va el plan de ustedes para conquistar el mundo?

Meng estaba odiando a aquel hombre. Cuanto más tiempo pasaba la impresión era que César quería estar allí. Se paró delante de él y se inclinó hacia su cuerpo. Llevó la mano detrás de la nuca del brasilero y con los dedos índice y mayor presionó un punto justo encima de la vértebra T2. A los pocos segundos vio los labios de César entreabrirse despacio y los ojos que se volvían hacia atrás hasta que, en algún momento entre una respiración y otra, emitió un gemido y los

párpados se cerraron por completo.

Meng había obtenido la autorización para torturarlo al punto de pedir morir.

Era exactamente lo que iba a hacer pues el instrumento de la mayor tortura que César podía recibir acababa de llegar a la plaza Naqsh-e Jahan.

## CAPÍTULO 67

Helena volvió dos pasos hasta el pequeño carruaje y buscó su bolso. Dentro de él, además del pasaporte falso, había algunos dólares, los documentos falsos, su inseparable estuche de maquillaje y lo más importante: el cilindro que encontraron en medio del fuego eterno que ardía en el Templo Adrián. Siguió la estela de Arash que ya se dirigía a la entrada sur de la Mezquita Asjed — e Shah, sus cuatro minaretes azules con luces doradas perforaban la oscuridad azul profunda del cielo.

Si el agujero hecho en el billete era correcto allí dentro, en algún lugar, César había depositado la otra parte del prototipo de plasma. Y aún había otro elemento a considerar:

*...Isfahán es la Casa de la Geometría Sagrada. Ciro el Grande y Ferdowsi indican su mayor representación...*

Helena se acordó de la indicación de César en el video en la Deep Web y sintió su pecho quemarse de aflicción. ¿Qué relación tenían Ciro el Grande y Ferdowsi, dos de los mayores iconos del pasado persa, con el prototipo de Energía libre? ¿Estarían guardando ellos el resto del prototipo? ¿O sería una etapa más de una infantil búsqueda del tesoro?

Al llegar al pórtico de la mezquita, ella sintió de manera muy clara que las paredes de ladrillos esmaltados, el complejo de arabescos y los escritos transpiraban con delicadeza el perfume de la Antigua Persia. Una profusión de técnicas arquitectónicas jugaba en la estructura del templo. Pequeñas lámparas doradas se asomaban en las paredes como antorchas que iluminaban una cueva. Al igual que en la plaza tampoco había nadie dentro. Las decenas de columnas (re llenas de mosaicos) que se veían en el salón, se inclinaban hacia el techo formando por todo el espacio aberturas abovedadas.

Arash repentinamente se puso de pie y observó algo en una de ellas.

— Mira — apuntó él —, percibe cómo el patrón geométrico está en todos los domos.

Helena levantó los ojos hacia el techo curvado y se maravilló. Un patrón circular, lo que ella conocía como mandala, componía toda su visión. Verificó las otras partes del techo. Cada curvatura contenía una de esos mandalas hasta perderse de vista.

— El infinito — dijo Arash. — El infinito es lo que forma la visión del mundo islámico. Es lo que se extiende más allá del mundo material. Lo que el Islam retrata con estos domos es la naturaleza eterna de Dios. La forma más perfecta del Universo está por encima de nuestras cabezas.

Helena comparó mentalmente la manera cómo la iglesia católica retrataba la representación divina y cómo lo hacía el Islam. Y pensó en cómo la gente usaba esos mandalas en objetos, anillos y blusas sin siquiera imaginar que representan, en última instancia, la Geometría Sagrada.

— Isfahán es la casa de la Geometría Sagrada, repitió Helena.

— El problema es saber en qué parte entran Ciro el Grande y Ferdowsi.

— Tal vez fuera interesante ir al centro de la Mezquita — sugirió ella —, donde está el domo mayor.

Arash la observó con un hilo de tensión en la mirada.

Una abertura en forma de arco dibujaba una ventana en lo alto de la pared este. A través de ella un rayo de luz de luna rasguñaba el suelo de mármol color arena dentro de la cámara mezclándose con la iluminación dorada.

— Entonces ven — Arash tomó a Helena de la mano. El gesto se desarrolló mucho más naturalmente de lo que ella imaginaba. Sentía la vibración de cada falange de sus dedos. Transmitida seguridad y aquello le confortaba el corazón.

La lesión en la frente comenzó a picarle encima de la ceja. Helena crispó los labios y se llevó la mano a la cabeza. De nuevo se dio cuenta de que se encontraba en un templo sagrado del Islam con los cabellos sueltos al viento.

Casi corriendo los dos atravesaron el primer espacio y se dieron con un gran patio que conectaba a la cámara principal. Los pasos solitarios parecían resonar por toda Isfahán. El ambiente era iluminado apenas en el centro por un pequeño reflector dejando la periferia del templo con una sombra espectral alrededor. Inevitablemente los dos alzaron los ojos hacia el domo y se soltaron las manos.

El patrón geométrico dominaba toda la cúpula. El mosaico circular era el más perfecto y hermoso que había visto hasta ahora. Las formas que se asemejaban a pétalos de flor dorada llenaban todo el arte. En el borde iban disminuyendo de tamaño a medida que se acercaban al centro del mandala, concediendo un aspecto general de un degradado bicolor: azul y color de oro. Dependiendo de cómo se enfocan los ojos era posible vislumbrar diferentes tipos de patrones geométricos, hecho una ilusión óptica.

El hecho era que Helena todavía necesitaba entender cuál era la importancia práctica de ese código que pudiera proporcionar acceso al agua limpia, energía ilimitada y, sobre todo, a un modelo para la creación de sistemas sostenibles para la humanidad. ¿Tendría ese patrón un mensaje encriptado siglos atrás y cuyo conocimiento las antiguas culturas querían pasar al mundo? ¿Y por qué exactamente había fuerzas invirtiendo fuertemente para mantenerlo oculto?

— Es interesante que... — Arash se detuvo de repente y su mirada se desvió hacia algún punto en el fondo del templo, donde la luz moría.

— ¿Qué oíste? — preguntó.

— ¿Quién está ahí? — preguntó Arash hacia el lado oscuro de la mezquita.

Helena sintió que el corazón se le subía a la boca.

— ¿Quién está ahí? — dijo Arash casi gritando.

Helena pensó que era un fantasma cuando observó que dos siluetas paradas en las sombras los observaban en un silencio sepulcral.

## CAPÍTULO 68

Campbell se inclinó en la silla para ver de cerca el mapa de Irán que flotaba en una holografía sobre la mesa de Lott. Si el Flame II podía cambiar los rumbos de la crisis le gustaría saber con profundidad sus propiedades para que no ser sorprendido luego. Cualquier error de la DARPA significaría error del Departamento de Defensa y Campbell era el responsable directo. En este caso el Flame II todavía tendría el peso de evitar, quizás, una guerra de alcance impensable.

Las gafas de marco redondo de Lott quedaron distorsionadas por las luces de la holografía formando líneas negras en las mejillas y los ojos. El Mapa Físico presentaba con colores vivos las formas de relieve, la hipsometría (altitudes de las tierras divididas en colores) y la hidrografía. Una mezcla de muchos tonos color de tierra, verde y azul. El nombre de las ciudades

y la división política de las principales provincias flotaban por encima de la atmósfera del país.

Con el dedo índice Lott acomodó las gafas en su la cara e inició su explicación:

— Un poeta libanés solía decir que lo obvio es aquello que no se ve hasta que alguien lo manifieste con sencillez. — Hizo una pequeña pausa para que la frase repercutiera. — Nosotros realizamos apenas el obvio, director. Como le había explicado, sea cual sea la bomba, de fisión, de fusión nuclear o de neutrones, ellas funcionan a través de un dispositivo electrónico que hace uso de un tipo muy peculiar de generador o batería.

Las figuras de diferentes tipos de bombas entraron en foco por encima del mapa de Irán. Campbell quedó boquiabierto cuando Lott tomó la holografía de una bomba en la mano en forma de misil y lo arrojó de una mano a la otra como si fuese una naranja.

— Mire el riesgo que usted corre ahora — bromeó.

— Mucho cuidado con eso Tony Stark — bromeó el director del Pentágono. — De aquí a poco me va a decir que es el Hombre de Hierro.

Los dos se rieron entretenidos. A continuación, como quien pela un plátano, Lott abrió la bomba hasta llegar a un punto verde y brillante en el centro de ella en cuya órbita transitaban partículas de electrones y neutrones. Campbell abrió los ojos.

Era el símbolo universal del átomo.

— Aunque la bomba recurra a la energía nuclear para ser accionada, el sistema siempre dependerá de una batería. Aquí es donde entra nuestro *Flame II*.

Lott tomó las piezas que fueron quitadas de la bomba que permanecían en el aire y las reagrupó reconstituyendo la bomba. Con la punta del dedo dio un toque en el pequeño misil e instantáneamente su longitud se expandió a casi un metro. Él lo giró en su propio eje con las dos manos haciendo revelar un tablero electrónico.

— Conocemos todos los materiales de baterías y generadores que habilitan una bomba. Lo que vamos a hacer es activar todos los módulos que anulan a este pequeño aquí.

Con otro toque la bomba volvió al tamaño pequeño y Lott la agarró con la mano izquierda. Con la derecha pescó algo en el aire. Un pequeño gusano apareció colgado, abriendo y cerrando la boca nerviosa, como aquellas caricaturas de virus que se muestra a un niño para que ella tome una medicina.

— Lo hará. — Lott puso el gusano dentro de la bomba que se encontraba en la otra mano. El gusano penetró en ella, recorrió las entrañas hasta que el brillo del dispositivo electrónico se apagó. A continuación el director de la DARPA dio una palmada en el mapa de Irán mientras surgía en su lugar el mapa de Estados Unidos.

— Estas son las proyecciones de datos, frecuencias moduladas, líneas de teléfono, radio, internet que recibimos en nuestro territorio.

Campbell analizó el mapa del país rayado por líneas de varios colores. Cada color representaba un tipo de frecuencia: radio, televisión, internet y telefonía. Por debajo de las líneas, en segundo plano, el país entero se hallaba iluminado por bandas que se unían como un gran árbol de navidad.

— El Flame II tendrá el pulso de la energía electromagnética. Superficialmente funciona como aquellos equipos que SWAT utiliza para dañar a otro o para apagar la luz de un ambiente que desee invadir. Pero desde hace años estamos pensando en algo mucho más... yo diría... completo. Creo que lo conseguimos. Podemos desde aquí de mi propia sala hacer eso...

De repente el mapa de los Estados Unidos se apagó dejando el país a oscuras, se veía sólo el relieve y la hidrografía inmersos en la sombra.

— También se hace eso con generadores y cualquier cosa que tenga batería. Dado que las bombas nucleares de los últimos veinte años sólo pueden funcionar a través de una batería interna, jamás podrán ser activadas incluso si fueran lanzadas desde un avión, aquí sobre nuestras cabezas. Irán volverá a principios del siglo XX en términos de tecnología. Lo que nos concederá la posibilidad de dominar el país pacíficamente y hacer lo que mejor hacemos: imponer la democracia de hecho — y finalizó en tono glorioso.

Si Campbell no fuera experimentado en el medio militar ciertamente dudaría de todo aquello. Pero desde la década de 1980 el ejército de Estados Unidos tenía la tecnología de simplemente "apagar" un país si así lo deseaba. La guerra electrónica ocurría hacía décadas y el mundo apenas lo sabía. La inversión en Cyber Guerra abarcaba casi la mitad del presupuesto del ejército. La última obra de arte del Departamento de Defensa de Estados Unidos se llamaba *Full Spectrum Dominance*, aparatos que orbitaban a cien kilómetros de la atmósfera terrestre y que lanzaban rayos capaces de alcanzar cualquier lugar del mundo en cualquier momento. El Pentágono había publicado en su sitio oficial el proyecto y, por orden de Campbell, confirmó que la tecnología se pondría en práctica sólo en 2020. Pero por supuesto que todo ya se hallaba preparado para una eventualidad. El mundo caminaba inevitablemente hacia la guerra High Tech. Esa era la realidad. La guerra a niveles industriales había quedado obsoleta.

— Lo que me falta entender — agregó Campbell, ahora rascándose las arrugas alrededor de la boca — es cómo este virus se inserta en todos esos medios, telecomunicación, internet, sistemas de energía, etc. de manera igual. ¿Cómo va a producir un desastre si estos sectores son independientes entre sí?

Lott golpeó palmas dos veces y el sistema se apagó en el mismo instante dejando la habitación inmersa en una cortina de penumbra. Contorneó la mesa y se puso al lado del director del Pentágono con las dos manos atrás como quien presenta un plan de negocios.

— Déjeme contarle un pequeño secreto, director. Un secreto que sólo mi equipo y usted van a saber: El Flame II es tan mortal para cualquier sistema como el ébola es para el ser humano. Creo que usted sabe cómo el ébola se propaga, ¿no?

Campbell sintió que los huesos del cuerpo le dolían inflamados por la sorpresa.

— Por el aire — respondió boquiabierto, sin creer en lo que acababa de constatar. — ¡El Flame II se va a propagar por el aire!

## CAPÍTULO 69

El miedo tomó a Helena por asalto, invadiendo su piel como una corriente eléctrica fría. Parada en medio de la mezquita ella discernía el contorno de dos hombres estáticos y callados acechándolos desde la parte oscura. Instintivamente ella se protegió escondiéndose detrás de la espalda de Arash que cerró las manos e interrogó de nuevo:

— ¿Quién está ahí?

Nuevamente no hubo respuesta.

Arash hizo una señal para que se quedara quieta y caminó hacia los dos hombres.

— ¡Eh! — gritó él sacando el arma obtenida en la lucha con los policías en la carretera. Por instinto Helena buscó algún objeto alrededor que pudiera usar para defenderse. No había nada más que paredes y vigas adornadas en el gran salón vacío.

La camisa blanca de Arash fue quedando difusa hasta que casi desapareció en la penumbra.

Entonces de repente el eco de sus pasos cesó.

— ¡Eh! — esta vez gritó y su voz mansa pareció amplificarse por toda la plaza. De repente se oyó un gemido.

El asombro petrificó los huesos de Helena.

Y de golpe una carcajada alta.

*¿Pero qué...?*

Le tomó algunos segundos para identificar la voz del propio Arash riéndose a carcajadas.

— ¡Son muñecos de cera! — anunció él.

— ¿Cómo?

— ¡Sí! Estatuas de cera — repitió él, ahora con tono impresionado. — ¡Y qué estatuas! ¡Ven a ver!

Los hombros de Helena se aflojaron y ella exhaló un suspiro lleno de alivio.

*¿Cuántos principios de infarto más voy a tener hoy?*

Se dirigió al punto guiándose por la silueta de la camisa blanca de Arash que era casi una holografía en la sombra. Cuando llegó muy cerca vio que tocaba el rostro de una estatua de cera de un hombre alto con la mirada vidriosa y negra. Apretó los ojos para estimular las retinas y adaptarse a la oscuridad. El hombre usaba una barba blanca, turbante y un libro grueso bajo el brazo. A su lado había otro sujeto menor, casi del tamaño de Helena que sostenía en la cabeza un casco de un dorado celestial dividido en líneas en la cabeza que recordaban hilos de pelo lisos peinados hacia atrás. Tenía la piel morena pero ojos claros, tal vez azules, de una veracidad que llegaba a molestar. La barba que ampliaba la longitud de su mandíbula era densa y oscura como un bosque negro.

— ¡Qué reales! Pero... ¿Qué están haciendo aquí en una mezquita?

— Es una exposición de un artista iraní. — Él apuntó a un cuadro clavado provisionalmente a la pared detrás de los muñecos donde había la indicación del artista y el tipo de la obra. — Aunque es un templo sagrado esta mezquita también es el punto turístico más visitado de Irán. Este sincretismo de religión y entretenimiento crece cada día aquí por orden del Ayatolá dado que cada vez más las generaciones actuales no aguantan la rigidez de la Teocracia y buscan otras religiones como válvula de escape del sistema.

Helena sintió pena de una cultura como aquella que fue deteriorada poco a poco por el ácido gobierno religioso de los ayatolás.

Recorriendo con la mirada la figura del hombre de turbante ella notó que había una placa informativa a sus pies. Se agachó y estrechó los ojos para intentar leer entre las palabras oscuras.

Entonces sintió todo el cuerpo vibrar y apenas logró repetir lo que leyó:

— Ferdow... Ferdowski, ¡Arash! ¡Lo encontramos!

— Sí— confirmó él —, le presento a la señora uno de los mayores héroes de nuestra cultura. Hay universidades, avenidas y un sin número de monumentos en Irán en su homenaje.

En la placa de bronce estaba escrito:

*Ferdowski: autor de Shanahmaeh o El libro de los Reyes.*

— Y este que está aquí— le dijo alisando el brazo del muñeco — es Ciro el Grande, el primer emperador de Persia.

*Ferdowski y Ciro el Grande indican su mayor representación, se acordó ella constatando una vez más que la metáfora de César siempre era literal. Sólo necesitamos entender cómo indican el prototipo de Energía Libre!*

Helena apoyó una mano en el suelo y se deslizó cerca de la placa de Ciro para leer en la semi oscuridad mientras Arash buscaba algo detrás de los muñecos.

— Creo que encontré el interruptor... sólo un instante que...

Ella oyó un clic agudo y una luz dorada envolvió las dos estatuas de vida como un campo magnético circundando cada una.

— ¡Entonces, hágase la luz! — bromeó Arash volviendo junto a ella.

Helena tuvo la impresión de que, incluso no conociendo la fisonomía real de los dos hombres, sus copias no podrían ser más perfectas.

Ella pudo leer en la placa del hombre adornado.

*"Ciro el Grande (559 a. C. — 530 a. C.), enterrado en Pasárgada. Primer emperador persa. Admirado como uno de los primeros defensores de los derechos humanos, Cyrus toleraba la diversidad religiosa y respetaba las costumbres de los pueblos que conquistaba. Por más de doscientos años su Imperio abarcó toda Asia Central y Oriente Medio. Persia se convirtió en una de las civilizaciones más avanzadas de la antigüedad.*

A continuación había un apéndice:

*"...No autoricé a nadie a maltratar al pueblo ni a destruir la ciudad. Ordené que toda la casa permaneciera intacta, que los bienes de cada uno no fueran saqueados. Ordené que todos fueran libres para adorar a sus dioses. Ordené que cada uno fuera libre en su pensamiento, su lugar de residencia, su religión y sus desplazamientos, nadie debe perseguir al otro..."*

No era por casualidad que la copia del cilindro de Cyrus, considerado el primer tratado de los Derechos Humanos de la historia, tenía un destacado espacio en el museo de la sede de la ONU. El hombre que asentó los primeros pilares de la Antigua Persia era un ejemplo de diplomático. Incluso conquistando otras tierras la historia de Cyrus demostraba que su objetivo no se resumía en construir un reinado de dominación sino de unión. Helena tenía la certeza de que si Irán fuera invadido por el supuesto de poseer armas nucleares ese principio estaría lejos de ser recordado.

— Sobre Ferdowsi — agregó Arash —, él era un musulmán que guardaba rencor de la influencia árabe. Dedicó treinta años de su vida para componer la historia épica titulada *Shanahmaeh o El Libro de los Reyes*. Cualquier adulto iraní ya lo ha leído al menos dos veces. Es la obra más famosa de nuestra historia — dijo él orgulloso. — Sostiene la idea de que, en términos éticos, los individuos más preparados para gobernar son aquellos que más se rehúsan a asumir esa tarea prefiriendo, en cambio, dedicarse a las principales causas de la humanidad, cómo explorar la naturaleza de la sabiduría, el destino del alma humana y la incompreensión del propósito divino.

Helena meneó la cabeza afirmando mientras miraba la estatua de arriba abajo. En otras circunstancias ella se quedaría días enteros conversando con Arash sobre todo aquello, sobre la dicotomía entre la codicia al poder y el genuino deseo de ver el mundo cambiar, sobre cómo reflejarse en los principios más nobles de la antigüedad en la política actual, en un modelo ya fallido desde hacía siglos.

Además de haberlos dirigido a ambos por el camino del prototipo de Energía Libre ella tuvo la sensación de que César se valía de la oportunidad para enseñarles sobre la moral del liderazgo, de la verdadera política sana y del respeto al Bien Común, todo lo que inspiró a Helena a seguir el camino de la diplomacia.

*Muy típico de él.*

El problema ahora era comprender la relación de los dos mártires con el Torus, la Geometría Sagrada y, consecuentemente, su contribución al siguiente paso de la invención del César.

Helena analizó el espacio entre las dos estatuas. No había nada en el suelo que ellas pudieran esconder. Con un movimiento gracioso apoyó una de las manos en los pies del soberano y proyectó la cabeza hacia atrás de la estatua.

Detuvo la respiración con lo que leyó.

Había un mensaje para ella del otro lado de la estatua de Ciro.

## CAPÍTULO 70

Mordiéndose los labios compulsivamente dentro del helicóptero Mi — 8 de la ONU, Doroth Morgan observaba la concentración de su pequeño equipo con los rostros llenos de preocupación mientras se acercaban al aeropuerto JFK. El sellado acústico del aparato bloqueaba casi de manera integral el sonido de las hélices dejando el ambiente con la calma de un avión. Ella tenía la compañía de tres asesores que trabajaban compenetrados en sus computadoras portátiles que llevaban en el regazo.

*Estos son los únicos miembros de la ONU que tienen conocimiento de las evidencias de armas nucleares en Irán y de la desaparición de mi comisión investigadora.*

— Disculpe, señora Secretaria — su más joven asesor, un muchacho de Sudáfrica, la llamó desde el asiento al lado. Él se aclaró la garganta y alisó un poco sus cabellos crispados. Doroth tomó una taza en la mesita al frente y desvió la mirada hacia él. — El editor de la CBS quiere entender cómo el combate a una acción terrorista fue tan afortunadamente planeado hasta el punto que los dos criminales salen a la vista de todos por la puerta de la sede. Y además — el asesor bajó los ojos para ver una anotación en el cuaderno — él quisiera saber también qué tipo de célula terrorista es esta que recluta mujeres.

Doroth cerró los ojos por un instante. Intentó responder con calma fijando la vista en algún punto del asiento que estaba delante de ella:

— Dígale que eso es un dolor de cabeza exclusivo del personal del Servicio Secreto y de la CIA, Khumalo. — Y se llevó a la boca el borde de la taza de café. El muchacho meneó la cabeza y volvió al trabajo.

Doroth había decidido insistir en esa mentira hasta que todo se resolviera. Era evidente que la ONU disponía de un departamento de inteligencia propio. Pero ella no quería exponer los hechos reales más allá de su equipo personal. Su contacto en el Servicio Secreto estadounidense, el agente Cole, había abordado al taxista que había ayudado a la pareja en la fuga. El agente llamó a Doroth más temprano y relató algo absurdamente inimaginable: el cómplice de la fuga, que respondía al nombre de Salim, había logrado la proeza de vivir como un fantasma en Estados Unidos por diez años. No tenía registro, hijos, casa, bienes... nada. Era de origen libanés y no tenía ningún vínculo con facciones terroristas. La única información que consiguió arrancar del indigente era que él conoció a Arash Zarak en las calles de Manhattan donde vivieron dos años antes de que Arash consiguiera un empleo de taxista. Ahora Salim tenía una esclerosis lateral que le pronosticaba sólo dos meses más de vida.

El escándalo de la pareja que había huido por la puerta del frente de la sede causó una inmensa molestia. Su asesoría había tenido que usar la foto de un hombre y una mujer



desaparecidos en un accidente de avión, sugiriendo que los dos habían forjado su propia muerte para entrar en Estados Unidos y promover un atentado con bomba en la sede de Nueva York. Obviamente la prensa, la mayor especialista en inventar historias falsas y construir la opinión pública, no dio crédito a esa versión.

Las otras dos misiones de su equipo hasta el aterrizaje consistían en encubrir la desaparición de su comisión investigadora en Teherán e impedir que la noticia de las armas nucleares se difundiera. Si esas dos calamidades se filtraran antes de que Doroth dialogara con el presidente de Irán los planes fracasarían. Ella sabía que era posible guardar una noticia por 48 horas si su equipo trabajaba correctamente como lo había hecho hasta aquí. Más que eso, sin embargo, era casi imposible.

*Ya estamos en el límite aceptable para que todo salga a la superficie.*

El helicóptero hizo una curva ligera a la derecha y los párpados maquillados de Doroth se frunció como reacción a la luz del sol. Ella volvió la cara hacia la ventanilla mirando el mundo azul del estuario del río Hudson en todas las direcciones allá abajo. Por un momento se reservó el derecho de concentrarse en las líneas blancas que, en forma de olas, colisionaban tranquilamente unas con otras cuando los barcos se movían. Intentó enfocarse en las cumbres de las pequeñas olas que relucían los rayos del sol como si fueran diamantes. Pero no pudo detenerse allí por mucho tiempo.

Otro asesor sacó otro tema con una voz temblorosa:

— Señora...

Doroth identificó inmediatamente el origen del titubeo de él.

*Miedo.*

Ella inhaló el aire lentamente y lo soltó aún más lentamente volviendo los ojos hacia afuera como si presintiese lo que su asesor sentía.

Fue en los cielos de Nueva York que la Secretaria General de la ONU oyó la noticia más alarmante de su carrera.

## CAPÍTULO 71

*Toda honra a Alá.*

Los frondosos árboles de la Avenida *Chahah Baqah-e Abbasih* retribuían la oración de Navid produciendo una brisa fresca en su rostro. El movimiento en Isfahán era casi nulo mientras su Peugeot navegaba entre una flota de autos abandonados en medio de la vía. Algunos estaban atravesados y con las puertas abiertas sugiriendo que sus conductores no perdieron tiempo en abandonarlos al sentir el suelo temblando bajo la planta de sus pies.

Sin embargo en aquella región próxima al centro de la ciudad no hubo perjuicios devastadores como en la periferia. Solamente algunos resquicios de la tragedia eran visibles. Edificios abandonados; enormes rajaduras cruzaban sus fachadas y había pedazos de hormigón en el suelo. De vez en cuando Navid divisaba restos de vidrio en el piso, probablemente de vidrieras y ventanas que explotaron con el temblor.

Se preguntó si algún día Isfahán volvería a gozar de aquel aire vigoroso que siempre tuvo. Plátanos y álamos que en otoño dejaban volar las hojas rojas y amarillas por encima de las cercas que rodeaban las construcciones; jardines que adornaban las dependencias públicas; mezquitas y parques con su abundancia de flores y su simetría perfecta; jóvenes apreciando la puesta de sol debajo de los encantadores arcos de Pol-e Khaju, el puente más bello de Irán.

Navid sintió el fulgor del odio reactivando cada punto de su cuerpo. Bufó todo el aire que quemaba en su pecho. La sensación de repudio a Estados Unidos aumentaba a cada metro.

Se acordó de la sigla que su amigo le dio en una hoja de papel y sintió asco: H.A.A.R.P.

Se desplazó en zigzag por media docena de autos parados y cuando recuperó el juicio observó el cielo por algunos segundos a través del parabrisas. Nada era más extraño que la constatación anómala que había identificado en su laboratorio. Normalmente en los días que preceden a un gran terremoto se podía ver un calentamiento de la ionosfera en la región que sería afectada. Los puntos rojos en el gráfico, sin embargo, debían mostrarse esparcidos por todo el territorio y no de la manera en que los datos le mostraron a él. Como un ojo de huracán en toda su cólera una única esfera roja se situaba exactamente encima del territorio de la provincia de Isfahán.

Navid se imaginó revelando a la ONU o al gran Ayatolá sobre los planes diabólicos de aquel país. Sería su gloria. Su misión cumplida. Sin embargo apenas tuvo tiempo de dar rienda suelta a esa posibilidad ya que su reflexión fue interrumpida bruscamente por algo inesperado.

De reojo reparó que un vehículo se aproximaba a una velocidad vertiginosa por la izquierda, en un cruce. Navid accionó el freno por detrás del volante y los neumáticos sonaron fuerte, rezó que fuese suficiente para evitar el impacto. Un Mercedes se precipitó volando bajo a gran velocidad y por poco no arrancó la parte delantera del Peugeot. Sintió latir su corazón reverberando en las manos y el cuello. Pasmado observó la trayectoria que el vehículo trazaba. Detrás de él, a la misma velocidad, pasó otro Mercedes.

Y otro más.

*Vehículos personalizados. Tres móviles de la policía de Isfahán.*

No obstante las sirenas permanecían apagadas. No era necesario usarlas en un lugar desolado, pensó. Los Mercedes tomaron la avenida en que Navid conducía y aceleraron hasta una esquina en que, bruscamente, hicieron una curva de noventa grados a la derecha, hacia la vía *Bagh-e Goldaste*.

Exactamente lo que Navid haría.

La conexión de los hechos vino como un tiro.

Los móviles se juntarían a los tres jeeps que Navid había visto en la entrada de la ciudad y se dirigirían para la Plaza Nawsh-e Jahan.

Donde se encontraba la pareja fugitiva.

## CAPÍTULO 72

*"Helena, quod superius est sicut quod inferius, et quod inferius est sicut quod superius."*

La reacción de Helena al leer la frase fue sentarse pesadamente en el suelo de mármol. Detrás de los pies de Ciro, en la pequeña plataforma de madera que sostenía el muñeco de cera, había un mensaje tallado precariamente. Helena la conocía bien. Ella apoyó los codos en las rodillas y se estabilizó.

— El Principio de Correspondencia — pensó en voz alta.

— ¿De Niels Bohr? ¿El ganador del premio Nobel? El físico que contribuyó al conocimiento de la estructura atómica...

— No — lo interrumpió Helena concentrada —, es el Principio de Correspondencia de Hermes Trismegisto... Esta frase está contenida en un libro llamado Kibalión, que es atribuido a

los Tres Iniciados, hombres que decían seguir la sabiduría de las Escuelas Herméticas del Antiguo Egipto. En latín quiere decir: "lo que está arriba es como lo que está abajo y lo que está debajo es como lo que está arriba."

Arash se agachó cerca de ella para ver el mensaje. Soltó un silbido de sorpresa al leerla.

— Para una académica que consideraba el Torus un conocimiento esotérico, ¿estás sabiendo demasiado!

Helena asintió. Sabía que una pequeña parte de la población mundial conocía los principios herméticos. Tal vez sólo exóticos como César y ocultistas de sociedades secretas.

— Conozco a Hermes Trismegisto — dijo Arash. — Sé que en realidad es una deidad que incorpora atributos del dios griego Hermes y del egipcio Toth pero sólo eso.

— Hace unos diez años César me dio el Kibalión y me pidió que lo leyera con cariño porque era una de las claves para entender todo lo que él hacía en aquel momento. Como él siempre era misterioso con su trabajo pensé que leyéndolo de cabo a rabo descubriría todo. Confieso que lo hice con cierta distancia intelectual como una alumna pragmática ya que todo me sonaba demasiado místico, algo que nunca fui. Por supuesto no encontré ninguna relación entre la Ingeniería Nuclear con el hermetismo del antiguo Egipto pero me quedé con eso en la cabeza.

Arash se levantó y se acarició se acarició la barba crecida pensativo.

— Bueno, recordemos que, a pesar de enigmático, en ningún momento César fue incomprensible en sus palabras clave. Las metáforas siempre fueron literales porque, de alguna manera, él sabía que estaríamos juntos ayudándonos el uno al otro. Esto también ha de ser fácil.

— *Isfahán es la Casa de la Geometría Sagrada. Ferdowsi y Ciro protegen su mayor representación* — repitió Helena.

— Veamos — dijo Arash —, ¿en qué consiste exactamente el Principio de la Correspondencia?

Helena permaneció absorta en pensamientos, repitiendo palabras.

— Ferdowsi y Ciro... Ferdowsi y Ciro... Ferdow... — De repente ella sonrió de sorpresa.

— ¡Pero qué desatención! ¡Todavía falta mirar detrás de Ferdowsi! — Tomó impulso con las manos en el suelo y se puso de pie rápidamente. Tuvo que apoyarse en una de las estatuas para no caer. Sentía de nuevo el dolor de cabeza que vino junto con un gusto amargo en la boca. La tensión, los desmayos, el hecho de estar en ayuno todo el día y todos las heridas por el cuerpo se concentraban en una sensación: vértigos crónicos, las paredes azules que parecía cerrarse a su alrededor.

*¿O serían los efectos de la radiación de Isfahán?*

Dio tres pasos hacia atrás y se agachó al lado del poeta persa espiando con el cuello hacia la parte trasera de la plataforma mientras que Arash se acercaba.

Con asombro se detuvo.

Otro mensaje.

— ¡Encontré! — exclamó ella.

Las letras esculpidas parecían haber sido hechas con prisa, pequeñas astillas finas se destacaban en la pieza de madera.

— *Omnia quae de fluye y refluye*. Todo tiene su flujo y refluye.

— ¿También está en el Kibalión?

— Sí, ¿es el principio del Ritmo!

Él se encogió de hombros.

— Mira, voy a intentar explicarte todo lo que leí en el Kibalión sobre esos dos principios

para que me ayudes. Hermes Trismegisto habría vivido cerca de 2700 años antes de Cristo...

— Espera — intervino Arash —, ¿no es una leyenda?

— El Kibalión afirma que no. Incluso dicen que vivió trescientos años como algunos nombres de la Biblia. Pero lo interesante es que, según el libro, fue del Antiguo Egipto que salieron los preceptos más fundamentales del ocultismo y esoterismo y que influenciaron las filosofías de todos los pueblos. De aquí, de la Antigua Persia, pasando por la India, el Japón, la Antigua Grecia y Roma, etc. todos bebieron del conocimiento de Trismegisto.

— Y, por consiguiente — añadió Arash, pareciendo captar las informaciones con rapidez —, Trismegisto debe haber influenciado toda la ciencia moderna ya que sus mayores exponentes fueron los místicos y esotéricos de sociedades secretas, o sea, herméticas.

— Exactamente. Nunca fui adepta de las teorías de la conspiración pero lo que sé es que hoy empleamos el término hermético en el sentido de secreto, cerrado de tal modo que nada escapa porque los discípulos de Hermes predicaban esto. Los Tres Iniciados afirman en el libro que el ocultismo verdadero se degeneró en la India y en Persia porque sus instructores estructuraron los conocimientos en forma de dogmas. Se perdieron en la religión, supersticiones, culto a los dioses y credo. Todo habría sido destruido también en Grecia y en Roma que se perdieron a causa del culto.

— Espera, entonces parece que, además de demostrar un sincretismo religioso en sus pistas, ya que pasamos por el Zoroastrismo, el Islam y ahora la filosofía hermética, César quiere darnos el mensaje de que nuestro conocimiento antiguo ha sido perdido. El conocimiento de la antigua Persia.

— Parece que sí. El Kibalión dice que Trismegisto habría elaborado siete principios. A partir de ellos se comprenden todos los mecanismos del Universo siendo que a dos de ellos César los escribió aquí, tal vez porque suponía que yo podía identificarlos. El Principio de la Correspondencia... — dijo ella, apuntando a la estatua de Ciro —, descubriría las tantas paradojas universales y los secretos de la naturaleza. Y el Principio del Ritmo defiende que todo tiene sus "mareas". Todo sube y baja; todo se manifiesta por oscilaciones que se compensan. Por ejemplo: el movimiento de atracción y repulsión como un péndulo, una marea alta y una baja, hay una acción y una reacción...

— ¡Es eso! César quiso demostrar cómo funciona el Torus. ¿Recuerdas lo que te dije allí en el Templo Adrián?

— ¿Sobre la semilla?

— Sí. — Arash sacó de su bolso un bolígrafo y dibujó un círculo en la mano como una manzana. — El patrón del Torus funciona exactamente así. La energía fluye a través de un extremo, circula por el centro y sale por el otro lado iniciando el ciclo una vez más, eternamente es así. Es equilibrado y completo. Es con ese flujo que se genera la Energía Libre. — Hizo una pausa. — Helena, el Principio del Ritmo que está contenido en el prototipo de César viene de conocimientos ancestrales del Antiguo Egipto y de Hermes Trismegisto.

Helena se acordó del diseño tallado en la pieza del prototipo.



Estaba absolutamente admirada.

— Y como ya te expliqué, no es al azar que vemos ese mismo patrón desde el átomo pasando por las semillas, los tornados, huracanes, campo magnético de la Tierra, hasta las galaxias. ¡La dinámica es la misma! El único proyecto del Universo desde siempre ha sido fabricar Torus.

Esforzándose para comprender todo, Helena sentía que debía ser cada vez más objetiva.

— ¿Pero en relación a “lo que está arriba es como lo que está abajo, y lo que está abajo es como lo que está arriba?”

Arash miró a su alrededor intentando situarse. Masajeó el antebrazo vedado por un paño viejo donde una bala había dejado un rastro rojo en la piel. Sacudió la cabeza negando como si no supiera responder. También parecía un poco mareado.

— Vamos que hay un flujo continuo por el Torus. Y también se puede decir que lo que está arriba — él puso el dedo en la parte que simulaba la parte superior del dibujo imaginario — es como lo que está abajo.

Helena caminó hacia el centro de la mezquita, más para intentar ahuyentar la sensación de vértigo que para razonar. Al llegar debajo del gran Torus levantó la cabeza hacia lo alto como si su inconsciente buscara la respuesta de aquello que la geometría perfecta de aquel dibujo representaba en aquel templo: lo Divino.

Entre un pensamiento y otro una gota de lucidez cayó helada en su cara traída por los hilos de luz que entraban por los pequeños arcos que bordeaban el Torus.

Una vez más la respuesta era tan obvia que su mente se rehusó a crearla.

## CAPÍTULO 73

Thomas Wilker apretó las manos de cada uno de los presentes a la reunión del Consejo y se sentó a la mesa redonda de caoba del Pentágono. Era el tercer encuentro desde las últimas 48 horas. El presidente de Estados Unidos y su Vicepresidente se encontraban en campaña y sólo las cinco cabezas más determinantes del país, después de ellos, fueron invitados a participar: Wilker se sentó al lado de Aaron Jones. También estaban allí el Director de la NSA David Johnson y el Director de la CIA, Gareth Tabe.

Sólo había una excepción: Ron Jay Campbell.

El director del Pentágono había salido al final de la segunda reunión afirmando que entraría en contacto con Dorothea Morgan. Hasta el momento no había dado noticias. El director del Pentágono era el único que repudiaba la intervención inmediata en Irán. Y esa decisión incomodaba a los demás miembros del consejo.

— Señores, perdónenme por el retraso — dijo Wilker. — Estuve en reuniones con los jefes militares hasta ahora. — Se desabrochó tres botones de su blazer negro adornado de insignias militares y preguntó. — ¿Podemos comenzar?

La cara de los demás hombres revelaba profunda inquietud.

Aaron Jones interrumpió:

Thomas, nuestros agentes informaron que los tres diplomáticos del equipo que Dorothe Morgan envió al país están muertos. Estos desgraciados terroristas perdieron totalmente la noción de las cosas.

Wilker frunció el ceño intrigado.

— ¿Quién hizo eso? — preguntó con una expresión de sorpresa.

— Nuestros agentes aún no lo saben — respondió David Johnson. — Pero todo lleva a creer que está ligado directamente al servicio secreto iraní.

Wilker bajó los ojos y vio su propio reflejo distorsionado en la mesa de caoba. Su calvicie parecía emitir luz propia.

— ¿Y el presidente?, ¿hasta ahora nada?

— El presidente está a favor de la intervención inmediata — dijo Wilcock. — Si no somos nosotros será otro país tan pronto como se enteren de todo. Mejor controlar el cuadro antes de que alguien lo haga.

— ¿Quién mataría a diplomáticos de la ONU en una visita ordinaria? ¡Sólo quien esconde algo! — añadió David Wilcock.

Wilker estaba totalmente de acuerdo.

— Si vamos a atacar — contestó Jones, rascándose se cara redonda — debemos hacerlo antes de que esas supuestas bombas se vuelvan operativas pues si esperamos dos o tres días no tendremos la garantía de que no serán lanzadas. ¿O creen que Irán sólo está realizando una producción para tener stock?

Thomas Wilker puso las dos manos en forma de oración sobre la nariz y la boca pensativo.

— ¿Y el Flame II? — preguntó. — ¿Ustedes mantienen la posición de no utilizarlo?

— Thomas — dijo Aaron —, a diferencia de Campbell todos en la mesa concuerdan con la intervención militar rápida e inmediata a través de Turquía. ¿Desde cuándo un arma blanca provoca el miedo en la cabeza de locos fundamentalistas como el Ayatolá y su exótica trupe?

Wilker pensó en cómo el ejército de Estados Unidos estaba mal visto por la sociedad tras los fracasos en Afganistán, Irak y Siria. Gastos multimillonarios, miles de bajas por errores en estrategia y un déficit presupuestario como nunca antes registrado.

*Una invasión ahora nos colocaría en el nivel del que nunca deberíamos haber salido.*

— Yo apoyo la decisión — dijo girando los pulgares detrás de los dedos cruzados sobre la mesa. — Vamos a llevarle lo que fue deliberado aquí al presidente y luego al Congreso. Sabemos que tenemos la mayoría para esa decisión.

Una cortina de silencio recayó sobre la sala, cada uno estaba concentrado en su reflexión personal. Entre un pensamiento y otro el celular de Wilker retumbó con un mensaje.

— Con permiso, un minuto señores. — Metió la mano en el bolsillo interno de la chaqueta y sacó el aparato. No se sintió incómodo ya que nadie allí apagaría el móvil en ese momento de la crisis. Cuando presionó el dedo para activarlo percibió que los otros tres compañeros llevaban la mano al bolsillo y traían de vuelta el aparato celular los sonidos diferentes de musiquitas de SMS se desparramaron por el aire.

Todos se miraron, la tensión invadía el aire.

Wilker se puso las gafas y leyó el mensaje en la pantalla.

Venía de uno de sus asesores.

No esperaba que se extendiera tan rápido.

*La noticia de las armas nucleares y de la muerte de los inspectores de Dorothe llegó a la*

*prensa mundial.*

## CAPÍTULO 74

"Helena, quod superius est sicut quod inferius, et quod inferius est sicut quod superius."

— ¡Lo que está arriba también está abajo! — esta vez Helena repitió el adagio hermético con entusiasmo, el eco de su voz llenaba el pórtico de la mezquita. Ignorando las puntadas en la cabeza ella buscó algo en el suelo. Pero no vio nada más que un piso de mármol.

Arash acudió a su encuentro.

— ¿Qué pasó?

— Lo que se ve arriba se ve abajo. Debería estar aquí. Exactamente debajo de la mayor representación de la Geometría Sagrada de Isfahán indicada por Ferdowsi y Ciro. ¡Aquí, en esta mezquita!

Arash abrió los ojos, sorprendido.

— Sí pero no veo nad... — Paró de repente y desvió la mirada hacia un punto en el suelo justo en el centro de la cúpula. Helena siguió sus ojos y percibió que había un azulejo de mármol que poseía un rejunte diferente de los demás. Mientras los que lo rodeaban eran de color tierra aquel tenía un tono que lo diferenciaba de los demás, era marrón oscuro.

*Porque ha sido modificado recientemente.*

Arash buscó su bolígrafo en el bolso y se agachó con rapidez. Fue necesario apoyar una mano en el suelo para no perder el equilibrio. *¿Qué está pasando conmigo?*

Él agarró el bolígrafo con la palma de la mano cerrada y se puso a lastimar el espacio rejuntado intentando abrir una zanja pequeña. El bolígrafo entraba con cierta facilidad. Probablemente se trataba de una masa penetrable. Después de unos segundos en ese movimiento consiguió abrir una grieta.

— Ayúdame aquí— le pidió.

Apoyando las manos en las rodillas y luego flexionándolas con dificultad Helena se agachó. Arash se frotó las manos y metió la punta de los dedos en el agujero abierto. Helena hizo lo mismo, las uñas con esmalte deshecho se llenaron de argamasa. En un instante el piso cedió y los dos lo movieron a un lado produciendo un sonido frío y arrastrado como una tabla de sarcófago abriéndose.

*Nuestro pasaje de vuelta está aquí...*

Sin embargo lo que vieron no sugería eso.

Posado sobre lo que parecía un tramo de la superficie había una pieza circular del mismo material del cilindro, metal pero menor y un poco más complejo: tenía una punta fina también de metal en su extremo.

*¡Una parte más del prototipo!*

Helena exhaló un poco de tanta tensión a través de sus pulmones.

*César, pensó ella, ¿por qué no pusiste el prototipo entero aquí? ¿Y dónde estás?*

— ¡Enhorabuena embajadora! — dijo Arash, tratando de calmarla con una mano en su hombro. — Ahora vamos, necesitamos buscar un lugar más seguro para analizar nuestro próximo paso.

Helena sintió un escalofrío en la nuca. Imaginando soldados del ejército iraní entrando con sus AK-47 en aquel templo se levantó rápidamente apretando la frente con la mano. Mientras tanto

Arash metió la mano en el agujero tomando el cilindro enrollado en el paño y lo guardó en su bolso cruzando la correa sobre el pecho.

Al ponerse de pie él la agarró levemente por el brazo y los dos salieron mezquita. Pasaron corriendo por el patio que conectaba los dos domos del complejo, después por el salón de los techos curvados. Al llegar a la escalera fueron recibidos por las acogedoras luces doradas que brillaban como si la Plaza estuviera envuelta por una cúpula celestial.

Jadeantes se acercaron al carruaje pero se detuvieron al oír un cambio en el sonido de la plaza. Los sonidos del gran espejo de agua de repente se extinguieron y el ruido placentero de las gotitas chocando contra la superficie dio lugar al silencio total. A continuación, como un corredor de luces automáticas, las luces de la plaza Naqsh-e Jahan pasaron a apagarse una a una, poste por poste, arco por arco en una progresión rápida y siniestra.

Entonces vino la oscuridad absoluta.

De repente Helena sintió que los cabellos sueltos revoloteaban a causa de un viento que descendía fuertemente. Después de un segundo percibió que el flujo fue más fuerte hasta que se convirtió en un tornado. Un pequeño sonido metálico venía con él, parecido a un...

*¡Helicóptero!*

Esta vez Helena agarró con fuerza el brazo de Arash. El tornado provocado expulsaba las hojas de los arbustos del lugar. El aparato no emitió luz y, por lo que Helena conocía, producía menos ruido que lo normal a la distancia en que se hallaban. Alrededor de veinte metros al norte Helena vio el contorno de la aeronave, su aspecto recordaba al de un arácnido gigante tomando posesión del centro de la plaza.

Como si estuviera a punto de dar un golpe letal.

## CAPÍTULO 75

Christopher Lott se acomodó en la silla junto a Ron Jay Campbell simulando una sonrisa. Aunque él había revelado todo a cerca del Flame II al director del Pentágono tenía absoluta certeza de que el encuentro no había sido marcado para profundizar los detalles técnicos del virus. Campbell ya había tomado conocimiento de prácticamente todo el procedimiento y tenía preocupaciones mucho más dramáticas que la tecnología de la DARPA.

*Independiente de lo que vino a hacer aquí ya estoy ganando.*

Sin embargo Lott tenía cierta confianza en su proyecto pues había notado que el rostro de Campbell tenía una expresión reflexiva después de su presentación. Ellos necesitaban aprobarlo, por el futuro de Estados Unidos y por el futuro de su agencia.

— Luces — dijo él.

En el mismo instante la luz se disipó en la sala y observó al director del Pentágono apretar los ojos arrugados para adaptarse a la nueva luminosidad.

— ¿Sabes, Christopher? — dijo Campbell, cruzando una pierna sobre la otra —, siempre admiré mucho las recomendaciones de Sun Tzu en relación a la guerra: "Derrotar al enemigo en cien batallas no es la excelencia suprema; la excelencia suprema consiste en vencer al enemigo sin tener que luchar". Y por esa razón defiende que es preferible vencer a los adversarios al principio de las operaciones.

— Capítulo tres, "*Las estrategias de lucha*" — completó Lott viendo la cara arrugada de Campbell sorprenderse por haber citado el nombre del capítulo de *El arte de la guerra*.

— Exactamente — asintió el director del Pentágono. — Sun Tzu también aconsejaba que si



no fuera posible inviabilizar al adversario que lo aislara para dejarlo indefenso. Usted y su equipo desarrollaron una forma de encarcelarlo antes incluso de que el conflicto estallara. Felicitaciones. — Campbell daba la impresión de que aquello era sólo una introducción, sus manos cruzadas sobre la pierna apretándose entre sí daban un raro signo de inquietud.

*Vamos, director. Diga lo que quiero oír.*

— Yo no haría nada sin el equipo espectacular que usted reclutó para la Agencia — simplificó a Lott, aunque era consciente de que el proyecto que había presentado a Campbell consistía en una alternativa singular para destruir a cualquier adversario sin ninguna baja directa de militares ni de civiles. El *Flame II* confería la posibilidad de que Estados Unidos ganara una guerra sin siquiera haberla declarado oficialmente.

Campbell sólo asintió.

— Usted sabe que el presidente y el vicepresidente están muy preocupados por esta crisis aunque estén en época de campaña electoral, lo que les obliga a seguir una agenda extremadamente rígida.

— Lo que nos lleva al motivo real de su visita, ¿no?

— Correcto. El Consejo cree que en este momento el uso del *Flame II* sería transparente debilidad al enemigo. En cierto modo es así. Pero si lo utilizamos de la manera correcta estoy seguro de que nos temerán aún más.

*Exactamente*, pensó Lott.

El director del Pentágono parecía más sobrio ahora, las líneas de su frente se relajaban contra las cejas blancas.

— ¿Y el ejército? — preguntó Lott.

— ¿Aquellos ególatras? Como siempre piensan más con las vísceras que con el cerebro. Wilker sabe que tienen problemas con la opinión pública debido al fracaso de las últimas intervenciones. Una guerra ahora caería como anillo al dedo, ¿no crees?

Lott dijo que sí satisfecho por el rumbo de la conversación.

— Las agencias de contraespionaje, infelices, pasaron lejos de la prevención de ese riesgo. Y es por esa razón que vine a invitarlo a actuar conmigo para implementar *discretamente* el *Flame II* porque entiendo que es lo mejor para los Estados Unidos en el momento.

Lott no pudo contener la expresión de espanto. *¿Quiere pasar por encima del presidente y del Consejo?* Se tensionó en el sillón fijando su mirada en los ojos azules del Director del Pentágono tratando de entender si aquel hombre sentado frente a él era Ronald Jay Campbell en carne y hueso. El viejo era considerado como la expresión máxima de la ética y el sentido común dentro del gobierno. Había libros sobre sus acciones en la época de la Crisis de los Misiles de 1962 y honores sin igual. Cuando él quiso asumir el cargo de Secretario de Defensa a sus 74 años, los estadounidenses lo aclamaron por su ferviente patriotismo. El director del Pentágono era un patrimonio del gobierno de Estados Unidos de modo que una posición como ésta no se acomodaba a la imagen que hasta ahora tenía.

Fuese una locura o un exceso de confianza, Lott, de cierta manera, ansiaba por esa posición. La DARPA necesitaba ser mejor vista. Había una gran distorsión sobre la imagen de la agencia, la opinión general era que se gastaba mucho para tan poca repercusión. Y en los últimos años esto se intensificó aún más debido al hueco que el ejército había dejado en el presupuesto con sus intervenciones.

*Los estadounidenses desinformados no entienden que los grandes hechos de la DARPA difícilmente vienen a público.*

— Sólo hay un pequeño problema — declaró Lott. Me temo que esta operación sea...

— ¿Ilegal? — interrumpió Campbell. — Sí, Lott, vamos a conducir una operación ilegal. Pero la pregunta es: ¿Usted acepta?

Lott reflexionó por varios segundos mientras el director del Pentágono aguardaba con su mirada intensa y la ansiedad insinuada en su rostro. Por último preguntó:

— ¿Cuándo quiere empezar?

Campbell se levantó de la silla y se dirigió a la cafetera futurística al otro lado de la oficina.

— Exactamente ahora.

## CAPÍTULO 76

No se veía a más de tres metros delante de los ojos en la plaza Naqsh-e Jahan.

La luna menguante de repente estaba envuelta por completo por las nubes grises, de modo que era muy difícil identificar el cuadrante en que ella se hallaba. Helena soltó un ruido de miedo sintiendo el viento generado por el helicóptero disminuir hasta que las hélices lentamente se detuvieron. A continuación el sonido camuflado y sofocado de sus rotores murió.

Silencio.

— Quédate detrás de mí— la voz mansa de Arash salió en un susurro cauteloso. Al ponerse en su espalda ella percibió que el iraní tiró del bolso transversal hacia el lado del cuerpo y se llevó una mano a la región lumbar debajo de la camisa blanca.

Sacó la pistola.

Una de los mayores representantes de la Paz Mundial jamás podría considerar la hipótesis de que algún día se sentiría tan bien resguardada por un arma de fuego.

Se oyó el silbido mecánico de un compartimento que se abría. Era la puerta del helicóptero. A continuación un chasquido sugirió que habían cerrado.

Silencio.

— Entre en el carruaje — susurró Arash. — Despacio — Él la condujo del brazo y los dos fueron tanteando la estructura del carruaje hasta encontrar la puerta. Cerca de ellos, sosteniendo el vehículo, el caballo relincho incómodo.

Helena se sentó en el asiento de madera esperando que Arash comenzara a conducir el caballo aliviada por saber que los equinos ven muy bien en la oscuridad, bastaba con que él diera las órdenes y el animal los sacaría de allí. Pero la camisa blanca de Arash se alejó de la puerta y se puso entre el caballo y el frente del carruaje.

*¿Que está haciendo?* Pensó, aterrorizada. *¡Vamos salir de aquí!*

Ella presionó los párpados para intentar acelerar su adaptación a la negrura. Sabía que el ojo humano tardaba unos cinco minutos para ajustarse a la oscuridad. Con pavor se preguntó si seguiría con vida ese tiempo. No sabía si deseaba que la luna surgiera de nuevo o si sería bueno que permaneciera allí oculta en las nubes.

Entonces, en medio del hiato de silencio en la plaza, ella oyó un estallido.

El gatillo del arma de Arash resonó amenazador en el espacio abierto. Por segunda vez en menos de quince minutos él preguntó al vacío:

— ¿Quién está ahí?

La respuesta fue sólo silencio

## CAPÍTULO 77

A pocos metros de allí Pang Meng observaba nítidamente a Arash sostener una Glock a través de sus gafas de visión nocturna *L3 Ground Panoramic Night Vision Goggle*. El nombre largo hacía justicia a su envergadura tecnológica. Funcionaba como un binocular común pero con un adicional innovador: tenía un lente a cada lado expandiendo el campo de visión a noventa y siete grados horizontalmente. Esto significaba que sería posible ver mucho más sin la necesidad de mover la cabeza, ventaja que ahorra preciosos segundos en misiones de alto riesgo. Acoplado a un casco Meng se sentía como un mutante con cuatro ojos. El aparato (que era secreto y exclusivo al uso militar) estaba provisto de visión nocturna con profundidad y visión panorámica.

Veía como un insecto volador.

*Bonitos indefensos*, pensó Meng sonriendo en la más absoluta oscuridad.

Había sido fácil apagar el sistema de energía de la plaza Naqsh-e Jahan. Poco antes de que el helicóptero aterrizara accionó la cámara de pulso electromagnético hacia los condensadores de la plaza provocando un cortocircuito que facilitó su acción. No tenía intención de correr detrás de los blancos en una plaza de aquel porte y con las heridas que había sufrido.

Ahora, moviéndose como un felino en la noche, su primer objetivo consistía en ejecutar a Arash que movía la cabeza de un lado a otro detrás del caballo como un ciego desconcertado en la calle. Después llevaría a Helena que acababa de entrar en el carruaje y la usaría para encontrar el prototipo por medio de un intercambio con César.

Ella tenía algo importante. Algo que le interesaba a Xerxes.

Meng ya estaba a diez metros de Arash cuando tuvo que frenar. Bien a la derecha, casi en el umbral de su visión panorámica, algo se movía. Vio piernas y brazos escondiéndose detrás de los pequeños árboles. A continuación la silueta corrió de un arbusto a otro silencioso como un profesional. Meng giró el cuerpo para identificarlo con claridad.

Entonces un rostro lo miró a los ojos, como si hubiera superado los límites de la oscuridad.

## CAPÍTULO 78

Doroth Morgan bajó las escaleras del helicóptero y entró en la limusina negra *Equus*, a prueba de balas, acompañada de un guardaespaldas de la ONU. Según su jefe de seguridad, el hangar donde habían parado el Learjet de las Naciones Unidas en el aeropuerto JFK tuvo que ser trasladado sobre la hora en función del tráfico aéreo de modo que tuvo que seguir en coche hasta el nuevo punto de despegue.

Saludó con un meneo de cabeza a los asesores que entraron en otro vehículo y se sentó en el asiento de cuero del automóvil.

Todavía se sentía desconcertada por la terrible noticia que había recibido de su asesor en el helicóptero. *El mundo es mucho más terrible de lo que jamás podría imaginar*.

Su otra inquietud se debía al hecho de que la noticia del asesinato de los diplomáticos que ella envió a Irán saliera a la luz. Ella sabía que el plazo de validez de su cargo de Secretaria General se limitaba al encuentro que tendría con el líder de aquel país.

Necesitaba actuar.

El mundo tendría una nueva guerra y el detonante, al final de cuentas, había sido provocado por fuerzas mucho más oscuras de lo que ella imaginaba. Al protocolo que seguía la Secretaria ya lo conocía: habría una Asamblea General convocada por el Consejo de Seguridad en carácter de

emergencia donde todos los países miembros analizarían las evidencias y propondrían una salida de intervención, *sólo* de las tropas ONU. Una discusión vacía e inocua. En ese tiempo Estados Unidos, Rusia y China intercambiarían amenazas terminando con una intervención por parte de los estadounidenses y una reacción de los otros dos aliados de Irán.

*Voy a evitar esta guerra. Cuesta lo que cueste*, se dijo a sí misma.

— Buenos días, señora Secretaria — saludó al conductor por el retrovisor con el típico acento neoyorquino.

Doroth meneó la cabeza viendo al otro guardia sentarse a su lado en el asiento trasero. Se hundió de nuevo en sus pensamientos, su mirada se perdió en la banderita de las Naciones Unidas que comenzó a flamear en la punta del capó tan pronto como el conductor arrancó.

Su teléfono personal sonó en el bolso.

*Ahora no*, pensó mientras tomaba una botella de agua del pequeño frigobar acoplado en el centro del asiento.

En seguida se acordó de que podría ser Campbell con noticias de *Flame II*. Con ese giro ella estaba casi segura de que el Director del Pentágono podría cambiar el rumbo de las cosas. Era la mejor salida para ese momento.

Resignada abrió el bolso para tomar el celular.

En ese momento sintió un tirón incómodo en el muslo derecho.

Gimió de dolor y bajó los ojos.

Necesitó un momento para identificar lo que había sucedido. Brillando bajo la luz de la mañana que atravesaba tímida el vidrio polarizado, una aguja había sido enterrada justo encima de su rodilla, su pantalón azul marino era un mar oscuro debajo de ella.

El guardia giró su rostro hacia la secretaria, mudo, con una sombra ennegreciendo sus ojos.

— ¿Qué está haciendo?

De repente, como si hubiera saltado en las aguas del Ártico, Doroth sintió que sus piernas se paralizaban.

*Dios mío, ¿qué está pasando?*

La sensación recorrió enseguida los músculos de la ingle, el abdomen y todo el tronco. En cinco segundos el resto del cuerpo estaba paralizado. La visión, la audición y el olor del tapizado de cuero de la limusina repentinamente se redujeron de manera radical. Pero ella todavía oía el teléfono sonar. Con violencia el guardia tomó el bolso de su regazo y sacó el aparato antes de colocarlo en su oído.

Doroth intentó mover el brazo para abrir la puerta pero el miembro no respondía. Oyó un clic y el acceso a la calle fue trabado. Abrió la boca para gritar pero algo invisible bloqueó la faringe.

— Señora Secretaria — dijo la voz del otro lado con un hilo de escarnio.

Ella la reconoció inmediatamente.

*¿Tú?*

Una bomba de terror cayó sobre Doroth. Desesperada miró al conductor a través del retrovisor. Él retribuyó con una mirada indiferente y luego volvió a mirar el camino. El otro seguía sosteniendo el teléfono en su oído.

*¡Fui traicionada!*

— Voy a contarle algo que seguramente a usted se le pasó por alto: su mundo se redujo a un cuento infantil desde que colocó esos pies soberbios dentro de la ONU por primera vez. Cuánta ingenuidad intentar dialogar por la paz en un momento como éste. En un lugar como ese. — Hubo una pausa. — Mantener la paz... — La voz se rió con desprecio. — Nadie mejor que usted para saber que lo que la ONU pronuncia es exactamente el mantenimiento de la guerra. Sus miembros más poderosos e influyentes son los que más la aman y la adoran.

Doroth estaba bloqueada por su propio cuerpo. Lívida fue asaltada por una claustrofobia intensa, como si estuviera siendo sepultada viva.

— Secretaria, ¿no ve que es inútil que luche contra la condición humana? — Ahora la voz se vistió de un tono siniestro transmitiendo una calma que llegaba al límite de la psicosis. — Usted ha provocado fuerzas que desconoce completamente. ¿Se da cuenta de que tengo el control de todo? ¿De que puedo manejar desde la posición de su avión en el aeropuerto hasta los guardias de seguridad que le rodean? — Él hizo una pausa, pareciendo saborear internamente el sufrimiento de ella. — La guerra en una escala *High Tech* es sólo una cuestión de tiempo. Soy sólo una hierba mala. Si no la provooco yo otros van a crearla en el futuro.

*¿Guerra High Tech?*

Ahora ella no sentía calor ni frío. Sólo parálisis. Sus ojos estaban bloqueados pero por un momento su cuerpo agradeció sentir algo, aunque fuera una sensación angustiante: como si un soplete los estuviera quemando, los ojos comenzaron a arderle. Pero ella no podía ni siquiera cerrarlos para hidratarlos.

— El veneno que se le suministró— dijo la voz con una tranquilidad aterradora — se llama *omobatracotoxina*, un compuesto químico hecho a base de secreciones de un anfibio del tamaño de un dedo cuyo síntoma final es la falencia múltiple de los órganos. No sin antes, por supuesto, causar la parálisis de todo el cuerpo y la restricción de sus sentidos en sólo unos minutos. Es lo que usted atraviesa en este momento. Lo mejor de todo es que, dos minutos después de actuar, el veneno se desintegra en su circulación sanguínea de modo que su *causa mortis* será un típico ataque cardíaco fulminante. Ideal para la presión que usted sufre en su cargo. Nadie lo va a cuestionar.

Doroth intentaba conciliar la respiración pero no sabía siquiera si estaba inspirando o expirando, la ventilación pulmonar de repente estaba obstruida.

— Esta próxima guerra colocará al H.A.A.R.P en la condición de una inocente hondera. Agradézcame, Doroth. Le estoy haciendo un gran favor. Usted no estará aquí para ver el verdadero caos que se instalará en la Tierra. — Él hizo una pausa. — Dé un buen paso.

La llamada se cortó y el seguridad retomó el teléfono.

El cerebro de Doroth Morgan ahora habitaba solitario el cuerpo. *¿Ese es el estado vegetativo?* Doroth sintió que gritaba pero eran gritos de su propia mente. Algunos segundos más tarde ya no había más raciocinio. La visión se limitó a una mancha blanca y los oídos poco a poco perdieron vida. Sin saber si ya se encontraba muerta o no emitió un último pensamiento; un sople de palabras que reverberó por la eternidad:

*Dios, ten piedad de la Tierra.*

## CAPÍTULO 79

Arash oía sólo la propia respiración misma acelerándose a cada segundo. Decidió circundar el carruaje para intentar identificar algún movimiento por otro ángulo. Con una mano sobre la estructura del vehículo y la otra empuñando la Glock pasó por la puerta por donde Helena acababa de entrar y se colocó en la parte trasera. Estrechó los ojos en dirección a donde presumió se ubicaba el gran espejo de agua.

Nada.

De repente, tuvo la impresión de identificar hojas moviéndose a la izquierda. Y casi en el mismo instante un sonido raro que recordaba la estática de un televisor nació exactamente en el lado opuesto.

*¿Pero, qué es esto?*

Se oyó un gruñido primitivo que se extendió por unos segundos.

Se trataba de un hombre gimiendo de dolor.

A continuación una explosión.

Un tiro.

Dos.

Los rastros de las balas cortaron la noche como lasers dorados hacia un blanco imposible de discernir.

El susto hizo que Arash se arrojase al suelo sobre su pecho y escuchó el grito desesperado de Helena dentro del carruaje, su bolso caía sobre su espalda. El caballo relinchó largamente asustado. Arash identificó la trayectoria de las balas.

Del lado izquierdo al derecho.

*¿Dos personas se enfrentan aquí?*

Enfocándose en el origen del tiro, Arash percibió el contorno de un hombre extendido en el suelo. Percibió que el bulto se movió, se levantó y corrió hacia la derecha gritando como un soldado que se prepara para dar batalla cuerpo a cuerpo.

Fue exactamente lo que pasó.

En medio del camino él topó con otra silueta. Los cuerpos pasaron a moverse con rapidez, como si estuvieran...

*¿Luchando? ¿Cómo podían hallarse uno al otro en esa oscuridad?*

Un sonido metálico en el suelo dio a entender que un arma había caído. Después otro sonido, como si un celular cayera y rodara en el mármol.

Un grito de dolor.

Acostado con el arma apuntada hacia la nada, Arash reflexionó sobre qué hacer. Helena permanecía desprotegida dentro del carruaje. Él tenía que aprovechar el embate de los dos fantasmas y sacarla de allí. *Mantén el foco, Arash*, se dijo a sí mismo.

Necesitó recurrir a más fuerza que lo habitual para levantarse, tenía una sensación amarga acrecentándose en la garganta. Volvió al carruaje percibiendo las piernas levemente rebeldes.

De repente las luces amarillentas nacieron allá atrás, hacia el gran bazar. Fue suficiente para que Arash pudiera ver todo lo que pasaba. Eran faros en coche.

Un hombre blanco con un sobretodo negro y otro, más pequeño y más delgado, luchaban frente a él. Arash conocía muy bien el entrenamiento militar de autodefensa. Las habilidades de los dos hombres estaban muy por encima de la normalidad en un mixto particular de muchas artes marciales.

Un enfrentamiento apurado y fatal.

Lo que más le sorprendió, sin embargo, fue que ambos utilizaban gafas de visión nocturna. El más bajo usaba un modelo que Arash jamás había visto. Parecía que tuviese cuatro ojos.

Las luces sobrevinieron con rapidez aclarando cada vez más el ambiente. Arash percibió que eran vehículos. Y en seguida sintió que sus pulmones contenían la respiración.

La policía de Isfahán y el ejército.

Fue entonces que el sujeto de sobretodo negro gritó después de desviarse de un poderoso golpe en la cara.

— ¡Arash, sal de aquí con Helena!

El iraní reconoció inmediatamente la voz. Era de un acento inconfundible.

Se trataba del hombre que lo abordó dentro de su taxi en Times Square y que había dado rumbo a toda su misión.

## CAPÍTULO 80

Con la cabeza entre las rodillas y goteando de sudor Helena acababa de oír a un hombre de acento fuerte gritando a que Arash huyera de allí con ella. Reconoció la voz. Era la misma que había puesto un teléfono en su coche cuando todavía estaba en Brasil.

*"La noticia que usted recibirá sobre las armas nucleares es falsa"*, le había dicho él.

Arash se acercó al carruaje jadeando.

— ¡Ven! — la llamó él extendiéndole la mano a través de la abertura. Ella buscó su bolso con el prototipo y lo siguió sintiendo un mareo súbito. Al pasar por el caballo miró a la izquierda y vio a dos hombres luchando ferozmente, iluminados por los faros de los vehículos parecían ignorar el acercamiento de la policía.

Uno de ellos estaba allí para ayudarlos.

Arash la condujo hacia el lado derecho, en la dirección opuesta de los luchadores y de la ruta del ejército, del otro lado del espejo de agua. Interrumpieron la carrera en un lugar donde había pequeños árboles podados en formas rectangulares.

Los dos se agacharon detrás de una de ellos.

— Reconozco la voz de uno de los hombres. Fue él quien dejó un pen drive en mi coche y me llamó para explicar cómo ver el video de César.

— Y también quien me pasó todo lo que necesitaba saber para encontrarte en la ONU — replicó Arash buscando otro punto para camuflarse. Helena respiró hondo algunas veces. — Necesitamos salir de aquí ahora. Vamos a correr hacia el Gran Bazar. Hay una calle que corta la plaza. ¡Allí! — Él apuntó hacia adelante, hacia la penumbra.

Helena logró identificar bien adelante, en el límite de la media luz producida por los faros, un trecho de asfalto después del cual la plaza continuaba hasta la gran entrada del Bazar.

— Vamos a ir parando de árbol en árbol, ¿ok? — completó Arash.

Helena asintió tragando saliva.

— ¡Ahora! — le dio la orden.

Arash la tomó de la mano y los dos corrieron hasta otra planta en la misma recta. Los dos hombres seguían enlazados, ahora desplazados hacia delante del espejo de agua. En unos segundos los tres vehículos de la policía los alcanzaron. Hicieron un círculo alrededor de los dos con el que se formó un gran ring y los policías bajaron gritando empuñando las pistolas. No eran menos de ocho. Los dos jeeps del ejército pararon inmediatamente atrás y cinco soldados saltaron y

corrieron hacia los otros, cada uno con una AK-47.

Helena sintió una presión en el brazo y se dejó llevar por Arash. Corrieron al otro arbusto cuando vio una escena extraña: de repente cuatro de los policías que rodeaban los luchadores cayeron duros en el suelo.

*Dios mío, ¿qué pasó?*

Mientras tanto el hombre de sobretodo rodó sobre el cuerpo y en el mismo movimiento agarró un arma en el suelo. Se volvió hacia arriba y entre sus dos piernas dobladas apuntó a los otros cuatro. De un salto pasó por encima del capó de uno de los Mercedes y se protegió del otro lado con el espejo de agua justo detrás de sí.

Helena y Arash llegaron al otro refugio y nuevamente se arrodillaron. Ella sentía una constante náusea. Vio al hombre más pequeño (que curiosamente tenía una cámara fotográfica colgada en el pecho) rodar sobre el maletero del Mercedes y caerse del otro lado del vehículo mientras que los disparos de AK-47 destruían los vehículos. Pasados unos segundos el hombre de sobretodo se arrastró pesadamente hasta el borde del espejo de agua y se derrumbó en el enorme tanque azul.

— Uno de ellos cayó en el agua, Arash!

A su lado Arash estiró el cuello y observó la escena.

— ¡Mierda! Es nuestro hombre — dijo con peso en la voz. — Tenemos que salir de aquí. ¡Ven!

## CAPÍTULO 81

Hercule Kroos sólo había vislumbrado una salida para huir de allí y llegar a Helena y Arash: saltar en el espejo de agua y nadar por el borde al otro lado. La parte en que se hallaba, por suerte, estaba protegida por un vehículo que estaba paralelamente al borde de la gran piscina dejando un espacio pequeño para que se moviera sin ser visto. Kroos sabía que los cinco hombres que disparaban a Meng no tenían oportunidad. Sin embargo el oriental estaría ocupado por algunos minutos, tiempo suficiente para que Kroos alcanzara a la pareja. Su misión ahora era llevarlos rápidamente a un lugar seguro y pasarles información fundamental.

Después de otro duelo con el agente oriental y de tener otro tiro del arma de micro-ondas con pulso electromagnético, Kroos se encontraba en su límite físico. Un segundo más y moriría.

Pero el objetivo de su vida nunca había estado tan cerca.

La profundidad del espejo no pasaba de cincuenta centímetros, pero era suficiente para conseguir sumergirse y nadar. Camuflado en la noche era posible llegar al otro lado con discreción. Se deshizo de su sobretodo y con mucha dificultad lanzó el *Desert Eagle* calibre 50 al otro borde provocando apenas un ruido en medio de la confusión de tiros.

Sintiendo su crucifijo flotando debajo de sí nadó sumergido. Llegó al otro lado inhalando el aire por la boca con fuerza.

Tuvo la impresión de que le burbujeaba sangre en los pulmones. Miró hacia atrás y percibió que Meng ya había le había apuntado a dos soldados con su máquina. No era necesaria una puntería perfecta para alcanzar el objetivo. La radiación micro-ondas probablemente se extendía en un rayo completo alcanzando lo que estaba cerca del objetivo. Sólo cinco segundos eran suficientes para transformar a la víctima en un vegetal. Pang Meng no lo había logrado con Kroos. Por eso mató a los cuatro hombres con facilidad.

Se arrastró sobre el estómago para subir a la acera. Los faros de los vehículos no



alcanzaban aquella parte de la plaza del lado este ofrecían sólo semioscuridad. Tomó su pistola y corrió lo más rápido que pudo en dirección a donde vio a Helena y Arash esconderse. *Ignora los dolores*, se dijo a sí mismo. *Esta es la carga que debe llevar*.

Cuando caminó en el jardín Arash apareció detrás de uno de los arbustos, haciendo una señal para que lo siguiera. Helena apareció a su lado y parecía demasiado alterada para saludarlo.

El estrépito de los disparos se debilitó, señal de que Meng finalizaba con los últimos soldados. Preocupado, Kroos pasó por delante mientras la pareja corría con la espalda encorvada junto al césped.

— Él no va a tardar en llegar — dijo Kroos agitado. — Entremos en la mezquita *Sheikh Lotf Allah*.

— ¡Pero no hay ninguna salida! — dijo Arash en tono de preocupación.

— Confie.

El último disparo de la AK-47 se estremeció en el aire. Un silencio repentino se instaló en la plaza. Sin mirar atrás Kroos indicó una carrera más veloz.

En ese instante dos rayos rojos pasaron frente a su cabeza destruyendo la columna de uno de los arcos. Eran los rastros de las balas de la AK-47. Helena gritó y Arash protegió su cabeza con el brazo.

Kroos miró hacia atrás y miró con atención.

Pang Meng corría en dirección a ellos tres con la ametralladora en la mano y la cámara fotográfica oscilando nerviosa en el pecho

## CAPÍTULO 82

Meng colgó la AK-47 junto a su bolso en el hombro y se puso a correr lo más rápido que pudo, el muslo derecho le dolía por el tiro que había recibido del hombre de sobretodo negro. Y el desgraciado seguía vivo incluso después de haber sido víctima varias veces de los disparos del arma de pulso electromagnético.

Nunca se había sentido tan terriblemente humillado como en esta misión. Y su vergüenza ahora era aún mayor porque había dejado escapar a la pareja después de haber estado a menos de diez metros de ellos. Había tenido que perder tiempo en matar a todos los idiotas del ejército y de la policía de Isfahán.

Pero había una nueva oportunidad.

Montenegro se encontraba en el helicóptero esposado. Meng iba a destruir al hombre de sobretodo negro que estaba bloqueando su misión, atraparía a la pareja y torturaría a César hasta que él dijese donde se hallaba el prototipo verdadero. *Deja de seguir las reglas de Xerxes*. La misión se realizaría ahora íntegramente a su manera.

Sus deslices siempre habían sido una ocurrencia poco habitual, pero la mitad de sus pretensiones había fallado hasta ahora. Temblando de rabia él sabía que Xerxes no toleraría más errores.

*Y yo tampoco.*

La oscuridad se hacía más densa a medida que corría hacia el sur de la plaza. Sacó sus gafas de visión nocturna y sonrió de excitación cuando se los colocó.

Tres puntos rojos subían ligeramente la pequeña escalera de la mezquita Sheikh Lotf Alaah.

Meng ya había mapeado la plaza dos días antes.

Sólo había una salida de ella.

Exactamente la entrada.

*Fin de la línea, gente.*

Una ansiedad positiva se apoderó de él estimulándolo a acelerar los pasos aún más. Al llegar a diez metros de la escalera comenzó a caminar para no llamar la atención. Subió los cinco escalones y entró. En el interior sólo se veía la oscuridad absoluta que se transformaba en una mancha verde en sus gafas, enmarcada por las líneas de un arco persa, una puerta grande, a su vez inmersa en una decoración exquisita. Atento de no caer en una trampa mantuvo el arma apuntando al frente y se introdujo el mundo verdoso de la mezquita.

El santuario no era muy grande y por eso Meng pronto se preparó para el contacto, tenía la visión panorámica de sus gafas captando todos los rincones del ambiente. En el primer paso escudriñó todo el salón principal. Tímidos rayos de luna se insinuaban a través de las aberturas llenas de arabescos en lo alto pero eran insuficientes para aclarar el lugar. Esforzándose para que el eco de sus pasos no le denunciara, Meng vio una abertura a la derecha. Se trataba de una puerta doble que daba acceso a un gran corredor. Prestando atención a los sonidos para identificar los pasos de ellos dobló a la izquierda en el portal.

*Vamos, vamos...*

Cuando enfocó al final del pasillo, identificó el contorno rojo de Arash doblando a la derecha y se perdió de nuevo.

*¿Qué están haciendo?*

Meng sabía que el pasillo sólo se abría en dos sentidos: el izquierdo que daba para otro salón más pequeño; y el derecho que terminaba abruptamente en una pared pintada por mosaicos y arabescos.

*¿Se van a esconder ahí? ¿Es ese el plan?*

Veinte pasos separaban a Meng del final del pasillo. Él volvió a correr visualizando quién sería el primero en caer al suelo. Era el final de los tres idiotas. Él iba a recuperar las piezas y completar su misión en el helicóptero en pocos minutos. Entonces dobló a la derecha, tiró del gatillo e hizo AK-47 rugir.

Las ráfagas de fuego apuntaron sólo la pared del final del lugar.

Los tres se habían evaporado.

## CAPÍTULO 83

Dentro de un agujero oscuro y mojado, Helena sentía el pecho retumbar de adrenalina. Pocos segundos antes el hombre los había conducido a través de una puerta de acero parecida a una pequeña ranura en la región inferior de una pared. Estaba tan escondida y camuflada que ella suponía que si alguien no conocía su ubicación sería imposible identificarla en la oscuridad. Levantó el cuerpo hasta que sus pies encontraron un escalón pequeño y luego pisotearon un suelo terroso. El exceso de humedad hacía picar las fozas nasales. El hombre de acento extranjero pasó una viga de metal a Arash para que bloqueara la cerradura.

En el mismo momento en que él consiguió cerrar el pasaje encima de sus cabezas una ráfaga de ametralladora se oyó a unos pocos metros.

¡El sujeto que quería matarlos había llegado!

Ahora, estáticos, esperaban su reacción. Después de unos segundos escucharon pasos abatidos que se alejaron con rapidez hacia el otro lado del pasillo.

Helena relajó los hombros.

El hombre que los acompañaba comenzó a tantear la pared. Algún objeto tintineó suavemente. Un instante después la luminosidad muerta de una lámpara aclaró su cuerpo en un gran halo. Detrás de él Helena se asustó. Un túnel estrecho de techo curvado, paredes rocosas y mojadas, se extendía hasta perderse de vista. Por encima de su cabeza finas extensiones eléctricas se desplegaban hacia el techo de donde pendían lámparas amarillentas. Pero todas inútiles ya que la luz se había terminado minutos atrás en la plaza.

— ¿Qué lugar es este? — preguntó Helena.

— ¿Te acuerdas de la historia de que existía un pasaje que unía el Palacio *Ali Qapu* a la mezquita Sheikh Lotfollah? — preguntó Arash.

Helena se acordó de la historia que Arash le había contado media hora antes allá arriba. Se sentía como en una película. La plaza Naqsh-e Jahan tenía mucho más que un toque místico era toda misterio. Imaginó al legendario Shah Abbas con un turbante blanco modelado con perfección en la cabeza haciendo aquella trayectoria todos los días para orar en la Mezquita con el oro de su indumentaria reluciendo bajo la llama de una antorcha.

— ¡Impresionante!

— Leí en un periódico local que el gobierno de Isfahán va a restaurar este túnel para convertirlo en una atracción turística histórica — explicó el hombre. La acústica del túnel tragaba su voz.

Helena miró a Arash antes de volverse hacia el sujeto.

— ¿Cuál es tu nombre?

— Me llamo Hercule Kroos — respondió él con la voz claramente afectada. — Vamos a tener tiempo de hablar sobre mí en breve. Ahora necesitamos llegar al otro lado. — Él apuntó con la lámpara hacia adelante y la llama se extendió por la oscuridad.

Fue en este momento que un metal brilló bajo la luz de la lámpara en el pecho musculoso de Kroos. Se trataba de un cordón que exhibía el mismo símbolo que Helena había encontrado dentro de su coche en Brasilia en la cajita del pen drive.



*Un crucifijo, como mínimo, exótico.*

Hercule Kroos no debía tener más de cuarenta y cinco años. Su cara se lucía extrañamente enrojecida como si hubiera experimentado una dosis mal calculada de bronceado artificial. Sólo ahora ella había notado que él usaba un monóculo de visión nocturna lo que dejaba la parte derecha de su cara con una capa de neón verde en la región del ojo. El blanco de los ojos estaba rojo. Eran venas de sangre. Había puntos en la ceja que deformaban el ojo derecho. Helena se asustó cuando reparó en la profusión de venas que le saltaban de la frente y del cuello dándole un aspecto agresivo. *¿Qué le pasó?*

*Pero sus rasgos eslavos eran rígidos, determinados. Y Helena sentía bondad del rojo de los ojos.*

— Verifiquen ahora sus bolsos — dijo hombre.

— ¿Por qué? — preguntó Helena.

— Que Pang Meng los haya encontrado en la plaza no fue una coincidencia. Intenten encontrar algún objeto diferente que sea extraño a ustedes. Rápido.

Ellos obedecieron. Arash retiró su bolso del hombro. De allí sacó las vestimentas para radiación que su amigo le había dado, las piezas del prototipo, sus documentos falsos y una pluma. Helena hizo lo mismo con su bolso. Buscó entre documentos y maquillaje. Nada.

— Con permiso — dijo Arash tomando con cuidado el bolso de ella.

Él examinó los bolsillos internos y alisó el fondo. El bolso Chanel de Helena tenía un compartimiento externo más pequeño en la parte posterior. Él abrió la cremallera y revisó por dentro. De repente frunció el ceño sorprendido. Con el dedo movió algo de la pared del bolsillo.

A continuación lo sacó algo de allí y lo puso en la palma de la mano. Soltó un grito de sorpresa.

Minúsculo, como un grano de frijoles. Se trataba de un rastreador.

— Pero quién... ¿quién lo habría colocado? — preguntó ella perturbada.

Arash lo tiró en el suelo y con dos pisadas lo destruyó.

— ¿Te acuerdas de haber dejado tu bolso solo en algún momento desde que viste el mensaje de César? — preguntó el iraní.

— ¡Claro que no!

— ¿Estás segura?

Helena meditó unos instantes.

— Espera... quizá en la ONU. No recuerdo bien. En el momento en que huimos alguien me golpeó, ¿recuerdas?

— De hecho los están siguiendo por lo menos desde que salieron de Estados Unidos — dijo Kroos.

— ¿Quiénes son ellos? — preguntó Helena recogiendo de nuevo su bolso.

— Todavía no lo sabemos — dijo dando la espalda. — Tenemos que adelantarnos. — completó marchando rápidamente cojeando la pierna derecha.

Arash tocó el hombro de Helena sutilmente por detrás en señal para que lo siguiera. Superaron unos cincuenta metros en línea recta y pasaron por un tramo mojado, sus pies chapoteaban en charcos fangosos. Allí el techo lloraba gotas de agua.

*Estamos debajo del espejo de agua*, pensó ella imaginando la cantidad de metros cúbicos de líquido que flotaban encima de sus cabezas.

— Usted dijo Pang Meng. ¿Quién es? — le preguntó Arash a Kroos.

— Un ex agente del Instituto.

— ¿Instituto? — preguntó Helena.

— Es el nombre cariñoso para el Mossad — respondió Arash.

Helena se estremeció.

*El servicio secreto israelí.*

— Hoy es un mercenario de sesenta años que sigue enamorado de matar — continuó Kroos. — Hace servicios para todo tipo de escoria: de millonarios rusos a traficantes de drogas de Bangkok. Y sigue siendo uno de los más letales asesinos que haya existió. — Él hizo una pausa. — ¿Las dos piezas están contigo Arash? — preguntó mirándolo por encima del hombro.

— Sí. Pero, ¿por qué César las dispersó por lugares variados? ¿Por qué no las dejó en un mismo lugar, en un caja de banco por ejemplo?

— Supongo que estaba siendo vigilado por el gobierno iraní. Trabajaba para ellos a cambio de estructura y con la exigencia de la exclusividad. De la *patente* de la Energía Libre, por así decir.

— Entiendo — dijo Arash —, si intentaba salir del país podría haber sido interceptado por el gobierno. Si lo divulgara por Internet corría el serio riesgo de ser atrapado por la censura de Irán ya que tenía ese tal contrato de exclusividad. Es comprensible que fuera necesario traernos hasta aquí.

— Exacto. Por eso César desapareció sin poder explicarnos todo el plan, agregó Kroos.

*¿Sin explicarnos?*, pensó Helena.

Creo que él temía que alguno de nosotros lo traicionara. Mi misión es conducirlos hasta aquí y ayudarlos a encontrar el resto de las piezas. — Él jadeaba de cansancio e hizo una larga pausa. — Creo que el secreto está contigo Helena. De alguna manera tú tienes la clave final para nuestra misión con César.

*La clave de todo es el conocimiento. Y sólo tú puedes traerlo al mundo*, ella se acordó de la última frase de César. Ella no tenía idea de lo que podría significar.

— Pero todavía no entiendo lo que César quiere decir.

— También quiero descubrirlo.

— César me dijo que había descubierto la clave del conocimiento e insistió en que sólo Arash podría ayudar. Por eso... — el hombre perdía el aire a cada frase. — Por eso fui detrás de ti Arash. También dijo que había un prototipo de plasma. *El prototipo*. Aquél al que sólo una persona podría acceder. — Se detuvo de nuevo. Un silbido fino brotó de su respiración cargada. — Sólo tú Helena. Las cosas ahora están tan turbias para nosotros como están para ustedes.

— ¿Para quién trabajas? ¿César te contrató? — preguntó Helena antes de ver una pequeña ranura al final del túnel a la altura del techo.

— Soy parte de una comunidad que desde hace sesenta años ha desarrollado algo muy parecido a la creación de César.

— ¿Cómo? — exclamó Arash. — Es imposible que... Es imposible que alguien lo haya desarrollado.

Al llegar al límite del túnel Hercule Kroos levantó la lámpara a la altura la cabeza y la colgó en un clavo de la pared. Tomó su *Desert Eagle* de la cintura y con la funda rompió el candado de la puerta.

Miró Arash por encima del hombro de Helena y dijo:

— Todo es posible para los methernithas.

## CAPÍTULO 84

— ¿Methernithas? — Helena y Arash preguntaron al mismo tiempo. Jamás ella había oído hablar de ese nombre.

— Somos una Alianza — explicó Hercule Kroos metiendo su cuerpo robusto por la apertura del túnel. — Alianza Cristiana Methernitha.

Helena se intrigó.

— ¿Protestantes?

Ya en el exterior él bajó su rostro enrojecido y sonrió tolerante, extendiendo la mano para ayudarla mientras un hilo oscuro de sangre se escurría de su nariz.

— No. No tenemos gurús o sacerdotes. Tampoco hay diezmo ni santuario. Seguimos

preceptos que creemos contienen las verdaderas enseñanzas de Cristo, las religiones rompieron el verdadero conocimiento.

*César se mete con cada uno*, pensó.

— Hay controversias amigo — contestó Arash en tono amistoso tomando impulso para subir, la llama de la lámpara iluminaba la salida por abajo. — Si no fuera por el Zoroastrismo y el Islam las cosas serían complicadas para nosotros aquí, ¿no crees?

— Verdad. Pero ese es un asunto para otra ocasión.

La luz de la luna penetraba con más vigor allí en el Palacio Ali Qapu que en las mezquitas pues había una fila de ventanas en formas de arcos allá arriba. Helena notó que los tres acababan de desembocar en medio de un gran corredor.

— Nuestra fraternidad nació en 1960 con un hombre llamado Paul Baumann. — Kroos volvió a caminar rápidamente y los dos lo siguieron. — Él llegó a una aldea en medio de Suiza llamada Linden cuya población total cabe dentro de ese pasillo para que ustedes tengan una noción.

Realmente Helena nunca había oído hablar del lugar.

— En aquella época solo y de manera milagrosa Paul Baumann creó una máquina a la que dio el nombre de *Testatika*. Ella usaba simplemente la naturaleza para generar energía libre e infinita.

— Muy interesante... — soltó Arash.

Helena se impacientó.

— ¿Cómo mantienen una tecnología como esta guardada por tanto tiempo? — preguntó trotando en medio de los dos.

— Sólo a quienes llamamos el grupo de ancianos tiene acceso a los *ingredientes* de la Energía Libre. Sí, en ese aspecto nos igualamos a una sociedad secreta. Paul decía que la humanidad no estaba preparada para este conocimiento. Sería lo mismo que derramar millones de barriles de petróleo en un mundo ya incendiado en casi todos los dominios de la vida humana. Sólo alimentaría el infierno.

— De cierto modo estaba en lo cierto — opinó Arash. — Basta ver lo que son capaces de hacer por esta tecnología que César desarrolló.

— Pero confieso que yo no estaba de acuerdo con él — dijo Kroos cruzando a la izquierda en el pasillo. El grupo encontró la gran puerta principal del Palacio. Era la salida. Helena exhaló el aire por etapas, cada vez más deseosa de inspirar el oxígeno de Isfahán.

En ese momento un sonido alto de hélices sobrevino como un huracán.

*Meng.*

El asesino había alzado vuelo y sobrevoló la plaza como una mosca lanzando el reflector del aparato sobre el lugar. Poco antes de que la luz llegara al palacio el trío se escondió detrás de una gran columna de la entrada. Un minuto pasó y el helicóptero tomó otra dirección distanciándose de la plaza.

Ellos se miraron en la semioscuridad callados. Sin perder el ritmo bajaron las escaleras del Palacio de prisa y giraron a la izquierda, hacia la avenida que cruzaba Naqsh-e Jahan.

Después de toser largamente Kroos continuó la historia.

— Cuando César apareció, treinta años atrás recogiendo informaciones con ese espíritu exultante vibrando en la voz, diciendo que le gustaría llevar la *Testatika* al mundo, sentí como si encontrara el verdadero sentido de mi existencia — Kroos hablaba con una pasión admirable a pesar de la dificultad creciente. — Paul se negó a ayudar a César y dijo que si él quería continuar

con sus investigaciones que lo hiciera fuera de la comunidad de los methernithas. César interactuó con nuestra fraternidad por algunos años pero luego tuvo que seguir su propio camino. Nosotros mantuvimos contacto, siempre supe de sus principales progresos — hizo otra pausa cansada — hasta que hace un año desapareció. Y regresó exactamente hace una semana cuando me pidió que le ayudara a encontrarlos y sucedió todo lo que ustedes ya saben.

— Él nunca comentó conmigo nada sobre ti o sobre los methernithas — dijo Arash.

— Ni conmigo — agregó Helena.

— César tenía sus razones. Con certeza quería proteger sus vidas de las mismas fuerzas que nos persiguen ahora.

Arash lo alcanzó y dijo en tono serio.

— Debes saber que fui militar.

— ¿Qué? — dijo Helena. — Pero tú no...

— Serví en el equipo de elite del ejército iraní por cinco años — interrumpió él volviéndose hacia Helena.

*Ahora todo se entiende*, pensó ella.

— Después de eso desistí y volví a la ciencia. Kroos, sé que no se adquiere habilidades como las tuyas en Google o en películas de acción. Como usted...

— La necesidad hace que la rana salte, Arash — bromeó él. — Cuando descubrí que lo que más quería se resumía en expandir la verdad y que César, brillante como era, la encontraría yo sabía que me enfrentaría las fuerzas más terribles que se podía imaginar. Me preparé por veinte años. Veinte años de entrenamiento militar intensivo. Fui a Rusia y aprendí las técnicas de las fuerzas especiales, adquirí habilidades en China y Japón y fui maestro de más de cinco artes marciales. He probado mi capacidad muchas veces sobreviviendo en lugares hostiles y serví en el ejército de Suiza. Volví a Suiza y pasé todo lo que aprendí a un pequeño pelotón de methernithas. En fin, fueron veinte años. Veinte años sólo para este momento aquí y ahora.

Helena estaba perpleja. Una vida dedicada y depositada en ella. Sentía un peso en los hombros, un peso físico que ella sabía que formaba parte de un desgaste emocional incommensurable. Pensó cuántas veces César se había encontrado con Kroos en la época en que decía, para su tristeza: *es sólo otro viaje a Europa, querida. Ya, estoy de vuelta para molestarte de nuevo...*

El estado de ánimo de Kroos realmente era estimulante incluso con las lastimaduras y la terrible situación de su piel. Hablaba como César, discurrendo sobre asuntos que un día ella creyó ser puro devaneo pero que ahora emergían tan claros y necesarios para la paz mundial. Concluyó que, aunque usaban métodos diferentes, César, Arash y Kroos tenían algo en común, algo que los ligaba naturalmente. Ella eligió cambiar el mundo a través de un instrumento oficial, la ONU. Los tres, a través de la Física, superaban lo que se encajaba en lo común, en lo previsible, en la zona de confort. Se preguntó de nuevo: ¿por qué no ir más allá? ¿Por qué no sobrepasar los dogmas y las reglas de las instituciones y del propio conocimiento establecido? ¿Por qué no revolucionar el estado de las cosas?

Un torrente de entusiasmo recayó sobre ella. Reflexiva fue atraída por un faro que giró la esquina a su izquierda antes de un leve sonido de neumáticos. Por un momento se encogió instintivamente y esperó alguna sirena o una AK-47 escupiendo fuego para todos los lados. El coche se desplazó en medio de la avenida que cruzaba la plaza. De repente, acompañándolo con los ojos, Helena pasó del miedo a la expectativa. Percibió que podría ser una oportunidad de huir lejos de allí.

Sin medir las consecuencias se ubicó en medio del asfalto y sacudió los brazos en el aire cruzándolos de modo urgente. No hubo tiempo para Arash y Kroos censuraran la acción. El coche frenó del golpe a unos pocos centímetros de sus piernas, casi rozando sus pantalones de jeans, los neumáticos sonaron fuerte en el suelo. Un hombre miró a través del parabrisas. Ella dio la vuelta y se agachó hacia el conductor.

— ¿Qué estás haciendo? ¿Estás loca? — gritó en inglés un iraní de gafas con la cabeza fuera de la ventanilla. De repente dijo:

— ¡Usted está sin nada en la cabeza!

*¿Merezco, a esa altura del partido la censura de un fundamentalista islámico?*

— Temo no haber encontrado tiendas abiertas en ese momento en Isfahán — ironizó Helena.

Hercule Kroos se acercó a la ventanilla del conductor con la *Desert Eagle* apuntada hacia él.

— ¿Quién es usted y qué hace aquí?

El hombre lo miró aterrorizado, parecía asustado con la apariencia de Kroos. Levantó los brazos rindiéndose.

— Navid Kiahshed. ¡Sólo un geólogo! ¡SÓLO UN GEÓLOGO!

## CAPÍTULO 85

— Coloque las dos manos al volante — ordenó el methernitha.

Cuando Kroos presionó con fuerza el arma en la sien izquierda del conductor, Helena reparó que había tres o cuatro palancas detrás del volante, como embragues antiguos. Instintivamente inclinó su espalda y se fijó en las piernas del hombre. Debajo del pantalón color beige las piernas parecían demasiado delgadas y sin vida. *Un auto adaptado para discapacitados*, concluyó ella.

— ¡Espere! Él es discapacitado. ¡No puede ser una amenaza!

El rostro enrojecido y contorneado de venas de Kroos no se mostró conmovido.

— ¿Cuál es su interés aquí en medio de este caos?

— Yo, yo... — tartamudeó el lisiado. Detrás de las gafas con aumento miraba asombrado hacia el cañón de la pistola. Finamente consiguió continuar. — Soy geólogo de la Universidad de Teherán. Encontré algunos datos muy curiosos en la ionosfera que pueden estar relacionados con el terremoto. Entonces yo... vine a averiguar si es verdad. Mire... Mire ahí atrás. Tengo un equipo que verifica la ionosfera terrestre y...

Helena apenas prestaba atención. Su cerebro se programaba implacablemente en el modo “no puedo sumar ninguna información extra”.

— ¿Qué tipo de datos de la ionosfera? — quiso saber el methernitha.

— Ocurrió una anomalía en ella antes del terremoto y registré el mismo patrón en varias regiones del mundo. Decidí venir acá a la plaza para hacer las pruebas y detectar si hay una... si hay una...

— ¿Si hay qué? — interrogó el methernitha impaciente.

Navid respiró profundo y comenzó a hablar:

— Yo tenía que verificar si existía una correlación con el H.A.A.R.P — Enseguida agregó.

— ¿Eran ustedes los que huían de la policía?

— ¿Qué es el H.A.A.R.P? — dijo Arash acercándose curioso a la ventanilla del conductor.

Navid bajó el tono y dijo con un hilo de rabia perdido en la voz:

— Sospecho que es un arma que los americanos utilizan para provocar terremotos.



Helena no podía creerlo. La náusea que ya la perseguía hacía algunas horas acechó en el estómago una vez más.

Como una de las personalidades más influyentes de la política mundial ella recibía diariamente e-mails y cartas de ciudadanos preocupados que denunciaban toda clase de teorías conspiratorias: rastros químicos en el cielo con compuestos venenosos para destruir el sistema límbico de la población, vacunas producidas para diseminar la infertilidad, alimentos modificados para provocar tumores y todo lo que provenía de los paranoicos de la conspiración. La gran mayoría de las evidencias, sin embargo, difícilmente se transformaban en pruebas definitivas de modo que nunca en su carrera había tenido la necesidad de abrir una investigación oficial. Pero nunca había escuchado nada sobre un arma que provocara terremotos.

Si hubiese sido hace dos días la afirmación provocaría carcajadas. Pero en medio de la tensión en que se encontraba y de todos los hechos de las últimas 48 horas no podía descartar una información como aquella.

Antes de que ella pueda pronunciar nada Kroos se adelantó:

— Sé de lo que está hablando.

Helena se sorprendió. El methernitha tenía una expresión de asombro.

— Entren al auto. Tenemos que salir de aquí.

— Pero, pero... ¡No puedo llevarlos! — El lisiado traslucía confusión.

— ¿Oíste hablar de ese H.A.A.R.P? — le preguntó a Kroos. Helena se acomodó a su lado, en el asiento de atrás.

Detrás del fuerte acento Kroos tenía una voz temerosa cuando dijo:

— Sí. Y si fuera lo que estoy pensando puede provocar mucho más que un simple terremoto.

## CAPÍTULO 86

A pasos lentos a través de un lujoso corredor Xerxes miró hacia atrás y vio que la sala de reuniones seguía vacía. Un intervalo de media hora había sido otorgado para que se tomaran medidas en relación con la filtración de las informaciones sobre la muerte de los comisarios de la ONU. Versiones oficiales a la asesoría de prensa, chequeo de las fuentes, tal vez hasta una entrevista oficial. Toda la distracción que él deseaba para poder cuidar de otros asuntos.

Era el momento de contactar a Meng. A pesar del fracaso momentáneo del oriental en la plaza Naqsh-e Jahan, Xerxes todavía tenía el control de las imágenes vía satélite. Sabía a dónde iba el grupo. Además celebraba su última conquista exultando por dentro: *Doroth está muerta*. Por muy poco ella no arruinó sus planes. Un imprevisto casi ineludible si no fuera por la vasta red de influencias que él poseía. Podía mover piezas, pagar por cualquier información, contratar asesinos, infiltrarse en los círculos más cerrados en cualquier momento.

Su poder, unido a las potencialidades de su contratante, no tenía límites.

Había terminado de hablar con Doroth Morgan que había muerto durante la llamada exactamente según lo planeado. La ausencia de ella significó un beneficio sin que Xerxes ni siquiera lo deseara: si no hubiera guerra en virtud de las supuestas armas nucleares, el detonante sería el asesinato de los emisarios de la ONU. Incluso si un milagro impidiera el conflicto el mundo no aceptaría la muerte de la Secretaria General de la ONU en pleno territorio iraní.

Habría guerra. Y Xerxes se beneficiaría mucho.

Cuando las evidencias de las armas nucleares fueron instaladas por su gente, Hercule Kroos consiguió probar a los comisarios de Doroth que había un plan para incriminar a Irán y generar

una guerra. Había enviado fotos del fraude en Isfahán.

*La fuerza de los methernithas también es impresionante.*

Sin embargo Xerxes había conseguido cortar el mal de raíz encargando la muerte de todo el equipo de ella. Ahora, sin embargo, ya no era necesario probar nada. El exterminio de los comisarios y el de Doroth ya era suficiente para poner todo en un pastel y escupir al mundo una gran mentira muy bien producida.

Hay un deseo ávido por el conflicto en el inconsciente de todos; este deseo es un virus que sólo necesita una razón para emerger. He ofrecido al mundo varias razones. Ellos van a alimentar el virus.

Incluso sin jamás imaginar la identidad de Xerxes, si el methernitha investigara los orígenes del fraude, en algún momento él sería descubierto. La fraternidad poseía habilidosos agentes, hombres entrenados para defender exactamente lo que él ambicionaba: el prototipo de Energía Libre. Y el más hábil de ellos había sido enviado al campo de batalla a impedir sus planes, momentáneamente no le permitía tener éxito en la parte más crucial de su plan.

Por el celular, viendo la grabación de las imágenes vía satélite captadas de la plaza Naqsh-e Jahan, Xerxes verificó que Hercule Kroos no había muerto como el idiota del Meng había dicho. El methernitha había localizado a la pareja y despistado a su agente.

Caminó hasta un balcón abierto y sacó su celular encriptado. Aparentaba ser un aparato común aunque era totalmente seguro. Un sonido de estática se oyó del otro lado. Segundos después la voz ronca de Meng se pronunció:

— Estoy aquí.

Xerxes oía el sonido de hélices al fondo.

— ¿El Ipad está con usted?

— Sí, pero ya no funciona.

— Pero acabo de ver las imágenes de ellos entrando por la Mezquita Shah — dijo Xerxes, casi susurrando.

— Esas fueron las últimas imágenes — replicó Meng. — Creo que el methernitha identificó el rastreador. Pero tengo buenas noticias. Sé a dónde van.

— ¿César habló?

— Exacto.

*¿Qué es lo que Helena tiene tan fundamental en las manos?* pensó Xerxes.

Meng reveló lo que había obtenido del profesor y Xerxes quedó abismado con la genialidad de César Montenegro. El brasilero había pensado en todo.

Recorriendo el ambiente a su entorno con la mirada se giró de frente a la ventana, su reflejo se veía oscurecido en el cristal negro. Se acordó de la fama de Meng cuando utilizaba sus métodos. Las temidas artes rusas, por ejemplo, no llegaban a sus pies en cuestión de tortura. Sintió escalofríos de sólo de imaginar.

— ¿Sobrevivió?

— No quise matarlo. Intuí que puede haber más secretos.

Siguió un momento de silencio. Meng no estaba equivocado. Después de ese imprevisto ellos podrían ser sorprendidos de nuevo. Ahora el orden de importancia de los personajes se invertía diametralmente. Helena era la indispensable en la misión. ¿Sería posible ordenar que Meng la chantajeara ofreciendo a César a cambio de ella y del prototipo?

No claro que no. Él necesitaba ejecutar a todos dejando solamente a ella y el artefacto intacto. No había tiempo.

Xerxes cerró los ojos y se ajustó mentalmente a los nuevos pasos. Cualquier error comprometería fatalmente su plan. Respiró hondo y dijo:

— Muy bien. Usted tiene las mejores imágenes vía satélite a su disposición, su helicóptero está provisto de suficientes municiones para destruir un batallón y cuenta también con las armas más poderosas. Utilícelos con propiedad. No acepto más errores. La única persona que tiene que sobrevivir hasta el final es Helena.

— Correcto.

— Sólo un punto más. La guerra será declarada. Antes de eso se utilizará un arma que cortará las comunicaciones en Irán por tiempo indefinido. Tal vez éste sea nuestro último contacto por lo menos por ahora. Habrá un jet esperando por usted en Tabriz a partir de mañana.

— Entendido.

Xerxes colgó. A través de la ventana observó el cielo absolutamente desprovisto de nubes que la bella ciudad del noreste de Estados Unidos presentaba aquella tarde. No mostró alteración emocional cuando regresó a la reunión, impasible, como si no fuera el responsable de todos los temores de quien lo aguardaba en aquella sala.

## CAPÍTULO 87

Thomas Wilker volvió a la sala de reuniones del Pentágono seguido de los otros tres miembros del Consejo de Seguridad Nacional después de un inesperado intervalo. Aaron Jones se sentó a la mesa y transmitió en vivo la comunicación del presidente al resto de la sala.

— Señores, buenas tardes. Seré breve — dijo la voz. — Ante los últimos acontecimientos nadie puede negar lo obvio: Irán representa una amenaza directa a Estados Unidos y al mundo. No llevaré la decisión al Congreso así que quiero saber ahora si hay algún obstáculo para la operación inmediata.

Todos los hombres se manifestaron a favor de la intervención. Para Huxley y los demás la muerte de los Comisarios de la ONU y ahora de Doroth Morgan eran más que suficiente.

— Muy bien — dijo la voz del presidente. — Wilker, usted ya sabe cómo son las cosas de aquí en adelante. Ahora es sólo llevar adelante los procedimientos necesarios — hizo una pequeña pausa y volvió con una voz solemne —, ¿dónde está Campbell?

Después de un breve silencio Jones se manifestó.

— Alegro estar cansado, señor. Usted sabe, el viejo Campbell no aguanta más tanta presión.

El presidente fue enfático.

— Que salga de la cama. Es necesario firmar el acta de esta reunión del Pentágono con las siguientes palabras: los Estados Unidos de América declararon la guerra a Irán.

## CAPÍTULO 88

Sentado en la cabina del helicóptero Meng buscó el Ipad en la mochila e intentó establecer la transmisión en vivo de Helena. La tableta emitió una luz en su cara pero no había imagen. De algún modo el rastreador en el bolso de la brasilera había sido destruido de modo que todo el control que Meng ejercía sobre la pareja se había extinguido. Meditó sobre la posibilidad de que haya sido el hombre de sobretodo negro. El methernitha era bueno. Debería haber cuestionado el hecho de que Meng apareció de la nada tan pronto como la pareja había llegado a la plaza y probablemente encontró y destruyó el transmisor.

Se volvió hacia César que se hallaba atado en el asiento del helicóptero. Ahora estaba entre un estado de trance y un desmayo por los dolores que sentía. Tenía los ojos entreabiertos y delirantes, rojos de sangre.

Meng se acordó de las dos formas de tortura que acababa de aplicarle. Había usado cuatro veces las ondas de baja frecuencia de la cámara. En todas ellas accionó el pulso electromagnético en una dosis no letal. Sin embargo el brasilero insistía en no revelar el destino del trío. Sólo había obtenido algún resultado a duras penas cuando hizo uso de una poción mágica.

— ¿A dónde van? — preguntó Meng después de haber aplicado tres veces el arma.

César de repente cerró la boca y su cabeza se derrumbó hacia atrás en el respaldo del banco del helicóptero Mi-8M. *Desmayado.*

Meng le dio dos bofetadas en la cara que le hicieron despertar.

Delirando César escupió en el rostro del oriental. Meng gruñó irritado. Se limpió con el dorso de la mano y le dio un golpe con el puño directamente en el puente de la nariz de él. Luego la sangre brotó y se escurrió por su boca.

César abrió la boca para hablar algo. Él esperó.

— Yo... yo... yo — entonces él apretó los labios y escupió sangre en la cara de Meng.

Habitado a toda suerte de provocaciones el oriental intentó mantenerse frío. César ya era un cadáver, principalmente después de haber sido víctima de la cámara de Meng.

Como para definir si modo de filmación o fotografía Meng aumentó la potencia de las ondas y accionó de nuevo el arma. El sonido de estática era como una sinfonía de Beethoven para sus oídos. Contó mentalmente hasta cuatro y medio. Medio segundo más y el brasilero moriría. La cabeza de César se balanceó en una mezcla de espasmos y movimientos lentos. El sonido que emitió al buscar aire hacía a Meng relajarse de placer.

Él mismo se había sorprendido con el rostro distorsionado del brasilero, los cabellos blancos fangosos de sangre, las franjas pegadas en la frente y las venas naciendo como nervios en la cara.

Había exagerado en la dosis.

— ¡Despierta! — le dijo él con bofetadas en la cara. — ¡Despierta!

César recobró la respiración con un arqueo ruidoso.

Por lo visto el viejo daría la vida pero no confesaría.

Meng respiró hondo considerando qué hacer. Ya había puesto buena parte de su furia en César. Y también había errado una vez dejando escapar el trío. No admitir más falls.

*Cálmate,* pensó.

Ahora la idea sería más refinada.

El Pentotal Sódico. El famoso Suero de la Verdad. Un artificio empleado largamente por Stalin ya en la década de los años '30, por la CIA en los años '60 y perfeccionado por el Mossad en los años 2000. Se trataba de un éxtasis o LSD mejorado en el sentido que desinhibía al individuo destruyendo cualquier barrera moral o ética, dejándolo indefenso para responder cualquier pregunta sin ninguna restricción.

Meng conocía bien el perfil de individuos que jamás confesaban bajo tortura. Los valores que César había depositado en aquel proyecto y la forma como había encarado el cautiverio desde el principio dejaban claro que morir no representaba sacrificio alguno para él.

En un bolso de cuero Meng buscó dos ampollas. La primera induciría a César inmediatamente a una especie de estado de trance. La segunda iba a hacerlo confesar como un niño que revela dónde escondió un juguete.

Después de dar dos golpecitos en la jeringa para mezclar la sustancia, hundió la aguja en el antebrazo del brasilero. La reacción fue inmediata. El ritmo de su respiración bajó considerablemente y César parpadeó dos veces, muy despacio. En pocos segundos sus pupilas se hallaban completamente dilatadas.

*Hora de la historia...*

Ahora que la víctima estaba en trance Meng iba a hacer de cuenta que vivían en una metáfora algo que actuaba con una fuerza increíble en el inconsciente. La misma estrategia utilizada por los hipnólogos y los expertos en la Programación Neurolingüística para romper los traumas y las creencias limitantes más profundas en sus pacientes. Un método que podría cambiar de manera drástica incluso la personalidad del sujeto.

— *Dorud*, César. Hola, César. ¿Qué honor haber sido invitado por ti y por Helena a esta cena a la luz de velas aquí en la plaza Naqsh-e Jahan. — Meng sacó su encendedor del bolsillo y con el pulgar levantó la tapa de arriba encendiendo su llama para simbolizar la vela. Los ojos semicerrados de César fueron atraídos por la luz, movía débilmente la cabeza. Meng tomó la otra jeringa y la aplicó en el mismo antebrazo. — Sé que ella está un poco atrasada dado que está encargada de traer la otra vela. — Él bajó el tono de su voz para que pareciera un susurro como aquel que se usa para contar historias a niños. — Si quieres, podemos buscar a Helena porque por lo que te conozco ya debes estar muriendo de hambre, ¿no es verdad?

César sacudió la cabeza asintiendo y pasándose la lengua sobre los labios.

*Ahora sí lo he dominado.*

— Pero todavía falta una vela aquí en la mesa, aquella que brilla bien fuerte; la que va a iluminar esta hermosa plaza donde estamos — hizo una pausa larga — ... ¡Aquella vela que nunca se apaga!

César había estirado una comisura de su boca esbozando una sonrisa de satisfacción.

— ¿Sabes a dónde puede haber ido Helena a buscar esa vela, mi amigo?

El rostro de César se cerró de manera repentina.

*Vamos, idiota...*

Incluso con el efecto del Pentotal Sódico en su auge Meng percibía que había una llama real allá en el fondo que ayudaba a mantener los valores de César encendidos. Él parecía dominar su sistema nervioso como Meng jamás había visto.

Este tipo es demasiado fuerte...

Después de un largo momento de silencio finalmente articuló:

— Us... Us...

— ¿Qué? — quiso saber Meng. — ¿A dónde Helena fue a buscar la vela?

— Usiiinaa...

Meng sentía que los músculos del abdomen se le contraían. Por supuesto que la usina era el último lugar que deseaba transitar. Pero también era un destino lógicamente posible ya que Meng había robado el prototipo falso exactamente allí. Perdería tiempo si fuera a buscar a Helena y Arash en una metrópoli como Isfahán. La usina tenía un vasto campo abierto en la entrada lo que facilitaría las cosas a Meng.

*Allí será el calvario de todos.*

Se levantó decidido a matar a César de la forma más brutal posible. Buscó su Glock y cuando volvió oyó al ingeniero gemir una palabra. Meng se paró ante él con su abdomen a la altura de la cabeza del brasilero.

— Sólo... solamente... — César gemía con agonía.

— ¿Qué?

— Sólo... sólo Helena lo puede traer. Sólo Helena tiene lo que es necesario para traer la vela.

— ¿Qué tiene? ¿El material de fabricación de la vela? — preguntó Meng, refiriéndose a las partes del prototipo.

César parecía estar más consciente ahora.

— No... t... tú... jamás vas a saberlo.

La voluntad de matar César allí era casi insoportable. El efecto de la droga ya estaba pasando. Con la culata de la Glock, Meng dio un golpe en la cabeza del ingeniero apenas lo suficiente para desacreditarlo. Había sido víctima de varios hechos inesperados hasta el momento. No quería pasar por otro, por eso optó por mantenerlo vivo hasta adquirir el prototipo original y un segundo después matar a todos.

Ahora, a punto de despegar y a pocos minutos de haber hablado con Xerxes por última vez por teléfono, Meng buscó su vestimenta anti radiación en un bolso. Se vistió con rapidez y estudió mentalmente la etapa definitiva de la misión.

Se sentó estirando el cuerpo dentro de la ropa antes de hacer vibrar helicóptero y alzar vuelo.

Estaba tan concentrado en la usina que ni percibió tres grandes bultos salir por la puerta de entrada del Palacio Ali Qapu, veinte metros debajo de sus pies

## CAPÍTULO 89

Conduciendo con las luces apagadas en una avenida mal iluminada y vacía Navid movía los dedos con una habilidad apurada moviendo las palancas adaptadas en el tablero, el volante y los gestos que hacía en el aire para ejemplificar lo que decía.

— ¿Un arma que puede provocar terremotos? — Helena preguntó atónita.

— Repito, ella puede generar más que terremotos — corrigió el methernitha. — H.A.A.R.P significa *Programa de Investigación de Aurora Activa de Alta Frecuencia*. Cuando pasé por la inteligencia del ejército suizo oí decir que la Marina, la Fuerza Aérea y algunas instituciones académicas de Estados Unidos desarrollaron un proyecto a partir de 1992 cuya construcción terminó en 2007. — Kroos se detuvo y tosió pesadamente con un sonido que no parecía humano lo que generó una mirada asustada de Navid. — Es un arma del ejército americano.

Helena sentía la garganta contraída por la mala sensación, pero luchaba para abstraerse de la tensión.

— Los militares, por supuesto — continuó Kroos —, afirmaron que el sistema se utilizaba sólo para estudiar las propiedades físicas y el comportamiento de la ionosfera para fines civiles y de defensa. Pero la historia se resume en un conjunto de antenas que producía una cantidad enorme de energía alcanzando la atmósfera y provocando cambios climáticos no sólo terremotos sino también huracanes, sequías, tempestades, tsunamis, etc.

Helena se miró con Arash y percibió su intriga. Pensativo parecía buscar entender cómo algo así era posible.

— ¡Fue exactamente lo que descubrí! — corroboró Navid. — Ayer, mientras estaba en uno de los turnos en el departamento de climatología de la Universidad, percibí una aberración en los datos. ¿Ustedes saben que todos los días ocurren miles de terremotos en el mundo?

— Pero de magnitud muy pequeña — dijo Helena. — Las placas siempre se mueven.

— Exacto. El promedio mundial de magnitud es de 2,5 grados en la escala Richter. El problema es que la profundidad de los sismos, es decir, su origen, varía mucho. Por tratarse de movimientos aleatorios de las placas es evidente que un terremoto se produce en profundidades también aleatorias. Algunos a diez kilómetros otros a ocho, varían mucho.

— La primera constatación que me dejó sorprendido fue que más del noventa por ciento de los sismos ocurridos en los últimos cuatro días tenían la misma profundidad, cerca de 6,2 millas.

*10 kilómetros*, pensó Helena, ahora inmersa enteramente en la explicación.

Al final de una avenida repleta de tiendas, bazares y vitrinas con objetos de color azul turquesa, Navid encontró un toldo parecido a una tienda árabe que provenía de una tienda y se extendía hasta el final de la calzada. Estacionó el Peugeot debajo del toldo y explicó a todos la Teoría del Dr. Dimitar Ouzounov llamada "Acoplamiento Litosfera — Atmósfera — Ionosfera", cuya idea central postulaba que antes de los terremotos la atmósfera superior podría calentarse. A continuación explicó las radiaciones infrarrojas que aparecían acumuladas sólo sobre el territorio de Isfahán lo que representaba otra anomalía; por fin les habló sobre el rápido aumento de ellas en los días anteriores al terremoto.

— Entonces algo aterrador sucedió en el laboratorio. Todos los ordenadores fueron destruidos delante de mí.

Helena estaba pasmada en el asiento trasero.

— ¿Qué? ¿Quién hizo...?

— En Natanz, en 2010, Estados Unidos e Israel dirigieron una operación en la que todas las centrífugas de la central nuclear fueron destruidas por un virus informático. Se insertó en un ordenador portátil de uno de los científicos de la usina y causó el mismo daño que ocurrió en mi equipo de ordenadores.

— ¿Y cómo puedes afirmar que lo que sucedió fue exactamente igual?

— Yo estaba en Natanz. Trabajé en la usina y vi con mis propios ojos los ordenadores siendo destruidos de la nada y luego las centrifugadoras. — Navid tenía una línea tenue de odio insinuándose detrás de la expresión.

Abrumada, Helena meditó sobre el gran juego que se desarrollaba detrás de las cortinas. *Las guerras secretas*. Pensó en cómo la ONU era totalmente ajena a esos conflictos y como ella jamás tuvo acceso a información sobre la inteligencia militar de cualquier país. El espionaje industrial o la guerra electrónica pasaba muy por encima de su área de alcance. Con los pensamientos en pleno conflicto, dudó de las reales capacidades de las Naciones Unidas dentro de aquel juego sombrío.

*La realidad es que no tenemos poder sobre nada*, concluyó.

— Eso me llevó a buscar a un amigo — dijo él. — Gogin Abin Sader.

Fue el turno de Arash para manifestarse.

— ¡Usted es amigo del Dr. Sader! Él es una de las mentes más brillantes de la ingeniería espacial en el mundo.

— Exactamente. Hemos hecho algunos trabajos juntos en la Guardia Revolucionaria.

Helena sintió su boca secarse sólo de oír ese nombre. Ejército y Guardia Revolucionaria se fundían en uno solo. Aquellos que los perseguían en el momento y no vacilarían en matarlos después de la masacre que Meng produjo en la plaza Naqsh-e Jahan.

— Tuve que ir a fondo para conseguir documentos sobre el H.A.A.R.P. En la Deep Web encontré actas firmadas por Estados Unidos e Israel — agregó Navid. — He encontrado un documento oficial de la CIA y el Mossad para compartir un programa. En él constaba que el

H.A.A.R.P es capaz de generar más de 3.600 millones de vatios, 72 mil veces más poderoso que la mayor estación de radio comercial de Estados Unidos.

— Sin embargo las transmisiones del H.A.A.R.P no se destinan a los oídos humanos — explicó Kroos. — Inyecta esas ondas en un solo “punto” situado en la región superior de la atmósfera y promueve la excitación de la ionosfera.

Helena se esforzaba por comprender. Aunque no se sentía tan segura con las explicaciones le parecían plausibles. Pero le gustaría entender mejor cómo el H.A.A.R.P funcionaba. Si por un milagro su vida volviera a la normalidad ella querría investigar todo aquello hasta las últimas consecuencias.

— Eso es una información que si se lleva a una corte internacional como la ONU puede destruir gobiernos — dijo ella indignada. — ¿Me explica mejor sobre el H.A.A.R.P, por favor?

Aquella observación con un aire político pareció haber despertado la memoria fotográfica en el cerebro de Navid. Él se acomodó las gafas en el puente de la nariz y recorrió la cara de ella con los ojos. Lentamente parecía reconocerla.

— Su... su... Su cara no me es extraña.

*Ok, vamos...* pensó Helena. Ella estiró la mano entre los asientos para saludarlo y adelantar la revelación.

— Helena Gouveia, ex presidente del Consejo de Seguridad de la ONU y actual fugitiva internacional — dijo en un tono irónico.

Navid ahora era una máscara de perplejidad.

— Pero... pero... ¿qué está haciendo usted aquí?

— Es una larga e increíble historia. Le aseguro que le explicaré. Por ahora sólo pido sigilo y objetividad. Creemos que lo que nos está contando ahora está relacionado con una misión muy importante que estamos desarrollando aquí y tiene que ver con la salud del mundo.

— La vi en la televisión la semana pasa cuando...

— Cuando discutí sobre el desarme en el Consejo de Seguridad.

— ¡Sí! Y mire... permítame decir que también estoy de acuerdo en que desarmar al pueblo es entregar el poder a los bandidos que adquieren las armas clandestinamente y... — él mismo interrumpió su discurso y reanudó. — ¿Pero qué misión importante es esta?

— La señora Gouveia le dio su palabra de que le contará todo muy pronto — dijo Kroos rígido. — Vamos, continúe.

Después de estudiar a Helena con los ojos durante un tiempo, Navid dijo:

— Larga y extraordinaria historia la que voy a contarle ahora, señora.

## CAPÍTULO 90

— Lo que realmente me intrigó— continuó Navid — fue que un camarógrafo aficionado captara un fenómeno en el cielo imposible que es imposible que ocurra aquí en Oriente Medio. Poco antes del sismo principal de Isfahán fue captada una Aurora Polar, o Boreal. ¡Y de día! — Navid hizo una pausa probablemente para que los tres absorbieran la información con el silencio de la ciudad penetrando caliente por las ventanillas del Peugeot.

Aquel era, de hecho, el viaje de las sorpresas interminables. Helena conocía los tipos de Aurora Boreal que ocurrían en el hemisferio norte y la austral, en el hemisferio sur pero jamás había imaginado que pudiera suceder nada parecido en Oriente Medio. Arash preguntó:

— Pero, ¿cuál es la explicación física para una Aurora Polar aquí en Irán?



— Creo que es algún tipo de efecto electromagnético. Un cierto efecto causado por las ondas ELF, Extremely Low Frequency (Frecuencia Extremadamente Baja). Esta sería la base de las antenas del Proyecto H.A.A.R.P.

— Ok, esperen un poco — interfirió Helena queriendo comprender mejor. — ¿Esa sería la frecuencia en que se genera un terremoto? ¿Así es?

— Sí.

— ¿Puede resumirlo en un minuto?

— Claro. El H.A.A.R.P sería un emisor de ondas ELF, ondas de baja frecuencia. Para visualizarlo mejor imagine un show de rock. Las ondas ELF son similares a la vibración que sale de las cajas de sonido que usted siente en su propio cuerpo cuando suena la música. Son corrientes eléctricas de baja frecuencia que pueden ser descartadas de cables de energía eléctrica en nuestra casa o en los propios aparatos eléctricos en nuestros coches por ejemplo. Es como el subwoofer de una caja de sonido. Sin embargo estas ondas se emiten normalmente a niveles tan bajos que no nos perjudican.

Arash asentía con la cabeza, atraído por la explicación. Como físico nuclear obviamente conocía el principio. Hasta el momento Helena también había captado el noventa por ciento de la explicación.

— Entonces esas antenas, con la potencia de 3.600 millones de vatios, emiten esas ondas ELF — comentó Arash estudiando las propias palabras — lo que puede generar un terremoto. Pero, físicamente, ¿cómo pueden dirigirse a un punto específico? ¿Cómo planea destruir un lugar por un terremoto y dirige las ondas hacia ese lugar? Tiene que haber un canal que transporte esas ondas, pues si no se pierden en el aire.

Hercule Kroos tosió y dijo con la voz tomada:

— Creo que el canal es la Ionosfera, ¿no? — preguntó mirando a Navid.

— Exacto. En realidad, la Ionosfera que se encuentra más o menos a mil kilómetros de altitud funciona como un espejo. Saben que las ondas de radio se transmiten a través de ella, ¿no?

— Claro que no — respondió Helena.

— Esto es posible porque está compuesta de iones o plasma ionosférico pudiendo así reflejar las ondas de radio de hasta 30 mega-hertz. Es el mayor conductor eléctrico del globo y puede transportar ciertas longitudes de onda sin pérdida alguna. Un espejo. Por eso allí ocurre un fenómeno que llamamos reflexión ionosférica. Entonces si se tiene un conjunto de 180 antenas de 24 metros de altura como el Proyecto H.A.A.R.P apuntando exactamente a la ionosfera, las ondas ELF rebotan en la ionosfera y son capaces de rodear la tierra a lo largo del horizonte haciendo que cualquier punto en el globo esté a su alcance.

— ¿Y cómo se dirige hacia un punto después de que las ondas ELF golpean a la Ionosfera? — preguntó Helena.

— A través del calentamiento de la ionosfera — respondió Arash y en seguida intentó explicar. — Lo que Navid está contando es totalmente posible. — Se volvió hacia Helena y pasó a gesticular con las manos. — Si tomas las cuerdas de una guitarra y las afinas correctamente, la otra cuerda también vibra porque está en la misma frecuencia natural que la primera cuerda. De la misma manera los componentes de materia que tenemos en la corteza pueden ser estimulados por ese tipo de onda extremadamente baja y entrar en resonancia. Piensa en una roca basáltica. Si sabes cuál es el punto de resonancia de la roca, de esa frecuencia natural, puedes hacer que empiecen a vibrar de una forma extrema y causar un tipo de rompimiento como cuando un pelotón de soldados marcha sobre un puente, causando esa vibración al unísono. Por eso la resonancia

ocurre por la superposición de las ondas.

— Correcto — aprobó Navid. — Usted es físico, ¿no?

— Nuclear.

— ¡Qué encuentro inusitado! — bromeó Navid. — La presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU y un físico nuclear perseguidos por el ejército iraní. — Estudió Kroos por unos instantes. — Y tú, ¿quién eres? ¿Un agente secreto? — preguntó Navid riendo.

— Exacto — respondió Kroos.

Navid se puso serio del susto. Helena sintió que la sinceridad de Kroos causó escepticismo en la mente de Navid que continuó con su explicación:

— Señora — le dijo — voy a explicarle rápidamente el concepto de corrientes a chorro. El chorro es una corriente de aire concentrada de alta velocidad que mueve miles de millones de litros de agua alrededor de la tierra como un río gigante. Pero un río a quince mil metros de altitud. Mueve toda el agua en nuestro mundo, a las lluvias y las tempestades. Es la sangre vital del planeta Tierra.

Helena estaba atónita con la explicación.

— El H.A.A.R.P crea ondas de calor alterando la estructura molecular de la ionosfera empujándola hacia arriba, hacia el espacio. Es cuando surge una especie de joroba en la estructura; una columna de espacio. Y cuanto más baja la atmósfera más se llena ese espacio. Y cuando esto ocurre el flujo de las corrientes de chorro en la región y los sistemas de presión se alteran. Lo que significa es que la ionosfera calentada actúa como una represa gigante redistribuyendo el camino de las corrientes de chorro. Esta corriente fluye entre diez a quince kilómetros por encima de la superficie de la tierra y alcanza velocidades de hasta quinientos kilómetros por hora. Es como desviar el curso de un río con una barrera de hormigón y dirigirlo hacia donde quieras.

Los tres prestaban atención, compenetrados.

— Pero, por más que yo ahora esté confesando mi indignación aquí con ustedes, yo ya conocía ese tipo de tecnología. En los años 2000 fui contratado por una empresa de energía para hacer lo que llamamos tomografía de la tierra. Buscábamos petróleo y gas en Bam, una ciudad histórica al sur de aquí. Aquella área ya tiene históricamente una gran propensión a los terremotos. En el instante en que energizamos el local con las ondas ELF hubo un terremoto entre 4 a 4,5 grados en la escala de Richter.

Helena notó como teóricamente era muy fácil generar un terremoto. Sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

— Tiene total sentido — dijo Arash —, el principio que has usado en la roca debe ser igual al del H.A.A.R.P. Se calienta y libera una energía potencial en la roca o en una placa tectónica causando una sacudida. Estas condiciones ya existen en el suelo, sólo es necesaria la energía de activación que provoque una liberación. Las ondas ELF parecen transmitir esa energía.

— Exacto — dijo Navid. — Y ahí llegamos al motivo de mi visita a Isfahán. Para que no ocurriera de nuevo este tipo de accidente creamos en aquella época un equipo que medía la cantidad de hertzios que las ondas ELF podrían emitir al suelo lo que nos daba un norte más preciso de la potencia a ser usada en una roca en un posible experimento. Lo que quiero decir es que puedo saber si hay una influencia directa de las ondas de bajas frecuencias aquí y ahora.

Helena se quedó boquiabierta. ¿Navid quería probar que había una influencia artificial y dirigida hacia el terremoto? ¿Sería correcto sostener que las ondas de frecuencias extremadamente bajas permanecían allí, asentándose sobre Isfahán, mezclándose con la radiación que la central

nuclear escupía incluso dos días después del temblor principal? Como por intuición pensó si ese terremoto tenía algo que ver con el descubrimiento de César.

¿Quién estaría detrás de todo eso? ¿Con qué objetivo? ¿Sería Estados Unidos? ¿Israel? ¿O una tecnología como aquella ya había sido adoptada por más países? Instintivamente su cuerpo se acercó aún más a Arash, como si él la protegiera de aquellos pensamientos aterradores y su antebrazo tocó levemente el torso de él. Las posibilidades poco a poco se apagaron en la mente dando lugar a una pregunta central. Se esforzó para ser objetiva:

— Entonces su equipo va a comprobar si todavía existen esas ondas aquí, ¿no?

— Correcto.

— ¿Y cómo está seguro de que va a conseguir captarlas incluso después del terremoto?

Los labios de Navid se estiraron por primera vez en una sonrisa confiada.

— Porque en el pasado un tipo muy loco lo hizo, hizo precisamente eso. Él también dijo un día que si se pudieran lanzar las ondas ELF en la atmósfera era posible cambiar el clima. Él se llamaba Nikola Tesla

## CAPÍTULO 91

Hacia dos meses que el Director del Pentágono había descubierto que un cáncer devastaba el hígado de su esposa Jane. Obviamente la noticia los tomó de sorpresa. Una mujer que siempre había tenido una salud plena. A los setenta años, la verdadera fortaleza de todas las batallas de Campbell, sucumbía bruscamente. Tomados de la mano los dos oyeron la noticia del frío doctor Hans Bjork sentenciando su muerte.

— La metástasis continúa extendiéndose y ya ha tomado todo el órgano. — Dejó de hablar por un tiempo largo y los miró con condescendencia antes de continuar. — No es posible afirmar que vaya a pasar de los tres meses.

Y eso había sido hacía dos meses.

Campbell se sentía como un tanque de guerra fatalmente herido con sus engranajes de repente desparramados en el centro del campo de batalla. Siempre había tenido la más absoluta certeza de que sería el primero en partir. Era claro que todos tenían presente su posible partida pero él simplemente no se sentía preparado para la pérdida repentina de ella. Si un día pensara en su propia muerte sólo había una última escena que le permitiría cerrar los ojos en paz: el rostro de Jane enmarcado por la bandera de Estados Unidos detrás.

Gastó buena parte de su fortuna en los tratamientos más caros, los médicos más renombrados.

Todo en vano.

Hasta que pocos días atrás llegó a su oficina a través de un contacto de la CIA la historia de un brasilero que trabajaba en secreto junto al gobierno de Irán. Desarrollaba una tecnología capaz de acabar con el problema de energía del mundo, verdadera fuente de toda la desigualdad mundial.

Lo más interesante, sin embargo, no era esto. Y sí el hecho de que Campbell había visto videos grabados por el brasilero con algunos pacientes experimentales en fase terminal de cáncer.

A través del magnetismo César desarrolló una técnica capaz de *reconfigurar* la estructura atómica de las células cancerígenas y reajustar el organismo logrando la cura total. El brasilero comprobó más de veinte curas de cáncer en dos meses de tratamiento.

*Es eso. La salida.*

Sin embargo Campbell se estaba enfrentando a un gran dilema. Un factor moral y ético que lo colocaría entre la espada y la pared. ¿Cómo podría tener acceso a una investigación secreta en un país enemigo? ¿Cómo podría contactar a César Montenegro y convencerlo de que realizara el tratamiento a su amada Jane? El hombre que poseía los medios de influencia más poderosos estaba de manos atadas ante la brutalidad de Dios.

Frustrado había llegado a la conclusión de que sólo podría intervenir por medios que no estaban garantizados. Tendría que proporcionar las condiciones para que el brasilero presentara la tecnología al mundo y acudiera a su esposa. No le importaba si el multitrillonario mundo del petróleo caía como un borracho fracasado como consecuencia. Campbell sólo quería pasar algunos años más al lado de Jane.

Pero todas sus expectativas habían sido destruidas dos días atrás. El brasilero había desaparecido en un trágico terremoto y su *pariente* más cercano, Helena Gouveia, se había convertido en una fugitiva internacional. ¿Dónde estaría el legado de César Montenegro? ¿Había sido arrasado junto con la usina? Había fuerzas que tenían interés de destruir o apoderarse de la tecnología y la única esperanza de Campbell era la brasilera.

Por eso el uso del Flame. Y por eso desde el principio él estaba en contra de la invasión de Irán. Íntimamente Campbell ya estaba cansado de guerras por más que no hiciera tanto esfuerzo para no dejarlas eclosionar si no había una razón muy fuerte.

*Un país que está hecho de un escenario de guerra es un país perdido.*

A través de los registros de imágenes por satélite, el pequeño equipo de hombres de confianza de Campbell le había dado noticias de que Helena permanecía viva y se encontraba en la ciudad de Isfahán. A él le gustaría ir personalmente a Irán y ayudarla. Dejaría de lado todo el patriotismo por Jane. El uso del Flame II garantizaría que Irán fuera eliminado y evitaría una guerra. Sin embargo, Aaron Jones acababa de llamarlo y el auge de la crisis había llegado de la forma que él más temía: abrumadoramente. El presidente había ordenado la invasión inmediata y nadie lograría sacarlo de esa idea. Campbell no tenía apoyo ya de ningún miembro del Consejo, se encontraba sólo. La muerte de los comisarios de la ONU y ahora la de Dorothea fueron factores decisivos.

Sin embargo todavía había tiempo de aplicar el Flame II sin una orden presidencial. El director del Pentágono concluía que Estados Unidos no tenía nada que perder. *Él* no tenía nada que perder. A los 77 años lo máximo que le sucedería sería ir a prisión por traición. Pero hasta ser juzgado su Jane ya lo habría abandonado. Y después de su muerte Campbell podría permitirse irse también.

El proyecto no traería problemas, sólo beneficios en última instancia.

Campbell volvió al momento presente cuando se dio cuenta que giraba con el pulgar su alianza desgastada en el dedo arrugado. Ansioso esperaba que los técnicos de DARPA iniciaran su trabajo en la mesa, al frente suyo.

Sentado ante la mesa de Lott, que también había regresado a la sala junto con un equipo de seis técnicos, veía ahora la aplicación del procedimiento de inserción del virus.

— Él se propaga por el aire — había dicho el director de la DARPA, para la sorpresa de Campbell. — A través de las redes *wifi* se instala en los mayores servidores del país contaminado. Sistemas de radares, telecomunicaciones e internet. Todo.

La historia está repleta de héroes que cambiaron el rumbo del mundo a través de acciones individuales. Personas que determinaron drásticamente los caminos de una nación por una sola decisión. Su mayor ídolo y antiguo amigo, John Kennedy, actuó así todo su mandato. Y ahora

llegaba su turno. Campbell intentó evitar al máximo que la crisis emergiera al público y que Estados Unidos la venciera sin que las noticias repercutiesen. La muerte de Doroth había aumentado aún más su voluntad de aplicar el Flame II. Y ése era un nombre emblemático para mostrar que había una llama de esperanza para la humanidad. Doroth había pagado caro por esa llama.

De pie, escribiendo con rapidez en las teclas de un ordenador, Lott volvió los ojos a Campbell después de gritar órdenes técnicas para sus asistentes y repasar verbalmente todo el procedimiento al equipo.

— Está todo listo señor director. — Era posible ver la cruz que oscilaba por debajo del cuello de su camisa, hablaba con un aire receloso impreso en la voz.

Campbell giró algunas veces más la alianza en el dedo anular antes de formalizar:

— Está usted autorizado a apagar a Irán.

## CAPÍTULO 92

Impresionada Helena esperaba que Navid explicara la relación de Nikola Tesla con el H.A.A.R.P. Un encuentro fortuito en medio de la calle redundaba en una de las explicaciones clave de lo que podría estar sucediendo en Isfahán. Navid y Kroos los ayudaban a conectar puntos que aparentemente no tenían conexión alguna.

Empujando con las piernas muertas desde las rodillas, el parapléjico se acomodó en el asiento y los miró por detrás de las gafas.

— En mis investigaciones descubrí que Tesla es el padre fundador de lo que llaman Armas de Energía Dirigida — dijo él. — La base de esta tecnología son las ondas ELF.

— El mismo tipo de arma que Pang Meng utilizó para dispararme — dijo Kroos.

Se hizo un silencio tenso, que de inmediato Kroos rompió y continuó.

— Me sorprendió cuando apareció con una cámara fotográfica que emitía una terrible onda de choque en el cuerpo. Me dio dos veces. Esta es la razón de estas... — Él hizo un gesto con la mano mostrando las pavorosas venas que cubrían su rostro enrojecido.

*Dios mío, pensó Helena.* Navid y Arash lo miraron con pena.

— Siento ganas de vomitar todo el tiempo y tengo espasmos musculares por todo el cuerpo. Esa arma me afectó el sistema nervioso central, estoy seguro.

La situación de Kroos era lamentable. *Ya debía estar internado en un hospital hacía mucho tiempo*, pensaba Helena. Sintió un peso en la consciencia por no poder ayudarlo en ese momento. Quien en realidad ayudaba era él. El methernitha estaba allí por *ellos*, para salvar *sus* vidas.

— Debe haber algún medicamento que lo ayude, Hercule — dijo ella, genuinamente preocupada pero sabiendo que la búsqueda de remedio jamás ocurriría hasta que él cumpliera su misión.

Kroos asintió más para agradecer la gentileza que para confirmar algo y miró a Navid con los ojos grises llenos de sangre. Éste, a su vez, lo estudiaba con temor probablemente sin saber lo que un hombre de rasgos eslavos y con aquella apariencia hacía allí.

— ¿Has estado cerca de la usina? — le preguntó. — Oí decir que allí la fuga es crítica.

Kroos tosió y sacudió la cabeza negativamente.

— La nube de radiación ha llegado hasta aquí pero aún no es intensa.

Helena tembló de miedo. Se acordó de los mareos crónicos que sentía y se preguntó si había alguna relación. Arash se mordía el labio inferior condescendiente con la situación del

methernitha y, al mismo tiempo, pensativo. Centró su atención de nuevo en Navid:

— Ahora que has comentado de esas armas de Energía Dirigida me acordé de una patente de Tesla más allá de la polémica. Se llamaba *Tesla's electro-mechanical oscillator*. ¡Él patentó esa máquina, cáiganse de espaldas, en 1893! Y se conoció como máquina de terremotos.

Navid asintió, diciendo:

— Hay un documento que cuenta una historia loca sobre Tesla. Él causó un temblor de unos segundos en el edificio en que vivía, en un hotel de Nueva York. Este hecho fue registrado por el gerente del establecimiento. ¡Eso sí que es un huésped peligroso!

Todos rieron entretenidos, un extraño momento de relajación en medio del infierno.

— Sin querer — dijo Arash — Tesla estableció las bases para todo tipo de modificaciones y estrategia de guerra climática. Fue el primero en decir que se podía cambiar el clima a través de la ionosfera y realizó los primeros experimentos del tipo.

— Además de ser el hombre que soñó con un mundo igualitario a través del acceso a la energía libre, limpia y gratuita — completó Kroos.

Fue ese momento en el que Helena recobró el pensamiento sobre el prototipo de César.

— Tenemos que saber cuál es nuestro próximo paso — dijo Arash que parecía leer sus pensamientos.

Después de una tos prolongada Kroos giró la cabeza hacia atrás mientras una línea de sangre le bajaba por la nariz.

— Helena, ¿recuerdas las indicaciones de César en el video?

— Sí, pero no sé qué hacer. Pensábamos que íbamos a encontrar el prototipo entero en la plaza porque seguimos sus consejos a la perfección y finalizaban allí.

Navid miraba a Kroos aparentemente confuso.

— Navid — dijo Helena —, creo que tienes interés en denunciar los crímenes de esta supuesta arma climática en el caso de que consiga probar que existe la actuación del H.A.A.R.P aquí, ¿es así?

Navid vació los pulmones de aire y confirmó:

— Es exactamente el diseño que Alá me dio, señora.

— Me imagino — dijo ella respetuosa. En este momento sintió una sobriedad que se oponía a su estado físico. — Entonces nuevamente reitero mi pedido de confianza. En el camino — hacia donde tenemos que ir — le vamos a explicar cuál es nuestro objetivo aquí.

Los ojos expresivos de Arash le creyeron confiados.

— Le doy mi palabra de que tendrá espacio en la ONU cuando todo se resuelva. Esos señores y yo tenemos mucho interés en lo que tiene para contarnos sobre el H.A.A.R.P. Entonces vamos a hacer un cambio: llévenos y le daré mi apoyo cuando sea el momento.

Helena sintió que los ojos de Navid brillaban. Siguió un momento de pausa.

— Sí, está bien — respondió él.

Sonriendo, Helena le dijo a Kroos:

— Bien. La frase de César era: *en el Templo de la Llama Eterna siga todos los Elementos. Los arabescos en el espejo del alma explican el Torus. Isfahán es la tierra de la Geometría Sagrada. Ciro el Grande y Ferdowsi indican su mayor representación... El primer paso es en Teherán.*

— Y ya nos encontramos con cada indicación de esas — completó Arash. — Pero lo que tenemos son sólo dos piezas de lo que creo es el prototipo.

Presionándose las sienas ella sintió al cansancio luchando ferozmente contra el raciocinio.

Pensó si César tenía idea de lo que había pasado en los últimos dos días. *¡Intentaron matarme, César! ¡Intentaron matarnos a todos nosotros!* Era lo que le gustaría decirle.

Se esforzó por repasar mentalmente toda la trayectoria de aquel día desde la llegada al Templo Adrián: el olor horrible de la carne quemada del hombre que se suicidó, los gritos de terror resonando en el patio, el fuego que se lo devoraba parecía ser alimentado por el sol tórrido del verano. Su mente se concentró en la llama sagrada y milenaria que tuvo que apagar para encontrar la primera pieza y los arabescos en el espejo de agua que representaban el patrón más perfecto y armónico del universo.

No habían dejado nada atrás. A su lado Arash se mordía el labio inferior con la cabeza baja, pensativo.

*Interpretación siempre literal, se recordó a sí misma, siempre literal.*

Como en un juego de cartas en el que no se sabe la próxima jugada, cambió de posición las palabras de César.

*Siga todos los elementos, en el Templo de la Llama eterna. Explican el Torus, los arabescos en el espejo de agua ... Todos los Elementos. Fuego, agua...*

— ¡Todos los Elementos! — exclamó ella, entusiasmada.

Kroos giró hacia atrás y Helena dijo:

— En el Templo de la Llama eterna. Nosotros seguimos sólo *dos* elementos hasta ahora. Fuego y agua. Allá en el Templo Adrián. El Templo de la Llama Eterna no se refiere sólo a ese templo. ¡Es una de las indicaciones a los santuarios sagrados del zoroastrismo!

— Entonces dirías que si nos faltan dos elementos tenemos que buscar algún santuario relacionado al Aire y otro a Tierr... — El rostro de Arash se llenó de sorpresa. Kroos fue hacia él, sus ojos parpadeaban cada vez más lentamente.

— El Templo del Fuego! — dijo. — El Templo *Ātashgāh-y Isfahán*. ¡Es cerca de aquí!

Helena se encogió de hombros.

— Pero ¿qué hay en ese templo que pueda representar los otros dos Elementos de la Naturaleza?

Arash se humedeció los labios y respondió:

— El Templo *Ātashgāh-y Isfahán* es una ruina zoroastra secular que fue construida con arcilla, escombros y lodo. Y está en lo alto de una colina pedregosa a unos ocho kilómetros al oeste de aquí. ¿Quieres algo más *Tierra* que eso?

Helena sonrió con satisfacción y dijo con placer:

— ¡César genio!

## CAPÍTULO 93

Alzando los ojos hacia la colina, que se elevaba a 210 metros más allá de la llanura de la ciudad, Helena golpeó la puerta del Peugeot acompañada de Arash y Kroos. Pequeños reflectores daban luz a la composición completamente rocosa del cerro. Ninguna vegetación brotaba de sus paredes a excepción de algunos pocos canteros de árboles y plantas situadas aún en la entrada del sitio arqueológico.

*El Templo del Fuego construido con tierra*, dijo ella para sí misma.

— Bueno, todavía no soy bueno en subir los cerros — bromeó Navid sonriendo. — Voy a esperarlos aquí.

Los tres acordaron, conscientes de la dificultad que sería para cualquiera de ellos

empujarlo hacia arriba. Navid no subiría. En los quince minutos de viaje hacia la colina, Helena había contado parcialmente su objetivo en Irán y el motivo real de su persecución. Aunque pareciera un poco inestable Navid pareció estar de acuerdo en ayudarles. Concluyó que todos los problemas de Arash y Helena residían en las acciones de los "imperialistas estadounidenses" y haría todo para denunciarlos. Ella, que ya no tenía paciencia para discutir fundamentalismo político hacía mucho tiempo, se encogía de hombros limitándose a agradecer por la ayuda.

Una puerta de hierro construida sobre piedras daba la bienvenida con un escrito en persa y la traducción en inglés a continuación:

#### ATASHGAH MONUMENT (MARBIN FORTRESS)

A pie hacia la cumbre las luces artificiales tenían el color de la arena y daban un aire de paisaje bíblico al morro: árido y desolado. Allí en lo alto Helena reparó en la silueta de una estructura. Probablemente las ruinas del Templo Ātashgāh-e Isfahán, sus formas se delineaban contra el cielo oscuro.

Arash la acompañaba de cerca y pareció haber sentido su cansancio.

— Prometo que después te llevo a comer el *Chelow Kebab* más sabroso de Teherán, ¿sí?

Ella se volvió hacia él y le devolvió una sonrisa cansada con pena al ver la mancha roja esparcida por la atadura en el antebrazo de él producto del tiro que él había recibido en la carretera.

— Será cuestión de probar — dijo ella dándose cuenta de que su última comida había en el avión a Irán, casi 24 horas atrás. El mareo también podría ser por ello. *No puede ser efecto de la radiación*, intentó convencerse.

Se sentía cada vez más a gusto al lado de Arash. Incluso allí, subiendo la colina pedregosa, él tenía la capacidad de enfriar sus temores. De repente se avergonzó al constatar que la sensación tierna que experimentaba cuando se hallaba junto al iraní era, en realidad, una fuerte atracción física. Era un excelente termostato para Helena. Cuando estaba nerviosa, la calmaba. Cuando estaba fuera de foco, luchaba para estimularle. Una sensación apacible masajeó su pecho. Algo que Helena analizó no vivía hacía un buen rato. Estos pensamientos le proporcionaron un breve momento de paz interior.

Pero el habla pesada de Kroos la llevó bruscamente de vuelta a la realidad.

— No pude entrar en detalles delante de Navid — dijo iniciando la subida al frente del grupo. — Pero necesito contarles algunas cosas a ustedes.

— Somos todo oído — dijo Arash.

— Entré en contacto con el equipo de investigadores que la Secretaria General envió a Irán y les probé que las evidencias que encontraron fueron pura engaño. Que fueron producidas cuidadosamente.

— ¿Cómo lo descubriste? — preguntó Helena.

— Mi fraternidad tiene métodos muy eficaces — respondió él enigmático.

Ella se acordó de la llamada que el propio Kroos le había hecho dos días antes: *esta noticia es un false flag*. Una falsa bandera. Una mentira para provocar una guerra.

Imaginó nuevamente la fascinante comunidad de los methernithas. No había como no asociarse a una sociedad secreta, de aquellas cuyo misticismo extrapolaba las paredes de un templo milenario.

— Creo que no supieron pues estaban en curso para acá cuando sucedió. Pero los tres



comisarios de Doroth fueron encontrados muertos dos horas después de que los contactamos.

Las rodillas de Helena casi cedieron forzándola a interrumpir la penosa subida rocosa. Intentó medir el impacto geopolítico de un hecho como ése. Era el estallido de una guerra. Una guerra que por poco no había sido evitada por los methernithas.

Aquellos que tenían intereses en el petróleo y otras riquezas naturales de Irán ahora se hallaban servidos de todas las razones para devorarlo como un predador insaciable. *Mi Dios, el Consejo de Seguridad debe ser una locura a esta altura.* Entonces, con otro susto, asoció la muerte de los comisarios al final de la carrera de Doroth Morgan. *Ella está perdida,* pensó olvidándose de su propia situación por un momento. *¿Dónde será que ella está ahora?*

El poder de aquellos que planeaban todo esto parecía ser inconmensurable. Se acordó de los rostros de cada uno de los comisarios; imaginó a sus familias recibiendo la versión falsa de su muerte a través de una fuente falsa que tenía objetivos falsos.

Un calor incendió su cuerpo. En realidad su interior había sido conquistado por otra dosis de motivación. Tenía que salvar a César. Tenía que mostrar el potencial del prototipo al mundo. Pensó cuánto Hercule Kroos la había ayudado a cerrar algunos nudos de modo que el efecto de la noticia en medio de ese huracán de información, tragedias y muertes, desarrolló un efecto contrario en su mente.

*Sólo tú misma puedes traerlo al mundo, Helena.*

— Necesitamos terminar pronto todo eso — dijo a los dos.

Arash se detuvo a su lado también un poco perturbado. El trío había parado en la mitad de la subida de manera que se podía ver la ciudad de Isfahán que al norte era interrumpida por una cadena gigantesca de montañas, un colgante tortuoso contra las estrellas. Las luces de los postes emanaban un brillo inocente. Ajenos a lo que ciertamente iba a suceder con el suelo en que se sostenían.

— Ese es el tipo de poder que enfrentamos, Helena — dijo Kroos, parando a pocos pasos de ellos. — Y yo juro que voy a descubrir exactamente quién está detrás de él.

Helena asintió firmemente mirando la ciudad a lo lejos. Entonces, como si sus pensamientos fueran proféticos, el brillo de Isfahán murió. Sus luces pasaron a apagarse sistemáticamente invadidas por una ola negra hasta llegar a los pies de la colina que luego se apagó completamente.

Toda la ciudad había sido apagada.

Hubo un momento de silencio absoluto.

Antes de lo peor.

Un rayo de fuego cruzó el cielo y perforó el suelo sobre un punto de la ciudad a unos cinco kilómetros de allí. En el mismo instante una claridad blanca, seguida de un rojo oscuro, oscureció los contornos de las construcciones alrededor. El susto le hizo dar un salto hacia atrás a Helena y casi caerse sobre Arash. Pasaron unos segundos hasta que el sonido de una brutal explosión chocara contra sus tímpanos presentando a ella sus más terribles miedos.

Ella ya había visto esa escena antes.

Se trataba de un escenario de guerra.

Isfahán se encontraba bajo ataque.

## CAPÍTULO 94

— Está hecho — sentenció Lott aún con un dejo de inseguridad en la voz. — Dentro de media hora quien se atreva a permanecer en el siglo XXI en Irán se sentirá frustrado. — El

director de DARPA cruzó los brazos mirando a la pantalla que transmitía en tiempo real las líneas de energía de Irán. — Si de hecho existieran bombas en estado operativo, sus dispositivos de funcionamiento sufrirían un apagón. Todos los radares y las transmisiones por satélite han sido inviabilizados. Y todavía podemos interferir en el software de cualquier sistema de orientación por ordenador.

Era la primera vez en tres días que Campbell se sentía aliviado con alguna noticia. Apretó los arrugados párpados en los que sentía pequeñas contracciones involuntarias. El equipo se fue de la sala, dejándolos de nuevo a solas.

— Usted tendrá mi respaldo si lo necesita, Christopher. El presidente y el Consejo de Seguridad Nacional ya liberaron la primera ofensiva a dos instalaciones militares en Isfahán. En algunas horas todo el diseño de la guerra estará completo. Usted sabe... van a tirar los dados y decidir quién va a quedarse de nuestro lado, quién será aliado de Irán y quien quedará neutral. Por eso por ahora estamos solos en esta. Pero estoy seguro de que el Flame II inducirá el alto al fuego.

*La llama de la paz.*

Lott aceptó absorto.

Campbell miró a la proyección en el televisor de plasma y al mapa que indicaba todos los sistemas de Irán que rasgaban el país en líneas iluminadas. De a poco se convirtió en un agujero negro e Irán quedó inmerso en una nube de tinieblas.

*Con seguridad el apagón más dañino de la historia.*

— Me temo que no sea una buena hora para esto pero aprovecho su presencia para decir que este hecho concederá a DARPA un poco más de credibilidad a juzgar por las críticas y recortes en el presupuesto que recibimos este año.

— Esta es la tendencia — acordó Campbell. — Tenemos intereses nobles con relación a lo que estamos ejecutando, Lott. A diferencia de los que quieren la guerra. El director del Pentágono ahora pensaba en ingenio espectacular con que estaba construido el Flame II. La DARPA merecía todos los méritos del mundo.

El malware se propagaba por el aire a través de dos formas diferentes y de manera asombrosamente rápida: por las redes wifi o por cajas de sonido y micrófonos (en ese caso sin necesidad de acceso a internet). La dinámica de propagación por el sonido era simple: éste usaba los micrófonos de las computadoras. La máquina infectada emitiría una señal por el sistema de sonido que sería captado por el micrófono del próximo sistema a ser infectado. Campbell sabía que eso era posible a distancias cortas, de veinte a treinta metros, por ejemplo; el propio Pentágono ya lo había usado en la guerra de Irak. Pero nunca había pensado que podría difundirse a un país entero. Todo a partir de señales con frecuencias que son inaudibles para los oídos humanos. Una especie de sonido originalmente diseñado para comunicaciones como usaban los submarinos.

En resumen, en los casos en que Flame II no entrara por la red wifi entraría por ese tipo modificado de sonido.

*Asombroso y, al mismo tiempo, bellissimo.*

Un ataque sin bajas. Limpio y pacífico.

— Permítame ofrecerle otro café, director. — Lott rodeó su escritorio y se fue al otro lado de la habitación. — ¿Sólo crema?

— Sí, por favor. ¿Usted profesa algún tipo de cristianismo especial? — preguntó Campbell.

Lott parecía no esperar la pregunta.

— ¿Perdón?

— Su cadena — dijo girando en la silla en la que estaba sentado. — Es muy peculiar.

— ¡Ah sí! Esto... — dijo Lott mostrando el crucifijo por fuera de la camisa. — Esto es un recuerdo de mi difunto padre. Mi padre sí que profesaba un tipo muy diferente de cristianismo. Yo diría que algo entre lo liberal y místico.

El director del Pentágono frunció el ceño intrigado.

— Usted debe saber, en Europa surgieron muchos tipos de ellos después de la Reforma Protestante y por ahí fue... — el director de DARPA parecía sentirse poco a gusto para hablar. Ocultó de nuevo la cadena debajo de la camisa y bebió el café mirando por detrás de las gafas. Después de un tiempo pensativo continuó. — Él fundó una comunidad que se llama Methernitha.

Ronald Jay Campbell jamás lo había escuchado. Como presbiteriano conocía las muchas corrientes del protestantismo que se extendieron por Europa, aún en el siglo XVI. Algunas de ellas, menores y prácticamente desconocidas, incluso alegaban practicar el cristianismo de verdad ya que defendían que la Biblia católica y la protestante sólo tenían el treinta por ciento de la Verdad. Excluían, por ejemplo, todo el evangelio de Pablo que para muchos era un gran engañador. ¿Los methernithas adherirán a ese tipo de vertiente? Al director del Pentágono le gustaría saber pero no ahora. Tenía mucho que resolver. El presidente lo esperaba en Washington junto a su asesoría y el Consejo de Seguridad Nacional. La guerra estaba completamente orientada desde allí y era necesario impedirla.

Después de casi tres días completos sin dormir, Campbell evaluó que, si su cuerpo resistiese una hora más, seguramente podría vivir hasta los ciento cincuenta años. Agotado se dio por satisfecho.

— Muy bien, señor director. Estoy seguro de que tendremos tiempo suficiente para discutir la teología de los methernithas en breve.

— Sería un honor — dijo él con sinceridad en la mirada. — Si me permite, señor director — nítidamente Lott tenía conciencia del cansancio de él — yo tendría interés en tratar de otro asunto antes de que usted se vaya.

Campbell se levantó con esfuerzo.

— Estoy seguro de que cualquier otro asunto que no sea el Flame II puede ser abordado después de que esta crisis se resuelva.

Lott se levantó cordialmente y lo miró a los ojos.

— ¿Incluso si ese asunto es la señora Jane Campbell?

## CAPÍTULO 95

El tercer rayo bajó con una cólera terriblemente mayor haciendo que los anteriores parecieran modestos fuegos artificiales. Una claridad roja se asomó al cielo y cayó en el mismo punto, devolviendo vida a la ciudad por un breve instante. Llenos de pavor, los ojos de Helena se fijaron en la asombrosa explosión que se produjo cerca de cinco kilómetros de allí. Oía a Arash llamarla pero parecía que lo hiciera desde lejos. Después de un momento la mano caliente de él envolvió la suya y la llevo monte arriba. Él tomó su bolso y la hizo volver a la realidad:

— ¡Vamos! ¡Necesitamos acabar con eso pronto!

Se dejó llevar por el iraní que a su vez seguía a Hercule Kroos. Poco más arriba el

methernitha en un momento era oscurecido por la noche y al momento siguiente era blanqueado por las explosiones que ofuscaban la ciudad.

En relativa oscuridad superaron la subida terrosa y empinada de cerca de ochenta metros antes de encontrar un suelo relativamente plano. Helena se sintió como si el ascenso fuera una carrera de cuatrocientos metros con barreras. Después de un minuto tropezando en las piedras hacia el centro de la colina pudo discernir una estructura circular que parecía ser la principal. Al parecer se trataba de un gran cilindro hecho de ladrillos enclavado en el suelo probablemente hecho de arcilla seca al sol, tenía siete ventanas en forma de arcos con no menos de dos metros de altura cada una. Al llegar muy cerca de la ruina Helena calculó que su circunferencia no debía tener más de cinco metros de diámetro.

— Debe ser aquí. — Sin aliento Hercule Kroos penetró la ruina. Otro misil desgarró las nubes por encima de sus cabezas y emitió un rugido antes de explotar en la ciudad.

Arash soltó la mano de ella y pasó por delante. En el interior Helena imaginó lo espectacular que debía ser la vista desde allí arriba durante el día.

La ciudad estaba vestida de plomo. Literalmente.

La zona urbana seguía hasta los pies de la cadena de montañas al norte. En aquel momento era posible ver las siluetas de edificios apareciendo apenas dentro del halo de las explosiones. De repente un incendio nació del gran aglomerado de árboles y parques blanqueando parcialmente un punto de Isfahán. Helena limpió una gota de sudor que descendía por frente sintiendo diez golpes por segundo en el pecho. El viento que soplaba más fuerte en la cima la llevaba a pensar de nuevo en la cantidad de radiación que este cargaba.

Arash tenía las vestimentas. *¿No sería mejor usarlas pronto?*

— Busquen una referencia — dijo Kroos —, algo que pueda remitirnos al prototipo.

Él y el iraní comenzaron a trabajar mirando primero el suelo. A continuación, las paredes de arcilla. Sus ojos cautelosos recorrían cada rincón posible. Helena hizo lo mismo tanteando la superficie irregular de la pared redondeada.

Las nubes parecieran haber sentido el miedo al bombardeo y comenzaron a disiparse tímidamente extendiéndose en el cielo y dejando la luna menguante actuar con más vida en la colina. Helena agradeció en silencio y continuó la tarea hasta que pasó la mano por algo muy peculiar. Apretó los ojos que le ardían como si tuvieran pimienta e identificó un diseño inconfundible clavado en la pared.

Simétricamente perfecto.

Había sido tallado en la columna como si estuviera hecho por una rama bien afilada, el símbolo del que Arash había hablado, y que estaba dibujado en el primer cilindro de César. Del tamaño de su mano.



El diseño era muy parecido al que vio innumerables veces en las cúpulas redondeadas de las mezquitas de Naqsh-e Jahan.

— El Torus — exclamó ella —, ¡Aquí!

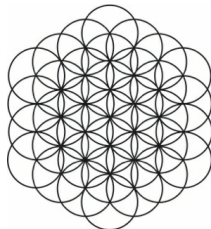
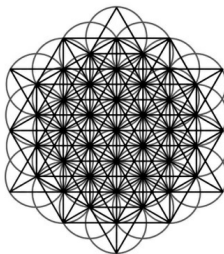
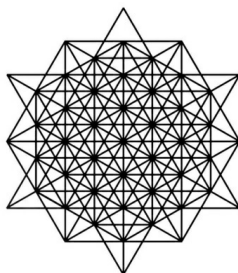
Los dos se acercaron, la respiración penosa de Kroos calentaba su hombro. Arash estiró el brazo y palpó el diseño, la luna ofrecía más visibilidad a la inscripción.

— César profanó un templo secular — dijo él impresionado con la actitud de desesperación del antiguo amigo. — Él lo dibujó aquí.

Al seguir la mano de Arash en la pared Helena identificó otro diseño colocado exactamente al lado del primero. Ese tenía una figura geométrica dibujada dentro del Torus.



Entonces, como si brotaran de la pared a la media luz, otras tres figuras quedaron a la vista. Habían sido talladas por debajo de las otras dos, una debajo de la otra.



Kroos y Arash también estrecharon la mirada para ver.

— Creo que César está demostrándonos la perfección absoluta del Equilibrio de Vector unida al Torus que resulta en el diseño de la Flor de la Vida, parte de la Geometría Sagrada — explicó Arash.

— ¿Cómo? — aunque había consolidado una gran curiosidad sobre el asunto Helena estaba frustrada por no encontrar el prototipo completo allí, parado en el suelo, reluciendo a la luz de la luna. — ¿Pero por qué es necesario saberlo para comprender el prototipo que él hizo? — quiso saber ella.

— No sé. César parece tratar de explicar la teoría de todo en lugar de darnos el producto final.

Hercule Kroos tosió antes de manifestarse:

— Tal vez él pretenda que la esencia esté clara en tu mente, Arash. Para el caso de... — Una explosión al fondo aclaró el cuerpo del methernitha. — Bueno, para el caso de que él no salga con vida de esa situación.

Helena se sintió como si un golpe lastimara su pecho. Intentó situarse. César no profanaría una ruina sagrada y esculpiría aquellas representaciones complejas allí en vano.

— Entonces, ¿para qué esos dibujos?

Kroos se agachó, buscó algo en el suelo y trajo una piedrecita redonda.

— Imagínesse el Torus — dijo esforzándose para permanecer erguido. — Este primer diseño del primer prototipo. Una rosquilla con el flujo y el reflujo. Significa la respiración del Universo, ¿verdad? Todo lo que se crea en el Universo tiene este patrón.

Helena asintió con la cabeza observando la primera figura.



— Es la forma que todo flujo de energía adquiere en todas las escalas — completó. — Desde el átomo, pasando por una célula, hasta el patrón de las galaxias. Pero también existe una estructura que está oculta subyacente e implícita donde ese patrón, ese flujo, encaja, *grosso modo*, como si fuera un esqueleto en el Torus. — El esfuerzo para expresarse hacía que la respiración de Kroos se hiciera más pesada, las narices le latían.

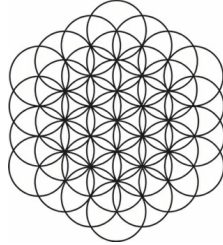
— Es el llamado Equilibrio de Vector — completó Arash viendo su dificultad. — Es esa primera figura geométrica ahí dentro del Torus, el segundo dibujo. Este término fue creado por Buckminster Fuller uno de los genios olvidados por la historia. — Se detuvo y palpó la pared.

Helena estudió el segundo dibujo.



— Estos dos patrones son fundamentales para la creación de todo — reanudó Kroos. — Fuller llegó a la conclusión de que el Equilibrio de Vector y el Torus son patrones primarios. Es como se dibuja el Universo. En todas las escalas de creación los dos aparecen perfectamente. Una forma de pan que Dios usa para su creación.

— Este dibujo aquí— Arash puso el dedo en la figura que Helena encontró primero — es la forma bidimensional de esos dos patrones primarios. Mira.



— El equilibrio de vector se ha codificado tridimensionalmente aquí. — Él mostró el dibujo abajo. — Es decir, ese primero es la representación bidimensional de una estructura tridimensional. Que en verdad es ésta. — Kroos apuntó para el dibujo del Torus dentro del Vector.



*El Vector es la codificación en tres dimensiones de los Torus, de esa manzanita, razonó Helena.*

— ¿Pero para qué necesitamos saber esta codificación? — preguntó ella.

— Nuestro mundo es tridimensional. Imagine un cubo con altura, ancho y profundidad. Este dibujo aquí— dijo Arash, apuntando a la figura que Helena encontró primero — tiene dos dimensiones. Es mucho más lógico que los códigos que contienen la información sobre nuestro mundo no estén limitados a dibujos planos. Por eso César hizo esa representación. Fuller llamó a eso Equilibrio de Vector porque es la única forma geométrica donde todas las fuerzas son iguales y equilibradas. Ellas son iguales en fuerza y representan la energía de atracción y repulsión, como en un imán.

— Ciertamente esa teoría no puede ser observada *in loco* — concluyó ella — sólo en el plano de las ideas, ¿no es así?

— Exacto. Por supuesto, no es posible observar el Equilibrio de Vector en el mundo material porque es la geometría del equilibrio absoluto. Lo que experimentamos en la Tierra siempre se está expandiendo y se está contrayendo lejos del equilibrio absoluto. Como una ola que viene a la superficie y es resultado de un mar tranquilo. El Equilibrio de Vector es la madre de todas las formas y simetrías que vemos en el mundo.

— Es impresionante cómo se ajusta perfectamente dentro de los Torus! — repitió él.

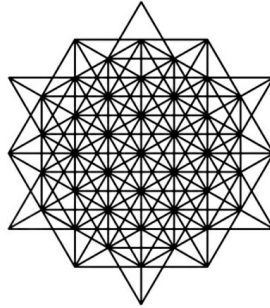
— Mira ese dibujo — dijo Arash, poniendo la mano en la segunda imagen



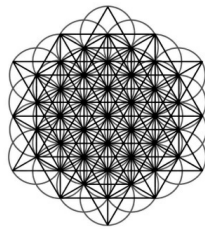
— Inicia con el Equilibrio de Vectores. Es un campo de fuerza completamente equilibrado con doce líneas que irradian energía. Ellas estabilizan su centro, por ejemplo, doce lados de una rueda. El patrón de flujo de energía de esta estructura es el Torus, ¿verdad?

Helena estuvo de acuerdo.

— Si se expande el Equilibrio de Vector a la siguiente escala, se obtiene un total de 64 pirámides llamadas tetraedros. Es lo que se ve en este dibujo aquí. — Arash apuntó al otro.



— Entonces ahora vamos a imaginar que, si se pone un campo de energía toroidal alrededor de cada pequeña pirámide, se obtiene esto — dijo él pasando los dedos sobre los círculos del nuevo diseño.

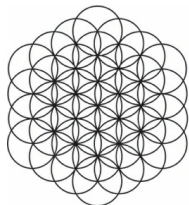


Helena intentó visualizar los círculos como pequeños Torus alrededor de cada triángulo. El diseño parecía un poco complicado de visualizar en dos dimensiones pero estaba claro que, a medida que se colocaban más líneas y círculos, el diseño más se asemejaba a las figuras de la Geometría Sagrada.

— Entonces — prosiguió Arash — si se quitan los *triángulos*, mira lo que sucede. — Pasó la mano sobre el último dibujo. — Chan, chan, chan, chan... Se llega a esto: una matriz que sorprendentemente es la copia exacta del icono de Osiris en Abydos en Egipto y de otras referencias en el mundo. Un modelo tridimensional del mismo patrón que se registró en las



paredes de Osiris hace tres milenios y está codificado en TODAS las culturas antiguas del mundo.



— ¿Ves la semejanza?

Helena comparó el penúltimo símbolo con el último y quedó pasmada.

Kroos dijo:

— Helena, César usó probablemente la dinámica del Torus y del Equilibrio de Vector para crear un dispositivo que genera energía sin combustión. Como mi fraternidad también lo hizo.

— Sólo eso ya es revolucionario — dijo ella admirada. — Sería uno de los mayores progresos de la historia ante la miseria y el sufrimiento del mundo.

— César creó algo que está más allá de la Energía Libre — dijo el methernitha tosiendo. — Un principio que puede servir para otras áreas del bienestar humano también. Es por eso que está más allá de mi conocimiento.

Un misil se oyó en el horizonte emitiendo un terrible sonido en el aire. La ciudad vacía parecía objetivo de jugadores de PlayStation. Los incendios se multiplicaban.

Posando los ojos en el paisaje de destrucción al frente suyo Helena intentaba resumir para sí misma todo lo que había aprendido hasta ahora. El Equilibrio de Vector y el Torus eran el molde de pan del universo; el fundamento de todo lo que ya nació y nacerá en él. La Geometría Sagrada, la llama eterna del Zoroastrismo, los elementos de la naturaleza y hasta los mosaicos y formas geométricas del Islam estaban directamente relacionados con ellos. Por unos segundos admiró mentalmente la inteligencia de César. Y, sobre todo, admiró su mente abierta desprovista de prejuicios académicos o dogmas religiosos que aparentemente podrían limitar su investigación. Él parecía querer que ellos le ayudaran a dar a conocer uno de los conocimientos más profundos y reveladores a los que el hombre podía tener acceso en el Universo. Helena imaginó a niños de cinco o seis años tomando clases sobre aquello como si fuera una simple clase de gramática. El mundo sería diferente, más rico en todos los sentidos. Y analizó por décima vez en el día en qué tipo de fuerza quisiera que esos conocimientos permanecieran ocultos. ¿Serían grupos religiosos? ¿O los banqueros internacionales dueños del petróleo del mundo? ¿Algún sheik árabe dispuesto a reemplazar el petróleo?

Otra explosión ensordeció sus tímpanos y esta vez pareció mucho más cerca iluminando las ruinas de rojo. Helena gritó del susto y se ubicó cerca de Arash. *Me gustaría entrar en un avión con él y salir de ese país pronto.* Respiró profundamente y preguntó:

— Pero, ¿dónde está el prototipo, Dios mío? ¿Por qué César profanaría un templo sagrado de más de quinientos años en vano? ¡Tiene que estar aquí!

Los dos hombres permanecieron pensativos, desgastados.

Sin esperar la reacción de ellos Helena pasó a registrar rápidamente el área alrededor de los símbolos a fin de encontrar algún saliente o agujero que pudiera indicar algo. A continuación la dupla hizo lo mismo en los otros rincones de la ruina.

Centrando la atención en la adhesión de sus manos Helena llegó al final de la columna que se abría en otro arco. Ya iba a pasar a la otra abertura cuando la palma de su mano derecha se

deslizó por un punto vacío y luego encontró la arcilla de nuevo.

*¡Un agujero en la pared!*

Confiada investigó la pequeña abertura con los dedos. Entonces tocó algo metálico.

Sintiendo un alivio frío trajo la pieza y la levantó para que la luz la aclarara.

— Encontré algo aquí. ¡Miren!

Pero el objeto era completamente diferente a los otros dos.

Arash y Kroos se acercaron y luego se miraron.

— ¿Sabes lo que es eso, Hercule? — preguntó Arash.

— No tengo la menor idea.

## CAPÍTULO 96

Christopher Lott vio al director del Pentágono mareado teniendo que apoyar una mano en la silla. Se le había ido la sangre del rostro al viejo hombre. Lott entendía, por supuesto. ¿Por qué?, ¿por qué motivo el director de DARPA podría saber sobre una intimidad tan profunda como la enfermedad de Jane Campbell?

— Perdón. ¿Qué dijo usted? — preguntó Campbell con la voz trabada y un estado de shock que se revelaba en su mirada.

*Ahora es la hora de la ayuda*, pensó Lott.

— Su esposa, director. Perdóneme, sé que ella está enferma.

El rostro de Campbell se cerró en una expresión de asombro.

— ¿Está loco?

Lott intentó mantenerse respetuoso.

— Director, yo no entraría en esos detalles si no fuera absolutamente necesario. — Lott tomó el último trago de café en un movimiento más prolongado y colocó la taza sobre la mesa. — Usted sabe, la DARPA creó satélites más avanzados que aquellos a los que tiene acceso el Pentágono. De aquí, de mi mesa también podemos acceder a los registros de ellos. La semana pasada fue asentado que usted pidió un posicionamiento exclusivo del satélite militar para la usina de Isfahán y después para la residencia de César Montenegro en Teherán, ¿fue así?

— Pero... qué diablos... ¿cómo lo sabe?

— Porque yo también estaba monitoreando a César. Conozco al profesor personalmente.

Campbell parecía estar más impactado porque Lott había evocado el nombre de su esposa que por la revelación que acababa de oír sobre César. Estaría pensando cómo obtuvo la información de que Jane estaba enferma, mientras parecía tratar de mantener la austeridad.

El director del Pentágono fue firme:

— Su cargo no le permite tener acceso a determinadas acciones del Pentágono. ¿De dónde conoce a César?

— Vamos por partes, señor director. Primero me gustaría contarle de dónde vine. Después hablaremos de sus motivaciones personales.

— Christopher, tenga cuidado con sus próximas palabras. Camina por un sendero peligroso. Muy peligroso.

— Comprendo su reacción, señor. — Lott bajó levemente la cabeza en señal de servidumbre. — Pero si usted me da cinco minutos más puedo aclarar todo.

Campbell miró a los costados asustado. Claramente estaba preocupado por si alguien oía aquella conversación.

— Quédese tranquilo. Doy mi palabra de que las paredes de mi gabinete son sordas.

— Cuénteme todo si no quiere ser exonerado, señor Lott.

— Lo siento, señor, pero quien acaba de ordenar una operación ilegal y sigilosa no fui yo. Por cierto, fue a partir de su actitud que tomé el coraje de contarle todo. De confiarle mis informaciones más secretas.

Lott posó respetuosamente su mano en el hombro de Campbell que era por lo menos diez centímetros más alto.

— Cuando vi que usted tenía interés en César — le dijo —, me tomé la libertad de investigar sus razones personales. Y no fue difícil llegar al caso lamentable de su esposa.

— ¿Cómo osó pasar por encima de mi autoridad e investigarme sin...?

— Por favor escuche, señor — interpuso Lott. — Mi comunidad quiere salvar los hallazgos de César. Puede ayudar a miles de millones de personas. Queremos dar esta información gratuitamente al mundo. Es hora de que todos sepan sobre la Energía Libre y lo que puede significar para el bienestar de los seres humanos.

Lott percibió que tenía mucho que decir, especialmente sobre los methernithas. Inició con la historia de su padre, Paul Baumann, el ideólogo de *Testatika* un dispositivo de Energía Libre que sacaba la energía desde el vacío infinitamente y sin costo alguno. Esto en la década de los años '60. Contó que los methernithas mantuvieron la tecnología oculta ya que creían que el mundo no estaba preparado para tenerla con responsabilidad. No hasta ahora. Siete mil millones de habitantes y la pobreza sólo aumentaba. No habría más pobreza con esa tecnología.

Pero Lott sabía que lo más importante para los oídos de Campbell era: cómo un artificio de estos serviría para el tratamiento del cáncer en estado terminal y no sólo para eso sino que podría tratar también cualquier tipo de enfermedad rápidamente, sin inyecciones o procedimientos invasivos, sin efectos secundarios. Y era exactamente lo que César había creado.

Desde Nikola Tesla pasando por Eugene Mallove hasta el Dr. Steven Greer todas las tecnologías de la Energía Libre han sido duramente suprimidas. Sus patentes canceladas, sus creadores muertos misteriosamente. Sin embargo ahora había llegado el momento que más temieron los methernithas. Y en el fondo más ansiaban. Al final, ¿cuál sería el impacto real si el mundo entero aplicara la Energía Libre? ¿Cuál sería su repercusión en la economía mundial? ¿Sería posible medir el valor de esta tecnología ya que se podría extraer infinitamente del universo?

Después de escuchar todo eso Campbell se mostraba visiblemente abismado. Y Lott confiado.

*Él me va a ayudar en esa misión.*

Campbell pasó un tiempo con los ojos fijos en el suelo reflexionando profundamente. Después volvió el rostro cansado y arrugado hacia Lott y quiso saber:

— ¿Qué quieres de mí? — Ahora sentía que emanaba de él un semblante complaciente. Lott comprendía que el director del Pentágono se encontrara en una situación delicada pero sabía que todo iba a cambiar cuando él viese a su mujer recuperada, plena y viva a través de una tecnología única.

— Sé que usted no me oiría si no tuviera un interés personal en esta historia. Su decisión es muy noble y válida, director, pero incluso así, personal.

Campbell lo estudió durante mucho tiempo. Sus ojos azules pensaban nítidamente en las variantes de toda aquella conversación.

— ¿Qué necesita, Lott?

— Ambos necesitamos, señor director. Necesitamos garantizar que Helena Gouveia salga viva de Irán, que traiga la Energía Libre y que pruebe al mundo que no es una terrorista.

## CAPÍTULO 97

Arash tomó con cautela el objeto de la mano de Helena y lo levantó aún más para que la luna menguante lo revelara con claridad. Un pliegue de seriedad hubo entre sus cejas. Helena observó el artefacto.

Era una flor de metal.

Sin embargo los pétalos eran redondos como canicas. Y todas ellas plateadas y relucientes. Más específicamente la flor consistía en una bola en el centro rodeada por otras siete.

Linda.

— ¿Es la otra pieza del prototipo? — preguntó ella rascando la cabeza.

Los dos hombres se encogieron de hombros.

— No tengo ni idea de cómo podría ser usado en él — dijo Arash.

Cuando la investigó de cerca Helena se quedó aún más admirada. Todas las bolas que componían esa flor de metal tenían un diseño complejo e intrincado como la primera figura que ella había visto en la pared, el mandala, la Flor de la Vida. Tallaron la superficie de cada círculo perfectamente como si un artesano hubiera pasado meses para hacer cada una de las líneas.

Mientras Arash analizaba la pieza, Kroos se arrastró por los rincones de la ruina tanteando y buscando otra referencia en las paredes y en el suelo.

— Tal vez tengamos más seguridad en el coche — sugirió ella con miedo del bombardeo que se avecinaba sobre la ciudad.

Arash se encontraba reflexivo.

— Si César no ocultó el resto del prototipo aquí en Atashgah, es posible que esta pieza indique dónde está. — Cerró el objeto en las manos y se volvió hacia ella. La fuerza que él aplicó al cerrarlo en la propia palma de la mano movió las esferas. Helena había concluido eso porque oyó un sonido tímido de metal rozándose con metal.

— ¡Son imanes! — constató Arash.

Kroos se acercó.

— ¿Cómo? — preguntó el methernitha.

— No es un solo un objeto. Son varios imanes que fueron dispuestos de esa manera intencionalmente. Tal vez para ejemplificar lo que acabamos de analizar sobre esas figuras. — Él movió de nuevo las esferas. — ¡Miren!

Helena se frustró. ¿Cómo algunos imanes podrían indicarles dónde estaba el resto del prototipo de Energía Libre?

Otra bomba explotó, esta vez más cerca de la colina e hizo que los tres se arrodillaran como reacción inmediata. Helena puso las dos manos en su cabeza y la escondió entre las rodillas como rezaba la cartilla que enseñaba a los niños palestinos a prevenirse de los ataques aéreos de Israel. Sentía espasmos musculares en los brazos y las piernas que la incomodaban con tirones y corroboró que ya lo experimentaba hacía unas horas. Era su cuerpo reaccionando al estrés como una conciencia independiente. Esta vez el misil causó un incendio inmediato a menos de doscientos metros de la colina. La luz temblorosa y amarillenta de la explosión escaló la colina dejando ahora el ambiente bien claro.

Arash le ayudó a ponerse de pie. Con un gesto de cariño arregló las muchas castañas de su

pelo que volaron hacia el rostro con el movimiento brusco.

— Listo —, dijo él colocando la mecha de ella detrás de la oreja. — Así es mejor. Como una diplomática de verdad.

Helena lo miró a los ojos. La llama de la explosión flameaba en sus pupilas negras. Hasta en medio del infierno él tenía sentido del humor y la trataba afectuosamente. En ese preciso instante Helena sintió una voluntad abrumadora de besarlo, con el calor de la respiración segura de él junto a la suya. Avergonzada tomó el objeto de la mano del iraní y fingió analizar la flor de imanes, la luz que flotaba en la colina facilitaba la visión. Lo sostuvo en sus manos. Cuando movía una esfera las otras se ajustaban a la nueva posición y la flor continuaba con el mismo formato. Cuando giró la bola del centro en su propio eje reparó en algo que estaba escrito en su superficie, antes oculta por el contacto con las otras.

*Plant...*

La giró un poco más y logró leer.

Aterrorizada casi dejó el objeto caer en el suelo terroso y reprimió un gemido de susto con la mano en la boca. El mensaje era claro. Objetivo. Y golpeó en su cabeza como un golpe fuerte:

*Go to the Plant. Vaya a la Usina.*

Era el lugar que Helena más temía desde que supo que tenía que ir para Isfahán. La usina en que César trabajaba y que ahora debía padecer de una de las peores pérdidas ya registradas en la historia de la industria. ¿Por qué la mandarían directamente a la muerte?

— ¿Qué pasó? — le preguntaron al mismo tiempo a Arash y Kroos.

— ¡Está escrito que tenemos que ir a la usina!

Girando la cabeza intentó adivinar la ubicación de la instalación nuclear en Isfahán. ¿Sería en ese punto al norte completamente envuelto por las llamas? ¿O en aquel al sur que acababa de recibir un relámpago en forma de misil?

Lidiar directamente con la posibilidad de la muerte era algo que ella ya había experimentado varias veces ese día. Sin embargo no de manera tan cruel. Se preguntó si era la misma sensación que tenían los judíos cuando eran enviados en fila a las cámaras de gas.

Sacudió la cabeza antes de buscar apoyo en la mirada de Arash. También parecía alarmado. Kroos estaba a su lado, un harapo humano, sosteniéndose sobre las dos piernas sólo por la fuerza de su perseverancia. El methernitha besó el crucifijo en el pecho y la miró con admirable resignación. Por supuesto que los dos irían hasta el final de todo con ella.

*Y no voy a decepcionarlos.*

— ¿Para qué lado queda la usina? — preguntó.

Kroos se quedó lo más erguido posible y se volvió hacia la región que situaba al este de la cadena montañosa. Su dedo índice fue iluminado por una llama en forma de hongo que subió a los cielos a unos ocho kilómetros de allí, como si oyera la pregunta de Helena y la respondiera de manera aterradora:

— Allí, en el ojo del huracán — respondió Kroos.

## CAPÍTULO 98

Campbell terminó la llamada, guardó el móvil en el bolsillo interno de su traje Henry Poole y buscó su maleta en la mesa de Christopher Lott. Tenía que ir a Washington. La Casa Blanca lo esperaba. Tenía que acabar con la guerra.

— Acabo de enviar un destacamento del *Grupo de Aplicaciones y Combate* a Isfahán — le

informó a Lott. — Llegará a partir de... — miró el reloj —, una hora. Esta operación es absolutamente confidencial.

— Perfecto — dijo Lott probablemente aliviado por el director del Pentágono que convocó lo más sofisticado en las fuerzas armadas estadounidenses para salvar a Helena Gouveia y al prototipo. Se trataba de la Fuerza Delta, el principal equipo de operaciones especiales de Estados Unidos. Jamás habían fracasado. Sus acciones se cumplieron con éxito total siempre.

El Director del Pentágono seguía impactado por las revelaciones de Lott. Era claro que el dirigente de DARPA podía tener fácil acceso al posicionamiento de los satélites, a la angulación de sus lentes e incluso a las imágenes grabadas. Campbell vigilaba a César Montenegro hacía meses y planeaba la oportunidad de ponerse en contacto con él y traerlo a Irán. Fue así hasta que todos los desastres ocurrieron. Terremoto, fuga de material radiactivo, indicio de armas nucleares, desaparición de Helena Gouveia. Lott jamás podría haber llamado a César por la enfermedad de Jane si no formara parte de la comunidad Methernitha.

— Tengo que ir a Washington ahora — dijo Campbell, pasándose la mano por los cabellos blancos cortados al estilo militar. — Necesito presionar a esa banda de locos a parar ese ataque.

— Tiene razón. En pocos minutos el Flame II terminará de eliminar todas las comunicaciones de Irán. Va a ser difícil actuar en el país. La Casa Blanca ya debe estar intrigada por lo que está pasando allí.

Personalmente el director del Pentágono estaba de acuerdo con que la tecnología de César Montenegro fuera difundida. Era a favor de todas las innovaciones que pudieran ayudar al desarrollo humano. Y por conocer como pocos las piezas del juego de poder en el mundo sabía que eso afectaría principalmente a la industria del petróleo. Junto con el gas y el carbón recaudaba más de 200 trillones de dólares anuales. La crisis contribuiría a socavar el sistema financiero ya que los banqueros internacionales eran los dueños de las mayores corporaciones petroleras. En los Estados Unidos, por ejemplo, la Reserva Federal, el Banco Central del país, no era controlado por el presidente o por algún representante electo sino directamente por cuatro grandes corporaciones: Los cuatro caballeros o familias de banqueros: *Bank of America, JP Morgan Chase, Citigroup y Wells Fargo, poseían los llamados Cuatro Caballeros del Petróleo: Exxon Mobil, Royal Dutch / Shell, BP y Chevron Texaco.*

Pero el monopolio de esas familias sobre la economía no terminaba en el borde de la mancha de aceite. Había, por supuesto, una industria que necesitaba ese esquema más que cualquier otra: el complejo militar-industrial.

El mercado de la guerra del siglo XX era astronómico. Involucraba, sin excepción a todas las naciones. Un escenario aterrador del que Campbell era parte hacía décadas. De 1945 a 1998, por ejemplo, se explotaron 2053 bombas nucleares en el planeta. Y sólo Estados Unidos había detonado más de la mitad de ellas. Algunos expertos estimaron que los gastos militares en la guerra fría gastaron asombrosos ochocientos millones de dólares reuniendo todo lo que Estados Unidos y la Unión Soviética gastaron. Jets, bombas, misiles, torpedos, submarinos. Marina, Aeronáutica y Ejército. Todo esto dependía del Petróleo. Todo ello dependía del sistema financiero internacional.

Campbell pensó en aquellos que podrían tener interés en una guerra en Irán y, más que eso a aquellos que quisieran impedir que la tecnología de Energía Libre fuera divulgada. Repasó con la mente por los círculos de influencia de renombre: la Comisión Trilateral, el Consejo de Relaciones Exteriores, el Club Bildeberg europeo, el Club de Roma y otros grupos que reunían a los hombres más poderosos de Europa y Estados Unidos de la política, del aparato militar, del

petróleo, de la energía y del *lobby* de los medios. Los intereses en eliminar César variaban entre agentes inmobiliarios y abogados, pasando por dirigentes sindicales, economistas, hasta políticos, empresarios, banqueros, editores, los presidentes de fundaciones y editorialistas.

Había al menos doscientos de ellos que jamás quisieran ver el final de la economía con base en el petróleo.

Doscientos sospechosos del crimen.

*Hay una inclinación de la condición humana a acumular gran parte del poder en un grupo reducido de personas.*

Reflexionó sobre los intereses de los individuos con quienes más contacto tuvo en los últimos días

Thomas Wilker, jefe de la Junta de los militares, tenía todo para querer la guerra. El ejército venía mal de las expediciones a Afganistán e Irak. Necesitaba retomar la moral. Además de él estaba el Secretario de Estado Aaron Jones que estaba ligado a los banqueros de Wall Street y podría lucrar mucho con la guerra. Los directores de la CIA y de la NSA o tenían vínculos o venían de familias que tenían total interés en eliminar las investigaciones de César.

De hecho, los hombres detrás de esa conspiración poseían una red de control interminable. Campbell necesitaba ir detrás del origen de todo aquello.

Pero no ahora.

Era necesario sanar a Jane antes.

Reflexionando bajo una nube de paranoia y tensión, Campbell se dio cuenta de que había caminado hasta la ventana de Lott y observaba los coches desfilando allá abajo en la tranquila *Randolph Street*. Se sintió ligeramente aliviado. Si salvara a Helena Gouveia y el prototipo, tendría dos deseos cumplidos: la salud plena de Jane y la de los Estados Unidos pues la guerra podría ser evitada.

Pensó en cómo hasta la propia naturaleza había sido cruel con Irán. El país sufrió al menos un terremoto abrumador cada año por ser una región de gran inestabilidad. Entonces, en el momento más crítico de su historia reciente, un temblor casi destruye una de las ciudades más importantes y, en la misma proporción, más sospechas recaen sobre el país.

De repente todos los hechos desfilaron delante de los ojos de Campbell como la respuesta de un acertijo indescifrable.

Se quedó atemorizado. Absolutamente boquiabierto.

Como si viese después de muchos años una película por segunda vez vislumbró otra versión. Bajo una óptica completamente diferente. Acababa de pensar lo que podría ser un gran absurdo e, incluso, una locura de las más fantasiosas. Se volvió hacia el director de la DARPA que tomaba otra taza de aquel maravilloso café como un vicio interminable.

— Dígame, Christopher. Si usted supiera que existe una tecnología capaz de desintegrar su mundo con un soplo como un fragmento de polvo en el aire y viese la oportunidad de acabar con ella y con quién la creó. ¿Quién sería?

Lott parecía confundido. Campbell continuó:

— Y si usted con eso hiciera explotar una guerra de proporciones mundiales cuyas armas usted mismo vendría a ambos lados garantizando no sólo el dominio del país invadido sino también sus riquezas naturales como por ejemplo el petróleo...

— Entonces yo sería un Rockefeller... o un Rothschild — respondió él en referencia a dos de las familias más poderosas del mundo y ahora pareciendo entrar en el razonamiento.

— ¿Y si esta tecnología fuera completamente desarrollada en los túneles de una usina

sospechosa de desarrollar armas nucleares para un país potencialmente peligroso? ¿Y si usted pudiera sepultarla allá dentro enjaulándola como una bestia del apocalipsis que está a punto de destruir su mundo para siempre? Y si esa tecnología fuera inquebrantable y capaz de combatir todas las enfermedades y el hambre del mundo. Y si pudiera aprovechar las tendencias geológicas de ese país para causar un colapso en la *psique* de aquella sociedad instalando el miedo y dirigiendo la atención de un país hacia otro foco mientras se prepara una guerra... ¿Qué tipo de arma usaría?

Lott parecía haber visto los cuernos del demonio delante de sí. Sus ojos se asombraron detrás de las gafas y el rostro se retorció de pavor.

De repente, la constatación.

— Oh, Dios mío... — dijo, tembloroso. — ¡Utilizaron el H.A.A.R.P en Irán!

## CAPÍTULO 99

El trío bajó de prisa a la colina hasta ver el coche de Navid parado debajo de un árbol al otro lado de la calle. Helena había dudado por un momento que los esperase después del bombardeo inesperado a la ciudad. Por lo visto el geólogo era confiable.

Caminaron hasta el Peugeot y ella entró atrás junto con Arash. La radio del coche estaba encendida con una oscilación constante en la señal, una voz en persa entremezclada con la estática. Incluso en otra lengua, Helena sintió ansiedad y preocupación en el discurso.

— Los desgraciados de Estados Unidos nos están bombardeando — dijo Navid. — Acaban de decir en la radio que declararon guerra a Irán y ni pasaron por la votación del Congreso. ¡Dictadores, autoritarios... desgraciados!

— Declararon que era un caso de seguridad mundial — concluyó Arash a su lado.

El lisiado encendió la luz interna del coche y partió. Su rostro estaba alarmado, los ojos lagrimeaban con una pizca de odio. Él maldijo una larga frase en persa en el momento que Hercule Kroos dijo:

— Por eso necesitamos salir de aquí, mi amigo. Necesitamos que nos lleve rápidamente a la usina.

Navid giró hacia él asustado. El coche hizo un movimiento violento como consecuencia del susto.

— ¿Está loco? La usina probablemente sea uno de los blancos principales de bombardeo. ¡Además de estar tomada por la radiación!

— Eh, eh — interpuso Arash —, escucha la radio!

— ¿Por qué tienes que ir a...?

— ¡Escucha la radio, Navid!

Después de unos segundos de interferencia se oyó una voz femenina en inglés y una traducción casi simultánea en persa a continuación. Era un discurso conocido. Una voz conocida.

— Es Dorothea Morgan — dijo Helena sintiendo alivio por oír a alguien familiar. — ¿Qué están diciendo de ella?

La radio reprodujo un trecho del pronunciamiento que la diplomática hizo cuando asumió el cargo de Secretaria General de la ONU: sobre los esfuerzos que la ONU haría para combatir el tráfico internacional de armas; los conflictos civiles de África y Oriente Medio, la lucha contra el SIDA.

— ¡Oh, Dios mío! — dijo Arash.



— Dios tiene piedad — Navid oró en voz alta.

— ¿Qué están diciendo? — preguntó Helena, presintiendo algo terrible.

Arash respiró profundamente y se volvió hacia Helena con pesar en los ojos.

— Ellos... Ellos están diciendo que la Secretaria General tuvo un infarto fulminante dentro del coche cuando iba a embarcar hacia aquí.

Para Helena fue como una picadura venenosa directamente en el cerebro, un estupor repentino se esparcía por el cuerpo.

*¿Infarto?*

Ya había perdido la cuenta de los desastres que le habían sucedido desde que entró en su coche y encontró el pen drive con el mensaje de César.

— Arash, eso no puede ser...

— Es eso, señora — agregó Navid. — Arash está en lo cierto.

— ¡No puede ser verdad! ¡Dios mío! — gritó ella.

Se quedó mirando a Arash por unos segundos, inerte, tal vez buscando una explicación para todo aquello. De alguna manera la expresión rígida de él la ayudó a racionalizar la noticia. ¿Doroth tuvo un infarto poco antes de volar a Teherán? ¿Qué iba a hacer allí en el auge de la crisis? ¿Sabía toda la verdad y fue detrás de Helena? No era posible.

Pensó en las razones diplomáticas que estimularían a Doroth a dialogar con Teherán en el auge de una crisis política. Por lo que conocía a la Secretaria General pensó que ella habría hecho un último esfuerzo para contener la guerra conversando con los líderes del país para averiguar si existían, de hecho, armas nucleares. Su coraje la llevaría al público en el posible escenario de la guerra para pedir al mundo que repensara en pro de la paz. Pero ¿por qué llegar a ese punto? ¿Para qué arriesgar tanto? Probablemente tendría que encontrarse con evidencias muy fuertes que la estimularan a cancelar una guerra entre superpotencias porque está claro que se trataba de un conflicto que implicaría a Rusia y China.

Al final, ¿con quién estaría conversando Doroth?

Su mirada se perdió en el oscuro de los árboles que desfilaba en la avenida. Aunque la neozelandesa hubiera dudado de su palabra, Helena siempre había tenido una relación de respeto con ella. Preocupada imaginó que la muerte de Doroth también podría haber sido planeada para estimular la intervención de Estados Unidos. Nunca habría imaginado esta teoría pocas horas antes. Pero por todo lo que había vivido hasta ese momento Helena encontraba muy plausible la idea. No creyó que Doroth hubiese tenido un ataque al corazón fulminante. Era mucha *coincidencia*.

Se esforzó en reunir todos los desastres emocionales de los últimos días como ingredientes para producir una fórmula mágica de estímulo. Todavía era posible reaccionar. Oyó los comentarios de los tres hombres en el coche, perplejos, la noticia se escuchaba de fondo.

De un segundo a otro la pantalla amarilla de la radio se apagó completamente y la voz del locutor murió, andrógina, como la de un robot que es desactivado. Navid intentó encenderla de nuevo. La pantalla se encendió repentinamente para luego se apagó nuevamente.

Helena no se lo imaginaba pero ése era uno de las últimas señales de luz artificial que serían vistos en todo Irán.

## CAPITULO 100

— Tripulación, prepararse para el aterrizaje — dijo una voz cáustica desde la cabina del

helicóptero.

César abrió sólo un ojo, el único que podía mover. Su vista borrosa de sangre discernió sus propias piernas vestidas con un pantalón sucio y rasgado. Estaban trémulas, drásticamente doloridas. El viento fuerte quería arrancarlo del asiento donde estaba sentado y el cuerpo latía de dolor con cada ráfaga. Vibrando como un tanque de guerra alado el helicóptero se inclinó bruscamente ante la espléndida cadena de montañas que limitaba a Isfahán al norte. Por unos segundos César vio la cima rocosa y distante de la colina Atashgah aislada del otro lado de la ciudad donde se hallaba la penúltima pieza de su prototipo. Rezó para que Helena y Arash hubieran recibido ayuda de Hercule Kroos.

*Perdóñenme, se dijo a sí mismo, no pude superar la tortura de Meng.*

El vehículo perdió altura y empezó a bajar. César todavía mantenía esperanzas en Helena. Cuando Ramin lo denunció a la Guardia Revolucionaria y fue arrestado en el Templo Adrián ya había hecho solo toda la trayectoria que le había indicado. Estaba siempre vigilado y por eso no podía salir del país para intentar divulgar su descubrimiento. Entonces había dispersado las piezas que sólo podrían encajarse en un prototipo como si fuera una clave codificada imposible de copiar.

Las indicaciones deberían esconderse de los supuestos perseguidores. Entonces, ¿por qué no transmitir todo ese conocimiento de manera romántica? Haciéndoles aprender en apenas uno o dos días lo que él había estudiado por cuarenta años... *El ser humano comprende mejor a través de metáforas.*

Los símbolos de la Geometría Sagrada del Zoroastrismo, los mosaicos del Islam, la Flor de la Vida todo tenía que ver con la Energía Libre. Y todo eso era muy romántico. Sin embargo César no se perdonaba poner a riesgo la vida de las tres personas que más estimaba en este drama. Se sintió egocéntrico, individualista pero no había otra salida. No había nadie en quien confiar. Y los tres reunían todas las habilidades, conocimientos y motivaciones necesarias para la misión.

Su último contacto había sido con Kroos aún en su casa en Linden, Suiza, antes de ir a Irán.

— ¿A dónde vas ahora? — preguntó Hercule después de abrazarlo largamente.

— Necesito distanciarme de ustedes. Necesito apartarme de los methernithas. No quiero que sufran las consecuencias de lo que recaerá sobre mí. Ustedes necesitan sobrevivir, si yo... Si yo no lo logro.

Los ojos grises de Hercule se llenaron de lágrimas. Había puesto las dos manos en los hombros de él apretándolo con afecto.

— Escúchame Hercule, escúchame bien. Por tu elección te dedicaste arduamente a lo que va a suceder ahora. Por favor, no involucres a nadie más de la comunidad. Nadie. Entraré en contacto dentro de un año.

Dicho esto César se dio vuelta con su mochila en la espalda y caminó hasta la salida.

— ¿Padre? — lo llamó Hercule Kroos.

César paró con la mano en la cerradura esforzándose para no dejar caer las lágrimas. No podía demostrar debilidad a Hercule en aquel momento. Mostró sólo el perfil de su rostro viéndolo de soslayo.

— Te amo.

— Yo también hijo mío. Cuídate.

Hercule era fruto de una relación de quince años con Deborah Kroos, una diosa de ojos verdes y voz de un canto élfico. Ella le presentó dos dones que cambiarían la vida de César: los methernithas y el amor. Aquel amor que lo estimulaba a cambiar el mundo por ella. Fue así que

César perfeccionó la tecnología de los methernithas y la expandió a otras áreas del bienestar humano. La curación de enfermedades, la tecnología espacial y una serie de otras aplicaciones que él esperaba poner en práctica si seguía vivo. Si no fuera posible quería que Arash, Kroos y Helena lo hicieran.

Y como Meng no pudo capturarlos César supuso que se encontraban en el camino correcto. Sabía que ahora el asesino pretendía usarlo como una ventaja para chantajear a Helena y encontrar la última parte del prototipo.

Los tiros de una ametralladora deshicieron su reflexión en un susto doloroso. César sintió que su peso sólo estaba sobre un brazo. Con las manos atadas en el asiento experimentó un dolor avasallador que se irradiaba por todo el cuerpo. Permanecía allí acentuándose, cediendo. Se dio cuenta de que ya habían aterrizado en el patio de la usina y que el oriental acababa de disparar a alguien.

Algunos instantes después el asesino apareció en la puerta del helicóptero. Vestía ropa anti radiación de última generación gris, pegada al cuerpo que dejaba entrever su abdomen fuerte. Se colgó la AK-47 en el hombro y enderezó a César en el asiento como una bolsa de patatas estropeada. Tomó de un bolso una máscara y la insertó en su cabeza después de sacarle el casco de comunicación de pasajeros. César pasó a oír el peso de la propia respiración amplificadas por la máscara de oxígeno.

— ¿Para qué vestirme con eso si... si ya soy un hombre muerto? — gimió él

Meng no respondió. Desató las esposas, tal vez ya sabiendo que César no tendría fuerzas ni siquiera para mover los brazos. Le puso ropa anti radiación blanca a través de sus piernas. Le calzó un par de botas y guantes de goma. Por lo que conocía sobre esos trajes tendrían el mismo efecto que una blusa de lana en una tempestad. Dependiendo de los niveles de radiación estaría desnudo.

No le importaba más.

El oriental lo arrastró fuera del helicóptero y lo sostuvo por el hombro. Al salir César tuvo una visión terrible. Seis cuerpos yacían doblados en el suelo con manchas rojas que se destacaban en sus vestimentas blancas. Sólo un cadáver desentonaba de los demás. Vestía una ropa común.

Entonces César entendió.

Estaba usando la ropa de un muerto.

— Supongo que es para allá que debemos ir ¿no? — El oriental apuntó hacia una puerta doble de acero clavada en el pie de un cerro.

César abrió la boca para hablar pero no consiguió hacerlo. Toda su energía estaba concentrada en sus pasos forzados. Sólo oía que el aire se intensificaba dentro de la máscara, caliente y nauseabundo. Inspiró todo lo que pudo y dijo:

— Sí. Es allí dentro que nosotros dos vamos a morir.

## CAPÍTULO 101

Con las manos apoyadas en el lavabo de mármol Thomas Wilker observó el agua deslizándose por su rostro a través del espejo del baño del Pentágono. *La guerra es la única salida*. No hay paz sin ella. Irán era una amenaza real para Estados Unidos. Y aunque las pruebas no fueron expuestas todos sabían que tenían armas nucleares. El desarrollo de ellas era sólo una cuestión de tiempo para un régimen cuyo mayor exponente era un líder fundamentalista religioso.

Se llenó las manos de agua y se mojó la calvicie. Pensó en la muerte de los comisarios y en

la Secretaria General de la ONU. Si Wilker ya estaba a favor de la guerra esos hechos le demostraban que era imposible usar sólo diplomacia en Teherán.

No hay manera de evitarlo.

La puerta del baño se abrió con un golpe fuerte. Un hombre conocido entró a toda velocidad. *Pero, ¿qué mierda es esta?*

— Agente Cole? ¿Qué hace aquí?

— Perdóneme general — dijo jadeante —, como usted sabe estamos investigando el caso desde el principio. Tengo algo para mostrarte.

— Para venir hasta el baño a importunarme espero que sea la declaración del presidente de Irán sobre esas malditas armas nucleares.

— Es mucho más grave general.

Wilker se tensó, asustado.

— Nosotros en el servicio secreto estábamos encontrando todo muy extraño a pesar de las evidencias contra la brasileña. — Cole sacó un Iphone del bolsillo de la chaqueta gris y se lo ofreció.

Wilker se dio cuenta de que era un video. Dio play y vio las imágenes oscilantes probablemente hechas por un camarógrafo aficionado. En la esquina inferior derecha había un emblema de la TV más asistida de Irán, la PRESSTV. Los niños jugaban en un parque presumiblemente iraní. De repente la imagen empezó a temblar en las manos del camarógrafo y el miedo comenzó a oírse en el audio.

Eran imágenes en vivo del terremoto.

Involuntariamente el ángulo de la cámara subió hasta la cúpula de una mezquita que se partió al medio.

Allí en lo alto, dibujada sublimemente en el cielo azul, pasaba una nube colorida en varios tonos de verde. Wilker miró asustado al asesor que apenas sacudió la cabeza en afirmación.

Se trataba de una Aurora Boreal. Bellísima.

Wilker sintió escalofríos en todo el cuerpo.

Él lo consideraría un simple defecto de filmación si no supiera la relación directa de la Aurora Boreal con algo extremadamente aterrador. Como oficial militar de mayor rango en las Fuerzas Armadas y Presidente del Estado Mayor era claro que conocía los proyectos más controvertidos, los secretos más profundos del militarismo estadounidense. Sólo Estados Unidos poseía esa tecnología. Había sido creada por la Fuerza Aérea y la Marina en conjunto con científicos de la Universidad de Alaska. Sus intenciones no eran secretas al principio. Hasta que sus verdaderas potencialidades fueron poco a poco descubiertas. El H.A.A.R.P interrumpe las líneas de comunicación radiofónicas y deshabilita los equipos instalados en satélites, naves y cohetes espaciales. Provoca graves accidentes en redes de transmisión de electricidad y serios daños en oleoductos o gasoductos. Además de ocasionar un impacto negativo sobre la salud mental de las poblaciones de regiones enteras.

La polémica salió en periódicos y se convirtió en discusión en debates universitarios pero con el tiempo nadie más echaba leña en aquel devaneo de teóricos de la conspiración.

Wilker sabía que el Proyecto H.A.A.R.P había casi desaparecido diez años atrás. Ya nadie más comentaba sobre él. El presupuesto era demasiado voluminoso para un arma absurdamente fatal. Además, por supuesto, de ser inmoral en todos los aspectos. Jamás había sido puesto en práctica en otro país sino en campos de pruebas dentro de los Estados Unidos. Wilker llegó a ver una de esas pruebas. Fue cuando tomó conocimiento de las anomalías que caracterizaban la

utilización de H.A.A.R.P: Aurora Polar, calentamiento de la ionosfera, etc., etc.

¿Quién habría autorizado su utilización?

Diez años atrás hubo rumores de que la CIA lo había empleado en asociación con la NSA en Afganistán y en América del Sur lo que alteró de modo radical el clima en ambas regiones. Pero Wilker jamás había tenido acceso a esa información. Era sólo almirante en aquel tiempo y él sabía que la información más sigilosa sólo llegaba a él a medida que se incluía en los más pequeños círculos de poder. Un decreto presidencial había cedido, tiempo después, la administración del Proyecto H.A.A.R.P a la CIA que actuaría en conjunto con el NRO y la NSA, las otras dos agencias de inteligencia. Pero las tres tenían prohibida su utilización.

De repente él pensó en una posibilidad.

Gareth Tabe, director de la CIA. David Johnson, de la NSA. Aaron Jones. ¿Será que ellos están involucrados? ¿Qué interés tendrían en un terremoto en Irán? Wilker necesitaba saber quién había dado ese orden. Si el contraespionaje de Rusia y China descubriera que el H.A.A.R.P había sido utilizado en Irán las cosas podrían empeorar aún más. La credibilidad de las fuerzas armadas y de Wilker estarían en riesgo.

— Una Aurora Polar seguida de un terremoto, señor — resumió Cole. — Creo que ahora es evidente por qué no se obtuvo más información al comienzo de esta crisis.

— Porque alguien de aquí las estaba ocultando intencionalmente. Alguien utilizó el H.A.A.R.P en Irán.

— Es muy posible.

— Necesito saber quién está coordinando ese Proyecto actualmente, cuál es la agencia.

— Ya lo he averiguado, señor.

Wilker confiaba en Cole. La función principal de su agencia era simplemente la protección del presidente de los Estados Unidos. Su personal era entrenado para averiguar, proponer hipótesis, averiguar de nuevo y relatar rigurosamente todo a la presidencia. Pero como la investigación principal y todo relativo a aquella crisis ocurría allí dentro del Pentágono, el agente Cole debía referirse directamente al hombre de mayor rango.

— ¿Y entonces? — preguntó Wilker.

Cole le contó.

Wilker sintió que su cuerpo se quedaba sin sangre cuando dedujo quien estaba detrás de todo.

— ¡Desgraciado, traidor! — gritó Wilker. — ¡Traidor!

## CAPÍTULO 102

— Voy a llevarlos a la usina con una condición — dijo Navid Kiahshed, con rigidez.

Aunque él fuese ortodoxo en sus convicciones Helena sentía una percepción segura de los hechos en su voz. Su explicación sobre el H.A.A.R.P había sido un ejemplo de ello. Y que Arash y Kroos hayan entrado en su coche era porque de hecho era confiable.

— Oímos — respondió Helena.

— Si ustedes salen vivos de ésta, especialmente la señora, prométame nuevamente que la ONU me va a ayudar a probar que el H.A.A.R.P es un arma letal y fue usada contra nosotros. Estoy juntando las evidencias pero me falta la prueba final. Y sé que usted puede tener acceso a esa información cuando vuelva.

— Ya le prometí eso amigo mío. Mantengo mi palabra. En tiempos actuales en que acuerdos

basados en la palabra no significaban casi nada ella se sorprendió con lo que acababa de afirmar. Además, ¿qué tenía Helena para ofrecer a aquel hombre sino su propia palabra? Él arriesgaría la propia vida yendo a la usina y sólo eso ya valía una gran recompensa.

— Sé que aquí en Irán la palabra es sagrada, Navid. Voy a honrar la mía. Incluso porque lo que más deseo ahora es descubrir quién está detrás de toda esta desgracia.

Navid balbuceó algún agradecimiento en persa y ella notó que una sonrisa tímida de satisfacción se formó en sus labios a través del retrovisor.

— Sólo hay un problema — dijo él mientras el estruendo de un misil se oía a la distancia. — Es necesario vestir ropa anti radiación. Sólo tengo dos. Una que usaré y otra de más.

— Nosotros también tenemos dos — replicó Arash buscando en su bolso. — Las conseguimos gracias un amigo.

— Entonces la que está sobrando es mía — dijo Kroos después de toser.

— Bien. Ha llegado la hora de ponérselas.

Navid se detuvo en un camino absolutamente vacío y oscuro, los faros del Peugeot eran como dos conos de luz en la noche. Todos salieron con excepción de Navid que iba a cambiarse en el coche. Distribuyeron la ropa. Helena buscó un lugar más camuflado detrás de un árbol de tronco ancho. Se colocó la vestimenta con gran dificultad. La ropa gris parecía un traje de buceo hecho de neopren pero más pegada al cuerpo como los trajes de los nadadores. Según Arash su material equivalía a una placa de acero de quince centímetros lo que protegía seguramente de la radiación gamma, la más letal. Era como usar una ropa de hormigón de cien gramos. Una especie de capucha colgaba de la espalda de la blusa con una abertura para colocar la máscara en la cara.

*Una ropa de buceo futurista.*

Se calzó los zapatos. Se asemejaban a botas militares pero eran livianos y sorprendentes cómodos. Los guantes también eran grises y del mismo material de la camisa y del pantalón.

Regresó al auto. A esa altura todos ya se habían puesto sus vestimentas con excepción de las máscaras. Kroos usaba una ropa convencional similar a la de Navid hecha de polietileno y polímeros a base de PVC y botas y guantes de goma. Arash, por supuesto, usaba la misma que la suya y parecía un visitante del espacio. Cuando se dio cuenta Helena había desviado la mirada a los músculos de su pierna. Y percibió que ninguno de ellos pudo evitar una mirada de sorpresa cuando la vieron dentro de aquel traje que marcaba sus formas impecables, torneadas por los exigentes entrenamientos de Crossfit. Navid y Kroos fueron discretos. Sólo Arash la miró por más tiempo lo que le provocó una extraña satisfacción.

Sintió que la vestimenta se adaptó instantáneamente al cuerpo y se inclinó para entrar en el coche antes de que Navid acelerara.

La ciudad, que hasta ahora se había mostrado apenas levemente averiada, daba lugar a un paisaje calamitoso. Varias veces el coche tuvo que desviarse y pasar por encima de los restos de edificios y de árboles. Había grietas en el asfalto y fue difícil la locomoción hasta que se acercaron a la región de la usina donde el camino se hallaba libre. Allí el paisaje era abierto, plano y terroso, el asfalto sorprendentemente estaba intacto.

Como si fuera una reprimenda de los cielos dos líneas doradas cayeron en algún lugar a unos pocos kilómetros por delante como estrellas fugaces mortales. Sin darse cuenta Helena tomó la mano de Arash y la se apretó con fuerza antes de leer una placa iluminada por los faros del coche:

*URANIUM CONVERSION PLANT, 2 Km.*

Como aquellos científicos suicidas que cazaban tornados ellos seguían implacablemente la misma ruta de los misiles. ¿Por qué atacaban una usina que ya se encontraba destruida? ¿No era suficiente que la ciudad padeciera una fuga nuclear sin precedentes en la historia? Se preguntó si algún día Isfahán volvería a convidar aquel delicioso aroma de rosas con miel que había sentido en la plaza Naqsh-e Jahan.

— Todos pónganse las máscaras — alertó Kroos.

Con un movimiento habilidoso Helena ató sus cabellos lacios en un rodete natural y se colocó la máscara en su rostro. Se alivió cuando lo cubrió. Sólo cuando oyó que su respiración se amplificaba dentro de la máscara percibió cuánto jadeaba.

Algunos minutos después el coche ingresó al área de la usina. Las puertas de hierro amarillo estaban destruidas, la torre principal, cerca de trescientos metros delante, incendiada. Helena no sabría decir si el estrago era provocado por el terremoto o por los misiles. Se acordó de que en 2011, cuando Israel amenazaba con atacar la instalación, estudiantes de las Universidades de Isfahán hicieron un cinturón humano alrededor de aquella entrada listos para sacrificar sus vidas para que la usina no fuera destruida. Después de la celebración de una sesión de oración al mediodía delante de la puerta principal comenzaron a gritar "¡Muerte a Israel!" y "¡Muerte a América!", y prometieron resistir en caso de un ataque.

Una oleada de pensamientos obsesionó la mente de Helena, áspera y violentamente: *Doroth muerta. Guerra contra Irán. Fuga de material radiactivo. Terremoto provocado por el H.A.A.R.P. Energía Libre. Fugitiva internacional.*

*¡César!, ¿dónde estás?*

Investigando el área con los ojos Helena se preguntó dónde sería el lugar a donde necesitaban ir. El complejo principal estaba completamente destruido e incendiado. No era posible ver nada más allá de las nubes de fuego.

— ¿Hacia dónde? — indagó ella y su voz sonó diferente por la máscara que la protegía.

Kroos volvió su rostro enmascarado hacia ella, la parte de los ojos era un espejo que reflejaba la furia de las llamas que flameaban a lo lejos. Él apuntó con la mano enguantada hacia las llamaradas, su acento era aún más arrastrado, con un tono siniestro bajo la máscara:

— Tendremos que atravesar el infierno.

## CAPÍTULO 103

El Peugeot de Navid atravesaba el área cercana a las puertas que rodeaban el complejo nuclear dejando dos líneas marcadas por los neumáticos en la tierra. Kroos sugirió rodear el área central que se encontraba incendiada y destruida a cientos de metros adelante. Entonces Helena percibió que se dirigían al espacio detrás de las llamas, a un espacio imposible de ser visto desde la entrada donde había un bosque de fuego impidiendo la visión. El coche se mantuvo a una distancia relativamente segura del fuerte incendio. Helena tuvo la certeza de que sentiría la piel arder en aquel momento si no fuera por el traje anti radiación.

*A cada metro más inmersa en la radiación.*

Todo estaba desierto. ¿Dónde estaban las autoridades para contener todo aquello?

— Aquel debe ser el edificio de conversión de uranio — dijo ella como si al decirlo se quitara un poco el temor.

— Sí— respondió Kroos, su voz grave vibraba como la de un cyborg. — Hay tres pequeños

reactores de investigación aquí. Fueron completamente destruidos. Probablemente de allí viene la fuga.

Se acordó de unas horas antes durante el camino aún en la carretera a Isfahán cuando Arash comentó que nivel de radiación en Fukushima equivalía a someterse a seis radiografías del tórax por hora. En un año significaba casi dos mil veces la dosis natural y más de doscientas sesenta veces la dosis máxima estipulada para quien trabaja en una usina nuclear. Una exposición a diez mil *MiliSieverts* — el equivalente a cien mil radiografías en el pecho —, provocaría la muerte de una persona en menos de un mes. Sin embargo había una diferencia notable: el desastre de Isfahán fue absurdamente mayor al de la ciudad japonesa, lo que la llevaba a un pensamiento pavoroso: ¿cómo era posible que un país tuviera conocimiento de que hay una fuga nuclear en un lugar e incluso así bombardearlo? *¿No tienen ningún sentido de humanidad?*

Por debajo de la máscara se sintió súbitamente nauseabunda y claustrofóbica. Precisó inspirar fuerte varias veces antes de situarse y buscar ahuyentar esos pensamientos. Oyó a Kroos guiar a Navid hasta la silueta de un cerro, unos quinientos metros detrás de la estructura principal. A medida que se acercaban el calor intenso del incendio iba disminuyendo.

— César trabajaba en el subterráneo — declaró Kroos con la cabeza hacia el paredón rocoso que surgió a la derecha del coche.

— ¿Cómo? ¿Pero por qué...

— Proyectos secretos — se adelantó el methernitha, su voz parecía presa en un parlante. — Probablemente el gobierno de Irán compró sus ideas y pagó para producir la tecnología. A cambio, probablemente, exigió la patente.

— Por lo que le conozco — agregó Arash — él quiso usar la estructura que el gobierno le ofreció hasta el momento oportuno cuando huiría con la invención para divulgarla para el mundo, él mismo, el verdadero dueño de esa patente.

*Es muy posible* acordó Helena con el pensamiento.

— Las imágenes satelitales indicaban una entrada más o menos por aquí... — dijo Kroos. El coche continuó un poco más, entonces Kroos exclamó. — ¡Lo encontré! Puede parar, Navid.

El geólogo se detuvo frente a una grieta rocosa que parecía haber sido abierta por alguna máquina. Con forma cóncava, sumida en relativa oscuridad, se veía una puerta de acero en el fondo de la abertura.

Era como un sarcófago de la antigüedad. Helena sintió en el abdomen temblores producidos por la tensión.

Ella, Kroos y Arash salieron. Navid permaneció en el coche. No sería razonable pedirle que los acompañara viendo su deficiencia física. De todos modos el trío ya había tenido la mayor suerte del mundo al encontrarlo.

Arash tomó su bolso y dijo:

— Es mejor que vayas Navid. — Y meneó la cabeza en una señal respetuosa.

— Buscaré ayuda.

— No — interpuso Kroos. — Ninguna autoridad es confiable para garantizar la seguridad de lo que haremos aquí. No llame a nadie.

La máscara de Navid permaneció estática, mirando hacia Kroos. Debía estar preguntándose qué diablos hacía allí la ex presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU, en el lugar más letal del mundo en ese momento.

— Entonces yo los esperaré aquí arriba.

— Negativo — esta vez Kroos se acercó al auto. — Usted ya nos ha ayudado demasiado. Le



agradecemos profundamente.

— Pero, ¿cómo van a volver?

No había pasado por la cabeza de Helena, hasta ahora, cómo harían el trayecto de regreso. Debían encontrarse al menos a diez kilómetros de la ciudad. César solía decir: "*Concéntrate sólo en el próximo paso, Helena. Y no en las dificultades del momento*".

— Vamos — los llamó Kroos, ignorando la pregunta de Navid y dándole la espalda.

Helena se volvió hacia él y le dijo:

— Búsqueme en la ONU si todo va bien.

Navid meneó la cabeza.

— Puede estar segura de que sí, señora. — Luego dio media vuelta con el coche trazando una línea en forma de herradura en el suelo de tierra. En pocos segundos se perdió por debajo de una nube de polvo y desapareció por la entrada. Kroos tomó la delantera y caminó hasta la penumbra donde quedaba la puerta de acero.

— Él podría esperarnos aquí arriba, Kroos. — Su voz salió más baja de lo que ella quería a causa de la máscara.

— No sabemos lo que hay allá abajo — objetó el methernitha. — No necesitamos involucrar a más gente en esta historia. Tal vez yo haya salvado su vida. Además nuestra misión exige velocidad de locomoción. — Estudió la puerta antes de volverse hacia los otros dos. — Está entreabierta.

Con gran esfuerzo la empujó hasta revelar una antesala en la penumbra.

A la derecha había una mesa con una planta artificial de adorno y dos sillas metálicas. Curiosamente, como en un edificio comercial, dos ascensores se destacaban al fondo con las puertas abiertas.

— Tenemos que bajar por las escaleras. No hay energía — sugirió Helena al leer una placa foto-luminiscente que indicaba en inglés la escalera.

— Sólo será necesario en la subida — objetó Arash estudiando de cerca los ascensores. — Este tipo de ascensor utiliza tecnología oleodinámica y dispone de tubos neumáticos con una cápsula hermética que va de un piso a otro usando apenas la diferencia de presión. Hacia arriba poca energía y hacia abajo sólo utiliza la gravedad.

Dicho esto entró en el ascensor. Helena y Kroos lo siguieron. Sólo había dos botones, bajar o subir. Debajo de él había una pequeña palanca y una placa informativa que desesperaría a cualquier claustrofóbico:

DESCENSO DE 100 METROS.

*Como bajar un edificio de treinta pisos, pensó Helena.*

Arash tiró de la palanca lo que hizo que la puerta se cerrara.

Oscuridad completa.

Un sistema de refrigeración se encendió, y Helena lo interpretó *como radiación en forma de viento*. Un suave golpe hacia abajo indicó que el ascensor bajaba. Helena sintió un nudo en la garganta, su respiración era cada vez más difícil dentro de la máscara. Ella encontró la mano de Arash en la oscuridad y la entrelazó con la suya. Quería no tener guantes para poder sentir el calor suave que emanaba.

La duda de lo que los esperaba la hacía pensar las peores paranoias. ¿A dónde había ido el asesino que estaba detrás de ellos? ¿Había matado a César? ¿Había maltratado a su protector de

alguna manera? ¿Habría llegado primero? Sin embargo ella confiaba en la habilidad de Arash y Kroos y esa certeza le calmaba levemente los nervios.

El prototipo estaba muy cerca. Ella lo encontraría, probaría su inocencia al mundo y, quizá, salvaría a César. Sólo de pensar en el dolor que le inspiraba la pérdida de él la hacía sentir absolutamente sin suelo como en ese momento, flotando en el aire hacia el núcleo de la Tierra.

Después de dos minutos de mucha tensión un retroceso leve sugirió la llegada. La puerta se abrió lentamente y una luz invadió el ascensor. Los tres soltaron un resoplido de espanto.

Todo allí abajo estaba perfectamente iluminado y refrigerado.

¿Pero qué...? ¿Generadores? Estaban delante de un salón redondo. Grande y repleto de ordenadores de última generación. Decenas. La curiosidad más grande, sin embargo, no era esa.

¿Por qué ese complejo estaba intacto después del terremoto? Helena observó que las paredes estaban poderosamente reforzadas por hormigón armado de varias capas, suficientes para resistir los ataques de misiles.

Sin embargo no tuvo tiempo de analizar toda la estructura reforzada del espacio porque, de repente, fue atraída por un movimiento a su lado.

Eran pasos. Venían en su dirección. Leves, como si un insecto estuviera tocando el suelo.

Percibió que su rostro se calentaba.

— Bienvenidos señores — saludó una voz ronca y sofocada. — Estábamos ansiosos por la visita

## CAPÍTULO 104

De pie, en la sala de reuniones, Xerxes ignoraba el contenido de la conversación que se desarrollaba allí y proyectaba su mente en Isfahán. Pensó en cómo su plan estaba a un paso más adelante que de todos.

El proyecto H.A.A.R.P no había sido accionado simplemente para generar un terremoto en Isfahán, causar temor en la psique de aquella población y producir una fuga nuclear. Se trataba de algo inmensurablemente mayor que se anexaba a otra trampa: el Flame II.

*El Flame es un Caballo de Troya*, pensaba él.

El cielo de Washington no podía estar más gris aquel día en que Xerxes se había encontrado por primera vez a aquellos que representaban a su contratista, hacía exactamente un año.

Un coche negro y lujoso lo había recibido a orillas del río Potomac, en Georgetown. Un hombre blanco de rasgos fuertes lo aguardaba dentro al lado de un conductor impecablemente uniformado.

— El motivo de nuestro encuentro — comenzó el hombre — es que tenemos interés en un arma muy peculiar. — Él abrió la ventanilla del auto dejando que las gotas de la lluvia cayeran en la manga de su propio traje. — Sabemos que su posición en la jerarquía gubernamental le permite fácilmente acceder a ella.

— El nivel de dificultad depende del valor por el que vaya a ser pagado — contestó Xerxes sabiendo que, fuese cual fuese el arma solicitada, no tendría problemas en acceder a ella.

— Vamos a adelantar trescientos millones de dólares ahora. — Su acento era fuerte. Parecía ruso. — Y después del trabajo otros trescientos.

Xerxes se impresionó. ¿Serían ellos los intocables hombres que con sus plumas causaban los detonantes de las guerras, los legendarios financiadores de ellas? En realidad no le importó. Sus intereses no eran los mismos.

— Para ejecutar la misión usted debe usar un virus que creamos: el Flame II.

El hombre le explicó la esencia del Flame II y cómo podía ser usado junto con el Proyecto H.A.A.R.P. De manera increíble el Flame II sería camuflado dentro de las computadoras que operaban la máquina de producir terremotos. La protección de un sistema como el H.A.A.R.P tenía que ser la más poderosa por lo que era necesario el antivirus más poderoso que se haya creado. Aquel que se esparcía con un soplo de viento.

El Flame podía manipular las computadoras del H.A.R.P.P. Con eso se podía acceder a él desde cualquier parte del mundo sin que nadie supiera que había sido invadido como la simple actuación de un hacker. Es decir, de las montañas de Afganistán se podía acceder a las computadoras que controlaban el H.A.A.R.P en Alaska y dirigir las antenas a cualquier punto del planeta.

— ¿Por qué simplemente no construyen un equipo igual? — preguntó Xerxes.

El contratista rió como ríe un padre que constata la inmadurez pueril de un hijo.

— Ya lo tenemos. La tecnología del H.A.A.R.P existe desde la Guerra Fría. Es obsoleta. Lo que queremos ahora es culpar a Estados Unidos por el hecho. En el juego de la guerra es el turno de perder de los americanos. Estallará una guerra en el futuro mostrando que ellos son los grandes criminales. Y probaremos que el sistema fue creado y utilizado por ellos para que la comunidad internacional los castigue con una guerra y destruya el país.

Xerxes quedó asombrado con el plan.

— Ha llegado la hora de que ese imperio de más de doscientos años se desmorone. Fue así con Babilonia, Alejandro el Grande, Roma... Siempre hemos estado en todas partes desde el principio de los tiempos.

El H.A.A.R.P fue diseñado para que sus experiencias pudieran ser conducidas por control remoto. Esto quería decir que las personas que realizaban tales experimentos podían encontrarse en cualquier parte del mundo usando internet o esquemas similares para controlar lo que ocurría allá en la base del Proyecto, en Alaska. Con el Flame II se podía acceder en cualquier momento y hacer lo que se quisiera con él.

Era una operación compartimentada. Se utilizaba una artimaña militar muy antigua. Sus científicos sólo sabían la tarea a la que eran designados dentro de una determinada operación. Mientras que los civiles que trabajan en el mantenimiento de los equipos sólo estaban allí para conectarlo, verificar los indicadores y observar las flechas de los paneles de válvulas para garantizar que todo funcionara adecuadamente, las instrucciones reales vendrían de un origen muy diferente al que pensaban sin que ellos imaginasen lo que estaba pasando realmente.

— La Era de los Estados Unidos acabó— sentenció el hombre, con el acento marcado detrás del tono frío.

Xerxes no podía negar la perversidad de aquel proyecto.

— Correcto — había dicho esforzándose para no mostrarse abatido. — ¿Alguna orientación más?

— En realidad ese es el más pequeño de los pedidos. — Él metió la mano en el bolsillo interno de su traje y le entregó la foto de un hombre con cabellos revueltos y una mirada sana, vigorosa, que Xerxes conocía bien.

César Montenegro.

Al lado de una hermosa mujer.

— Nuestro interés mayor es adquirir algo que el señor y su comunidad ya tienen desde hace años, señor Lott.

Christopher Hauman Lott. Hijo del olvidado Paul Hauman. La foto de César era con una mujer por cuyos ojos verdes él siempre había estado enamorado.

No, mucho más que eso, obsesionado.

Lott estaba tan fanatizado por Deborah Kroos que cuando quiso tener relaciones sexuales con ella debajo de un roble en la aldea de la comunidad y ella se negó tuvo que obligarla. Y cuando ella apareció embarazada de un niño, ya al lado de César Montenegro, él negó la paternidad. Él podía hacerlo, era hijo del creador de la comunidad methernitha. César, además de asumir la paternidad de Hercule Kroos, trabajaba en aquel tiempo en una tecnología que el padre de Lott, Paul Hauman, creador del *Testatika*, decía con orgullo que superaría su propia creación.

Cuando se cansó de pasar todos los días viendo crecer la barriga de ella en la misma proporción que crecía el amor entre Deborah y César, Lott dejó Suiza, aún con 25 años. Cambió de vida. Y nada mejor que cambiar de vida en el país de las oportunidades. En los Estados Unidos había profundizado los conocimientos de Física estudiando en el MÍ y prometiendo, día tras día, superar a César.

La primera forma de superación sería eliminándolo. Provocando un accidente de coche que desgraciadamente mató a todos menos a quien él más deseaba. Débora Kroos murió en el accidente junto con los padres de Helena Gouveia. Estaba claro que César era el gran culpable de la muerte de su amada. Y, más que nunca, merecía algo peor que la propia muerte. Después del atentado que Lott había provocado el brasilero desapareció del mapa para entonces regresar en forma de fotografía a sus manos.

Las innovaciones de César Montenegro ahora interesaban a su contratista.

Fueron tres décadas de estudio dentro de la comunidad de los methernithas. Lott siempre sentía la necesidad de revelar al mundo la máquina de su padre siempre que la patente fuera suya. Quería tener la gloria de ser el científico que, además de haber salvado al mundo de la furia inestable del petróleo, también abría camino para la curación de las enfermedades más letales. Un nuevo sistema de propulsión para llevar al hombre a los confines del Universo. La cura del cáncer, la Energía Libre.

Lott haría un bien para la humanidad.

Lo que su contratista ambicionaba ahora era poseer la tecnología de César Montenegro. Él no ignoraba, por supuesto, que la Energía Libre era neutra como un cuchillo: podía ser usada para cortar un pan y alimentarse de él pero también podía matar a alguien.

Matar a millones de personas.

Era lo que su contratista deseaba: desarrollar una tecnología capaz de diseñar armas *High Tech*. Y hacer que la próxima guerra ya no fuese con el uso de balas y fusiles. Aquello representaba el fin de la era militar-industrial vigente. A cambio le darían mucho dinero. Fama. Gloria y, principalmente, la ruina de César.

*Un intercambio maravillosamente perfecto. Y yo todavía tendré la gloria de haber creado el Flame II.*

— Por lo tanto — había dicho el contratista —, presente el Flame II tan pronto como tenga una oportunidad. Crearemos las condiciones para que usted pueda utilizarlo. Y de paso generaremos una guerra.

— Cierto.

— Entraremos en contacto en breve.

Ahora, con Ronald Jay Campbell frente a él, Lott se sentía intimidado. Aquel viejo moribundo podía acabar con sus planes en caso de que Helena saliera viva. Sólo eran necesarios

unos minutos para que el oriental estuviera con el prototipo en las manos. Entonces él concedería a César la muerte más terrible que podía provocarle.

El sonido del teléfono celular del director del Pentágono desarmó los pensamientos de Lott. El viejo atendió bajando la mirada hacia la mesa de caoba. De repente Campbell lo miró brevemente con los ojos bien abiertos, claramente tratando de contener el susto.

Fue suficiente para saber lo que había sucedido.

No sabía bien cómo pero estaba claro que alguien lo había descubierto. ¿Habrían sorprendido a la Aurora Boreal que había sido filmada en los cielos de Isfahán y, con eso, encadenaron todos los puntos?

Lott tenía que impedir eso.

Encarando a Ronald Jay Campbell a los ojos abrió el cajón de su mesa de caoba y mantuvo la mano derecha posada sobre su pistola con un silenciador mientras esperaba la reacción del otro hombre.

## CAPÍTULO 105

A diez pasos de distancia Helena observó al hombre que usaba una ropa muy semejante a la suya: pegada al cuerpo y gris. En el lugar de los ojos había dos círculos del tamaño de una manzana grande que ocupaban casi toda la máscara con las lentes también espejadas. Un filtro de oxígeno redondo colgaba de donde debería estar la boca cayendo hasta la altura de la clavícula como si fuera la lengua de una mosca.

El hombre tenía el aspecto de un insecto repugnante.

Antes de que Arash y Kroos pudieran reaccionar ante su presencia él suspendió de un asiento lo que Helena juzgó ser un cadáver encerrado en un traje anti radiación que estaba cerrado de la cabeza a los pies. El asesino colocó al moribundo delante de sí.

La constatación hizo marear a Helena.

— ¡César!

— La espera valió la pena — dijo el asesino en un tono ronco. — El señor Montenegro estaba ansioso. — Apuntó una pistola en la cabeza del brasilero. — ¿No es así, señor Montenegro?

Helena escuchó un quejido de agonía a través de la máscara de César que tenía el cuerpo inclinado sobre Meng. Su mentor parecía más delgado e imaginó cuántos días habría pasado sin comer dignamente.

Le dolió el corazón.

— Ah, me olvidaba. Él sólo puede oírnos, no puede hablar ahora. Está, digamos, navegando en un universo paralelo. Nada como una dosis mínima de *curare* para dejar el cuerpo un poquito anestesiado — ironizó.

Por primera vez Helena percibió que era capaz de ahorcar a alguien con sus propias manos. A su lado Kroos cerró los puños con fuerza reteniendo la rabia.

— Tengo un antídoto aquí en mi bolsillo. Vean. — Sacó una ampolla color verde oscuro y se la mostró a ellos. — Es una pena que, como ustedes tardaron más de lo que yo pensaba, a César le quedan sólo diez minutos antes de que el veneno lo mate por asfixia. — Él enderezó el cuerpo del ingeniero que insistía en caer sobre sí.

— ¡Suéltelo! — gritó Arash.

— ¿Por qué lo haría? — replicó el asesino gesticulando con la pistola en el aire. — Estoy

tratándolo tan bien que hasta lo protegí de esta funesta radiación para esperar que ustedes lleguen. De hecho creo que se siente incluso mejor dentro de esa ropa considerando lo que pasó en las últimas horas.

— Usted no tiene salida, Meng — dijo Kroos. — ¿Es minoría, no se da cuenta?

— ¡Ah, tú! — dijo Meng. Helena notó una mezcla de rabia y desprecio en la voz. — ¡Mi verdugo más notable! Veo que aún no ha muerto de los efectos de mi arma electromagnética. Hombre fuerte. ¿Cuántas veces has vomitado hoy? ¿Sabía que su sistema nervioso está siendo desgarrado poco a poco? En este preciso momento las células de su médula ósea están implacablemente autodestruyéndose, comiéndose unas a otras. Lo que le da, más o menos, unas tres horas de vida más que César.

— ¡Tiempo suficiente para asesinarte! — contestó el methernitha antes de toser dolorosamente. A continuación intentó llevar la mano detrás de la cintura.

Meng sonrió sonoramente ante la demostración de debilidad de Kroos.

— No, no, no... — Meng sacudió la cabeza. — Deja tu arma hacia aquí. Ahora.

Después de un largo momento de vacilación Kroos tomó la *Desert Eagle* y la hizo deslizar en el suelo de mármol blanco hasta acercarse a los pies del asesino. Él la pateó debajo de las mesas de computadoras y el arma se perdió en medio de los cables que quedaban del lado derecho de Helena.

— Me imagino que eres Arash — dijo Meng mirando a la izquierda de Helena. — Deja tu bolso y tu arma.

— No tengo ninguna arma.

— No me desafíes muchacho! — gritó Meng por primera vez. — ¡Anda!

— Entrégalo Arash — dijo Kroos.

Reacio, Arash se deshizo del bolso y lo arrojó a los pies del asesino. *Allí se fueron las piezas del prototipo*, Helena dijo para sí.

— El arma está ahí dentro — dijo Arash.

Meng tomó el bolso con agilidad y lo abrió mientras mantenía a César hecho un zombi protegiéndolo por delante. Verificó el contenido y se lo colgó en el hombro.

— Muy bien, el juego aquí es muy simple, señores — dijo Meng. — Será como un cliché de película barata. Voy a necesitar a Helena para una misión. Después de que ella la cumpla voy a liberar a César y cada uno vuelve a su insignificante vida.

*¿Qué?*

— ¿De qué está hablando? — preguntó Helena confundida.

— Supe que sólo usted puede acceder al prototipo.

Los tres se miraron. Helena tenía idea pero no imaginaba cómo accedería sola al prototipo.

*Sólo tú puedes traerlo al mundo, Helena*, se acordó de la frase de César.

Posó sus ojos en César, tal vez para buscar una explicación. Imaginó su mirada intensa fijada directamente en ella a través de los lentes reflejados de la máscara. Conjeturó cuánto había sufrido en los últimos días. En los últimos años.

Solo. Y ahora envenenado.

Pasó a contar los segundos mentalmente. Al menos un minuto ya había sido consumido. Incluso sin tener la menor idea de cómo accedería al prototipo, era obvio que debía hacer lo que Meng determinaba. Ante esas circunstancias no tenía sentido hacer otra cosa. Y a cada segundo César se debilitaba de manera trágica. Con mucho esfuerzo su protector pareció querer levantar la cabeza enmascarada hacia ella como si clamara en silencio por la propia vida.

*¡Las pistas de César se acabaron! ¿Cómo haré lo que él mande?*

Era la hora de la decisión.

— ¿Qué me garantiza que después de eso no nos matará? — ella indagó ella.

— Absolutamente nada lo garantiza — dijo Meng.

Un vendaval de emociones fluyó en la mente de ella, tantas que era imposible evaluarlas. Pero ninguna era más fuerte que la voluntad de abrazar a César otra vez, sano y salvo.

— Ok. ¿Qué debo hacer?

— Por el momento sólo acompañarme, por favor.

## CAPÍTULO 106

— Ustedes van adelante — ordenó Meng mostrando un corredor adyacente al salón principal que se extendía detrás de él. — Vamos a hacer una breve caminata.

A punta de pistola los tres caminaron en la dirección indicada por el asesino, Kroos al frente y Arash y Helena atrás. Meng se protegía detrás de César. Ella casi no se contuvo cuando pasó al lado de su mentor. Quería saltar en sus brazos, peinar con la punta de los dedos aquellos cabellos blancos que vivían despeinados y que ahora se escondían debajo de la capucha y posar la cabeza en su pecho y oírlo decir que aquello no pasaba de una gran pesadilla.

César, sin embargo, parecía un vegetal de pie. Se quejaba en un tono diferente, como si quisiera hablar pero sin conseguirlo.

Helena se concentró en la cuenta mental de los minutos. En su cabeza los segundos volaban.

*Menos de diez minutos para verlo morir delante de mí.*

Entonces vinieron los tiros.

De repente los tímpanos de Helena casi estallan. Una vez que los tres se adentraron por el pasillo ella oyó tres tiros ensordecedores que, en aquel espacio cerrado, tenían el efecto de tres bombas. La sensación del corazón yéndose a la boca la hizo gritar de pavor. Se agarró a Arash con la respiración trabada.

A continuación oyó un sonido pesado de algo cayendo del suelo.

— ¡Oh, Dios mío!

A su lado Kroos cayó de cara en el piso inerte, con tres agujeros en la espalda más o menos a la altura del corazón.

El sonido del impacto de su cara en el suelo sugirió que los lentes de la máscara se habían roto. De un impulso Helena corrió a su encuentro agachándose al lado de él.

— ¡Hijo de puta! — gritó Arash.

Meng se volvió lo miró con cara de desprecio.

— Es sólo un arreglo de cuentas, muchacho — dijo con escarnio pasando prácticamente por encima del cadáver de Kroos con César colgado en su hombro. Él hizo un gesto corto con el arma. — Levántese, señorita Gouveia. Continúe caminando.

Helena no podía moverse. Sus nervios estaban hechos pedazos. Lívida, casi comete el error fatal de quitarse la máscara para limpiarse las lágrimas que se deslizaban bordeando la nariz. Se culpó por la muerte de Kroos. Él había dado la vida por ellos. Por esa causa. Sin contener los espasmos del llanto intentó encadenar los pensamientos para hacer una breve oración.

— ¡Dije que camine! — exclamó Meng presionando el caño de la pistola en la cabeza de ella.

Arash la levantó sutilmente por el brazo. Helena intentó moverse con el corazón destruido.

Luego entraron en un pasillo en cuyas paredes había tubos gruesos parecidos a grandes tuberías de desagüe que seguían en línea horizontal hasta el final cuando el camino terminaba abruptamente y seguían hacia la derecha e izquierda. En medio del lloriqueo Helena apenas había atinado a reflexionar que se hallaba dentro de una especulación del Organismo Internacional de Energía Atómica. ¡Incluso existían instalaciones nucleares secretas y subterráneas en Irán! Ella ya había oído que las paredes de hormigón de los abrigos antinucleares poseían más de tres metros de espesor. Entre el hormigón armado y el ladrillo, placas de plomo y de tungsteno para frenar la radiación gamma, la más letal de todas. Aquella instalación, particularmente, parecía un área de investigación altamente secreta y debería estar aún más reforzada. En una situación menos calamitosa no habría necesidad de usar trajes anti radiación allí dentro. Sin embargo como la usina había sido abandonada y los canales de ventilación no fueron sellados la radiación debía ser tan fuerte como allá arriba.

El andar arrastrado de César detrás de ella lastimaba su corazón. Sus quejidos de delirio eran cada vez menos parecidos a los de un humano. *¡Él tiene menos de diez minutos!*

Meng se mantenía con él cinco pasos atrás. Al final del pasillo, él los orientó:

— A la derecha.

Al doblar, el grupo se encontró con una puerta roja que interrumpía el paso. Por encima de ella una placa blanca indicaba:

INVESTIGACIONES DE ALTA CONFIDENCIALIDAD

Curiosamente la entrada de aquella sesión se hallaba entreabierta. Un pequeño monitor de lectura óptica estaba roto adonde debería estar la cerradura. Meng debió haber accedido antes.

Arash hizo una pequeña presión en la espalda de ella y Helena atravesó el umbral viendo otro corredor más corto y más estrecho. Ella apuró el paso al observar el César cada vez estaba más flojo en el hombro de Meng. Veinte metros adelante otra placa. Esta vez definitiva:

DESARROLLO DE NUEVA ENERGÍA

INGENIERO RESPONSABLE: CÉSAR MONTENEGRO

*Ya va a terminar, César. Espera.*

A medida que avanzaban empezó a percibir un ruido constante parecido al de una máquina industrial. Surgían exactamente de la puerta del laboratorio de César.

— ¿Qué es eso? — preguntó a Arash.

— No tengo idea.

Cuando llegaron cerca del laboratorio vieron que la puerta también se encontraba entreabierta y tenía un cristal redondo a través del cual se podía ver dentro.

Una sala con tres ordenadores, un frigobar y un televisor LED colgado en un soporte en el techo.

— Entre — ordenó Meng.

Arash abrió la puerta y el sonido se amplificó por el pasillo.

La sala era más pequeña de lo que Helena imaginaba. En el fondo otra puerta de acero. Era imponente y ocupaba el centro de una pared de color gris. Curiosamente el sonido parecía venir de alguna máquina allí dentro.

Desde el umbral de la puerta de entrada Meng puso a César en el suelo y dijo, apuntando el arma a la cabeza del brasilero:

— Vamos, señorita Gouveia. Abra.



— ¡No sé cómo abrir esto! — exclamó Helena.

Meng apuntaba el arma en la cabeza de César, sus ojos de avispa gigante estaban volcados hacia el brasilero.

— César está muriendo mi señora — dijo Meng con la voz sonando impasible por debajo de la máscara. — Puedo abreviar su sufrimiento si ustedes no son rápidos. Y luego será el turno de ustedes.

Helena no podía concatenar las ideas mentalmente. A su lado Arash parecía intentar buscar algún instrumento para abrir la puerta a la fuerza. Ella notó que había cinco celulares distribuidos en una mesa en la esquina de la sala. Estudiando más de cerca percibió que eran exactamente iguales al modelo que había encontrado en su coche y con el que había hablado con Kroos. César debía haber desarrollado el aparato para que el methernitha la contactara con seguridad. Se acordó de la acusación que agentes del servicio secreto estadounidense le hicieron allá en la sede de la ONU. A través de imágenes vía satélite de última generación lograron identificar que el celular provenía de tecnología del servicio secreto iraní por lo que Helena se había vuelto sospechosa. Una búsqueda internacional.

Estudió la puerta de acero delante de sí. Tenía una pequeña pantalla que estaba apagada en el lugar donde debería estar la cerradura. Un botón verde se destacaba justo debajo y, en la misma posición, había una entrada para voz.

*Sólo tú la puedes abrir*, había dicho Meng.

— ¿Tengo que hablar en esa cajita? — preguntó Helena a Arash.

— Sí. Creo que es un captador. El sistema de reconocimiento debe traducir las vibraciones sonoras emitidas por el habla transformando ondas analógicas en datos digitales que pueden ser interpretados por procesadores programados para esa tarea. Un sistema de seguridad prácticamente *infalible*. Tal vez lo ha codificado para que ni él mismo pudiera abrirlo.

Helena comprendió. Sabía que existían coches de lujo que empleaban la voz del conductor para bloquear puertas y activar funciones en el tablero, además de sistemas de mando de voz para ordenadores a bordo y GPS. Pero ¿qué debería decir?

— Aprieta el botón verde y luego di tu nombre completo — sugirió Arash.

Se acercó a la puerta y lo presionó después de colocar la boca delante del identificador.

— Helena Gouveia.

La pantalla se encendió inmediatamente. El aparato identificaba la voz y la representaba a través de una onda muy peculiar: dibujos en círculos, diferentes a los tradicionales que eran parecidos a los monitores cardíacos digitales de los hospitales. Era muy parecidos a un mandala, un Torus.

*Bien sugestivo*, pensó.

César había pensado en personalizar y adaptar el captador de sonido al tema central de toda aquella aventura.

En ese primer intento el círculo tembló en forma distorsionada y luego se apagó, lo que sugería que Helena había errado. El mensaje que apareció a continuación en la parte superior de la pantalla confirmó su análisis:

TRES INTENTOS RESTANTES

— ¡Mierda!

— Es un Yantra — dijo Arash.

— ¿Qué? — preguntó Helena, cansada del exceso de información.

— Sí, eso viene del sánscrito. Del hinduismo. El sonido tiene también una representación geométrica que, vaya coincidencia, tiene una forma perfecta. El sonido perfecto tiene un patrón fractal único de belleza y armonía. Aparece en la forma bidimensional pero, en realidad, representa la forma que vimos allá en la colina, tridimensional. La forma de un mandala o de un Torus también perfecto. De nuevo César mezcló el conocimiento de una religión, el hinduismo, para explicar la perfección que existe en el Torus.

Helena sacudió la cabeza como si intentara estimular el cerebro para absorber lo que él decía.

— Cada elemento geométrico tiene un significado. El cuadrado es representado por la Tierra. El triángulo hacia arriba representa el elemento Fuego que es la energía. Y el triángulo hacia abajo representa el agua. Que para el hinduismo es el conocimiento. Y la línea en la diagonal — dijo Arash, pasando el dedo por encima de la representación distorsionada que se formó en la pantalla — representa el Aire.

César empezó a ahogarse en la entrada de la sala. Un ruido agonizante que parecía cualquier cosa menos su voz, se mezclaba con el sonido constante de algún aparato conectado al otro lado de la puerta.

— Cálmate — dijo Arash. — Vamos a pensar. ¿Viste que el círculo recordaba un Torus? Pero, como usted no usó la frase correcta, se distorsionó. César debe haberlo diseñado especialmente para este momento. Él quiere pasar algo.

Helena miró a César agonizante en el suelo con su cuerpo magro, arrugando la vestimenta anti radiación con la cabeza recostada en la pared.

*¿Qué tengo que decir, César?*

La tensión quemaba su piel. Ella repasó mentalmente las posibilidades: Su nombre, el nombre de los dos juntos, fechas de nacimiento, eventos importantes... alguna frase que los dos utilizaran con frecuencia, que sólo los dos supiesen...

No se acordaba de nada.

*Vamos, piensa...*

Recordó las palabras de César: *"Helena, en el Templo de la Llama Eterna, siga los Elementos. Los arabescos en el espejo de agua explican el Torus. Isfahán es la tierra de la Geometría Sagrada. Ciro el Grande y Ferdowsi indican su mayor representación... El primer paso es en Teherán. Y bajo ninguna circunstancia, revele esta información a alguien"*.

— ¿Debo decir toda la frase que me dijo por mensaje? — preguntó a Arash.

Él hizo silencio por unos instantes. Al fin respondió, respondió:

— Me parece posible. ¡Intenta!

Helena apretó el botón verde, esperó un instante y repitió.

Cuando finalizó el diseño del Yantra que se formó era un círculo muy parecido al mosaico pero imperfecto. Un intrincado de formas fue formado dentro del dibujo. Y entonces se fragmentó de repente como un rompecabezas desordenado y la pantalla dio un mensaje:

DOS INTENTOS RESTANTES

— ¡Maldición! — Helena se desesperó.

De nuevo ella observó a su protector. César se encontraba claramente peor. Su pecho se endurecía penosamente absorbiendo todo el aire posible por debajo de la máscara. El asesino con cara de insecto permanecía estático a su lado con el arma en empuñada y los músculos definidos del abdomen sobresaliendo a través de la ropa.

— ¿Estás segura de que César no te dijo nada más? — preguntó Arash.

Helena sacudió la cabeza.

— ¡Maldición, César! — Arash pensó en voz alta. — ¿No sería mejor que tuviera una llave junto con las piezas que encontramos?

Helena volvió el rostro enmascarado hacia él absolutamente en shock. El discurso de Arash cayó como una luz en su cabeza.

— ¡Espera!

— ¿Qué?

El humo de duda que flotaba en la mente se disipó instantáneamente. ¡Ahora ella había

entendido por qué sólo ella podía acceder al prototipo! La frase que César siempre le mandaba en las tarjetas postales y que acompañaban los souvenirs que él enviaba desde fuera de Brasil. También repetía esa máxima en la despedida del video de Deep Web.

Se trataba de la solución para todos los conflictos y dudas humanas. Era también el primer principio del kibalión de Hermes Trismegisto que decía que todo el conocimiento fluye y refluye desde nuestra mente ya que estamos ligados a una mente divina que contiene todo el conocimiento. Se veía en el Zoroastrismo, la llama eterna que representa el conocimiento. "Conocerán la Verdad y ella los liberará". Thomas Hobbes afirmaba que el "Conocimiento es poder". Einstein dijo que "una mente que se abre a una nueva idea jamás retorna al estado original".

En realidad el conocimiento era el elemento principal que guió todo el sentido de la aventura de Helena y Arash.

*Sólo puede ser eso. Es la base de toda la tecnología. Es la base de todo lo que seguimos, paso a paso, hasta aquí.*

Se volvió hacia Arash.

— César usaba siempre una frase al final de cada tarjeta postal. Y también fue una de las frases que dijo en el video de Deep Web. — Ella respiró hondo y dijo. — "La clave de todo es el conocimiento. Sólo tú podrás traerlo al mundo. Recuerda eso hasta el final.

*Y llegamos al final.*

Arash reflexionó por unos instantes.

— ¡Sólo puede ser eso!

Helena tomó aire y apretó el botón verde. Nada mejor le pasaba por la cabeza. Repitió la frase, con cuidado para no vacilar con la voz.

— La llave de todo es el conocimiento.

Las ondas formaron un Yantra con un diseño perfecto; un Torus tridimensional como el que vieron dibujado en el templo zoroastra en la colina.

Helena sintió una ola de entusiasmo que se apoderaba de ella. *Está casi...*

Al final, el dispositivo emitió otra expresión aterradorante.

UN INTENTO RESTANTE

\*\*\*\*

— ¡Pero no es posible! — gritó Helena golpeando la puerta mientras miraba a César que se hallaba cada vez más doblado. — ¡No hay más posibilidades!

Meng levantó el cuerpo de César delante de sí.

— Estamos seguros de que usted tiene alguna otra clave que abra esto. Tic tac, tic tac... — ironizó.

— Helena — dijo Arash —, trata de recordar algo que César ha dicho en el video. Cualquier detalle puede ser precioso ahora.

Ella apenas lo oía. Sintiendo que las lágrimas bajaban calientes por dentro de la máscara ella se quedó estática viendo que César se desvanecía a pocos metros de sí. Como un mecanismo de defensa de su mente sus pensamientos pasaron a disminuir poco a poco para que el organismo mantuviera la sanidad intacta. Las rodillas fueron cediendo y ella apoyó la espalda en la puerta deslizándose por medio de ella hasta sentarse con la mirada fija en César.

— ¡Helena! — gritaba Arash en vano. Parecía que el peso de todo lo que había pasado hasta ese momento se había potenciado diez veces y recaía sobre sus hombros con un golpe

doloroso.

— ¡Helena!

Silencio.

Ella sólo podía pensar en cómo la vida estaba siendo injusta. Había dedicado toda su vida a la paz mundial y el que había dado todo el norte de su misión ahora moría allí, a sus pies. Kroos ya había muerto por ella y ahora su mentor.

— ¡Helena! — continuaba gritando Arash.

Cerca del shock ella se acordó de otra terrible pérdida que había tenido, muchos años atrás.

— Creo que vamos a dar muy bien tu y yo — había dicho la voz triste de César después de que los dos salieran del hospital luego del accidente que había destruido a las personas que más amaban. Él tomó su pequeña mano. — Ya te conozco muy bien, incluso antes de que nacieras. ¿Sabía que fui yo quien ayude a elegir tu nombre?

La pequeña Helena de 9 años miró a César e incluso, entre las lágrimas de profundo luto, dijo:

— Elegiste muy bien porque adoro mi nombre. Viene de Helena de Troya.

— ¡*Helena!* — la voz de Arash ahora resonaba lejos, en el fondo de su cabeza.

— En realidad viene de una cosa mucho más bonita — había dicho César.

— Hêlê viene del griego y quiere decir rayo de sol.

— ¡Eso me gustó! — dijo ella con una sonrisa tímida.

— Pero su nombre completo tiene un significado más antiguo que viene de la variante *Heláne* y quiere decir simplemente *La Antorcha*. Guarda este significado. Un día tú iluminará el mundo.

— ¡*Helena, Helena!* — la voz de Arash ahora estaba más presente.

Entonces, como si una cascada gélida le cayera sobre la cabeza, ella despertó definitivamente.

*La llave de todo es el conocimiento. Sólo tú puedes traerlo al mundo, Helena.*

*La que vino para iluminar. La reluciente. La resplandeciente. La Antorcha.*

*Sólo tú puedes traerlo al mundo, La Antorcha.*

*La antorcha, la llama, el conocimiento representado por el fuego del Zoroastrismo que, a su vez, representa el conocimiento.*

Helena había sido elegida incluso por su nombre para aquella misión.

Una fuente de entusiasmo nació de su interior haciéndola concatenar de nuevo los pensamientos.

Pero no podía simplemente decir: antorcha. Debería existir un significado además. Algo refiriéndose al conocimiento que fuera la contraseña de la penúltima etapa. Decenas de pensamientos entraron en resonancia en busca de un norte.

*El Conocimiento está representado ¿por qué? Por el fuego.*

*Sólo tú puedes traerlo al mundo, Helena.*

*¿Qué trae la Antorcha, qué soy yo?*

*¿Qué carga?*

*Yo soy la Antorcha que traigo conmigo el conocimiento. Llevaré el conocimiento a la humanidad... otra expresión usada en el zoroastrismo para referirse a la antorcha es...*

Entonces, levantándose de un salto, ella se acercó al mecanismo y casi gritó cuando pronunció:

— ¡LLAMA ETERNA!

\*\*\*\*

El mecanismo de reconocimiento de voz emitió un silbido agudo y en el mismo instante la puerta se abrió sola.

— ¡Es eso! — gritó Arash cerrando los puños de emoción.

Helena se encontraba demasiado concentrada para festejar.

El sonido ininterrumpido que venía de dentro fue parando lentamente hasta que se extinguió totalmente tan pronto como ella se adentró. La luz en el interior de la habitación no parecía artificial. Era parpadeante y amarillenta, tímidamente revuelta.

En ese momento ella vio que la sala se encontraba iluminada por algo parecido a una vela.

— Pero de dónde viene...

Ella atravesó el umbral seguida de Arash y Meng. El espacio era pequeño como el anterior. Ella acompañó el origen de la llama. En la esquina más alejada de la sala, dentro de una pequeña pira metálica, la llama fulguraba en una antorcha dejando la salida en relativa claridad. Debía haber sido alimentada dos días atrás porque estaba casi apagándose.

Detrás del fuego, clavado a la pared, había un cuadro en blanco y negro con el diseño del símbolo más grande del Zoroastrismo. Un hombre barbudo de túnica, de cuya cintura se extendía una gran ala. El llamado Disco Alado.

*Faravahar.*

César había hecho un pequeño templo zoroastra de la Llama Eterna para sí mismo allí en uno de los confines de la Tierra.

Arash caminó hacia la derecha donde había una mesa y de repente exclamó:

— ¡Allí está! — Apuntó a un soporte por encima del cual se hallaba el mismo objeto que César mostró a Helena en el video. Un pequeño reactor de Energía Libre, redondo y metálico. El soporte que lo sostenía giraba lentamente como si alguien lo hubiese dejado conectado directamente a la energía del complejo de túneles. Debía haber un generador que alimentase la energía allí dentro.

— Helena — dijo Arash —, además de haber abierto la puerta hiciste una cosa muy importante. ¿Recuerdas la frase "En el Templo de la Llama Eterna, siga los Elementos"?

— Sí.

— Faltaba el aire. Y las frecuencias de las ondas sonoras viajan a través del aire.

— El zoroastrismo predica que donde haya una pira metálica quemando eternamente junto con el símbolo mayor de la religión ese lugar puede ser considerado un Templo de la Llama Eterna. Usted utilizó el cuarto elemento del zoroastrismo para llegar a la pieza definitiva, ¡que es el propio reactor!

Él se adelantó para tomarlo de la única mesa de la sala.

— Pero sugiero que hablemos de la genialidad de César más tarde. Ven, vamos a salir de aquí.

Helena ayudó a desbloquear el soporte para retirarlo y los dos se dieron vuelta. Vieron Meng en la puerta con el bolso de Arash colgado en el hombro, con César en el suelo detrás de él.

— Dame — exigió apuntando el arma.

Arash sostenía el prototipo con las dos manos. Era redondo, del tamaño de una bola de fútbol. En las extremidades había dos entradas. Por la forma Helena supuso que serían los encajes de las dos piezas que encontraron primero. Se preguntó por la pieza que encontraron en la colina.

Varios imanes redondos que formaban una flor de metal.

Sin opción Arash entregó el reactor a Meng. El asesino lo agarró con una mano y bajó los ojos de mosca a la pieza principal.

— ¡Toda esta mierda para esto! — Lo despreció. Dio algunos pasos atrás y se equiparó a César que gemía en el suelo. — Nada personal, César — dijo. — Esto es sólo por el trabajo que me has dado.

Entonces el mayor miedo de Helena se materializó ante sí.

Pang Meng mató a César con dos tiros en la cabeza.

## CAPÍTULO 108

A sólo tres pasos de la mesa de Lott Campbell cortó la llamada que acababa de recibir del jefe de la Junta de los Militares sintiendo su rostro latir. El director de DARPA había autorizado el uso del Proyecto H.A.A.R.P en Irán.

*Lott accionó un arma prohibida. Lott provocó esta guerra.*

Wilker había le había contado sobre la Aurora Boreal que fue producida en los cielos de Isfahán treinta minutos antes del primer gran temblor. Y luego dijo que inmediatamente mandó a investigar los registros de acceso y utilización del Proyecto H.A.A.R.P. Las evidencias se transformaron en pruebas claras: el mando virtual de activación de las antenas había salido de la oficina del director de la DARPA. Sin embargo, su asombro fue aún mayor por el hecho de que Campbell le confió a Lott, ingenuamente, su secreto mejor guardado.

La enfermedad de Jane.

— ¿Está bien, director? — preguntó Lott que lo miraba con la cabeza levemente erguida de arriba abajo como un ave de rapiña que estudia el blanco. — Pareciera que ha visto un fantasma.

Wilker había mandado a hombres del ejército para arrestar al director de la DARPA. Campbell sólo necesitaba salir de allí. El nivel de locura que Lott había demostrado al hacer lo que hizo daba a entender que era capaz de todo.

— Tengo que irme. — Campbell intentó mantenerse impasible pero no lo conseguía. — El presidente me espera en Washington.

La respuesta de Lott fue sentarse en la silla y decir:

— Espere un minuto, por favor. — Luego abrió el cajón y sacó un Smartphone con una especie de pequeña antena parabólica anexada a través de un cable.

*¿Qué él está haciendo?*

Lott digitó algo en el aparato antes de pegarlo a su oído. Los segundos siguientes fueron un silencio congelado. Lott cerró largamente los ojos y cuando los abrió Campbell pensó que tenía en frente un monstruo psicótico surgido de su cara a través de un asombroso poder interno.

— *Scientia est potentia* — dijo Lott posando el celular en la mesa. — Conocimiento es poder. Usted conoce como nadie el lema de la DARPA. Y nunca fue tan respetado como lo hice yo. — Él chasqueó el cuello con un sonido pegajoso y fijó la mirada en Campbell. Era la transformación final de un nuevo Ser. — Tengo conocimiento de todo lo que sucede en mi departamento, director. Exactamente de todo. Para comenzar de mi propio gabinete. — Lott apuntó al equipo por encima de la mesa. — Controlado vía wifi. Usted ya lo utilizó en las acciones de Irak, ¿recuerda? Todo lo que se habla aquí en esta sala está constantemente registrado. Y lo que acabo de oír de su última conexión no me gusta ni un poco.

*¡Qué desgraciado!, pensó Campbell. ¡Él usó el controlador especial del ejército para oír*

*mi conversación con Wilker!*

Ante el enfrentamiento inminente el asombro del director del Pentágono desapareció dando lugar al coraje.

— Dentro de su mente psicópata — dijo Campbell dando un paso adelante —, ¿usted se imaginó que iba a salir impune?

Lott ignoró la pregunta. Hubo una vez más un silencio perturbador. Él entrelazó las manos sobre la cabeza en una postura relajada mirándolo fríamente. Campbell estudió sus ojos detrás de las gafas de marco redondo imaginando el hielo que se formaba en la sangre del director de la DARPA poco a poco. Hasta sus movimientos corporales eran diferentes.

— Ustedes están atrasados señor director. Ayer un geólogo de Irán ya había identificado una anomalía en la ionosfera. Pena que él no continuó la investigación. Accioné el Flame II exclusivamente en sus ordenadores para destruir los registros.

Campbell se impacientó.

— Usted oyó mi llamada. ¡Dentro de diez minutos tres oficiales del ejército van a pasar por aquella puerta y lo llevarán esposado! Rueda ser juzgado por una corte internacional porque aquí en los Estados Unidos voy a esforzarme para colocarte en la silla eléctrica.

Lott soltó una carcajada engreída.

— Usted no es más que un viejo ingenuo Campbell. La energía de mis aliados orbita muy por encima de su posición, de los Estados Unidos y hasta de la propia ONU. Nadie me mantendrá atrapado por mucho tiempo.

Campbell podría hasta estar de acuerdo. Para hacer lo que hizo, dejando todos los servicios de inteligencia estadounidenses ciegos por tres días, debía poseer los contactos más influyentes del planeta.

Lott tomó algo del cajón de su mesa. A continuación puso fuera de la camisa el crucifijo y lo besó largamente con los ojos cerrados.

*Además de todo es un lunático religioso, pensó Campbell.*

Levantándose circuló la propia mesa y se acercó a Campbell a paso lento. Demoró un pequeño instante para que el director del Pentágono percibiera lo que él traía en la mano.

Una Colt con un silenciador.

Paró a cuatro pasos de Campbell con el arma empuñada hacia abajo y el cordón de los methernithas ahora del lado de fuera de la camisa. El director del Pentágono tenía todo para encogerse, sin embargo enderezó el cuerpo para sobresalir sus diez centímetros por encima que Lott. El terrorista parecía saborear el momento.

— Bueno, déjame ver si comprendí bien — dijo Campbell. — Usted pretende tener al Secretario de Defensa de los Estados Unidos de rehén y pedir un avión que le llevará... ¿a dónde? ¿A la luna? Sí, porque creo que ese es el único lugar donde, tal vez, no pueda encontrarlo.

— Atención a su alrededor. Sus viejos ojos deben estar tomados por la catarata y pueden engañarlo. — Lott hizo una pausa observando toda la sala. — ¿Crees que no estaba prevenido para una situación como esta?

— Creo que usted es un psicópata traidor de la patria y será castigado con las leyes más rígidas posibles. Pensándolo bien — Campbell ahora fruncía el ceño y miraba profundamente hacia Lott — haré lo posible para que tenga un infarto fulminante en la celda mientras espera por el juicio.

— Le mostraré otra genialidad mía. — Giró la cabeza poniéndose de perfil y dijo al aire. — Puerta alternativa.



Como en las películas de James Bond, de repente, una grieta se abrió en la pared blanca detrás de su escritorio y reveló una escalera iluminada por una lámpara que se encendió automáticamente.

*Una salida discreta.*

En el propio Pentágono había algunas.

Campbell intentó ignorar la sorpresa para ganar tiempo.

— Estoy intentando imaginar qué lo llevó a producir un terremoto en un país enemigo, provocar una calamidad nuclear con eso e incluso inventar un rumor de armas nucleares para desencadenar una guerra. Después caer en la locura de mandar matar a tres representantes de la ONU y, no satisfecho, a la propia Secretaria General. — Campbell se detuvo tratando de mantener la postura elegante que le era natural. — No hay dinero en el mundo que compre esa locura. Cuanto mayor es el poder que le es conferido más peligroso es el abuso, ¿no es así?

Lott mostró los dientes en una sonrisa soberbia.

— Ahora bien, usted sabe muy bien que el poder real sólo es adquirido a través del cañón de un arma. El poder de matar es la forma más simple y sustancial del poder. — Él encogió los hombros como quien dice que no tiene opción. — Y es precisamente ese poder el que ejerzo sobre usted ahora. — Lott mostró el arma pero sin apuntar directamente.

Campbell se esforzó para no transparentar ninguna gota de miedo sin parpadear rápido, observando directamente los ojos de Lott.

— Está en lo cierto. El poder de hecho es, en esencia, el de matar. Se puede poner una nación de rodillas con doscientos soldados. Pero, dígame: ¿cree usted que puede coaccionar a un hombre que ha visto de todo en esa vida y que no tiene mucho que perder en ella con esa Glock?

— Coaccionarlo, no. Pero puedo simplemente matarlo. ¡Por Dios, Campbell! Lo única que deseo es vender la patente de César Montenegro y hacer de la tecnología un arma para que podamos venderla a los dos bandos de esta guerra que acaba de empezar. ¿No es justo? Si no lo hago otro lo hará. Usted sabe que soy una mala hierba.

Era hora de que Campbell pesara sus opciones. Sería atacado inevitablemente. Por lo tanto tenía que atacar antes. Lott tenía el arma, la ventaja de la fuga y de la edad. Sin embargo, como siempre fue un político ligado al militarismo, Campbell tenía una carga extensa de entrenamiento de defensa personal. Aunque hacía mucho tiempo que no practicaba preservaba una forma envidiable para sus 77 años.

Tenía que distraerlo, tomar el arma y rendirlo. Esto le costaría, probablemente, un desgaste físico comprometedor ya que se encontraba completamente agotado por los días en vela. Pesando las opciones decidió por la estrategia más improbable posible. Justamente aquella que, de tan ridícula, sorprendería. Aquella de la que sólo un viejo podía hacer uso.

*No es cobardía, se dice a sí mismo, es sólo ganar de tiempo.*

Comenzó a toser. Incontrolablemente.

Notó que el ceño de Lott se fruncía, estaba confundido. Campbell sintió que la presión en la cara aumentaba. Dobló el cuerpo hacia abajo y cerró la mano contra la boca para reprimir la tos, el sonido gutural se intensificó. Su edad y consecuentemente la debilidad física serían su ventaja. Quería inducirlo a pensar que el viejo Campbell no podía sostener la presión lo que le llevaba a una crisis allí, en ese momento, cuando se hallaba en el umbral del estrés.

*Es posible.*

Tosiendo pesadamente tomó un pañuelo del bolsillo de la chaqueta y se cubrió la boca con los ojos semi cerrados, observó los movimientos de Lott. Entonces oyó al otro decir:

— ¡Qué bueno!, me parece que está adelantando mi traba...

*¡Ahora!*

Campbell tiró el pañuelo hacia el rostro de Lott con el máximo de agilidad que pudo concentrar en el brazo. Sentía que le dolían los huesos con la explosión de los músculos. El pañuelo apenas besó la cara del psicópata pero ya fue suficiente para prestarle milésimas de segundos valiosos.

*Distracción, un arte de la guerra.*

Los ojos psicóticos de Lott se abrieron y cuando él levantó el brazo para disparar Campbell ya pateaba su mano lo que hizo que la Glock cayera al suelo y se deslizara a unos metros al lado. Antes de que Lott pudiera girar para atraparla cerró el puño y golpeó al director de la DARPA con toda la fuerza que le quedaba.

Lott soltó un gemido primal sin aire, llevando una mano al cuello como reflejo tambaleó unos pasos hacia atrás. Campbell percibió que las pulsaciones se aceleraban drásticamente, sentía que su corazón se salía por la boca.

Pero el golpe había salido más débil de lo que había planeado.

Campbell ya se había dado vuelta para salir corriendo de la habitación cuando Lott lo agarró de espaldas y lo giró hacia él para darle lo que el director del Pentágono creyó que era el mayor impacto físico que había experimentado en la vida. El dolor se irradió por toda la cabeza y pareció arrancarla del cuello. No sufriría tanto si no fuera por el cansancio y la edad. Lott no era un hombre fuerte. Concentró toda su fuerza en las piernas para que no cedieran. En el suelo no tendría posibilidad de salir vivo.

No lo consiguió. En el cuerpo a cuerpo golpeó la cadera en la madera de una cómoda sobre la cual había algunos portarretratos. Se desequilibró y cayó al suelo golpeándose la nuca en el piso. El dolor lo dejó mareado y soltó un grito sufrido casi sin aire.

Vio a Lott agacharse cerca de allí y volver con el cañón de la Glock apuntado hacia su cabeza.

Campbell no veía más opciones.

*Jane...*, fue sólo lo que pudo pensar en aquel momento, *perdóname por no haberlo conseguido.*

## CAPÍTULO 109

Con los ojos paralizados, Helena veía una sucesión de movimientos que su cerebro se rehusaba a creer: César tumbando de lado, torcido, con las manos enguantadas moviéndose por última vez en espasmos de shock antes del último movimiento de vida. Un halo rojo se formó alrededor de la cabeza cubierta por la máscara, las células de su brillante cerebro eran las primeras en morir. Arash dio un paso adelante al mismo tiempo que Meng lo apuntaba con la mira del arma.

Ella no tenía más energía para reflexionar sobre nada, su mente se encontraba presa en una caja emocional que sostenía sólo un sentimiento: odio.

Helena iba a matar a Meng con sus propias manos.

— Como ya había dicho — ella oyó al asesino hablar —, absolutamente nada garantizaba que yo no lo mataría. — Él dio dos pasos atrás y se igualó al umbral de la puerta. — Ustedes dos tendrán mi misericordia. No me dieron razones directas para matarlos hasta aquí, entonces van a perecer aquí mismo viendo este cadáver descomponerse delante de sus ojos.

Arash se lanzó hacia el asesino pero antes de que diera el primer paso Meng ya había salido de la sala un segundo antes de cerrar la puerta y destruir el sistema de abertura con un tiro. Helena corrió hacia la salida y golpeó con los puños cerrados en el acero.

— ¡Te voy a matar, desgraciado! — gritó ella sintiendo las lágrimas caer por su la cara. A través del cristal blindado, Meng hizo un saludo militar y se volvió con el bolso de Arash colgado del hombro y el prototipo de Energía Libre en la mano.

*Estamos presos.*

Ella gritaba con una furia que jamás imaginó que pudiera sentir mientras intentaba acompañar al asesino que desaparecía a través de la ventana.

— ¡Helena! — gritó Arash.

Ella no quería oírlo. Se concentraba sólo en desbloquear la puerta y correr detrás del primer ser humano que iba a matar en la vida.

— ¡HELENA!

Ella se dio vuelta mecánicamente. Arash estaba agachado al lado del cuerpo. Había retirado la máscara de César.

Después de parpadear varias veces y sacudiendo la cabeza para asegurarse de que no era engañada por sus ojos, Helena cayó de rodillas en el suelo con sus emociones chocándose unas con otras en una lucha inhumana dentro del pecho.

El hombre que había muerto no era César.

\*\*\*\*

— Pero como... — Helena sólo conseguía balbucear una frase incompleta. Se encontraba muy por encima de la frontera del shock.

— ¡No es César! — exclamó Arash emocionado pero visiblemente con piedad y respeto hacia muerto.

Helena intentó recolectar los restos de razón que yacían en su mente. El hombre de mediana edad caído en el suelo se encontraba con la frente perforada por la bala y los ojos abiertos. Su rostro era muy iraní. Arash cerró sus ojos y arregló el cuerpo con el vientre hacia arriba como gesto de respeto.

— Pero si no es César, ¿dónde está? ¿Será que...? — una reflexión aterradora la asaltó. — ¿Será que ya está muerto? — preguntó ella.

Arash se levantó del suelo e intentó calmarla.

— Tal vez Meng lo ha dejado vivo para garantizar que el prototipo funcione.

Helena juzgó válida esa posibilidad.

— Entonces todavía tenemos tiempo de encontrarlo — dijo ella buscando algo en la sala que pudiera servir de instrumento para abrir la puerta.

En ese momento se oyó un estruendo fuerte del otro lado. Era poderoso, como un puñetazo. O mejor, como una patada.

*¿Qué? ¿Meng volvió?*

Se giró su rostro hacia Arash confundida. A continuación se oyó un grito de dolor del otro lado además de otra voz.

*¿Dos hombres luchando?*

De repente el sonido de la alarma central irrumpió en la sala. Una voz robótica en persa pasó a hablar mecánicamente una frase larga y repetida. Era la grabación automática de

emergencia.

Arash se paralizó. Las luces blancas fueron dominadas por sirenas que dieron al pasillo un tono rojo sangre.

— ¿Qué está sucediendo...?

— ¡Oh, Dios mío! — El tono de Arash era aterrador. Tradujo la frase que sonaba repetidamente de los altavoces. — El nitrógeno utilizado para reducir los niveles de oxígeno en el agua de enfriamiento se está filtrando a gran escala. Las puertas de seguridad se cerrarán. ¡Evacuación inmediata!

Era obvio que Helena no se preocupó por entender técnicamente la explicación. No sabía que el nitrógeno podría ser tóxico. Sólo sabía que tenía que salir de allí lo más rápido posible. Ella pegó la cara en la ventana del centro de la puerta. No veía a nadie pero los bailes intermitentes allá afuera continuaban en medio de gemidos de dolor. Entonces, súbitamente, las voces cesaron. Sólo el sonido de la sirena devastaba el ambiente. Durante cinco segundos agonizantes no se oyó a nadie.

De repente un disparo seguido de un sonido agudo como si un tapón de gas estuviera filtrando. En ese momento un rostro apareció en la ventana de la puerta. Helena casi cae hacia atrás cuando miró los ojos grises más aguerridos que había visto en la vida.

Hercule Kroos estaba sin máscara, sin la ropa anti radiación, sólo con los pantalones vaqueros y la camisa que vestía antes de ponerse la ropa de protección. La cara roja y de venas hinchadas tenía un corte en la frente. No sabía decir si el color rojo era por las heridas o por el efecto de la luz.

— ¡KROOS! — los dos gritaron al mismo tiempo.

*¿Cómo sobrevivió, Dios mío?*

El methernitha dio una patada en la puerta y el sonido metálico reverberó en la sala. Luego desapareció del campo de visión de Helena.

Se oyó más agitación de lucha; golpes poderosos, gemidos de dolor.

Entonces el methernitha regresó con la boca abierta llena de sangre, jadeante. Él pareció tomar distancia en la pared opuesta.

— ¡Para atrás! — Arash la tiró por el brazo.

Un golpe mucho más poderoso hizo que la puerta se abriera y golpeó la pared lateral. Hercule Kroos sólo consiguió decir una frase.

— Salgan de aquí. ¡Ahora!

En ese preciso instante Meng apareció a la derecha del corredor desafiando de manera sobrenatural la gravedad. Como un gato suspendió el cuerpo en el aire a una altura sorprendente, dio dos pasos en la pared y estiró la pierna para dar una patada en la cara de Kroos. Pero su pie se adentró el aire produciendo el sonido del bambú cortando el viento. Kroos lo esquivó de modo magistral como un luchador de arte marcial apurado dejando la camisa ligera por debajo del pecho y revelando algo que jamás Helena hubiese pensado...

Un chaleco a prueba de balas salvó su vida.

— El prototipo y el bolso están en allí al frente. ¡SALGA! — gritó Kroos por encima del sonido estridente de la alarma.

Arash tomó a Helena y comenzó a correr.

— ¡Tenemos que ayudarlo!

— Tenemos que salvar el prototipo, Helena — dijo Arash, arrastrándola con fuerza por el brazo y alejándose de la lucha. — ¡Concéntrate!

Al girar Helena percibió que una parte de la tubería que atravesaba horizontalmente el corredor soltaba un humo en forma de chorro de aire, justo detrás de donde salieron. Por debajo de ella el arma de Meng yacía en el suelo. Alguien disparó accidentalmente en la tubería. El humo se mezclaba con el color rojo de las luces de alerta.

*¿Será el nitrógeno?*

La voz electrónica se calló y luego la sirena. El sonido ahora venía sólo de los pasos acelerados de la pareja y de la lucha de Kroos y Meng que se oía cada vez más distante. Helena vio el prototipo y el bolso de Arash en el suelo diez metros adelante. Estaban casi pasando por la puerta que separaba este pasillo del principal cuando un silbido continuo sonó en el ambiente.

Helena miró hacia atrás y constató que el silbato era una alerta para un hecho terrible.

Rasgando la neblina roja que se formaba en casi todo su campo de visión una puerta robusta se cerró entre la pareja y los dos luchadores. El eco del sellado de la barrera tenía el sonido oxidado de una clausura medieval.

Se trataba de las puertas de seguridad programadas para aislar el área contaminada de lo que aún podía ser salvado en la instalación para evitar que una eventual contaminación se extendiera.

— Kroos quedó atrapado — gritó ella desvinculándose de Arash y volviendo para intentar ayudar al methernitha.

— ¡No! ¡Helena! — Arash buscó el prototipo y su bolso en el suelo y corrió detrás de ella que ya volvía hacia la puerta de seguridad. Ante él ella notó que también había una abertura acristalada redonda en el centro. Miró con toda la atención que pudo para buscar a Kroos del otro lado mientras Arash se equipó a su lado. El humo había tomado todo, las luces de alerta del techo daban un tono de sangre al pasillo. Parpadeaban de modo constante como relámpagos furiosos entre nubes rojas.

De repente dos fantasmas se materializaron a cinco metros de la puerta vestidos de una neblina carmesí, abrazados en una lucha brutal, sus brazos y piernas eran como una mancha cambiando golpes. Meng estaba sin máscara y fue la primera vez que observaba que el asesino tenía cabellos grises. Debía ser anciano. Su cara ahora era de pura desesperación, parecía querer desvincularse de Kroos y venir hacia la puerta para salir de allí.

Pero el methernitha parecía no dejarlo. Lo tiró del hombro y le dio un puñetazo en la cara.

— ¡Ven, Kroos! ¡Por favor! — gritó ella.

En una mezcla letal de varias artes marciales, el methernitha lo llevó al suelo con una patada en el pecho. Meng cayó de espaldas y Kroos voló hacia arriba de él, ya en posición de estrangularlo.

Kroos parecía estar casi terminando con el adversario cuando Meng logró desvincularse con el movimiento de un lagarto resbaladizo en las manos de un cazador. El oriental repetía completamente el juego y se puso de pie con una agilidad increíble. Puso su bota militar en la garganta del methernitha. Helena se desesperó. Kroos intentó en vano golpear contra la pierna de Meng, pero los golpes salían tan fuertes como los que daría Helena.

— ¡Oh, Dios mío! — exclamó Arash buscando alguna abertura en la puerta.

Meng presionó con más intensidad la yugular de él. En el movimiento el rostro de Kroos se volvió hacia la puerta, más herido e hinchado que nunca. Los ojos grises parecían despedirse de Helena y Arash a través de parpadeos cada vez más largos.

Ella bajó la cabeza. No quería ver eso.

Después de un instante, Arash la llamó:

— ¡Mire!

Helena se dio cuenta de que estaba absolutamente equivocada. Kroos continuaba mirando hacia ellos como si buscarse fuerzas sosteniendo su mirada. Entonces, con una flexibilidad increíble, suspendió una pierna en el aire y pateó la espalda de Meng lo que hizo que el oriental perdiera el equilibrio. Fue el tiempo de deshacerse de los pies del asesino, rodar sobre el estómago y derribarlo con una patada en la parte trasera de las rodillas. Meng cayó de espaldas detrás del methernitha.

Agotado, Kroos parecía calcular metódicamente el siguiente golpe.

Envolvió el cuello del oriental con una toma precisa, suficiente para dominarlo en esa posición. En un movimiento rápido colocó la mano derecha debajo de su barbilla mientras con la otra agarró la parte superior de la cabeza. Con mirada de pavor Meng golpeó desesperadamente el cuerpo de Kroos. En vano sus piernas golpeaban en el suelo. Con una fuerza avasalladora y precisamente rápida, Kroos giró la cabeza del asesino. En el auge de la torsión su cabeza sobrepasó los hombros. Helena logró imaginar el sonido de la vértebra rompiéndose en medio de la sirena que sonaba en el pasillo. El cuerpo de Meng cayó inerte sobre Kroos que apenas logró sacarlo de encima de sí. El methernitha exhaló el aire contaminado de nitrógeno con tanta fuerza que parecía ser la primera respiración de su vida.

Helena buscó desesperadamente la palanca para abrir la puerta.

— ¿Dónde está? ¡Tenemos que salvarlo!

— Esa puerta fue hecha para no volver a abrirse después de ser cerrada — dijo Arash con seguridad en la voz apesadumbrada.

Con mucha dificultad Hercule Kroos apoyó una mano en la rodilla y se alzó en el infierno rojo del otro lado. Con la cara retorcida de dolor caminó hasta la abertura redonda. Helena hizo un gesto con la mano para que él esperara.

— Te voy a sacar de ahí.

Para su sorpresa Kroos sólo respondió con una sonrisa y la serenidad se extendió por su cara.

De repente se oyó un estallido agudo de los dos lados de la puerta. De cada lado dos placas gruesas de acero comenzaron a moverse al encuentro una de la otra, despacio y ruidosamente.

— La puerta de auxilio — dijo Arash llorando desesperado. — ¡Se va a cerrar!

Kroos los miró del otro lado del cristal. La expresión deformada por la batalla ahora era sorprendentemente tranquila, conforme. Hizo una señal con el pulgar, un OK, como si quisiera indicar que todo estaba bien. Abrió la boca y habló despacio algo que Helena leyó en sus labios como:

*"Ustedes dos tienen que vivir para marcar la diferencia."*

Ella sintió un dolor punzante en el corazón.

— ¡No! — gritó llorando y sintiendo la mano de Arash en su hombro, tomándola. — ¡Te vamos a sacar de ahí!

A continuación el methernitha levantó la cabeza hacia el techo, todavía sonriendo. Una paz absoluta exhalaba su rostro como si estuviera orando en un templo sagrado, conectado directamente con lo Divino. Él cerró la mano alrededor del crucifijo manchado de sangre y gesticuló mientras una lágrima rodaba roja por el rostro deformado.

*Your wish's my command. Sus deseos son órdenes* fue lo que Helena logró leer en sus labios antes de que la tumba del methernitha se cerrara.

## CAPÍTULO 110

*Adiós, Kroos.*

Arash vio las rodillas de Helena ceder y ella se derrumbó en el suelo llorando. Los dos se quedaron un largo tiempo mirando la puerta de auxilio que acababa de cerrarse con la esperanza de que se abriera sólo por la fuerza de sus pensamientos. Alrededor no había palanca, instrumento, botón... ningún sistema que sugiriera que podía ser abierta desde allí. El hombre que había salvado sus vidas y el prototipo iba a marchitarse allí adentro, envuelto por una neblina de nitrógeno que lo llevaba lentamente a la muerte.

Después de guardar el prototipo en el bolso Arash levantó a Helena con cuidado. Su voz atrapada en la máscara sonó más débil de lo que hubiese querido.

— Helena, nos tenemos que ir. Ya casi estamos. — Arash se esforzó para sostener con firmeza su mano. El gesto parecía haberla despertado un poco.

Él intentó ver los ojos de Helena a través de la máscara mientras ella se erguía. Después de la muerte de su familia y de los años que pasó viviendo en las calles de Nueva York Arash jamás había abierto el corazón para pensar en otra mujer. Deseó sobrevivir a todo aquello especialmente para conocer mejor a Helena. Quería tener la oportunidad de acariciar su cuello, sentir aquellos cabellos castaños envolviendo suavemente su mano.

El sonido de la alarma persistió y las paredes de aquella parte del pasillo relucían al rojo de las luces de alerta.

— La voz automática está diciendo que la filtración en el área B2 se ha contenido. — dijo él después de escuchar la grabación robótica. — Pero la sirena continúa sonando para la evacuación. No sabemos lo que puede suceder...

Arash escuchó un estallido justo a su lado. Helena saltó hacia atrás, sobresaltada.

La misma fuga ocurría ahora del lado del corredor donde se hallaban.

Otros tres estallidos se filtraban por la tubería cerca de ellos y entonces, en una reacción en cadena, los chorros del gas comenzaron a brotar violentamente en las intersecciones de la tubería como caños de agua que se rompían con la presión.

Arash se sintió dentro de un dique a punto de ceder.

La voz electrónica inmediatamente cambió su alerta

— ¿Qué está pasando, Arash? — quiso saber Helena.

— Los componentes de protección de la tubería están cediendo — dijo él, ya tirándola de la mano. — ¡Tenemos que correr!

Arash y Helena dispararon. En la esquina doblaron a la izquierda y regresaron al corredor central. Un camino teñido de rojo por las luces de alerta se extendió delante de ellos. Cerca de treinta metros los separaban del vestíbulo. Al final había también luces blancas, de modo que era posible discernir con un poco más de claridad las placas que indicaban los ascensores por donde habían llegado hasta allí. Sin embargo la distancia parecía de treinta kilómetros. Helena demoró un tiempo hasta que tomó la velocidad de Arash. Él sentía el mareo más fuerte que nunca.

Se encontraban en medio del corredor cuando la grabación registró algo que hizo a Arash apretar su mano con fuerza y acelerar aún más la carrera.

— ¡Otra puerta de seguridad va a bloquear nuestro paso allá adelante! — dijo Arash.

Al fijar los ojos en las luces del final del túnel, Arash dio todo de sí recordando el esfuerzo sobrehumano que Kroos había hecho por ellos. *"Ustedes dos tienen que vivir para marcar la diferencia."* Visualizó mentalmente el rostro de César y de todo lo que él arriesgó en la vida para

construir lo que ellos poseían ahora. Todos los miedos que había pasado con Helena en los últimos dos días. Se remitió a la noticia de la muerte de Doroth. Y de lo que todavía podía hacer para cambiar el mundo.

La respiración se hizo aún más caliente dentro de la máscara. Concentró su mente en las piernas y los pulmones que insistían en quemar el pecho.

Se encontraban a quince metros del salón principal cuando, en medio de la columna de humo, fue posible ver la puerta empezando a bajar, a una velocidad que, para Arash, era sorprendente. Al límite de sus fuerzas se imaginó rodando por debajo de la puerta antes de que se sellara definitivamente. Apretó con fuerza la mano de Helena.

El nitrógeno utilizado específicamente para controlar los niveles de presión de los tanques, si continuaba esparciéndose, sobrepasaría el oxígeno necesario para la respiración. Y entonces...

*Muerte por asfixia.*

— ¡No lo vamos a conseguir! — gritó Helena desanimada a su lado.

Arash acababa de llegar a esa conclusión. En el mejor de los casos, podrían encontrar sus cuerpos allí algún día después de que la guerra terminara y los ataques a Isfahán cesaran. ¿Cuándo sería? Imposible de prever. En el peor de los casos, una u otra bomba que cayera sobre la ciudad los sepultaría allí, junto con Kroos y al lado de una de las mayores esperanzas de un mundo mejor: la creación de César. Por esa razón decidió hacer algo antes de que fuera demasiado tarde.

*¡César, discúlpame!*, pensó mientras se preguntaba si su antiguo compañero seguía vivo en algún lugar allá arriba.

Arash se sacó el bolso del hombro y su brazo describió un arco en el aire cogiendo impulso y lanzándolo por debajo de la puerta antes de que ella se cerrara completamente. El pequeño prototipo dentro se deslizó por la abertura y la correa del bolso fue la última parte en desaparecer del ambiente en el que estaban.

Dos segundos después llegaron a la barrera absolutamente cansados. Sin fuerzas para nada los dos jadeaban con las manos en las rodillas mirando al otro a través de la niebla de nitrógeno que se adentraba en el pasillo.

Acababan de ser sepultados vivos, como Kroos.

De repente, la oscuridad total.

La sirena, las luces rojas de alerta y la voz electrónica se apagaron automáticamente. El sonido ahora venía sólo de la fuga de la tubería que llenaba de nitrógeno el pasillo. Arash supuso que los generadores que daban vida a esa instalación habían sido destruidos por la presión y por eso ningún componente electrónico funcionaba más.

— Arash — lo llamó Helena tomándolo de su mano en la oscuridad completa —, vamos a buscar una salida.

Arash no sabía qué responder. La abrazó con toda la fuerza que le quedaba. Quería sentir aquel cuerpo junto al suyo en los últimos momentos. El equipo que usaban prolongaría sus vidas unos minutos más tal vez. Sin embargo pronto el nitrógeno reemplazaría totalmente el oxígeno del ambiente. Las hemoglobinas de la sangre lucharían desesperadas para encontrarlo y transportarlo a los alvéolos pulmonares y de ellos a los tejidos. Al no encontrar oxígeno suficiente promoverían reacciones físicas iniciando por un ardor en el pecho y la cara. Después de unos segundos sus mentes serían colmadas por alucinaciones, la respiración se reduciría poco a poco aspirando el resto del oxígeno del cerebro. Mareo seguido de desmayo; inconsciencia... y, al final, todos los centros nerviosos vinculados al corazón y a la respiración se apagarían totalmente.

— No vamos a salir, ¿no? — preguntó Helena, llorando.



Arash apretó el rostro enmascarado contra el suyo. Quería poder darle esperanzas. Quería poder ver aquellos ojos marrones brillar otra vez, pedirle perdón por no haber corrido más rápido. Quería besarla sin importarle nada más en los últimos minutos de su vida.

— Quisiera haberte conocido en otro tiempo — fue lo único que logró murmurar en la oscuridad.

## CAPÍTULO 111

Caído de espaldas en el suelo alfombrado, Campbell observaba a Lott acercarse con la pistola en la mano. Sentía un dolor punzante en la pelvis que se acababa de golpearse contra la cómoda. La oficina giraba como un carrusel, los sentidos desordenados sin conexión el uno con el otro. Fijó la mirada en el adversario y se esforzó para pensar en las posibilidades de reacción.

No había ninguna.

Estaba físicamente destruido. Pero necesitaba reaccionar. Por Jane.

— Desgraciadamente — dijo Lott al apuntar la pistola en su cabeza —, nuestros secretos van a morir aquí, junto a usted. Voy a sellar esa sala y sólo van a entrar aquí explotándola. Y cuando eso suceda usted ya se estará pudriendo aquí dentro mientras yo estaré en alguna playa de Bora Bora.

Campbell bajó las manos al lado del cuerpo. ¿Qué podía hacer? ¿Intentar levantarse? ¿Decir algo para ganar tiempo?

— Sólo queremos tener la propiedad de la Energía Libre de César Montenegro, Ron. Todo en este mundo necesita tener un dueño. — Los ojos de Lott se estrecharon detrás de los lentes redondos. — Las personas anhelan por un orden por una regla. Alguien que posea los medios. Y le daremos un nuevo orden. La mente humana todavía es demasiado pueril para tener plena conciencia de las reales capacidades de la Energía Libre. — Lott gesticulaba moviendo el arma en el aire. — Todavía no está lista para utilizarla. Nosotros enseñaremos el paso a paso. Nuestra misión es mucho, mucho, pero mucho más noble de lo que usted piensa, Ron.

*¿Para quién está trabajando este hijo de puta?*

— Nuestro trabajo es mostrar a la gente el camino que tienen que trazar para lograr la energía perpetua, la salud plena y miles de otros beneficios. ¿Y por qué no cobrar por ello? ¿Por qué no monopolizar todo? ¿Por qué no producir nuevas armas con esos principios para proteger a su propia nación? ¿Por qué no proporcionar la cura de todas las enfermedades y por qué no lucrar con ese regalo divino? ¡La prosperidad es una virtud! Ahora bien, Ron, los dos sabemos que una invención como esta destruiría el sistema económico. ¿Quieres ver una Crisis como la del '29 multiplicada por cien en tu país? ¿Ya imaginaste cuántas personas perderían sus empleos? ¿Cómo ese nuevo sistema destruiría su modo de vivir? — Lott respiró profundamente con el rostro perturbado. — No — dijo. — El mundo no puede cambiar tan drásticamente. Le daremos a él, sí, un cambio, pero no tan radical como algunos quieren. Y cuando la transición esté lista tendremos la posesión completa. Como siempre. Y como siempre será.

Campbell apenas se concentraba en las palabras de Lott. Buscaba una manera de invertir el juego. Fue entonces que sintió que había algo cerca de su palma derecha. Una especie de peso para el papel que había caído cuando se golpeó en la cómoda. Era una esfera de alguna especie de cerámica, redonda, casi del tamaño de la palma de su mano. Debería pesar unos dos kilos.

Agradeciendo por la suerte, envolvió el objeto en la mano y esperó a que Lott se acercara a un punto seguro para el lanzamiento.

— Levántate — ordenó Lott haciendo un gesto con el arma. — No quiero que una simple cómoda me quite la gloria de haber matado a un hombre como este. ¡Levántate!

Campbell se sentó con mucha dificultad y, sintiendo dolores terribles por todo el cuerpo, se apoyó primero con la mano izquierda en la rodilla izquierda antes de quedar totalmente erecto. A esa altura Lott estaba a un brazo de distancia, con la pistola al lado del cuerpo, listo para apuntar hacia su cabeza de nuevo.

*¡Nueva oportunidad!*

Concentró toda la energía en la mano derecha y el golpe salió antes de que Lott pudiera levantar el brazo para apuntarlo. El alcance de Campbell lo favoreció. El impacto del objeto generó un sonido hueco en la cara de Lott lo que hizo que se cayeran sus gafas. Su cabeza se proyectó hacia un lado y el cuerpo ya se había doblado cuando el director de la DARPA disparó dos tiros al azar antes de caer de espaldas sobre su mesa. Campbell oyó el sonido fino del silenciador que precedió a un dolor atroz. El primer disparo quemó su oreja izquierda y atravesó el techo de la sala. Campbell sintió un dolor tan agudo que casi no tuvo fuerzas para gritar. El segundo estalló en la ventana de cristal de la oficina tres pasos detrás de Campbell abriendo a continuación un agujero enorme, la luz del sol hizo de proyector entrando en la oficina.

La bala había arrancado un pedazo de cartílago de su oreja. Dio dos pasos y se lanzó contra Lott en la mesa yendo con las dos manos sosteniendo el arma, los objetos de oficina estaban desparramados por el suelo.

Campbell intentó tomar el arma de la mano del oponente. Abajo del ojo derecho el pómulo de Lott estaba hundido lo que le daba un aspecto bizarro, el cordón de oro de los methernithas cayó de lado en el pecho.

Sin embargo, después de unos segundos de confrontación directa, Lott consiguió desplazar el cuerpo de Campbell hasta que los dos quedaron de pie de nuevo. Mientras intentaba librar su mano armada de las dos manos de Campbell, Lott lo empujó hacia adelante. El director del Pentágono dio cuatro pasos hacia atrás hasta que su espalda chocó contra la ventana cuyo cristal estaba roto.

De reojo pudo percibir que había un trozo afilado en forma de triángulo en la base de la ventana. No pensó dos veces antes de tirar la muñeca de Lott hacia abajo con el máximo de fuerza que logró reunir. El trozo atravesó el antebrazo de él, la punta roja de sangre atravesó la carne. La mano de Lott se abrió de inmediato y el arma cayó por la ventana del edificio. El grito que el director de DARPA soltó podía oírse a diez cuadras de allí. Campbell rogó que se haya escuchado. Lott sacó el brazo que, por un momento, quedó trabado antes de poder soltar dolorosamente del objeto punzante como un clavo que se retira de la pared.

En ese momento Campbell vislumbró una alternativa totalmente posible. Ahuyentando los múltiples dolores del cuerpo y la herida en la oreja tomó el cordón de los methernithas con las dos manos y se colocó a espaldas de Lott. El cuerpo de Lott se volvió hacia atrás y llevó las manos al cuello quejándose. Para intentar disminuir la presión el director de la DARPA llevó su cuerpo hacia atrás llevando a Campbell a caminar en retroceso antes de golpear con la cintura en la cómoda que estaba contra la pared. El viejo se desequilibró y se derrumbó en el suelo con Lott, aumentando el dolor de la caída por encima y haciendo que los portarretratos cayeran sobre su vientre. Campbell tomó aire con fuerza para aguantar el peso sobre el pecho y apoyó los dos pies en la pared acristalada. Torció aún más los bíceps para ahorcar a Lott. El cordón de oro era resistente y lo suficientemente grueso para ayudarlo a bloquear con eficiencia el aire que pasaba por la laringe.

Campbell nunca había matado antes. Jamás pensó en hacerlo con casi ochenta años de edad. No se creía capaz de tener la sangre fría para ejecutar a alguien, pero aquel hombre era, en el mejor de los casos, un traidor de la patria. Si lograba huir tendría posibilidades de provocar un colapso aún mayor. Lott estaba creando un nuevo tipo de terrorismo: el climático. Dependiendo de las alianzas que había hecho podría salir ileso de un juicio. No podía permitirlo.

*Dios te va a juzgar ahora.*

Ahora el pecho de Campbell estaba adormecido de dolor. Sentía que iba a desmayarse en cualquier momento. El peculiar crucifijo de los methernithas sobresalía de su mano que, de tanta fuerza, parecía sangrar en los bordes dorados. Observó la cruz de oro y rogó por el perdón de aquella alma.

Después rogó por el perdón de la suya.

Lott intentó aflojar el cordón en el cuello con las manos. Después de unos instantes, probablemente percibió que no era posible, entonces llevó las manos al rostro de Campbell y ensayó golpes que, después de un breve instante, se convirtieron en bofetadas y, en un momento dado, sus manos apenas acariciaban la piel arrugada del director del Pentágono hasta que dejó de esforzarse por su vida. Campbell se dio cuenta de que había un marco detrás de Lott con la foto de la hermosa mujer que había visto cuando entró en el gabinete una hora atrás.

Por unos instantes tuvo la impresión de que él llamaba a alguien por debajo del sonido agonizante que soltaba.

— Dee-bbo-r...

Incluso cuando sintió que su enemigo no ofrecía más resistencia, Campbell aún permaneció presionando el cordón de los methernithas contra la carne de Lott con miedo de que, cuando soltase, toda la adrenalina fuese derramada en el suelo y se diluyera en un dolor insoportable.

Reuniendo coraje, Campbell soltó el cordón. Y apenas tuvo conciencia para ver a los hombres uniformados que entraron en la sala poco antes de desmayarse.

## CAPÍTULO 112

En la oscuridad total, Helena se encontraba sentada, recostada en la pared con la cabeza caída sobre el hombro de Arash. Su mano se entrelazaba con la de él pero no podía sentir su contacto. Amplificado por la máscara un sonido fino en medio de cada inspiración bloqueaba el sonido constante de la fuga de hidrógeno que venía desde varios puntos del pasillo, hecho de mangueras a chorro. Esto dejaba su ventilación pulmonar aún más penosa. La sensación de anestesia en la cabeza le arrancaba cualquier tipo de pensamiento que pudiera desarrollar. Su mente pasó a navegar en una inesperada calma.

Había perdido el discernimiento para calcular cuánto tiempo hacía que estaba allí esperando que la muerte venga a buscarla en aquella batalla perdida. La respiración penosa fue quedando corta y superficial hasta que sus sentidos se deshicieron por completo como un castillo de naipes.

Silencio sepulcral.

Percibió el cuerpo flotando lentamente hasta el suelo. El impacto de su cabeza en el piso no causó dolor. Ya había pasado por esta fase en algún momento. En realidad, si hubiera algún pensamiento que pudiera encadenar, agradecería por la anestesia completa en el cuerpo que, ahora, era muy bien venida.

En lo que podrían ser los últimos segundos de conciencia, sus oídos volvieron a identificar

algo: un estruendo venido de lo alto. Lejos. Se trataba de una explosión fuerte. Un segundo estallido, más cerca, hizo que un sólo pensamiento, perdido en algún lugar, recorriera el silencio mental en el que se encontraba y llegara entero al hemisferio del cerebro responsable del razonamiento.

*Continúan bombardeando la usina, consiguió pensar.*

Oyó más de media docena de veces el mismo patrón de explosión, kilómetros hacia arriba. Sin saber si sus ojos estaban cerrados o abiertos en la negrura percibió una grieta plateada cortar la oscuridad que limitaba su universo. Ella se extendió lentamente, junto con un sonido de trueno que rugía ahora cerca de sí, como si el cielo hubiera declinado drásticamente.

Una silueta grande apareció en la hendidura plateada, el rostro escondido por debajo de un velo negro.

*¿La muerte?*

Ágil, ella caminó hacia ella. Helena no tenía cómo reaccionar, su cuerpo no le pertenecía más. Estaba desconectado de la conciencia. El bulto se agachó y la tomó del cuello con vigor después de haber insertado algo en su boca que le sacaba levemente la sensación de adormecimiento, sustituyéndola por el apagón total.

*Voy a encontrarme con mis padres,* fue lo que su conciencia le permitió pensar por última vez en medio de aquel sueño cruel.

## CAPÍTULO 113

Todo el cuerpo de Helena vibraba. Era como el galope enceguecido de un caballo indomable. ¿Estoy de nuevo en un carruaje?

Sintió una mano tímida en su rostro y se preguntó si se trataba del bulto que la arrancó del subterráneo hacia la muerte. Algo envolvía la nariz y la boca, lo que hacía que la sensación de adormecimiento sea cada vez menor.

Podía hasta...

*¡Estoy respirando!*

En una acción refleja los pulmones se llenaron hasta que le dolió el pecho. Eso la despertó por completo. Todos los sentidos volvieron juntos, en una avalancha: sonidos, imágenes, sensaciones entrando en foco.

Helena se vio acostada absorbiendo el aire dentro de una máscara de oxígeno de hospital. Varios segundos pasaron hasta que ella percibió que la vibración del cuerpo era porque se encontraba dentro de un avión de carga, la estructura interna de cables, tubos y componentes electrónicos recorrían el techo. Percibió que había sido ubicada en una camilla. Un mal sabor le impregnó la lengua hasta los labios mientras un agudo dolor de cabeza le hizo llevar la mano a la frente. Fue cuando reparó en el cable intravenoso colocado en el brazo derecho.

Estaba sin la ropa antirradiación y se sorprendió cuando vio que usaba una camisa camuflada y un pantalón de igual aspecto.

*¡Alguien me desvistió!*

Sin embargo no tenía cabeza ni siquiera sentirse avergonzada.

— La señora tiene un respiración de atleta — dijo una voz femenina con acento americano detrás de la camilla donde estaba. Tenía un tono relajado. Helena intentó girar la cabeza hacia atrás pero una punzada de dolor atravesó su cerebro.

— Quédese tranquila, el dolor de cabeza ya pasará. Su cuerpo todavía se está recuperando

de la pérdida de oxígeno. — Su tono era profesional, de médica. Cuando la mujer caminó hasta la camilla, Helena se sorprendió con lo que ella llevaba puesto: una chaqueta camuflada y un símbolo a la altura del pecho con un cuchillo que cortaba un triángulo por la mitad.

Ella leyó alrededor del dibujo:

DELTA FORCE - UNITED STATES ARMY

*¿Había sido rescatada por el ejército americano?*

— Debe estar sintiendo un gusto amargo en la boca. Es consecuencia de la interacción con el nitrógeno. Ya va a pasar.

— ¡Arash! — dijo en voz alta con la voz ahogada en la máscara, casi inaudible por debajo del sonido de las turbinas del avión. — ¿Dónde está?

La médica sonrió mirando hacia atrás. Helena sintió una agitación a su alrededor.

— ¿Él?

También vestido con una chaqueta del ejército, Arash apareció con una sonrisa, la vitalidad en las pupilas negras había retornado como nunca.

— Helena — dijo con los ojos mojados de emoción —, ¡lo conseguimos! ¡Nosotros lo conseguimos!

Las lágrimas de Helena corrieron sin aviso. Su sonrisa superó los límites de la máscara. Arash se inclinó hasta su rostro y le dio un beso largo en la frente.

— ¡Nosotros lo conseguimos! — repitió él acariciando sus cabellos.

— Eso mismo — dijo la médica en tono ingenioso. — Pero no aflojen. Ella todavía necesita respirar bastante dentro de esa máscara.

Sin embargo Helena no podía procesar el sentimiento de misión cumplida en su completitud. Faltaba un capítulo en aquella historia.

— ¿Y César? — quiso saber ella.

El iraní respiró profundamente. A continuación desbloqueó algún mecanismo en el pie de la camilla y la giró con mucho cuidado.

— Puedes preguntarle personalmente — respondió.

Helena vio otra camilla anexada a un soporte en la pared del otro lado del avión. Allí estaba César recostado, con los mechones blancos de la cabellera desordenada como una aureola por encima de la cabeza.

Helena casi saltó de la camilla.

— ¡CÉSAR!

Lentamente él giró su rostro y ella se dio cuenta de que estaba herido. Arash empujó la camilla por el gran espacio del avión. Tuvo la impresión de que no iba a sostener la mezcla de sentimientos que se había apoderado de ella: alegría, alivio, gratitud, amor. Todo esto se replicaba en todos los poros del cuerpo en un escalofrío caliente y pujante. Se sorprendió cuando vio en la otra pared del avión seis hombres de uniformes negros, acomodados en asientos hacia la parte trasera del avión. Todos vieron la escena, impasibles.

— Helena — César dijo con esfuerzo estirando la mano hacia ella mientras se acercaba.

Helena agarró su brazo lo que hizo que la camilla quedara más cerca de la suya. Se quitó la máscara. Percibió de soslayo la reprobación de la médica pero no dijo nada. Entonces le dio el abrazo más largo y apretado que jamás había dado en la vida.

La voz cansada de su protector pegada a su oreja era como una sinfonía de Mozart.

— Helena, perdóname... — dijo él.

— Psssss... No digas nada. Sólo abrázame.

Esta fue la constante en los sesenta segundos siguientes. Sólo cuando sintió que los músculos del brazo le dolían por el esfuerzo se movió y le dio un beso en la cara.

— Intenta no causar una guerra mundial antes de divulgar tu próxima invención, ¿puede ser? — dijo ella sonriendo.

César también rió.

— Prometo que será sólo una pelea callejera.

— ¿Señora embajadora? — llamó una voz grave desde fondo del avión. Uno de los hombres se levantó y vino a su encuentro en la camilla.

Era la figura de su alucinación.

Tenía una capucha negra colgando en la espalda, una tela anti radiación sofisticada. El pelo rubio y largo era atrapado en un rodete detrás de la cabeza y se juntaba a una voluminosa barba del mismo color cuyos cabellos cubrían completamente la boca como un guerrero bárbaro. Jamás lo identificaría como soldado de la tropa de élite americana si no fuera por el uniforme negro y la ametralladora que sostenía.

*Él nos salvó.*

— Señora — casi no se veía su boca moverse bajo la barba —, soy el capitán Bend, comandante de la División de la Fuerza Delta en Oriente Medio. Ustedes son fruto de un milagro divino. Algunos segundos más en aquella situación y estarían muertos.

Helena estaba confundida. ¿Qué hacía la Tropa de Elite internacional de Estados Unidos hacia allí? ¿Ellos los rescataron con el fin de arrestarlos o de salvarlos?

— ¿Quién los mandó?

— El secretario de defensa Ronald Jay Campbell.

— ¿Qué?

Por supuesto Helena ya había oído hablar del director del Pentágono pero jamás lo había conocido personalmente. *¿Qué está ocurriendo en Washington? ¿Será que todavía soy considerada una fugitiva?*

— ¿Cuál fue el objetivo de ese rescate? — indagó ella desconfiada. — ¿Vinieron a arrestarnos?

El hombre rió de manera respetuosa.

— No, señora. Hemos venido a rescatarlos solamente. La sospecha que recayó sobre la usted por su implicación con el gobierno de Irán fue retirada por el Gobierno de Estados Unidos.

Helena sintió un profundo alivio.

— Y... ¿Cómo descubrieron nuestra ubicación en la usina?

— Porque yo la di. — De la parte trasera del avión un hombre se acercó deslizándose en una silla de ruedas.

— Oh, pero qué diablos... ¡Navid!

— ¡Y mire que tuve que superar mis mayores paradigmas para dar apoyo a los estadounidenses! — confesó él haciendo reír a todos los presentes incluso a los soldados. — Estos tipos me encontraron en la carretera que daba a la usina. Admito que... bueno... En realidad no podría haber encontrado mejor ayuda, ¿no creen?

— Un coche en medio de la noche en una ciudad evacuada y cerca de la usina... Al menos sospechoso... Así fue como lo encontramos. No fue difícil — dijo el capitán de la Fuerza Delta.

Helena sintió gran gratitud.

— Navid... — murmuró Helena —, no sé cómo agradecerle.

Él se acercó a la camilla y puso la mano en su hombro.

— ¡Ah, sí sabes! — Él sonrió y habló bajito. — H.A.A.R.P.

Ella asintió guiñando un ojo. Tendrían todo el tiempo del mundo para investigar ese abominable crimen contra la humanidad.

Helena estiró el cuello y recorrió el avión con los ojos. Faltaba alguien más.

— ¿Kroos? — preguntó ella al comandante.

El hombre bajó los ojos.

— Desgraciadamente no llegamos a tiempo.

Sintió que su corazón era aplastado en el pecho. César apretó su mano y ella vio sus ojos que se llenaron de tristeza. Imaginaba lo duro que estaba siendo duro para su protector que había enviado el methernitha exclusivamente para protegerlos. Todos debían gran parte del éxito de aquella misión a Hercule Kroos.

Posada en la camilla de César Helena visualizó el bolso de Arash dentro de la cual estaban el prototipo y las piezas. El equipo de la Fuerza Delta se encontró con el bolso antes de llegar a Helena. Arash la lanzó debajo de la puerta y su correa quedó presa parcialmente hacia el lado donde quedaron atrapados de modo que la búsqueda debía comenzar por el otro lado.

— Señora — Bend la sacó de sus pensamientos —, sé que en este momento necesita reposo. Pero, si me permite, necesito aclarar algunas cosas.

Helena volvió su atención hacia el hombre barbudo.

— La información que el señor Campbell dio al presidente de Estados Unidos fue esencial para parar el fuego en Irán.

Helena se sintió mareada.

— ¿Qué contó?

— Mi posición en la jerarquía no me da acceso a eso, en realidad — respondió él. — Pero el señor Campbell consiguió parar el fuego. De alguna manera ustedes tuvieron un papel preponderante en ello.

Helena miró por la ventanilla del avión. Allí fuera la noche moría, calma. Las líneas doradas indicaban el amanecer en la línea del horizonte a la derecha. *Vamos al norte. Estamos volviendo a los Estados Unidos.*

En cuanto a lo que el director del Pentágono había descubierto, salvó sus vidas y tal vez la de Irán. Se preguntó si Campbell habría entrado en contacto con Doroth y, juntos, descubrieron el problema. ¿Habría descubierto el fraude de las armas nucleares? ¿O identificado la participación del Proyecto H.A.A.R.P.?

Siempre había oído hablar del respetado director del Pentágono. A diferencia de la mayoría de aquellos que estaban en su posición en el mundo pensaba mucho antes de actuar. Probablemente su experiencia con un sin número de conflictos e intrigas internacionales le dio la sabiduría necesaria para averiguar exactamente lo que se desarrollaba detrás de las cortinas.

Él descubrió la conspiración detrás de todo esto. Y Helena no veía la hora de saber quién orquestó el mayor conflicto geopolítico desde la crisis de los misiles de '62.

— Póngase en contacto con el director del Pentágono ahora, por favor.

— Me temo que será imposible en este momento, señora. Y eso es exactamente lo que quisiera hacer. Pero él está en el hospital.

— ¿Cómo?

— Fue herido durante un enfrentamiento con el director del DARPA. Está bien. No sé nada sobre eso pero se supone que Christopher Lott es el hombre detrás de toda esa intriga.

— Pero qué... qué... locura... — Ella cruzó miradas con César y luego con Arash, que estaba

de pie a su lado. Balanceó la cabeza confundida.

— Vamos a hablar de eso después, señor Bend — sugirió Arash. — Por favor.

Helena le sonrió a él. Con los dos a salvo, allí a su lado, esperaría tranquilamente algunas horas más para aclarar todo. Le hubiese gustado estar más presentable para Arash. En ese momento, relajada, se sintió un poco avergonzada de no tener maquillaje, perfume y un peinado digno.

— Ahora necesito un tiempo para mí— dijo ella.

El capitán asintió comprensivo. Una grieta se abrió en medio de la barba. Era una sonrisa.

— De terrorista internacional a la heroína. Ya puede empezar a escribir el best-seller de su biografía, señora.

## CAPÍTULO 114

### *Una semana después*

Sobre el imponente estrado de la Asamblea General de la ONU, Helena esperaba que los aplausos calurosos cesaran para iniciar su discurso. Todos los representantes de los 193 países miembros la recibían de pie. Ella sabía, sin embargo, que no se estaba presentando sólo ante aquella pequeña multitud. El mundo entero se encontraba atento al discurso que iba a hacer. Sería transmitido en directo por las principales emisoras del mundo. Las cuestiones que iba a desarrollar reunían varios elementos de interés público: ciencia, política, historia, salud, y un sin número de implicaciones en otras áreas de la vida.

Un cambio de mesa de la historia humana.

Obviamente, en un año común, una reunión como aquella no atraería la atención que evocaba un discurso del presidente de Estados Unidos, por ejemplo. Sin embargo todos sabían que aquella se trataba de una ocasión muy peculiar. La muerte de los comisarios de la ONU y de la propia Secretaria General, la supuesta implicación de la actual presidenta del Consejo de Seguridad con Irán y todas las cuestiones que involucraban la Energía Libre.

El mundo ansiaba la verdad oculta detrás del evento que los medios de comunicación pasaron a denominar La Guerra de las Tres Horas. *Tres horas de bombardeo sobre Irán*. Por todo lo que había pasado en los últimos dos días, Helena protagonizaba los asuntos principales de todo lo que se relacionaba con los medios. *De terrorista a la salvadora de la guerra*, decían algunos periódicos. *La diplomática brasilera evita una posible Tercera Guerra*, titulaban otros.

Aunque la ONU y los gobiernos de los países involucrados exigían un debate, Helena no estaba allí para eso.

Haría una revelación.

Esperando que todos se sentaran, observó los aparatos de traducción que pendían de la oreja de decenas de los hombres y mujeres que allí se encontraban. Todos los colores y nacionalidades la aplaudían. Un verdadero espectáculo de diplomacia. De trajes típicos de África, pasando por hijabs y niqab's de Oriente Medio a los conservadores trajes europeos. Su mensaje se expandiría por todo el mundo.

Se sentía absolutamente realizada.

Acomodó los dos finos micrófonos a su altura y comenzó el discurso cumpliendo el protocolo inicial en inglés, la lengua universal de la diplomacia.

— Señor Presidente de la septuagésima sesión. Señor George Aduoa, Secretario General.



— Se giró hacia el asiento detrás de sí donde el nuevo secretario se encontraba junto al paredón dorado en medio del cual había el símbolo de la ONU detrás de él. — Excelentísimos señores jefes de Estado y de Gobierno. Señoras y señores, amigos de todo el planeta.

A esa altura todos la observaban con una mezcla de atención incondicional y admiración, su voz resonaba en el gran salón. Flashes de fotografías iluminaban el mármol verde detrás de ella. Decenas de cámaras se extendían por todos los puntos del lugar. Ella soltó el aire de los pulmones antes de continuar.

— Tengo el honor y el privilegio de abrir este que promete ser, sin exageraciones, el debate más importante de la historia de esta casa. — Ella hizo una pausa recorriendo su audiencia con los ojos. — Con todo respeto a mis compatriotas no estoy aquí para representar a Brasil. En realidad reflejo la necesidad de todos los ciudadanos del mundo.

— Y confieso que, de todo lo que sucedió conmigo en estos últimos días, lo que más me impactó fue el hecho de hoy, provocar más interés en el mundo en este escenario que Angelina Jolie.

El auditorio rió a carcajadas. Helena percibió que los músculos de la cara se relajaban. Ahora se sentía como en casa.

— Lo que vamos a presentarles a partir de ahora está íntimamente relacionado con el futuro de la humanidad; con el legado que dejaremos para las próximas generaciones. Vamos a pasar por una gran fase de transición, de un modo inimaginable que no se ve desde que se firmó el Tratado de las Naciones Unidas.

El público parecía cada vez más inmerso en el tono solemne de su voz.

— Desde la época de las cavernas usamos el fuego, luego lo fabricamos de manera industrial. Usamos el fuego para hacer el acero, luego usamos el carbón. En los últimos doscientos años pasamos a producir el petróleo y, después, los físicos nucleares llegaron a la tecnología de fusión. Los ejemplos de los últimos tiempos nos han mostrado que, aunque la raza humana ha alcanzado la etapa de manipular muchos de los patrones naturales de la vida, todavía falta comprenderlos de forma armónica e integrada para conducir esos cambios con la debida responsabilidad.

Hizo una pequeña pausa para respirar.

— La palabra energía siempre fue sinónimo de poder. Los sacerdotes de las civilizaciones antiguas, por ejemplo, obtenían autoridad por la creencia de su pueblo en su control sobre la fuente más visible de energía y vida: el Sol. De la forma más esencial de energía, el fuego, al hombre le costó encontrar una forma de energía, de sostenerse energéticamente. Después de siglos la inteligencia humana ha superado todos los desafíos que involucran las diversas formas de obtención de energía. — Helena miró la silla a su lado. César la miró con orgullo en los ojos, tenía un corte en la cara vendado discretamente.

— Y eso sólo fue posible por un sentimiento que siempre estuvo presente en nuestros corazones, en nuestra alma: la curiosidad. Fue con ella que el hombre pasó a buscar el conocimiento necesario para traspasar las barreras de nuestras mayores inquietudes. Fue con ella que este brasileño aquí, a mi lado, creó una oportunidad permanente y perfecta de auto sustentación a través de energía limpia, libre y, lo más impresionante, infinita. Ella le sonrió a César antes de volver a la audiencia de nuevamente.

— Las implicaciones de este descubrimiento, sin embargo, van mucho más allá de la energía en sí. — Ella miró a Ronald Jay Campbell, en la primera fila de los oyentes. A su lado estaba Salim, el amigo de Arash que los ayudó en la huida de la sede de la ONU y que tenía

apenas dos meses de vida.

— Podemos realizar milagros. — Ella miró a Navid en la silla de ruedas al lado de la fila.  
— Tendremos cambios decisivos en el campo de la medicina. Podemos curar personas con Cáncer, parapléjicos y tratar todas las enfermedades ya registradas y las que aún están por ser registradas. Exploraremos los confines del Universo.

El público intercambió miradas intranquilas y un murmullo se extendió por el salón. Helena sonrió de nuevo, haciendo una señal de calma con las manos.

— Quédense tranquilos, todo lo que estoy diciendo ahora será demostrado claramente en poco tiempo. Como es natural necesitamos tiempo para que el mundo adopte esta tecnología como una realidad. Como siempre sucedió en la historia tardó un tiempo para que se usara a la energía eléctrica en lugar de los faroles, el coche en lugar del carruaje, y hasta el mp3, mp4 y otros m's en lugar del vinilo.

El público rió sonoramente. Helena sonrió con ellos.

— Pero, de la misma manera que el Petróleo, que produce maravillas para nuestro bienestar y, al mismo tiempo, armas, la Energía Libre también tiene dos lados de la moneda. En el conflicto de la energía siempre hubo dos lados. Están aquellos que quisieron impulsar su desarrollo hasta límites inimaginables y aquellos que vieron en ello un negocio. Somos adeptos de manera irreversible de la primera opción, pues la fábrica de la cual esa tecnología es extraída se llama Universo. Esto quiere decir que su potencial es infinito y no se puede medir. Y si no se puede medir quiere decir que la Energía Libre representa una amenaza directa para las mayores industrias del mundo. Por encima de todo será necesaria la comprensión por parte de los grupos que hoy dominan el sector de los combustibles fósiles, de la industria farmacéutica, de la industria de propulsión espacial. Agencias espaciales de todo el mundo podrán compartir ese conocimiento para que la humanidad suba otro escalón en la escalera evolutiva.

El murmullo cayó sobre el salón de nuevo. Ella esperó pacientemente la atención total.

— Puedo decirles, señoras y señores, que esa tecnología eliminará la necesidad de todas las guerras porque no habrá más escasez de acceso a la salud, energía, conocimiento y riqueza. Cada ciudadano del mundo aprenderá a extraer la energía libre en su propia casa a costos mínimos sin necesidad de instituciones o empresas que sean intermediarios en el proceso. Y puedo asegurarles que vamos a prosperar cada día más aunque no se pueda cuantificar el valor de esa energía. Puedo decirles también que lo que tenemos en las manos representa lo necesario para construir una civilización completamente nueva, justa e igualitaria. Tal vez eso despierte la furia de algunos pero seguramente no pasará de un simple dolor de cabeza porque todos podrán adaptarse a esa nueva realidad si hay sabiduría. Entonces, ahí sí, por primera vez será posible hacer valer de modo integral los principios de paz y justicia para todos, principios que esta casa siempre defendió desde su creación.

Helena miró a César y luego a Arash a su lado sintiendo el cuerpo vibrar de excitación. Se preguntó si era la sensación que se tenía en el auge de la carrera.

— Los detalles más esenciales de este nuevo saber serán proporcionados ahora por estos dos hombres a mi lado. Pero hablando de conocimiento quisiera terminar mi parte leyendo rápidamente para ustedes un testimonio de uno de los brasileños más brillantes que conocí.

Helena tomó una hoja de papel y leyó la única anotación que había hecho para el discurso.

— *El dato más importante que separa al ser humano de todos sus hermanos y primos de la escala filogenética es el conocimiento; sólo el conocimiento libera al hombre, sólo a través*

*del conocimiento el hombre es libre y, en ser libre, puede aspirar a una condición mejor de vida para él y todos sus semejantes.*

Ella hizo una pequeña pausa permitiendo que el público se apropiara esas palabras en su totalidad.

— *Sólo consigo entender una sociedad en la que el conocimiento sea la razón de ser fundamental que el gobierno da para la formación del ciudadano. Mi mensaje es positivo, es que el hombre tiene que saber, conocer. Y en el conocimiento será libre.*

— Estas palabras fueron dichas por el doctor Enéas Ferreira Carneiro, un político brasilero que falleció en 2006.

Helena miró fijamente a una de las cámaras a la derecha. Quería hablar directamente al público.

— Señoras y señores, puedo asegurarles que el mundo está siendo reinventado a partir de ahora. Esta reinención representará el camino más preciso hacia la libertad que siempre soñamos. Y ese conocimiento es sólo el primer paso hacia la verdadera prosperidad mundial. — Soltó el aire de los pulmones, con la sensación de deber cumplido.

— Les presento el hombre cuya visión y esfuerzos inquebrantables son responsables de este momento. Es con gran placer que les presento al brasileño César Montenegro.

Los aplausos irrumpieron intensamente el salón durante casi medio minuto. Ella saludó con la cabeza a Ron Jay Campbell, sin cuya perspicacia jamás hubiese sido posible el éxito de la misión. Él le devolvió un parpadeo de gratitud.

— Gracias. — Ella gesticuló hacia él mientras daba lugar a César en el púlpito. Su protector posó las dos manos en los hombros de ella, sus ojos brillaban con lágrimas. La abrazó con fuerza.

— Muchas gracias — dijo dándole un beso en la mejilla. — Muchas gracias.

Ella le mostró una sonrisa emocionada y lo abrazó. Hasta quiso decirle algo pero las palabras quedaron en su garganta como un llanto de niño.

## CAPÍTULO 115

Con los ojos llenos de emoción, Helena se sentó en la silla de invitados, a pocos metros al lado del púlpito viendo a César colocar el micrófono a su altura. En lo alto dos pantallas de trescientas pulgadas lo transmitían su imagen. Los aplausos repercutieron en forma de una melodía divina. Aquel era el momento más esperado desde el anuncio de la llegada del hombre a la luna. Y él era quien le enseñó, con incondicional amor, todo el sentido de moral que marcaba el norte de su vida.

— Señoras y señores presentes y amigos de todo el mundo — saludó la voz aún cansada de César mientras los aplausos se callaban. — En primer lugar les pido disculpas por mi apariencia. — Él hizo una pausa larga con el semblante serio.

Silencio total.

— Es que tuve que tener unos buenos golpes hasta llegar hasta aquí— agregó. — Literalmente.

El salón se llenó de risas. Helena sonrió. Se fijó en la cara de César. Una venda discreta ocupaba su mejilla derecha y el tono de su piel aún se hallaba un poco rojo consecuencia de la tortura que Meng le infligió con el arma de efecto electromagnético. Si no hubiera utilizado su propia tecnología cuando regresó de Irán y curado el efecto letal que ella causó en su sistema

nervioso central, el destino de César podría haber sido el mismo que el de Kroos.

— Señoras y señores, tendré el honor de presentarles lo que seguramente cambiará todo el marco geopolítico del mundo.

Helena observó las expresiones desconfiadas de los diplomáticos presentes.

— Pero puedo asegurarles que este cambio ha sido esperado por más de tres mil millones de personas que viven con menos de dos dólares al día. Por el porcentaje de la humanidad que busca dignidad. Por esa parcela que jamás logró hacer más que una comida al día. Que nunca sintió el gusto de una pasta al dente y que nunca conseguiría vencer al uno por ciento de los habitantes de este mismo mundo que, juntos, tiene la mitad de nuestras riquezas. — La voz de César flaqueó por un instante, retomando enseguida.

Los datos eran fácticos e indiscutibles, lo que dejaba al público aún más inmerso en la explicación.

— Pero yo sé que ustedes ya conocen esas estadísticas, después de todo, aquí es donde se hacen. Bueno, por supuesto, no era posible contar toda una trayectoria de cuarenta años de investigación en este breve discurso. — Él apuntó a las dos pantallas encima de su cabeza. — Por esta razón he preparado para ustedes una pequeña presentación que será transmitida allí.

*Las imágenes hablan mucho más que mil palabras*, pensó Helena, admirando la idea genial de César para hacer todo lo más didáctico posible.

Inmediatamente la filmación de él se deshizo y dio lugar a la foto en blanco y negro de un hombre de rostro encogido y mirada penetrante sentado en una silla elegante y adornada con una de las manos apoyadas en la barbilla.

*Nikola Tesla.*

César explicó cómo inició sus estudios, aún en la adolescencia, con la curiosidad por las investigaciones de Tesla. Y luego contó que todo el sufrimiento que él mismo había pasado en la vida no representaba ni el uno por ciento de lo que Tesla sufrió.

— Tesla dijo una vez que todas las personas, en todas partes, deberían tener fuentes de energía gratuitas pues la energía eléctrica está presente en todos los lugares en cantidades ilimitadas y podría abastecer todas las máquinas del mundo sin la necesidad de petróleo, carbón y gas. Es por eso que llegamos a la conclusión de que no se puede patentar nada que venga de la naturaleza. El oxígeno, el fuego o cualquier otra cosa que la Tierra produce.

Entonces cambió de diapositiva. Otra imagen apareció. Helena también la conocía. El Torus. César explicó cómo todo el patrón de creación del Universo, desde el núcleo del átomo pasando por las células del cuerpo humano hasta la galaxia y el campo magnético de la Tierra, el Torus era el origen de todo. Y que era a partir de esa respiración que se creaba energía libre, limpia e infinita.

— La gran indagación, señoras y señores es: ¿cómo se hace esto?

Era exactamente lo que Helena se preguntaba desde que empezó ese viaje.

— Bueno, utilizando la manipulación de los Torus. — César sacó del bolsillo un pequeño objeto. Cuando las cámaras se acercaron a su mano Helena pudo ver en la palma la flor de imanes que ella misma había encontrado en la colina Atashgah. En cada bolita César había tallado, de modo perfecto, figuras geométricas como las cúpulas de las mezquitas y los dibujos de la geometría sagrada.

Él movió una esfera.

— Ustedes pueden ver que cuando se mueve en un imán los demás alrededor se readaptan a la nueva posición porque alrededor de ellos existe un campo con determinada fuerza y tamaño.

Cuando tienes el norte y el sur las dos partes se atraen. A esto llamamos gravitación. Y cuando se tiene norte y norte se repelen mutuamente y eso es el campo magnético; la fuerza de repulsión. Resumiendo, el campo gravitatorio es lo que atrae los dos imanes. Y el proceso magnético es el proceso que los separa. Estas dos acciones suceden juntas. Un átomo o un aglomerado de átomos se basa exactamente en ese principio.

Helena casi no creía que un concepto tan simple podría componer uno de los mayores inventos de la historia humana.

— De aquí en adelante, siempre vamos a trabajar con la repulsión y la atracción, ¿ok? Estos sistemas siempre están juntos. Se ajustan para que la forma primaria, que en este caso es una hermosa flor de bolas, se mantenga equilibrada.

César todavía mezclaba los imanes esféricos, para ejemplificar.

— En nuestro reactor de plasma, cuando acercamos los campos magnéticos de las partículas, entran en rotación. — Él miró a toda la platea sosteniendo los imanes con las dos manos. — ¡Rotación perpetua! — dijo antes de guardar el objeto de vuelta en el bolsillo de la chaqueta.

— Ahora imaginen, señores, nuestra Tierra. ¿Cuál es el combustible que el planeta posee para viajar por el Universo y girar alrededor de sí mismo a mil seiscientos kilómetros por hora?

Él mostró una caricatura del planeta con las alas blancas de ángel alrededor.

— ¿Alguien ha oído hablar de esas alas alrededor de la Tierra?

Se oyeron risas contenidas. Las cabezas se balancearon en negativo. La siguiente diapositiva mostró la imagen del planeta con un gran círculo alrededor representando el campo magnético.

— ¿Por qué no tiene alas? Vamos a analizar su campo magnético, su magnetosfera. ¿Qué forma tiene? El formato toroidal — él mismo contestó. — No hay turbinas que mueven la Tierra ni ningún otro cuerpo celeste.

Lo mismo ocurre con el sol, los planetas del sistema solar, y todo lo que existe... ellos usan el Torus en su dinámica. Entonces, ¿qué sostiene la Tierra en relación a los otros cuerpos? La interacción de los campos entre ella y los otros cuerpos. Y eso todo nació con civilizaciones antiguas, ¿creen en eso? El conocimiento que se perdió a lo largo de la historia es inmenso...

*La interacción de los campos magnéticos y gravitacionales generan energía libre*, Helena sintetizó para sí misma.

— Amigos míos, cada persona puede en casa crear un dispositivo que imite el campo magnético de la tierra. Como un dínamo.

*La tierra gira en el espacio como un imán*, pensó Helena, entusiasmada con la explicación. *Y las líneas de flujo de ese imán pasan por debajo y a través de un camino que tiene el formato toroidal. Todo tiene un flujo y un reflujo.*

— Con ese mismo principio podemos descontaminar un área radioactiva, por ejemplo. Manipularemos los campos de un componente radiactivo y lo redefiniremos. Es lo que vamos a hacer a partir de mañana en el área afectada por la radiación en Isfahán, Fukushima y la primera de ellas, Chernóbil, en asociación con las Naciones Unidas.

Todos aplaudieron efusivamente. César esperaba que el homenaje cesara mientras Helena escuchaba comentarios de sorpresa de los presentes. Rostros asombrados con cada palabra dicha.

Él pasó a la imagen de un cuerpo humano latiendo con una especie de energía interna.

— Las células humanas son una combinación de campos magnéticos que forman la estructura del átomo, de hidrógeno, oxígeno y carbono que son los constructores de los

aminoácidos del cuerpo humano.

El cuerpo humano no es más que una galaxia. Es un aglomerado de átomos. Se puede tratar como tal. En consecuencia, si se manipulan los campos magnéticos de los átomos de un tumor de cáncer, por ejemplo, se puede, no digo curar, pero realinear, reagrupar los átomos y deshacer la enfermedad simplemente redefiniéndolo.

— Hoy ya podemos medir — decía César — la frecuencia de un órgano sano. Por ejemplo, un hígado, un corazón tienen una frecuencia específica que se puede medir y que representa su estado de equilibrio. Ajustando un reactor que empieza a vibrar en la frecuencia de un determinado órgano, como determinado campo magnético y gravitacional, es totalmente posible volver a la etapa sana en que estaba antes de la enfermedad. No quiero usar la palabra cura porque, en realidad, lo que se puede hacer es estimular al cuerpo a volver al estado normal.

Helena pensó en la mujer de Campbell, en el amigo de Arash e incluso en Navid y su deficiencia. Todos ellos ya estaban recibiendo el tratamiento de César.

A continuación la imagen de una linterna con un foco de luz apareció.

— Para finalizar, porque ya sé que no es posible prestar atención a más de cinco minutos seguidos en una clase de Física — Helena escuchó risas esparcidas por la audiencia —, me gustaría explicarle el concepto de cómo se genera la luz. Creo que ustedes mismos me pueden responder. En gran manera sucede como siempre sucedió: con la fricción. La luz no es más que la fricción entre dos campos magnéticos y gravitacionales. En una comparación rudimentaria la fricción de la madera con la madera y una hoja seca genera el fuego... ¡siempre es la fricción! — César inspiró profundamente y bajó el tono de voz.

— Señoras y señores, lo que la Energía Libre va a proporcionar no es la igualdad de todos en una escala mínima de supervivencia, como aventuran muchas ideologías y regímenes por ahí. Ella va a elevar esa igualdad hacia el nivel de prosperidad mundial. Toda la población de la tierra será rica y tendrá acceso a todo. No hay más razón para la mentalidad de la escasez. Hay, sí, felicidad y riqueza para todos. Y nuestra mente debe estar ahora preguntándose: ¿es posible que todos sean ricos? ¿Los recursos no se terminarán? Claro que no. Cada ser humano es peculiarmente especial. Tiene sus necesidades únicas, sus deseos y objetivos únicos. No todos quieren una Ferrari. No todos quieren comer caviar en París. Todos en verdad, en el fondo, sólo quieren ser amados. El planeta Tierra y el Universo son abundantes por definición y proporcionarán con toda certeza la riqueza necesaria para nuestros descendientes. Esto va a ser más que cualquier otra transformación que la humanidad haya pasado. Y mi expectativa es que eso se dé en menos de una generación.

César buscó el rostro de Helena en medio de la multitud. Sostuvo su mirada y dijo:

— Los detalles de esta creación serán repartidos a los cuatro vientos en YouTube y en todos los medios sociales. La tecnología es de ustedes, es de la humanidad. Y no se imaginan cuánto esperé, mi vida entera, para decir exactamente eso.

Su voz nuevamente titubeó de emoción.

— Para terminar quiero agradecer a cinco personas especiales sin las cuales ese momento estaría limitado a la prisión de un eterno sueño. — Soltó el aire de los pulmones y sonrió nuevamente. — Gracias al señor Navid Kiahshed que con su renuncia ayudó a salvar a Helena y Arash de un aprieto de aquellos...

Navid, que estaba en la primera fila meneó la cabeza en un gesto cordial. César miró a Campbell que se hallaba sentado al lado de él.

— Al director del Pentágono Ronald Jay Campbell por la determinación y confianza en el

momento en que ningún otro creyó. A mi amigo científico Arash Zarak por todo lo que hizo por mi hija del corazón, Helena Gouveia y por haberla traído de vuelta entera.

La pantalla hizo un primer plano en los ojos de César que estaban mojados. Él respiró profundamente y dijo mirando hacia el lejano techo a diez metros de su cabeza.

— Gracias mi querido Hercule Kroos, que dio la vida por la salvación de la humanidad.

Helena no pudo contener las lágrimas. Vio que Arash y Campbell, sentados en la otra fila, también se rindieron a la emoción.

— Muchas gracias a esta casa porque acaba de posibilitar que el sueño más impensable se haga realidad. — Entonces César finalizó aplaudiendo él mismo junto a todos los que se levantaron en el salón de la Asamblea General a aplaudir de pie. César permaneció en el púlpito, con los ojos fijos en Helena.

— Por favor, equipo de filmación. Enfoquen a la presidenta del Consejo de Seguridad de la ONU.

Las cámaras se volvieron hacia Helena y la pantalla empezó a emitir su imagen. Ella sonrió emocionada.

— No hay expresión que resuma mi sentimiento de gratitud por esta mujer que estoy mirando ahora.

— Hija mía, gracias por haber recordado esta frase hasta el final. — César miró al gran público y entonces Helena repitió con él la frase que marcó el nuevo camino para la humanidad. — La clave de todo es el conocimiento.

## CAPÍTULO 116

Sola en el gigantesco salón de la Asamblea General, Helena deslizó los dedos por la placa que representaba a Brasil. Se sentía en Estado de Gracia con el alma exultante. Sólo las lámparas del lado oeste se hallaban encendidas dejando el resto del ambiente a la media luz. Ella se acordó de los discursos que hicieron y de la emoción de la platea dos horas atrás. Se preguntó si el mundo del petróleo aceptaría la innovación. *Será una ruptura brusca pero necesaria.*

Después de conceder una larga conferencia de prensa a los medios internacionales decidió pasar los minutos que tenía de lejos de toda agitación mientras esperaba a Arash y a César y las interminables entrevistas a las emisoras de televisión en la sala de prensa.

Estaba reflexionando sobre las implicaciones de todo aquello en su carrera de allí en adelante cuando oyó la puerta central abrirse. La sombra de un hombre apareció en la claridad del pasillo. Después la luz se deshizo tras él y el bulto quedó sumergido en relativa oscuridad. Helena frunció los ojos.

— ¿Quién es?

— Alguien que esperó ansiosamente por este momento — respondió una voz mansa que caminaba hacia ella. — Alguien que fue atraído por el campo gravitacional que generaste.

Helena sintió el corazón latir con vigor. Al acercarse a la luz, el traje gris hecho a medida para Arash le ofreció una postura tremendamente elegante y atractiva, llevaba barba recortada de modo perfecto con líneas rectas debajo de la barbilla.

*Irresistible.*

— Sabes... — dijo el tocando la mesa que representaba a Irán antes de llegar delante de ella —, nosotros no... — Él tomó las dos manos de ella. — No tuve tiempo de decir cuánto sentí la falta a Irán en esos años que he vivido en Estados Unidos.

— No tuvimos tiempo para muchas cosas — dijo ella con una risa contenida.

Arash sonrió tímidamente y la condujo por el pasillo. Caminaron por los países que comenzaban respectivamente con las letras P, Q, R y S.

— Pero quien sabe, quizás yo te muestre los otros puntos turísticos de mi país en breve... — dijo él. — Hablando de eso, siempre he oído que las playas de Tahití son maravillosas. — Él tocó la plaquita. — ¿Qué tal un momento de relajación por aquí? — dijo sentándose en la silla antes de dar dos palmaditas en el asiento a su lado para que ella lo acompañara.

Helena golpeó el dedo índice en su boca y alzó los ojos como si estuviera reflexionando.

Umm... Creo que... — entonces ella suspendió una pierna por encima del cuello de él. Por un momento su falda quedó abierta sobre los muslos de Arash como para provocarlo. Pero luego pasó la otra pierna al otro lado y fue al asiento siguiente. — Creo que prefiero las playas de Tailandia — dijo ella alisando la placa del país y sentándose al lado. — Dicen que los mariscos cosechados en su costa son bien afrodisíacos.

— Interesante... ¡Oh, Dios mío! — Él hizo cara de asustado. — ¡Hay un campo gravitacional que me atrae directamente a Tailandia! Si me permites voy a aprovechar el flujo magnético y dar un paso ahí para confirmar la veracidad de esos afrodisíacos. — Entonces él avanzó una silla y se sentó al lado de ella pasando el brazo por el respaldo y abrazándola.

Helena sintió un escalofrío caliente subir por la columna y por todo el rostro hasta las orejas. Él respiró, claramente conteniendo, y se acercó a su rostro.

— Es... — susurró él apoyando la boca en su oído con la voz más irresistible que ella haya oído en la vida. — Si estos frutos de mar afrodisíacos provocan la reacción que mi cuerpo acaba de tener al llegar aquí a Tailandia entonces no quiero volver a Irán tan pronto. Al menos no en los próximos cincuenta años.

Ella iba a sonreír cuando él la besó con intensidad apretando su cuerpo junto al suyo. Como fragmentos de polvo lanzados al viento todo tipo de pensamiento paralelo se disolvió dentro de la cabeza de Helena. Se dio cuenta de que faltaba exactamente eso para que tuviera la sensación plena de paz después de todo lo que había pasado.

Después de un tiempo que no fue capaz de calcular ella despegó la boca despacio y murmuró:

— ¿Has pensado en hacer el amor en varios países al mismo tiempo?

Arash la miró intrigado.

— ¿Y cómo sería eso?

Ella repasó con la mirada las cientos de sillas de los países alrededor de ellos.

— Ah... talvez... rodar por las fronteras de las naciones sin preocuparse por la fiscalización con alguien que tiene la nítida sensación de que la llama del misterio jamás va a apagarse.

Él arregló el mechón de cabello de ella detrás de la oreja con delicadeza y respondió con una sonrisa:

— Umm... confieso que... dependería del campo de atracción de quien proponga ese excéntrico viaje.

Ella suspiró y lo besó de nuevo.

— Entonces, felicitaciones — dijo aflojando su corbata lentamente. — Porque estás siendo atraído implacablemente por el campo gravitatorio más intenso que hayas visto.

## EPÍLOGO



El hombre de semblante marcado por arrugas depositó la colilla del cigarro en el cenicero y levantó los ojos a la TV.

— *Todo indica que el director de DARPA usó un arma secreta de Estados Unidos para provocar el terremoto de Irán* — decía el analista político de FOX News. — *Además, Christopher Lott habría generado el detonante de la guerra para apoderarse de la tecnología de César Montenegro y usarla como una especie de arma de alta tecnología. La intención habría sido crear un nuevo Mercado de la Muerte en el mundo.*

— Exactamente eso — afirmó el hombre, antes de fumar el grueso cigarro con fuerza. — Si no fuera por la incompetencia de Lott ese sería el resultado final. Pero... la guerra aún no ha terminado.

El analista continuaba:

— *La gran pregunta que queda es: ¿al servicio de quien Christopher Lott produjo todo ese caos? En este momento se analizan todo tipo de hipótesis. ¿Sería algún multimillonario del Petróleo que decidió crear un mercado de Energía Libre y monopolizarlo? ¿O alguna organización terrorista? ¿Existiría algún dictador interesado en el invento?* — El analista se giró hacia otra cámara. — *El hecho es que seis meses después de la Guerra de las Tres Horas y del terremoto de Irán, ni la ONU ni ningún país se acercó al rastro de las mentes detrás de Lott. Los órganos investigadores empiezan a defender la hipótesis de que las acciones del ex director de DARPA fueron inducidas simplemente por su propia mente enferma.*

Con el humo atrapado entre los dientes el hombre sonrió con desprecio.

*La vieja y permanente ingenuidad humana, pensó.*

El cuadro pasó a otro analista político.

— *No lo sé...* — dijo este en tono de desacuerdo. — *No soy adepto a las teorías de la conspiración. Pero creo que hay una indicación de John Kennedy que puede sugerir la dimensión de las fuerzas de las que estamos hablando. Pido permiso a los espectadores para leer.*

El viejo se levantó de la silla y caminó hasta una amplia ventana con el cigarro entre los dedos. Allí Moscú estaba sumida en una noche oscura y fría. Sabía el pasaje que el comentarista iba a leer. Él mismo lo había oído en vivo en 1962.

— *Kennedy dio un discurso para la prensa* — decía el periodista — *pocos meses antes de morir y afirmó esto:*

*"Existe una conspiración monolítica y despiadada alrededor del mundo a la que nos oponemos que cuenta con medios secretos para convertirnos a su causa para así aumentar su esfera de influencia. Como la infiltración en lugar de la invasión, como la subversión en lugar de las elecciones, como la intimidación en lugar de la libre elección, como las guerrillas por la noche en lugar de los ejércitos de día. Es un sistema que ha logrado reclutar una amplia fuente de recursos humanos y materiales dentro de una máquina de alta eficiencia que combina operaciones militares y diplomáticas, de servicios de inteligencia, económicos, científicos y políticos. Sus planes y su ejecución no llegan al público, sus errores son enterrados y no aparecen en la primera página. Sus disidentes son silenciados y no prestigiados. Ningún gasto es cuestionado, ningún rumor es inspeccionado y ningún secreto es revelado..."*

A través de la ventana el hombre admiró la portentosa Plaza del Kremlin que se extendía a sus pies con una sonrisa de satisfacción.

— Sí — confirmó él sintiendo el humo denso del cigarro acariciar su rostro senil. — Eso es exactamente lo que somos.



## SOBRE EL AUTOR

GIBRAAN HANNA es brasilero, historiador, terapeuta y conferencista internacional. Es fundador de la "Escuela La Transmutación" de desarrollo personal en España donde vive actualmente. Sus áreas de investigación abarcan desde Historia hasta Física Cuántica y Metafísica, temas que comparte en su escuela y en sus cursos. El precio de la Llama Eterna es su primera novela.